

FRANK PAÍS: LEYENDA SIN MITOS

Renaldo Infante Urivazo



Colecti6n
BIOGRAFÍA



Ciencias Sociales

Edición: Lili Chi
Corrección: Natacha Fajardo Álvarez
Diseño de cubierta y diseño interior: Susana de la Cruz Rodríguez
Emplane: Irina Borrero Kindelán
Conversión a ebook: Grupo Creativo Ruth Casa Editorial

© Renaldo Infante Urivazo, 2011
© Sobre la presente edición:
Editorial de Ciencias Sociales, 2024

ISBN 978-959-06-2549-9

Estimado lector, le estaremos muy agradecidos si nos hace llegar su opinión, por escrito, acerca de este libro y de nuestras ediciones.

INSTITUTO CUBANO DEL LIBRO
Editorial de Ciencias Sociales
Calle 14 no. 4104 e/ 41 y 43 Playa,
La Habana, Cuba
editorialmil@cubarte.cult.cu

Índice

Prólogo / 8

CAPÍTULO I

Cuna e infancia / 10

CAPÍTULO II

Primer viaje a La Habana / 20

CAPÍTULO III

Escuela Normal para Maestros / 25

El estudiante normalista / 28

CAPÍTULO IV

Pepito Tey, el bromista / 37

CAPÍTULO V

Asociación de Alumnos / 42

CAPÍTULO VI

Iglesia, Escuela y... el 10 de marzo / 45

CAPÍTULO VII

Primeras organizaciones / 55

CAPÍTULO VIII

Una conversación con Oscar Lucero / 61

CAPÍTULO IX

Estudiantes en pie de lucha / 67

CAPÍTULO X	
Frank y el primer combate callejero, 1953 / 80	
CAPÍTULO XI	
Maestro y conspirador / 94	
CAPÍTULO XII	
Contra las urnas de Batista / 118	
CAPÍTULO XIII	
De ARO para ARN / 129	
Asalto a la policía de El Caney / 139	
CAPÍTULO XIV	
América Domitro / 150	
CAPÍTULO XV	
Leyendas del Movimiento 26 de Julio / 156	
CAPÍTULO XVI	
México: encuentro con Fidel / 170	
CAPÍTULO XVII	
Segundo viaje a México / 176	
Las acciones del 30 de Noviembre / 181	
CAPÍTULO XVIII	
El <i>Granma</i> a la vista / 197	
La entrevista de Mathews en la Sierra Maestra, y un manifiesto de Fidel al país / 204	
CAPÍTULO XIX	
Frank es detenido / 216	
CAPÍTULO XX	
Resistencia Cívica / 220	
CAPÍTULO XXI	
Penúltima visita a San Bartolomé / 237	

CAPÍTULO XXII
Segundo Frente oriental / 244

CAPÍTULO XXIII
Muerte de Josué / 251

CAPÍTULO XXIV
Se cierra el cerco / 265

CAPÍTULO XXV
Holocausto / 280

CAPÍTULO XXVI
El sepelio: “no es hora de llanto” / 288

Fuentes consultadas / 298

Entrevistas / 300

Otros testimonios / 301

Otras fuentes / 301

Datos de autor / 302

Retrato de Frank

Renaldo Infante Urivazo,

1960

*Yo recuerdo tu imagen
Tallada en lo increíble
La manera discreta
De asomarte a las cosas
El ademán cordial
Directo, simple de tus maneras cortas
No sé si alguna vez
Colérico gritaste
No puedo imaginármelo siquiera
Pienso que aún en tu hora más difícil
Tuviste el temple firme de una roca
Y esa afilada decisión del rayo.*

Dedicatoria:

*A la memoria de Vilma Espín
y al Santiago de siempre, que sigue siéndolo*

Prólogo

Frank País: Leyenda sin mitos, es una valiosa obra biográfica sobre un joven extraordinario de nuestra historia más reciente, Frank País, cuyo ejemplo de revolucionario lo convierte en ideal que se esparce sin confines, que toca en lo profundo a los que llevan adelante la Revolución.

Al morir con veintidós años, su contorno se convirtió en fulgor con el derecho de los buenos a verter luz.

El hombre en su actuar es hijo de las circunstancias y fue en el entorno del Santiago de Cuba de los años cincuenta que tuve el privilegio de conocer personalmente a Frank y a muchos jóvenes abnegados, honestos, disciplinados y de pechos valerosos, decididos a marchar incondicionalmente junto a Fidel, que ya se distinguía como líder máximo de la Revolución.

Frank y otros cayeron. El resto pudimos ver el triunfo, asumimos el deber patriótico e histórico de darle continuidad a la obra y el compromiso de preparar el relevo.

En esa circunstancia no encontré argumento que me liberara del reclamo de Renaldo de asumir la responsabilidad de escribir el prólogo de su libro.

Renaldo Infante Urivazo intelectual destacado con un quehacer creador, tiene la ventaja que le ofrece el protagonismo por haber desarrollado una amistad con Frank desde los días en que eran estudiantes en la Escuela Normal para Maestros de Oriente y seguir sus ideas y acciones.

Después de una lectura amena de profundo contenido, concluí que el autor nos regala una de las obras sobre Frank más completa e integral.

De entre las páginas del libro se erige un muchacho lleno de ideales, de patriotismo, dinámico, aglutinador, excelente organizador, valiente, decidido, con exquisita sensibilidad ante lo bello, que puede y sabe amar, reír, dolerse y sufrir.

Sin más apasionamiento, considero que la narración histórica y reveladora que se pone a nuestra disposición nos lleva, con realismo, desde el hogar de los País-García, donde se inició la forja de la extraordinaria personalidad de Frank hasta situarnos ante el principal organizador y dirigente de la lucha revolucionaria clandestina, Jefe de Acción del Movimiento 26 de Julio.

Afirman que ser perfecto es una utopía, creo que Frank lo fue.

Su vertiginoso y breve tránsito por la vida no le dio tiempo para imperfecciones y mediocridades.

Su existencia fue una “Leyenda sin mitos”.

ASELA DE LOS SANTOS TAMAYO

CAPÍTULO I

Cuna e infancia

Frank País García nació el 7 de diciembre de 1934 en Santiago de Cuba, la capital de la antigua provincia de Oriente. El día coincidió con la conmemoración del trigésimo octavo aniversario de la caída en combate del General Antonio Maceo en San Pedro de Punta Brava, por lo que constituía una fecha luctuosa. Frank vio la luz alrededor de las seis de la mañana en medio de la ansiedad y la expectación de su padre, familiares y amigos.

Fue el primer hijo del matrimonio formado por el Reverendo Francisco País Pesqueira y Rosario García Calviño, españoles ambos, venidos a Cuba en las primeras décadas del siglo xx.

El Reverendo País formó parte de avanzadas misioneras que buscaron y abrieron espacio a la Iglesia Bautista, gestión favorecida por las intervenciones norteamericanas que desembocaron en la pseudorrepública. No obstante, estos misioneros promovieron una identificación con los ideales nacionalistas del país, en contraste con la actitud de la Iglesia Católica que apoyó siempre al colonialismo español, al punto que muchos templos se convirtieron en fortines antiinsurrectos durante las guerras de independencia. El Reverendo fue hombre de grandes energías, de carácter firme y tesorero cuya labor paciente y sus dotes personales lo exaltaron al máximo nivel jerárquico en la comunidad religiosa. En sus esfuerzos y empeños, la construcción del edificio que albergó el templo, la residencia y el colegio, constituyó un logro muy apreciado que consumió buena parte de sus fuerzas y de su salud. Fue allí donde nació Frank.

Era de avanzada edad cuando contrajo nupcias con Rosario, una fornida mujer de 34 años. De su primer enlace, le quedó una hija, Sara, de la misma edad de Rosario, que llegó a Cuba en la década de

los veinte como trabajadora doméstica en la residencia de la primera Iglesia Bautista. De esa relación habría de surgir la unión entre ambos. Un accidente de tránsito dejó seriamente afectado al Reverendo, provocando un período de atenciones y cuidados médicos en que el papel de Rosario fue determinante para su restablecimiento. La hija, Sara, se encontraba en los Estados Unidos realizando estudios. La abnegación y el celo de la sirvienta lo motivaron y llevaron a concebir la posibilidad de la unión marital, a pesar de la diferencia de edades. El Reverendo se esmeró en darle a su esposa una formación cultural y descubrió en ella cierta vocación musical que se aplicó al estudio del piano.

Rosario tocaba el órgano en las actividades ceremoniales de la Iglesia. La comunidad religiosa recibió con alborozo el nacimiento de aquel niño que llenaba de alegría a sus padres. En el momento en que el recién nacido fue puesto en sus brazos, el pastor lo miró profundamente conmovido y susurró palabras que cifraban su emoción: Le pusieron dos nombres: Frank Isaac, este último corresponde a un personaje bíblico, hijo de Abraham, que significa “hijo de la promesa”.

Días después el pequeño era presentado en la Iglesia. La ceremonia incluyó la participación de la educadora y poetisa, miembro de la feligresía, Josefa Pruna que con voz bien timbrada leyó los versos que compusiera para el fausto acontecimiento.

La ciudad que Frank tuvo por cuna era una de las más antiguas de Cuba y de América. Fundada por el Adelantado Diego Velázquez en 1515, devino centro de actividad de los colonialistas españoles por su posición y su acogedora bahía. En 1522 le fue conferido el título de ciudad y se erigió la primera iglesia catedral en 1528. Fue la capital de la Isla hasta 1550 en que el gobernador Gonzalo Pérez de Angulo trasladó su residencia para La Habana.

En 1640 se inició la construcción de El Morro por iniciativa del gobernador Don Pedro de la Roca y simultáneamente se emprendió la de las fortificaciones de La Socapa y la Estrella. Hubo un gobernador, Juan Barón de Chávez, que hastiado de tanta impunidad armó en corso a los pobladores de Santiago y fue a Jamaica al frente de una expedición que venció a los ingleses, destruyó sus fortificaciones, hizo numerosos prisioneros y regresó con un rico botín. Consecuente

con la valiente gestión de Chávez, el rey Felipe V concedió a la ciudad el título de “Muy noble y muy leal”.

Históricamente se le conceptúa como la más caribeña de nuestras comunidades, pues el Caribe fluye desde sus raíces, no solo por su emplazamiento sino también por los elementos culturales presentes en las tradiciones, las costumbres, la idiosincrasia. En varias ocasiones Santiago fue destruida por terremotos de intensidad, tras los cuales la voluntad de sus habitantes la volvía a levantar. Así ocurrió en 1766, en 1832 y en 1932.

En 1934, al nacer Frank, la ciudad clama por atención oficial. Pablo de la Torriente Brau, en plan de reportero, arriba por el tren central para reseñar las ocurrencias de una comunidad que se ha declarado “ciudad muerta”.

El entorno conformado por la naturaleza y sus habitantes, contribuye a la forja de la personalidad. Los primeros años de Frank discurren plácidos y felices en el ámbito hogareño. En 1936 nace su hermano Agustín y un año después, en 1937, el inquieto Josué. De las libertades de que goza en edad temprana, el sentarse en la escalera a observar los movimientos del colegio y del templo, es una de las que más disfruta. Queda tiernamente absorto con la música y las voces que entonan el himno del colegio.

Con el índice, lleva el compás de la melodía. La profesora Guarina Cabrera lo sorprende y se admira de su atención concentrada. Induce a los padres a incorporarlo al colegio. Se acerca a los cinco años de edad y como hijo mayor y por inducción de la madre, cuida de sus hermanos. Sobre todo despliega amorosa y fraterna atención hacia Josué, al que por varios años llamará “mi chiquitico”.

El Reverendo País siente verdadera adoración por sus hijos pero, a ratos, queda absorto y preocupado mientras los ve jugar. Confiesa a su esposa y a algún que otro amigo íntimo la naturaleza de esas preocupaciones. Teme que su avanzada edad no le permita atenderlos por mucho tiempo. Es un hombre fuerte que ha sabido con férrea voluntad imponerse a lo adverso. Frank arriba a los cinco años cuando el padre los abandona definitivamente y el hecho produce un cambio drástico para toda la familia. Tras el sepelio al que asisten las personalidades de la ciudad y las autoridades, el futuro de los pequeños queda en manos de doña Rosario. Deben abandonar

la residencia de la Primera Iglesia enclavada en la céntrica esquina de Pio Rosado y Saco —para los santiagueros Carnicería y Enramadas— y mudarse para otra casa, en la calle Mayía Rodríguez —Reloj para los viejos—. Residen allí por poco tiempo. Los escasos bienes que el Reverendo País les dejara se consumen en alquiler y otras atenciones. Sara, la hermana de los chicos, les cede la casa situada en General Bandera 226 —San Bartolomé— lo que representa un alivio para la madre.

Sus entradas se reducen a la exigua renta que proporcionan dos inmuebles pequeños que reciben en herencia, y la ayuda cambiante que puede aportarles la iglesia cada mes. La estrecha situación económica suscita preocupación entre la feligresía de la Primera Iglesia por el futuro de los hijos del Reverendo País. Le garantizan a Rosario la enseñanza gratuita en el colegio pero quieren tenerlos internos para asegurar su formación en los principios que sustenta la iglesia. Rosario acepta el apoyo para el estudio pero se niega al internado. Ella se considera capaz de dar a sus hijos la educación rigurosa que tendrían por igual bajo la tutela del padre. En un momento exclama resuelta: Mis hijos, conmigo.

La casa de San Bartolomé es una típica vivienda santiaguera en que priman el mosaico, la madera, el estuco, los postigos y el patio interior. Los cuartos y la cocina forman un martillo y reciben el fresco de esa área arbolada por una gran parra, matas de mamoncillo y flores en canteros que la nueva dueña de la casa aprecia y cultiva con la ayuda de los chicos. El mobiliario es sencillo, de madera. Cada hijo tiene su habitación y es responsabilidad de cada uno mantenerlo ordenado y limpio. La sala tiene a la izquierda el cuarto de Josué y el de doña Rosario. A continuación el comedor, donde diariamente se reúnen y donde los pequeños estudian a veces y realizan tareas escolares. Según van creciendo, los deberes hogareños se distribuyen bajo una especie de consigna: ayudar a mamá.

El único toque suntuario, que se aprecia, ocupa la sala. Es el piano de doña Rosario que utiliza para su propio ejercicio, para impartir clases a niñas del vecindario y en el que Frank muestra sus aficiones por la música bajo la guía de su progenitora. Su oído privilegiado lo familiariza pronto con los secretos del arte. La madre

admira sus progresos y comenta a sus amistades: toca muy bien de oído. Sin embargo, sin partitura, yo soy un cero a la izquierda. La convivencia con el piano llevará a Frank a ejercitar sus facultades en otros instrumentos, como el órgano y el acordeón.

El hogar humilde mantiene en medio de dificultades un exquisito sentido de organización que dictan principios éticos. Frank ha de sentir la ausencia del padre y tiene que suplirlo respecto a sus hermanos, que lo acatan respetuosos. Quema así etapas y da paso a una prematura madurez. La observación de un día en aquel hogar permite apreciar levantarse temprano para el desayuno. Rosario y cada uno, *Biblia* en mano, escoge un pasaje de las Sagradas Escrituras. ¿Qué entienden en este pasaje de Josué, el sucesor de Moisés: “escoged a quien sirváis, que yo y mi casa serviremos a Dios”.

Frank responde primero. Para él está muy clara la moraleja que encierra el respeto y la obediencia a padres y mayores. Agustín sigue en la misma línea de pensamiento. Entonces Rosario se vuelve a Josué:

—Y tú ¿qué dices?

—Josué replica: —Eso estaba bien antes porque los hijos eran muy tranquilos. Ahora es distinto—. Frank lo observa y sonrío mientras la madre lo mira entre severa y admirada:

—¿Quiere decir que tú te atreves contra las escrituras?

—No, mamá. Pero ahora hay padres que hacen cosas que no pueden obligar a los hijos a hacerlas.

Las calles de San Bartolomé y Carnicería ven aquel transitar diario y mañanero. Frank lleva delante a Josué de la mano y a tres pasos, Rosario hace otro tanto con Agustín. La ruta va en pos del colegio y el vecindario observa esa travesía cotidiana de la madre con sus vástagos, muy pulcramente vestidos y acicalados. La revisión higiénica ha sido meticulosa en manos, uñas, orejas, peinado y calzado. Josué suele morder el cuello de la camisa y ello le acarrea reprimendas y castigos. A ratos escapa de la mano de Frank y trepa a alguna reja por el placer de un ejercicio infantil e inesperado que reclaman sus pocos años y cierta inquietud natural. En ocasiones Rosario lo lleva como compañero tiene que asistir a algún ejercicio religioso. De su mano Josué no se atreve a escapar, pero la madre

recordaría con los años lo que estimó una muestra de aquel carácter tenaz y voluntarioso. Un fuerte brisote les contiene, les acorta el paso. Rosario sostiene firme la mano del pequeño. En un momento este se detiene y le dice: —El viento me empuja y no me deja caminar pero yo sigo y avanzo porque puedo más que él—. Los encuentros en el templo permiten un intercambio entre fieles, entre alumnos del colegio, entre padres y maestros. A Rosario le satisface escuchar las referencias al buen aprovechamiento escolar de los hijos y solo la hace fruncir el ceño los informes sobre Josué, que lo definen como inquieto, rebelde, belicoso. Las grescas frecuentes del menor de los País son en parte la respuesta a los que le provocan. Frank y Agustín se llevan las palmas de los elogios que el profesorado prodiga. Sobre los chicos pende como un compromiso inexcusable el que sean los hijos del Reverendo País. En 1946 Frank termina el sexto grado con notas excelentes, al igual que sus hermanos. El instituto los tiene entre sus alumnos más notables.

La escuela y el hogar forman una unidad que afirma los principios religiosos. El mayor de los hermanos, a pesar de su corta edad, ejerce sobre los otros una tutela amorosa y firme. Sobre todo hacia Josué. No son niños de empacadura santularia. Como todos en esas edades, tienen sus discrepancias y sus riñas por un juguete, una tarea o cualquier asunto que cada cual juzga preferente. Agustín y Josué pelean a ratos por la audición del pequeño radio en las horas del mediodía, cuando está en el aire una serie de aventuras que el más pequeño prefiere. Frank interviene y liquida el enfrentamiento con llamadas al orden o acaso llevándose el receptor a su cuarto. Los otros lo acatan y Rosario con silenciosa autoridad lo respalda.

En el colegio el alumno ejemplar se ha ganado la estima de sus profesores y el cariño de sus compañeros. Junto con su condiscípulo Martín Lorient, un muchacho negro, cuida el orden del aula cuando los profesores no están presentes. Martín es el único que sabe de la autoría de “el Conde de la Nobleza” y de “Mister X”, dos personajes misteriosos que rondan en el aula y que suelen dejar mensajes de crítica y llamadas al orden, la conducta, la disciplina, sobre las mesas de los profesores sin acusar a nadie. Conoce que Frank es el creador de tales personajes. Sus condiscípulos recordarían siempre dos gestiones memorables de estos fantasmas: una ocurrió cuando

un grupito violó las instrucciones de entregar a sus padres el sobre cerrado con las notas del período. Otra, cuando por ausencia del profesor se produjo una grave alteración en el grupo que reclamó la presencia de la profesora del aula inmediata, con las consiguientes quejas a la dirección.

Manuel Díaz Piferrer es el profesor de Frank al final de la enseñanza primaria. Ejerce una notoria influencia en su formación y en su manera de ser. Se percata de inmediato de las condiciones del muchacho, de sus aptitudes y de su gran inteligencia. Estimula el cultivo del estudio, su afición por la música, la pintura y la literatura. Lo estimula en la búsqueda del conocimiento de la historia sagrada y de la historia patria. Lo acerca a Martí a través de los *Versos Sencillos*, de *La Edad de Oro*, del *Presidio Político*, de los *Versos Libres*. A pesar de la actitud apartada, tranquila y medida de Frank, en su mente bullen los aprestos épicos que insuflan las lecturas. Cristo lo absorbe, David le atrae.

Piferrer, como comúnmente le dicen, organiza las excursiones a La Socapa, el Morro, Mar Verde, Aguadores, San Juan, El Viso, Arroyo de la Costa, a la tumba de Martí en Santa Ifigenia. En los primeros casos hay siempre la referencia a la naturaleza, la búsqueda de especies vegetales, animales y minerales que deberán nutrir el museo del colegio, la referencia a ciertos hechos de la historia de la ciudad. En la tumba del Apóstol, los chicos escuchan trozos de su vida y obra, y participan con sus preguntas, sus opiniones y sus recitaciones. En la recogida de especies, Piferrer insiste en la observación de la naturaleza. Organiza competencias con los equipos de la escuela en los que Frank ostenta vitalicio la presidencia del Equipo Verde, su color preferido. Permite la natación y las prácticas de tiro que ejecutan con *peerless* los más pequeños y con escopetas los mayorcitos. Disparan sobre blancos improvisados, como piedras fijas, troncos de árboles, latas u otros objetos que colocan a cierta distancia. Las especies recogidas son llevadas al colegio donde los alumnos, como parte de sus clases, les darán toques de presentación artística y de preservación para regalar como objetos artesanales en las tómbolas y verbenas que organiza periódicamente la institución. En una oportunidad surge inquietud en algunos alumnos sobre el destino de los fondos obtenidos por esa vía, algo que llegado a oídos

de Frank, provoca en él particular disgusto. Le molesta que se insinúe desconfianza hacia Piferrer, que en ese momento es el director del colegio. Con la sinceridad que lo caracteriza, le dice a Piferrer delante de todos que existe cierta duda y que sería muy saludable que se diera una explicación. Este se sorprende y mira fijamente a Frank. Sabe que tal duda no puede estar en él, y asimila la observación. Al día siguiente reúne al alumnado en la sala del templo y ofrece una minuciosa y detallada información sobre el destino de los recursos, que hacen posible la preparación y ejecución de las excursiones y los gastos que acarrearán. El paso saludable y esclarecedor avergüenza a los promotores, pero levanta el entusiasmo en las gestiones futuras, y el profesor le agradece a Frank su franca y oportuna intervención.

En el hogar, el ritmo es el de una vida planificada, metódica. Rosario, además de sus clases, asume labores de repostería para cumpleaños y otras celebraciones. Frank la ayuda en el batido del merengue y observa admirado cómo la madre, manga en manos, hace filigranas y dibuja trazos de artística composición sobre las panetelas. Agustín y Josué limpian y ordenan sus cuartos, trapean el piso y barren el patio cementado, riegan las flores y las plantas ornamentales y luego se sientan en torno a la mesa del comedor para hacer sus tareas escolares. En ocasiones, durante los exámenes, Martín se queda a dormir en la casa. La jornada de estudio se interrumpe cuando Rosario, algo entrada la noche, les sirve arroz con leche que es el preferido de Frank. Josué interrumpe a ratos a su hermano mayor con alguna pregunta sobre la materia que le ocupa. Frank lo atiende y revisa sus tareas al final. A ratos, con trece o catorce años los mayorcitos, se enfrascan en discusiones sobre la situación del país. La madre, que cose sentada en la sala, alza la cabeza y pregunta si esos temas forman parte del material de estudio. Ellos callan y tornan a sus deberes. Otras veces, la madre debe ir al templo a cumplir sus funciones de organista en horas de la noche y designa a Frank o a Agustín para que vayan a recogerla a una hora determinada. Agustín y Josué asimilan las responsabilidades domésticas, como parte del respeto y veneración que deben a su progenitora, a la que de esa manera pueden ayudar. La cocina ocupa buen tiempo a Rosario, entre los alimentos de los hijos y la repostería. Frank, atento a sus desvelos, se adentra en los secretos

de ese arte y aprende a cocinar. Ella cocina con carbón vegetal que se adquiere en la puerta de la casa y son frecuentes sus quejas por la calidad del combustible y su escaso rendimiento. Frank la escucha discutir con los expendedores.

En días de asueto, él suele recogerse en su cuarto, donde escribe, lee o dibuja. Rosario aprovecha la sombra de la parra para sentarse a coser y fijar botones; Josué, con permiso de la madre, sale a la calle a jugar con niños de su edad. En un momento en que su delirio son la “olla” y las bolas, irrumpe volcánico en la casa, atraviesa sala, comedor y patio. Toma un palo y regresa sobre sus pasos. Rosario, intrigada lo detiene: —¿Qué es esa obcecación? ¿Para qué es ese mamporro?

—Un grandulón me quitó mis bolas. ¡Pero con este palo, me las va a tener que dar!

—Aguarda, ¿cómo es eso de que te han despojado de lo que es tuyo? —Se incorpora en gesto decidido —Espera, hijo. El que sea se las va a ver conmigo.

Frank sale de su cuarto atraído por la conversación. Al ver la disposición de la madre lo detiene: —Espera, mamá. Tú no tienes necesidad de intervenir en eso. Déjame a mí—. Se vuelve a Josué, vamos “chiquitico” a buscar tus bolas.

Rosario narraba después cómo Frank se fue hasta el grupo en el que efectivamente un mayorcito, de su misma edad, se imponía prepotente secundado por otros. Le exigió la devolución pero el aludido se negó desafiante. Frank lo conminó una vez más tranquilo y por respuesta recibió un rotundo ¡no me da la gana! La contienda fue breve pero concluyente. De regreso junto a Rosario, esta observó la camisa magullada de Frank y le preguntó:

—¿Debiste lidiar con esos malandrines? Frank replicó algo. Y volvió a su cuarto. Fue Josué el que con aire triunfal narró lo sucedido.

Los impulsos infantiles de Josué solían imponerse. La madre, consciente favorecía las excursiones y algunos entretenimientos. Empinar cometas ponía al menor en ebullición. Frank y Agustín favorecían esa expansión como activos colaboradores cuando se iban a algún ramplazo o lugar abierto donde Rosario se sentaba a observarlos. Agustín no era muy dado a acceder a los caprichos del menor y surgía la trifulca en que intervenía Frank. Josué no solo

quería empinar la cometa, sino también que armaran el rabo de fragmentos de cuchillas de afeitar para guerrear con otros empinadores y adentrarse en la puja de quién derriba la de quién. A veces vencía, a veces era derribado. Pero, cuando no había tiempo o disposición para llevarlo a una arena de lidias apropiada, empinaba desde el techo de la casa. Lo hacía a escondidas de Rosario, porque ella, además de prevenir el peligro, cuidaba la integridad de las tejas que podían quebrarse bajo los pies y las maniobras de Josué. Así, ocurrió un día en que Rosario lo descubrió en tales andanzas y enérgica y autoritaria le ordenó bajar enseguida. Josué se divertía en guerra con la cometa de otro chico vecino y a cada voz reiterada de la madre contestaba con un ¡ya voy! tras el cual seguía en su animada contienda. Al ver que el testarudo no le obedecía, Rosario llamó a Frank y le dijo que hiciera descender a Josué del techo de cualquier manera. Frank trepó a la parra y ganó el tejado. Se acercó a Josué decidido a arrebatárle la cometa y terminar de una vez por todas con su desobediencia. Josué se resistía y para eludir la presión diligente del hermano comenzó a retroceder tenazmente perseguido por Frank. No se percató del límite de la techumbre y en un traspíe cayó de espaldas al vacío. Frank vibró alarmado y Rosario, desde el patio, quedó en una pieza al verlo descender. Pero, por fortuna, la caída no tuvo otras consecuencias. La trenza enrevesada y fuerte de las ramas de la parra actuó como amortizador y Josué quedó tendido sobre el ramaje, mientras abajo Rosario, correa en mano, le congelaba la sonrisa turulata del susto y le auguraba el castigo.

CAPÍTULO II

Primer viaje a La Habana

En el verano de 1946 reciben la visita de la hermana. Sara por entonces residía en La Habana y se desempeñaba como profesora de inglés del Instituto de Segunda Enseñanza. Ella nunca dejó de atenderles y ayudarlos en lo posible. Mantiene comunicación con Rosario y viaja a Santiago para verlos. Su arribo es esperado siempre como un acontecimiento familiar. La madre le muestra con orgullo las calificaciones que reflejan el buen aprovechamiento de los tres. En esta ocasión Sara habla algo cautelar sobre Frank. El profesor Piferrer le ha dado información sobre los chicos y en el caso del mayor, ha volcado su percepción de que se trata de alguien superdotado y es necesario que la iglesia piense ya en qué se va a hacer con él. Rosario reacciona sorprendida porque a ella nada se le ha dicho al respecto. Percibe que una cierta desconfianza se cierne sobre sus capacidades como guía de sus hijos. Así lo expresa porque nadie se le acercó para decirlo como corresponde. Sara la tranquiliza. Piferrer considera que ella es la más indicada para trasladar esa inquietud y ha aprovechado el momento de su visita. Aunque Agustín será en el futuro el más apegado a su hermana y a sus sobrinos —por cierto, mucho mayores que los tíos—. Ella observa atentamente a Frank. Lo encuentra muy delgado. Rosario alega que se ha esforzado mucho en ese año. Sara propone llevarlo a La Habana para que pase allá las vacaciones y hacerle chequeo médico. Frank acepta jubiloso la idea, mientras Josué reacciona algo celoso. Es así como el mayor de los hermanos hace su primera visita a la capital. Realiza paseos por la ciudad y desfilan ante su vista el Prado, el Capitolio, el Morro, el Parque Central con la estatua de Martí, el malecón a cuyo muro trepa para observar la extensión del mar, las

playas en que disfruta del baño y la natación, el estadio del Cerro para ver un juego de béisbol con su equipo preferido, el “Cienfuegos”.

Una circunstancia inesperada irrumpe para quebrar el curso de esos días felices. El doctor Molina, esposo de Sara, fallece repentinamente. El pesar se adueña del hogar. Arriban los hijos de Sara y terminadas las exequias regresan a Oriente. Sara conversa con Frank. Le propone que viaje de vuelta a Santiago junto con sus sobrinos. Frank le pregunta si ella quedará sola. A su asentimiento, responde —si es así, prefiero quedarme contigo para acompañarte, aunque no salgamos de paseo—. Sara conmovida lo abraza.

Ya en Santiago algunas tardes, Frank y Martín iban hasta “El Baturro”, el concurrido café de San Félix y Aguilera, para ingerir refrescos o helados. Un día, mientras regresaban desde allí a la casa de San Bartolomé, Martín ve cómo Frank se detiene, saca un cartucho y recoge varios granos de carbón que introduce en el envoltorio. Le pregunta sorprendido el porqué de tal gestión. Frank le responde que se trata de algo útil y Martín le replica que útil puede ser un saco de carbón, pero no unos granos. Frank le argumenta que grano a grano se llena un saco. Los expendedores del combustible pululan en la ciudad. En sus actividades de venta suelen dejar algunos remanentes sobre el pavimento y Frank concibe la idea de recogerlos pacientemente con un propósito determinado. Lo comunica a sus hermanos y los tres se aplican entusiastas a la faena que acaba de ejecutar para extrañeza de Martín.

Entre los nexos profundos e impercederos que se crean entre madre e hijos, las demostraciones de cariño frecuentes alcanzan en determinados casos niveles de excepción. Para doña Rosario tales demostraciones conllevan el inculcar a sus hijos el conocimiento de los ancestros. La abuela, un carácter fuerte y obstinado lo ve reeditado en las reacciones de Josué. Del padre, huelgan los ejemplos y las anécdotas que fluyen de toda la feligresía y de las charlas de hogar. Con cada aniversario de su muerte la madre lleva a los chicos hasta la tumba para ponerle flores y ante la cual Frank canta el himno religioso que fuera de su preferencia.

En cuanto a la madre, los chicos despliegan sus iniciativas. En cada onomástico, a falta de recursos con qué obsequiarle un presente, se las ingenian para demostrar ese inmenso cariño que le

profesan. Recogen flores y en hora bien temprana de ese día especial la despiertan mimosos. Josué roza su rostro con una rosa, Frank con el acordeón entre las manos y secundado por Agustín y Josué entona un “felicidades” clamoroso. Rosario despierta embriagada de satisfacción. Los abraza y los besa mientras exclama: —¡Mis hijitos! ¡Cómo quereis a vuestra madre! ¡Nunca olvidais este día!— En ocasiones entona algunas coplas oriundas de su terruño que ellos han aprendido a secundar y se forma un coro familiar de musicales y festivas resonancias.

Esta vez, tras la singular y tierna ceremonia, la llevan hasta el cuarto de desahogo con los ojos cerrados. Frank acciona la tapa del viejo baúl y le pide que mire. Rosario queda inmóvil. El añejo reservorio está atestado de granos de carbón. Le intriga cómo y con qué recursos han podido adquirirlo. Frank le dice tranquilo que durante meses han recogido por las calles los rezagos de los vendedores. Rosario, apenas exclama: ¡qué grata ocurrencia, hijos!

Las consideraciones del colegio y de la comunidad religiosa respecto a Frank consumen algún tiempo de doña Rosario. Ella antepone a las opiniones de todos el respeto a la voluntad y a la vocación de su hijo en edad de razón. Está consciente de su clara inteligencia, de su carácter retraído, introvertido, pero firme y austero. Dibuja, escribe, canta, pulsa instrumentos musicales, compone, pero, cuando se promueve la aspiración de cada uno, Frank expresa que quiere ser arquitecto, la madre preocupada lo escucha. Una carrera universitaria cuesta mucho y los recursos apenas dan para subsistir. Por demás, sus hijos son tres que, al exponer sus aspiraciones, parecen seguir la pauta del futuro que traza el mayor. Se limita entonces a suspirar y a decir: —¡Ya veremos, hijos! ¡Dios proveerá!— La comunidad religiosa resume sus expectativas en una proposición: que se le prepare para que siga las huellas de su padre, que se le forme para Pastor Evangélico. Rosario conversa con Frank. Le comunica la idea que tiene la feligresía y la jerarquía eclesiástica. Él medita un instante y luego se declara conforme. Desde entonces sus deberes religiosos se verán acrecentados, sus estudios bíblicos se incrementan y asume responsabilidades que lo llevan a trabajar en la Escuela Dominical, que agrupa a los jóvenes en actividades culturales y recreativas, en labores de apoyo y proselitismo que se

realizaban en las misiones y pequeños templos evangélicos de las barriadas, algunas distantes. Con otros muchachos, hermanos de fe, visita centros hospitalarios, asilos y prisiones donde llevan su mensaje de consuelo y aliento a través de los temas bíblicos y de himnos religiosos. Como Superintendente de la Escuela Dominical de la Primera Iglesia deja boquiabiertos a una profesora a la que reprende por llegar tarde a sus deberes y a un profesor de quien conoce que maltrata a la esposa. Severo, firme, le enrostra: —¿en qué parte de la *Biblia* dice que se puede maltratar a la mujer?—. Y en ese conjunto de actividades colaterales su personalidad alcanza ribetes tempranos que forman un ambiente de respeto y estima. La madre, en el recuerdo, exclamaría al pasar los años: ¡Qué muchachito este!

Pero, junto a los afanes religiosos y éticos discurren sus impulsos patrióticos. Ayuda en la organización de los desfiles escolares en fechas como el 24 de Febrero, el 10 de Octubre, el 27 de Noviembre y el 28 de Enero. El 7 de Diciembre, la fecha de su natalicio, tiene sin embargo para él una connotación luctuosa. Se conmemora la caída en combate de Antonio Maceo y con la de él, la de todos los luchadores anticolonialistas. Su mente, en ese día, se nutre en los actos y rememoraciones que apuntan generalmente a la casa natal del Titán de Bronce, la que alguna vez visitara conmovido. En el Museo Bacardí, tan cercano al colegio, ha visto sus armas, sus objetos personales y *El Cubano Libre*, periódico mambí que Maceo ordenara editar en la manigua.

Disciplinas como la Historia y Moral y Cívica, le permiten desarrollar sus ideas sobre la sociedad, sus concepciones primigenias sobre derechos y deberes del ciudadano, de la naturaleza, de la conducta social, de la vida pública. En sus notas escolares se encuentran testimonios fehacientes que definen criterios no extraídos de los textos sobre la libertad, sobre el gobierno, la democracia, la educación, la escuela, la prensa, las bibliotecas, los partidos políticos, los conciertos, los festejos, los estudiantes, la ignorancia, la miseria, el medio ambiente.

En 1948 tras terminar el octavo grado, ingresa en el Instituto de Segunda Enseñanza para cursar el bachillerato, paso indispensable en su propósito de estudios universitarios. En ese año, cerca de cumplir

los quince, es bautizado en la Primera Iglesia en ceremonia que se realiza en el baptisterio. Obtiene el ingreso en el Instituto y durante ese curso asiste regularmente a sus clases. El estudiante que arriba al nivel medio superior mantiene sus estrechos nexos con la iglesia y su incesante actividad dentro de ella. Lo acercan al púlpito desde el que dice pasajes bíblicos, dirige, canta, orienta, predica.

CAPÍTULO III

Escuela Normal para Maestros

Este primer tiempo de estudio fuera del marco del colegio lo relaciona con el mundo laico. Sus compañeros y compañeras no son los de antes. El ambiente que lo rodea acusa esos signos abiertos y diversos que pueden sugerirle ideas de paganismo. Esta juventud supone otras conductas y otros objetivos. Sobrelleva el impacto que esto le produce aferrado a sus principios. Por otra parte y como muestra de madurez, observa el ambiente del hogar, la estrecha situación económica, sus hermanos y los esfuerzos de la madre. Siente la necesidad de ayudar. Así, al terminar el primer año de bachillerato propone intentar el ingreso en la Escuela Normal para formarse como maestro. Es una carrera de cuatro años tras lo cual podrá tener trabajo inmediato y continuar estudios hacia su meta. La madre se preocupa por esa decisión que conlleva un gran esfuerzo. Dos estudios al mismo tiempo requieren de sacrificio. Frank alega que otros lo hacen y él se siente capaz como cualquiera. Hasta ahora ha sido un estudiante de los cursos diurnos en el instituto. Cambiaría a los nocturnos dado que la Escuela Normal, de ingresar, exige asistencia en las mañanas y en las tardes. Rosario, algo dubitativa, acepta. Para lograrlo, Frank debe prepararse en algunos de los cursillos de verano al que cientos o miles de estudiantes acuden para optar por una de las setenta y cinco plazas que el centro formador de maestros oferta cada año. Matricula en el Colegio privado Juan Bautista Sagarra, institución prestigiosa que dirige el profesor e historiador Francisco Ibarra Martínez. La madre, al dar su asentimiento, expresa: ¡Nada! Que será maestro como su padre. El procurador Carmona, integrante de la feligresía, amigo del Reverendo País y de doña Rosario, es un factor de apoyo

para la familia. Atiende todo lo relacionado con los escasos bienes y con el aporte de la iglesia. Se encarga de los trámites corrientes que requieren y su casa es punto de visita de los País- García sobre todo en días festivos como la Nochebuena, la Navidad o el Fin de Año. Ejerce una acción paternal sobre todos. Rosario le consulta en cuestiones legales y en los planes de sus hijos. Carmona celebra la idea de Frank y observa que existe una beca por el municipio de Santiago a la que puede aspirar y obtener si sus calificaciones en los exámenes de ingreso resultan relevantes. Instruye a Rosario sobre los trámites a seguir.

La Escuela Normal es un centro de enseñanza media superior de la ciudad. Su ubicación en Santiago se corresponde con el hecho de que esta sea la capital de la antigua provincia oriental. No hay escuelas normales en otras ciudades y estudiantes de las demás localidades concurren también a exámenes de ingreso, lo que torna reñidas las posibilidades y crea a la vez grandes expectativas entre el estudiantado y entre toda la ciudadanía. Fue fundada en 1916 y significativamente su primer director había sido precisamente el doctor Molina, esposo de Sara y cuñado de Frank. Ocupaba un área bastante extensa hacia la parte alta en el nordeste de la ciudad. En tiempos de la colonia fue un criadero de palomas mensajeras del ejército español por lo que se le conocía como “el palomar”. Durante la intervención norteamericana se construyó con piedras especialmente traídas desde Estados Unidos lo que se denominó “Escuela Modelo” para hijos de militares y funcionarios norteamericanos radicados en Santiago y en la que ejercieron pedagogos de ese país en la preparación emergente de educadores cubanos. La construcción es una réplica de las residencias del Sur. Tiene un cuerpo central con dos plantas y a ambos lados pabellones rectangulares adosados que forman aulas con parabanos o separadores móviles. En torno, amplios portales o corredores. Las aulas correspondientes a cada curso estaban en la planta baja, y en la superior, locales para la economía doméstica de las muchachas, trabajos manuales, un museo ornitológico y laboratorios de Física y Química. La ventilación se garantizaba por continuas ventanas provistas de paneles giratorios de cristal nevado. Al fondo, áreas deportivas para baloncesto, volleyball y tennis, con un graderío. Se utilizaba también para actividades

diversas que incluían danza, teatro, reuniones, verbenas, recitales, conferencias y los célebres “verecundos”, espectáculo en que una vez al año alumnos varones desplegaban hilarantes representaciones histriónicas de imitación y burla pues recibían autorización para recrear rasgos de la personalidad de profesoras y profesores.

Una carreterita que se iniciaba en la reja de entrada en la calle Plácido daba acceso a la escuela. Una arboleda separaba las edificaciones del otro terreno deportivo, un gran rectángulo en plano más bajo, iniciado a la altura de la calle San Jerónimo y separado por un largo muro que seguía el borde de las rúas Calle Nueva y Trinidad. Por esta vía y a un costado, el Hospital Civil Saturnino Lora y una cuadra más allá el Cuartel Moncada. En el ala izquierda y separado del anterior por un patio, el edificio de la Escuela Anexa a la Normal donde realizaban sus prácticas docentes los alumnos de tercero y cuarto años. Con el tiempo se construyó junto al ala derecha otra edificación para el Aula Magna que acogería, con su piano de cola, las clases de Música y también variadas actividades culturales y políticas.

Los exámenes de ingreso se celebraban a mediados de septiembre por lo que los meses de junio, julio y agosto resultaban decisivos en la preparación de los aspirantes. Se conocía y se hablaba mucho del rigor de las pruebas. Pero, junto con esto se expandían versiones de manejos tortuosos. El difícil acceso movía especulaciones sobre ingresos amañados y prácticas de favoritismo que nunca pudieron ser demostrados. La simple mención de gestiones para lograr una “palanca” que garantizara el ingreso, provocó indignación en doña Rosario. Ella no concebía que sus hijos se apoyaran en subterfugios para alcanzar un objetivo. No era esa la enseñanza ni la conducta moral en que debían formarse. Que se prepare bien y si demuestra que sabe no pueden dejarlo fuera, exclamaba. Entendía que de existir esos casos, se violaba vergonzosamente el derecho de otros. Frank se sentía a su vez penetrado de la misma actitud.

Previo a los exámenes, Carmona conversa con él y con doña Rosario. Observa que esa intención de Frank de presentarse a las pruebas por “la libre” que significaba someterse a oposiciones por todas las asignaturas, no le parece lo más prudente. Optaría por una de diecinueve plazas, mientras que haciendo valer su certificado

de octavo grado puede luchar por una plaza de treinta y ocho, que estarían en disputa con el examen de solo tres asignaturas. A Rosario le parece lógica esta deducción y ambos discuten con Frank. No logran disuadirlo, y cuando días después es Sara —otra vez de visita y aconsejada por Carmona— la que intenta convencerlo, Frank opone un razonamiento que congela la intención de la madre y de la hermana. Explica que por vía del certificado se presentan a la liza más de novecientos estudiantes para optar por treinta y ocho plazas, es decir, unos veinticuatro aspirantes para cada una mientras que “por la libre” el número de aspirantes es infinitamente menor, alrededor de dieciocho por cada plaza y por lo tanto el porcentaje de probabilidades es mucho mayor.

El 30 de agosto de 1949 entrega su solicitud en la Escuela Normal junto con su aspiración a obtener una beca. Estas becas, una por cada municipio de la provincia, consistían en veinte pesos mensuales que ayudaban a los estudiantes en la adquisición de libros, vestido, calzado. Entre el 15 y el 19 de septiembre realiza las pruebas. Rosario, a veces acompañada de Agustín o de Josué, asiste al lugar y aguarda junto con otras madres la culminación de los ejercicios. La proclamación pública de cada nota en diferentes días es en aquel ámbito la primera clarinada del estudiante excelente, algo que llama la atención entre los cientos de congregados. ¿Quién es el País ese que no baja de noventa? Las muchachas, en número superior, cuchichean y lo buscan con la vista. Es ese que está ahí. En la cara se le ve que es “filomático”. En el anuncio final, cuando se dicen los nombres de los ingresados, se informa que Frank País García ha obtenido un acumulado de 829 puntos en nueve asignaturas con un promedio de 92,1 para sobresaliente. Ello le da el primer lugar entre los ingresados con el mérito de ser el promedio más alto obtenido por aspirante alguno en la historia de la escuela. La madre lo abraza emocionada y en la iglesia llueven los parabienes. El prospecto de Pastor evangélico corresponde con las esperanzas puestas en él.

El estudiante normalista

Las “novatadas” eran una especie de bautismo de fuego para cuantos ingresaban en uno de los centros de segunda enseñanza. Muy

notorias las del Instituto, donde se pelaba a rape a los novatos, se les paseaba por las calles pintarrajeados, con los zapatos al cuello y los pantalones a la altura de la rodilla, con carteles pegados al cuerpo que anunciaban su condición de novicio. Se les obligaba a bailar, a improvisar, a hacer acrobacias, a cantar, en una interminable jornada que tenía todos los visos de tortura, y generalmente, los más ensañados con los bisoños eran los de segundo año, que conservaban frescas sus terribles experiencias del año anterior. Al ingresar en el Instituto, Frank se había sometido tranquilo y obediente a aquellas prácticas que juzgaba inciviles. Josué, cuando lo vió regresar hecho una calamidad y sin su cabello, se rió de él y lo motejó “cocoliso” mientras Rosario trataba de borrar las huellas del trato salvaje en cuerpo y ropas.

La Escuela Normal, que por mucho tiempo aplicara novatadas, a partir de 1944 decidió cambiar sus ingredientes. Nada del pelado, ni de los tránsitos callejeros, ni ningún otro elemento que atentara contra la integridad física y la dignidad de la persona. Devino, entonces, en una gran fiesta bailable en que los “viejos” y los nuevos se mezclaban rientes y festivos en el jolgorio. Se hizo un gran almuerzo en una playa. Frank se vio mezclado en el cumbite pero mantuvo su acostumbrada discreción y probablemente su seriedad consustancial actuó de parapeto ante los promotores de “castigos” que pudieran ser la demanda masiva del baile de una rumba o una conga, declamar un poema o enamorar a viva voz a una muchacha.

Asistía a sus dos sesiones diarias. Temprano en la mañana salía a la calle Habana, tomaba después por alguna de las transversales la de Trinidad, subía la loma que la distingue, cruzaba sobre Calle Nueva y entraba a la escuela por la reja inmediata a la Anexa. Se acercaba a los grupos congregados frente al edificio central donde permanecía solo, a la espera del timbre que convocaba al aula del grupo “B”. Se mantenía indiferente a las miradas y a los índices que abiertamente lo señalaban como el caso notorio, el primer expediente de ingresos, el fenómeno. Cira Lauhau (Lujó) lo señalaba discreta a Ena Rizo y esta con cierto desparpajo natural comentaba que ella, a los “filomáticos”, los tenía borrados de “su corazón”. En las clases no acusaba relieve significativo pero cuando le demandaban alguna intervención lo hacía de manera segura y clara y eso

llamaba la atención de condiscípulos y profesores. Pronto lo tomaron como punto de referencia para despejar dudas y reclamar ayuda. En tiempo de receso, cuando se formaban los corrillos en torno al kiosko de meriendas y el parloteo acrecía con muy variados temas, no era extraño verlo de pie con algún libro abierto sobre el barandal de los corredores, solo. Las muchachas sobre todo, querían quebrar aquel mutismo y el aislamiento. Como no les era fácil entrar en su mundo, le arrimaron un mote: “el llanero solitario” y buscaron a alguien que se le acercara. El flaco Rafael Hermida decía conocerlo del Instituto aunque no de mucho trato. Inducido por el grupo se le acercó y le trasladó la invitación para que merendara con ellos. Frank aceptó y desde ese día se produjo el deshielo.

En ese primer acercamiento se interesaron sobre el porqué de tanta lectura, de tanto estudio. Frank explicó que lo hacía también en el Instituto en cursos nocturnos y no podía perder tiempo ¡El Instituto! —exclamarían Cira y Ena casi al unísono. Frank tendría que definirse. Esa ambivalencia no podía ser. La rivalidad entre ambos planteles tenía sus raíces en las tradicionales contiendas deportivas y era necesario definirse. O aquí o allá. El asunto le causó gracia. Mientras ingería refresco deslizó el argumento de sus aspiraciones hacia la arquitectura para lo cual necesitaba hacerse bachiller.

Los días sucesivos cohesionaron al grupo. En el aula la personalidad de Frank fue creciendo lenta y firmemente. A la hora de exponer nunca era el primero, parecía rehuir todo protagonismo. Sin embargo, los vaivenes del aula le tocaban como por reflujo y entonces brillaba por sus conocimientos. Una acuciosa comprobación de lectura en la clase de Geografía Física tenía la exigente demanda de la doctora Irene Sirés. Dos muchachas, nerviosas y atribuladas, debieron sentarse derrotadas mientras se cernía por el habitáculo esa sensación de terror e incertidumbre del no saber. Voces en sordina demandaban de Frank que salvara al grupo asumiendo las respuestas a las preguntas de la profesora. Frank levantó una mano y la doctora Sirés lo señaló. Con voz pausada expuso las características de la fauna marina en sus tres niveles: litoral, abisal y pelágica.

Una sensación de alivio se expandió por la sala. La profesora comentó entonces que si País había podido estudiar por qué no lo hicieron los demás. Frank, muy sereno, alegó: es que en la biblioteca

hay solo dos ejemplares de la Geografía de Massip a disponibilidad del alumnado por lo que era imposible que todos pudieran utilizarlos. La profesora se limitó a un gesto de impotencia mientras el pleno del aula sonreía en apoyo a las palabras de Frank.

Conflictos con los textos de estudio, con los horarios, con la entrega de trabajos, con los materiales, con las calificaciones, eran frecuentes. El acudir a la Asociación de Alumnos o a la dirección, requería que se expusieran las necesidades en forma clara y precisa, y entonces todos acordaban que aunque se fuera en grupo el expositor debía ser Frank. En él encontraban ayuda para el Inglés, la Música y el Dibujo cuantos lo pedían. El solfeo constituía una verdadera dificultad sobre todo para los varones. Frank logró acceso al gran piano de cola del Aula Magna y allí impartía sus orientaciones y enseñanzas a los más rezagados. A ratos, para deleite de los otros, tocaba algunas piezas de moda y no pocas veces cantaba acompañándose del instrumento.

En ese primer año contempló algo ausente la efervescencia del proceso eleccionario. Los primeros meses del curso copaban la atención de los estudiantes en pos de candidaturas que se armaban y durante cierto tiempo no se hablaba de otra cosa. Cada candidatura nominaba sus delegados de aula, que una vez electos constituían el pleno de la Asociación de Alumnos y entre los cuales se designaba a los miembros del ejecutivo que, junto al presidente electo por votación directa y secreta, ejercería un mandato por todo el curso en representación interna y externa del alumnado. Frank había contemplado el proceso en el Institututo. Ahora también se mantendría al margen. Rosario insistía en sus ratos de charla con los hijos en que se mantuvieran alejados de la política estudiantil por cuanto solo acarrearía pérdida de tiempo y situaciones desagradables. Además, algunos dirigentes del estudiantado se dejaban arrastrar por la otra política, tan plagada de vicios e inmoralidades. Los candidatos para presidente eran esta vez Miguel Matute Peña y Enzo Infante Urivazo, alumnos de cuarto año. Matute era reincidente pues había perdido en la elección anterior frente al autor de estas líneas. Los candidatos irrumpían en las clases y prodigaban arengas fogosas que exaltaban a los grupos y encendían la polémica. El día de la votación la escuela se convertía en un hervidero que Frank contemplaba indiferente,

acogido a la biblioteca o escuchando el curso de los comicios que se celebraban aula por aula. Al final, Matute obtenía la elección y sus parciales atronaban el ámbito llenos de euforia.

Un ingresado de notas excelentes gozaba de la aureola de alguien brillante que ha sido capaz de vencer en oposiciones severas. El alumnado resulta mayoritariamente femenino y en cada año junto a la explosiva presencia de las muchachas, muy evidente en desfiles y otras actividades, los varones representaban un porcentaje mínimo. Esta composición daba, sin embargo, en lo interno un aliento positivo. Mientras en el Instituto, en Artes y Oficios o en la Escuela de Comercio se daban el lujo de tener atletas diferentes en cada deporte, en la Normal los muchachos eran los mismos para todos los deportes que se practicaban. Simplemente cambiaban el uniforme. Esto les daba una aureola heroica que la masa normalista apreciaba mucho y sobre todo las jóvenes, que veían en sus combativos compañeros a verdaderos ídolos. Les dispensaban particular admiración y los ayudaban en sus estudios. El recibidor, la entrada principal, el kiosco de Delís, los amplios corredores, el área deportiva posterior, alguna de las aulas o la biblioteca, eran puntos de contacto y reunión en que a determinadas horas, podía verse los grupos afines en parloteo o aplicados a las premuras de trabajos de clase o pruebas docentes y en que los atletas, siempre apurados a la hora de la verdad, recibían esa inyección de conocimientos que no adquirirían en el tiempo dedicado a los deportes. Frank, si bien acudía regularmente a las clases de Educación Física, no se incorporó a ninguno, de modo que sí auxiliaba a los practicantes en el estudio. Entre todos esos puntos, la biblioteca fue para Frank el más fructífero. Recién entrado en la adolescencia, con toda la carga ideológica de su formación religiosa, suele mirar el mundo a través de los preceptos bíblicos. No los proclama o los enuncia a boleo, pero su actitud y su conducta los reflejan de manera que sus compañeras y compañeros lo aprecian así. La necesidad de los textos que exigen las asignaturas y su vocación literaria y artística lo convocan a cierta búsqueda suplementaria. La poesía ejerce su poderoso atractivo y entre antiguos románticos y osados modernistas, brega y escoge. Tal vez la biblioteca por sí sola pudiera motivarlo con mucha fuerza, pero hay en ella, además, alguien que atrae poderosamente. Rafaela Tornés Carulla es mujer

madura y culta. Dirige la actividad, goza de notoria estima y aprecio en todo el ámbito docente y más allá, por sus dotes personales y su ejecutoria, que dice de trajines insurreccionales durante el machadato. Algunos profesores, en referencia a datos y hechos, suelen decir a sus alumnos: vayan a ver a Fela a la biblioteca.

No tardó ella en fijar su atención en el muchacho serio y callado, asiduo lector a ciertas horas. Cira Lauhau, Ena Rizo e Ivonne Blanco, lo acercaron a la singular mujer. Fela, había comentado sobre sus características a Dinorah Rosell, la bibliotecaria auxiliar, madre de Renato Guitart, con quien también establecería Frank una fluida relación de amistad. Tras los primeros intercambios se percata de que con Fela se podría hablar durante horas y horas. Ella sostiene una conversación animada que destila sin esfuerzo conocimientos y dominio pleno de autores y obras. En sus días juveniles cultivó la poesía y a pesar de cierta contención pudorosa en ese sentido, con Frank no fue remisa a desempolvar viejos archivos personales. Leyó algunos trazos poéticos de Frank y lo estimuló a la conquista de una sólida cultura. Pero, había en Fela una pasión infinita por Martí que el joven estudiante apreciaba conmovido. Momentos como el abandono de la esposa en Nueva York, la devoción de los Pedroso, la polémica con Ramón Roa y el general Collazo, las cartas que se cruzaron, las opiniones de Darío tras la debacle de Dos Ríos, consumían ratos de una plática que Frank percibía coherente con sus expectativas éticas y patrióticas. De las palabras inductoras, pasaba a la lectura de textos que Fela le proporcionaba. Y en esas devociones había un hecho muy significativo que impactó a Frank. Fela poseía una carta autógrafa de Martí tras la que andaban historiadores y martianos de oficio. Nunca había querido entregarla porque entendía que la “República” no era la de Martí y su nombre y los enunciados de su obra se tomaban en flagrante transgresión a sus ideas. Aunque el fervor revelaba sus expresiones, Frank notaba en ella la amargura de las frustraciones. No obstante, mantenía fe en la juventud. Por tal razón trataba de atraerla y de sembrar ideales cuya fuente generatriz debía ser el Apóstol. La carta en cuestión y en ocasiones memorables, aparecía en sus manos, la enseñaba y podía leer algún que otro párrafo. Con este motivo ocurrió una vez una singular anécdota. Un 28 de Enero en el Aula Magna, Fela

comenzó a leer algunas frases. Estaba presente Rafael Argilagos, martiano devoto, autor de *Granos de Oro* y director de la biblioteca Elvira Cape. Argilagos, una vez que Fela iniciara su lectura, sacó una libretica y comenzó a tomar notas. Fela, al percatarse, calló de pronto y luego lo increpó acusándolo de piratería. Y aquel comportamiento radical, encontraba apoyo en la masa estudiantil que veía en ella un remanente activo de reservas morales, inconforme con el mundo que la rodeaba. Pero, si su carácter podía manifestarse en tales explosiones, los jóvenes que concurrían a su tertulia no olvidarían jamás la pasión y el fulgor trágico con que narraba el martirio de Floro Pérez, el estudiante normalista asesinado por Arsenio Ortiz, el “chacal de Oriente”, durante las luchas contra Machado. Fela se transformaba en un manojo hirviente que sobredimensionaba a ojos vista su figura alta, sus ojos miopes que lanzaban destellos de ira, su cabeza cana realzada por el tinte de su cabello. A demandas de Frank, accedió a contarle cómo había obtenido la carta martiana. En pleno machadato, un personaje de vida pública activa que la tenía, dijo de su disposición a venderla dada cierta necesidad económica que lo aquejaba. Fela, dispuesta a no perder la oportunidad pidió dinero prestado y la adquirió por cien pesos. El contenido de la misiva esclarecía algunos aspectos de la Fernandina y la conducta del indiscreto López de Queralta.

Frank se integró a gusto en el pequeño grupo de martianos que Fela nucleaba. Nunca le pidió acceso a la carta, pero sí firmó en un libro en el que ella recogía autógrafos de compromiso con la patria y con las ideas martianas. Fela contribuyó a ampliar y a consolidar su visión de la vida pública cubana, lo llevaría a conocer en profundidad nuestra literatura y sus figuras representativas y él con el tiempo, reactivaría en la vieja luchadora sus antiguos arrestos revolucionarios hasta hacerla figurar activamente en la lucha contra la tiranía.

El primer año de estudio en la Normal fue efectivamente la prueba de fuego que presumía Rosario. Al término, alcanzaba las más altas calificaciones del curso y al mismo tiempo, terminaba satisfactoriamente el segundo año de bachillerato que había llevado en clases nocturnas. Las satisfacciones de la madre y de la feligresía se expresaron en reconocimientos reiterados, en muestras de afectos.

Durante las vacaciones, aparte de algunas incursiones a la playa, las empleó en actividades culturales que se realizaban por vía de los Intermedios y la Escuela Dominical. La Iglesia Bautista de El Caney donde sería muy notoria su participación, lo recibió en el coro que dirigía y en obras de teatro en que participara. La labor evangélica en templos, hospitales y prisiones se mantuvo constante.

Al iniciar el segundo año en la Normal decidió abandonar el Instituto. Sentía que la carga era mucha y no le dejaba tiempo para ayudar a la madre, atender a sus hermanos y ocuparse de su formación religiosa. En este curso prácticamente lo obligaron a aceptar la candidatura de delegado de aula y al ser electo pasó a integrar la Asociación de Alumnos donde el nuevo presidente, Causse Salas, lo designó vicesecretario de Cultura. El regocijo de Cira, Ena, Ivonne, Sarabia y los otros, fue grande, pues ya lo tenían entregado plenamente a la escuela. La pertenencia a la organización estudiantil conllevaba otras implicaciones deducidas de la interacción entre los diferentes planteles. Desde 1948 se había constituido la Federación de Centros de Segunda Enseñanza de Santiago de Cuba en la que figuraban el Instituto, La Normal, la Escuela de Comercio, la de Artes y Oficios, la del Hogar, Artes Plásticas y la Normal de Kindergarten. El hecho se produjo como reacción defensiva y de unidad ante el abandono y la desidia oficial y frente al avance del bonchismo, expresión de la politiquería, y el gangsterismo, que intentaban penetrar en la cantera estudiantil. Sus fundadores principales fueron Alfredo Yabur, Castellanos, Juantorena, Pelé y otros, del Instituto y de Artes y Oficios. Esta última fue eje de un sonado acontecimiento en los años cuarenta bajo la presidencia de Temístocles Fuentes. El edificio original fue devorado por un incendio en 1941 y debieron albergarse en un local provisional, sin condiciones mínimas para la labor docente, a la espera de que se cumpliera la promesa de dotarla de una nueva edificación.

Avanzada la década, la promesa seguía incumplida, a la vez que los estudiantes se organizaban en su asociación e iniciaban un fuerte movimiento que se extendió a toda la ciudadanía. En 1945 se declararon en huelga, lanzaron a la calle muebles y enseres y dieron un plazo de cinco días para que se reiniciaran las obras del paralizado nuevo local. El triunfo coronó esfuerzos y en 1948

inauguraron su sede. El Instituto de Segunda Enseñanza, al que todo el mundo se refería como “el viejo caserón” reclamaba también su nueva instalación. Las manifestaciones, huelgas y tomas de plantel se sucedían en pos de sus fines. La Federación desempeñaría un rol fundamental en esas luchas que tocaban a los centros por solidaridad y que convocaba la participación de todos los estudiantes. Como tal y como miembro de la Asociación, Frank no podía permanecer al margen de la vorágine. No obstante, se mantenía en actitud discreta, solidario con los demás, pero sin protagonismo. Desde su cargo de vicesecretario de Cultura se propuso impulsar algunas tareas que juzgaba necesarias, como procurar textos para la biblioteca. Se requería de fondos para adquirirlos, por lo que promovió alguna forma de obtenerlos. Organizó veladas artísticas con cobro de entradas y logró llevar nuevos textos a la biblioteca. En los planes de la nueva directiva estuvo la reedición de la vieja revista *Hosanna* y Frank decidió colaborar.

Escribió en sus páginas. Lo había hecho ya con pequeños trabajos que acogían publicaciones religiosas, y siguiendo esa tónica aportó esta vez alguna meditación de contenido bíblico. El segundo año fue así, un paso más en el prestigio del joven estudiante. Como actividades colaterales que coadyuvan a la formación de los futuros educadores había en la escuela varios clubes que promovían la profundización del saber, la investigación y el desarrollo de iniciativas en la búsqueda de conocimientos. Son el Club Científico, el Literario y el Pedagógico. A todos se incorpora Frank. Al terminar el período docente de 1950-1951, sus calificaciones reincidieron en la excelencia y lo mantuvieron al frente del grupo.

CAPÍTULO IV

Pepito Tey, el bromista

En el segundo año se perfilaron algunas relaciones que, con el tiempo, se harían muy estrechas. Le llama la atención, como un despertar erótico, la joven María Teresa, muchacha alegre y expresiva con la que llega a intercambiar afectivos comentarios y cuchicheos. Dura poco, pero iniciado en impulsos de ardores adolescentes, lo verían pronto en la ronda a otras chicas atractivas y los comentarios dirían que Frank es un poco enamorado.

Habría también otros nexos de amistad y compañerismo con exponentes de su sexo, tales los casos de Arturo Vázquez, Chichito Colomé, Pedro García Lupiáñez y alguien muy especial: José Tey Saintblancard, *Pepito*. Frank y él coinciden en el segundo año aunque en grupos diferentes. Pepito era repitente. Una sanción que le aplicaron el año anterior lo separó de la escuela por lo que tornaba al segundo año en el grupo “A”. Las primeras impresiones no son coherentes. La conducta austera de Frank no acopla con aquel carácter abierto, jocosos, explosivos, disparados y audaces. Para Pepito, Frank es el filomático incapaz de sentirse cómodo entre los más duchos y festivos compañeros. No hay, de entrada, el menor acercamiento por cuanto los intereses de uno y el otro difieren.

Un día Pepito escucha de las maldades y las gracias que en tiempos anteriores de la escuela hicieron célebres a Ruiz, *el zurdo del Iguamo* y a Marianito Sánchez, *Maraña*. Como forma de zaherir a un profesor sumamente exigente a la hora de las calificaciones, buscaron un sombrero semejante al que usaba el aludido, tomaron el esqueleto de las clases de Anatomía y lo izaron en el asta del edificio central en la que a diario se empinaba la enseña nacional. Por la mañana, al arribo masivo de los alumnos, el macabro

elemento danzaba mecido por el viento con el sombrero adherido al cráneo y en el que, al bajarse se pudo leer un letrero: “yo soy bembito”, el mote que aplicaban al profesor. Tey, tocado por naturaleza a quebrar la rutina de la cotidianidad docente, reeditó el hecho aunque sin alusiones personales. Se creó una situación difícil por cuanto el claustro quería sancionar a todos los alumnos que, como era costumbre, quedaban en la escuela pasadas las horas de docencia dedicados a prácticas deportivas. El director llamó a declarar a los bedeles y estos aportaron nombres. La amenaza de suspensión del curso creó un clima de angustia entre todos los implicados y ante ello Pepito se declaró públicamente autor de la gracia. Atenuada la sanción por su cívica actitud, se circunscribió a una reprimenda y a una suspensión temporal leve. Pero de regreso a las aulas Pepito devino reincidente. Un profesor y un inspector del servicio eléctrico, ocasional visitante, trasponían la entrada del edificio central cuando un torrente de aguas malolientes cayó sobre ellos. Tras veloz carrera desde el recibidor, escaleras arriba, tropezaron con Tey que en plan de huida llevaba todavía en la mano el cubo acusador. La dirección trajo a colación los antecedentes y le adicionó la nueva trastada por lo que la expulsión por un año resultó adecuada e inevitable.

Frank había celebrado la actitud de Pepito cuando se declaró autor del primer hecho. Ahora, miraba con pena su persistencia en las maldades. Le llamaba la atención su personalidad. Tey era un muchacho de mediana estatura, delgado pero fibroso, ágil, buen deportista que se aplicaba sobre todo al baloncesto, al campo y la pista. Le gustaba vestir bien, ser elegante. Sus compañeros hacían notar ese detalle y en ocasiones lo motejaban de “pincho” o aludían al “marqués de Saintblancart”. Muy risueño y decidor, galante con las muchachas, que recibían sus requiebros con complacencia de la misma manera que aplaudían los encuentros deportivos y su carácter camaraderil a la vez que belicoso e intransigente. Ambos vivían en barriadas relativamente próximas, separadas apenas por cuatro cuadras. Pepito era habitual de la Placita de Crombet, hoy Placita de los Mártires, y su mundo de relación encontraba allí un eco laudatorio constante, entre muchachos de parecidas características.

Durante la suspensión, Pepito habló con sus padres y tras informarles francamente lo que había hecho, recibió la advertencia de que no lo querían vagando en la calle. Tey contestó con una petición. Que le buscaran trabajo en los ferrocarriles donde laboraba el autor de sus días. Fue así que entró como obrero en ese sector al que se mantendría vinculado siempre en vacaciones. La plena afinidad de Tey con sus padres era notable. Su carácter rebelde les provocaría disgustos que él restañaba amoroso sometiéndose a la voluntad de ambos. Y cuando la situación se tornó peligrosa para la juventud, ellos, sin dejar de angustiarse por los peligros que asediaban, se convirtieron en fieles colaboradores de su gestión insurrecta.

El año 1951 trajo algunos cambios para la familia País-García. El más pequeño, Josué, terminaba sus estudios primarios y decidido a hacerse de una carrera universitaria, ingresaba en el Instituto. Agustín, después de un año en el nivel medio superior, tras los pasos de Frank, decidía aspirar al ingreso en la Escuela Normal. El viejo caserón en que estudiara dos años Frank, quedaba atrás. La lucha de los estudiantes a través de sus asociaciones y de la Federación, apoyados por la ciudadanía santiaguera, alcanzaba su objetivo y el más joven de los País iniciaba el bachillerato en el nuevo local, emplazado en la Avenida Garzón, a la entrada del aristocrático reparto Vista Alegre.

En los meses de asueto la actividad de Frank correspondía a los requerimientos de la iglesia en el retiro espiritual que tenía por sede los Colegios Internacionales de El Cristo. Dedicaba también tiempo a sus estudios de música, de Inglés por correspondencia y a sus aficiones filatélicas, a las que se aplicaba con su álbum de sellos. Un hecho político ocurrido en agosto de ese año conmovió a la ciudadanía, el suicidio de Eduardo Chibás, líder del Partido Ortodoxo. Frank y sus hermanos, sentados bajo la parra, comentarían lo sucedido.

Ya eran frecuentes aquellos intercambios de opiniones y de información entre ellos. La relación con otro medio estudiantil los convertía en vectores de opiniones diversas y sentían motivaciones cada vez más acendradas hacia las cuestiones públicas. Criticaban la corruptela oficial, los asesinatos políticos, el robo al erario y el gangsterismo que gozaba de abierta impunidad. Rosario

solía intervenir para cortar aquellas charlas que consideraba im-procedentes. Al reiniciarse las actividades docentes en septiembre la Escuela Normal era un hervidero. Desde varios años atrás una corriente de protesta por las pocas plazas que se ofrecían comenzó a ganar cada vez más amplitud. El estado de opinión creciente en toda la provincia fue inmediatamente aprovechado por los caciques políticos con fines de agenciarse votos. El fermento explotaría en empresas fundacionales. Ya que no era posible un incremento de plazas, lo racional sería crear escuelas normales en otras localidades. En los entonces municipios de Guantánamo, Bayamo, Manzanillo y Holguín, aparecieron centros formadores creados por patronatos que aspiraban a la oficialización. Las razones, se mezclaban con las taimadas posiciones de respaldo que adoptaban los politiqueros en cada localidad. Actitudes demagógicas aprovechaban las aspiraciones genuinas de miles de jóvenes que buscaban espacio para labrarse el futuro. El caso se hizo más sensible y presente en la antigua provincia oriental. Determinados pasos oficiales insinuaban la intención de acoger las iniciativas y el más inmediato fue aceptar como bueno lo hecho en los municipios y en consecuencia incorporar a la Escuela Normal de Oriente a todos los matriculados en el interior de la provincia. Esto requirió abrir sesiones nocturnas para las cuales se prometió a los profesores un pago extra. El alumnado de la Normal no veía con buenos ojos la medida, ni la existencia de esas escuelas. Los veían como posibles contendientes en la aspiración a puestos una vez graduados, pero los estudiantes más serios, como Frank, alegaban que se creaba un precedente lamentable por cuanto la formación magisterial se convertía en pretexto para los rejugos de la politiquería, además de la escasa exigencia selectiva en los ingresos y la falta de verdaderos profesores capacitados. ¿Por qué no una Normal en Bayamo y otra en Manzanillo, por ejemplo? Por otra parte, la decisión asumida no complacía a los implicados. Algunos podían asumir los gastos de estancia en la capital provincial, pero otros no. Estos continuaron empeñados en mantener las escuelas en sus localidades.

Después de iniciado el curso, como no se cumplió con el compromiso de retribuir al profesorado por su trabajo extra, se eliminó la sesión nocturna y los alumnos debieron integrar las actividades

diurnas, lo que provocó un lamentable atiborramiento. Era cuestión de correr a tiempo en cada aula para alcanzar un asiento. Como los veteranos tenían posesión de los suyos, los recién llegados, algo timoratos, permanecían de pie la mayoría de las veces. El día en que llegaron al grupo “B” del tercer año, Frank observó a dos muchachas que quedaron de pie, algo cohibidas. Cedió su asiento a una de ellas, salió del aula y regresó con una silla para la otra. Ambas, sorprendidas, le dieron las gracias y una vez concluida la sesión mañanera se le acercaron para ratificarlas e iniciar así una relación amistosa. Frank conoció que procedían de la Normal de Guantánamo y se llamaban Gladys Pacho y Elia Frómeta. Esta última, trigueña, de agradables facciones y grácil figura, de notoria seriedad, le produjo fuerte y grata impresión y se hizo a la idea de cultivar una amistad capaz de trascender sentimentalmente.

CAPÍTULO V

Asociación de Alumnos

En unos días más de aquel 1951, la escuela volvía a sus convulsiones electorales. El cuarto año lanzaba su candidatura en la persona de Eliades Acosta, a quien la camaradería juvenil le había endilgado el mote de “Blanquito” y era efectivamente muy popular entre sus condiscípulos. Por cierto tiempo parecía que no tendría contrario. Pero las huestes de tercer año con Cira Lauhau, Ena Rizo, Rafael Hermida, Sarabia y otros al frente, conscientes de que el cuarto año trataba siempre de controlar la Asociación, se dispusieron a formar su candidatura.

En rápido intercambio la opinión se concretó en una figura: Frank País García, pero surgió la interrogante: ¿quién lo convence? El primer tanteo recibió una respuesta tajante: ¡no!; sin embargo, el grupo no se dio por vencido, insistió en que él podría ser el mejor candidato y logró al fin la promesa de que lo pensaría. Frank comentó el caso en su hogar. Rosario se sintió inquieta, pero Agustín y Josué lo animaron. El primero acababa de ingresar en la Normal y había obtenido como Frank las más altas calificaciones de ingreso, al punto de que su promedio fue superior al de Frank y con esto hizo trizas su primacía histórica. Rosario, al saberlo, comentó satisfecha: “Ha sido un País, de modo que todo queda en casa”. Josué, por su parte, en sus estudios de Bachillerato, se sentía ya penetrado de las inquietudes que embargaban al estudiantado. El grupo lo rodeó de nuevo anhelante. Frank expuso su conformidad pero bajo ciertas condiciones. Nada de hacer campaña política, ni cambiar su manera de ser. Cira objetó sus planteamientos. Era necesario ir a las aulas, hablar, pedir votos, acercarse más a los compañeros, buscar una proyección personal que le creara popularidad. Frank se mantuvo

obstinado y al no obtener de él asentimiento, las muchachas replicaron que se despreocupara, que ellas se harían cargo de la propaganda y la movilización. Sobre todo Cira, Ena e Invonne, echarían sobre sus hombros esa tarea. Desplegaron una bullanguera y estrepitosa campaña que rápidamente las significó en toda la escuela, pero atrajo sobre Frank la atención y las posibilidades de un apoyo masivo. Pronto los contrarios percibieron el papel promocional de Cira y la tildaron de “chaperona”. Al romper el día, en los recesos, a cualquier hora, una legión de simpatizantes femeninas proclamaba las ventajas de sus candidaturas respectivas.

La contienda se perfilaba muy pareja y de difícil pronóstico, pero los seguidores de Frank si bien objetaban su pasividad, creían en su posible victoria. Fue entonces que se produjo lo inesperado, lo inaudito. Alentado por sus más cercanos compañeros, Pepito Tey lanzaba su candidatura para la presidencia. El anuncio golpeó a las “chaperonas”. Un tercer candidato, y del tercer año, no haría otra cosa que dividir las fuerzas en detrimento de las aspiraciones de Frank. Encararon a Tey y trataron de disuadirlo. Tey, con su peculiar sonrisa en los labios, alegó que reconocía las cualidades de Frank, sus condiciones como excelente estudiante, pero que no lo creía capaz de dirigir al estudiantado por su falta de agresividad y temple para ejecutar tomas de plantel, huelgas, protestas, manifestaciones y cuantas actividades y decisiones drásticas hubiera que tomar. Se mantuvo en su posición y rechazó todo entendimiento. Los primeros datos de la votación mostraron lo parejo que marchaba el proceso. Hasta el tercer año no hubo definición. Tocaba a cuarto año decidir y en ese terreno se suponía ventaja para Eliades. Al finalizar se manifestó así pero llamó la atención que esta sumara solo dieciocho votos, lo que indicaba la efectividad de la campaña de Frank. Lo testificaba por igual el hecho de que la mayoría de los delegados electos en todos los cursos eran de su tendencia, algo que obligaría a la nueva presidencia a contar con ellos y con el mismo Frank a quien se consultaría sobre múltiples cuestiones. “Las chaperonas” figuraban entre las delegadas electas y por consiguiente, aunque Frank no figuraba en la Asociación, su persona ejercía notoria influencia en la directiva.

Como lo presumía Frank, los días siguientes dejaron atrás los ánimos electoreros y las que fueron huestes contendientes se acogieron a la camaradería habitual. Cira y Ena le consultaban todos sus pasos como delegadas y lo mantenían informado de cuanto se discutía y de cuanto acuerdo se tomaba. En esos trajines ocurrió un hecho singular. Cira ostentaba el cargo de tesorera en la directiva. Los fondos que administraba procedían de un porcentaje de las matrículas y de lo que producían los “verecundos” y otras actividades deportivas o culturales. Un acuerdo del ejecutivo determinó el envío a La Habana de una delegación en que figurarían tres varones y una hembra. La designación femenina recayó en Ena Rizo. Sin embargo, al momento de hacer las maletas, se dio a Cira la orientación de suprimir la comisión de Ena porque una muchacha sola, entre varones, era un inconveniente y un gasto más, en tanto requería de una habitación de hotel para ella, Cira explotó inconforme. Defendió vehementemente el cumplimiento estricto del acuerdo y se negó a cumplir con los trámites del viaje si no se procedía así. Salió disparada en busca de Frank y le explicó en detalle lo ocurrido. Frank la escuchó atentamente y luego le dijo: si tú no firmas las boletas, no hay viaje. Escóndete, que no te encuentren. Cira acató el consejo. Los comisionados desesperados al no dar con ella, acudieron a Eliades. Pidieron la sustitución de Cira como tesorera, pero Eliades, con peculiar flema diplomática, decidió agotar gestiones. Mandó por ella a su casa. Cira consultó de nuevo con Frank. —Me manda a buscar el presidente—, Frank expuso: —Ve y habla con él pero mantén tu posición—. La conversación resultaría muy productiva. Eliades comprendió las razones y decidió que como para una muchacha sola era molesto andar así entre varones, ella, Cira, integraría también la comisión y acompañaría a Ena.

CAPÍTULO VI

Iglesia, Escuela y... el 10 de marzo

Antes de finalizar 1951, Frank sería elegido superintendente de la Escuela Dominical de los jóvenes bautistas de la Primera Iglesia. Tocaría el órgano del templo con amplificadores hacia la calle Enramadas donde el público escuchaba cada mañana villancicos y tonadas de Fin de Año. En la Normal, las cátedras de Música, Dibujo y Pintura que asumían también las representaciones escénicas, organizaron la fiesta en la que Frank cantaría el himno alusivo a la Navidad. Al romper 1952 la constancia y el amor de Fela se concretaban en fruto deseado y el 28 de Enero, bajo su tutela, se fundó el Club Martiano de la escuela que encontró en Frank a uno de sus primeros afiliados

Marzo irrumpe plácidamente para los estudiantes. La vida pública, sin embargo, acusa sus signos variables de inconformidad, protestas, denuncias. El legado de Chibás se asume como esperanza política y sus seguidores lo agitan como bandera capaz de cifrar una alternativa regeneradora. Sus consignas hablan solo de un adcentamiento en la administración del Estado. El año es de elecciones y la prensa refleja diariamente los planes de candidatos y partidos. El gobierno se prepara en sus afanes continuistas y una oposición fragmentada destila la denuncia y sus aspiraciones. Frank y sus hermanos comentan sobre la situación del país. Formando alguna alharaca que la prensa tarifada recoge, Anselmo Alliegro, politiquero de Batista, recorre la provincia en conocidos empeños electoreros. Josué opina que Batista es un fenómeno liquidado en Cuba y Frank alega que el general recurre al juego de las minorías para asegurarse la inmunidad con un escaño de senador.

Como cada mañana, Rosario despide a sus hijos que salen juntos. En la calle Habana se separan. Frank y Agustín ascienden hacia la Normal y Josué sigue por San Bartolomé en pos del ómnibus que lo llevará hasta el Instituto desde la calle San Francisco. De boca de algunos transeúntes escuchan comentarios difusos sobre algún suceso que ha ocurrido en la capital, acostumbrados acaso a las noticias que traen cuestiones inauditas e imprevistas, le conceden poca atención. Frank y Agustín entran en la escuela por Trinidad y se acercan a los grupos ante el edificio principal. Los comentarios persisten y alguien observa que las estaciones de radio solo emiten música y que hay algún revuelo en el Cuartel Moncada. Se desplazan hacia el *floor* de baloncesto y suben a las gradas en esfuerzos por captar algún detalle. Les extraña el movimiento de soldados sobre las azoteas, trasladan ametralladoras y las abocan entre las almenas. Entre especulaciones y despistes regresan al área frontal del edificio.

Pedro García Lupiáñez se asoma por una ventana del segundo piso y llama alarmado al grupo para que viera la agitación en el cuartel. Estaban absortos en la contemplación cuando sonó a las espaldas de todos la voz de Virgilio, el bedel, que los conminaba a clases. Agregó que dejaran de buscar pues la radio acababa de dar a conocer un mensaje del presidente Prío en que denunciaba el golpe de Estado perpetrado por Batista esa madrugada. Descendieron las escaleras bajo el impacto de la noticia y una vez abajo surgieron las interrogantes. ¿Cómo pudo ocurrir? ¿Y el gobierno? ¿Dónde se había metido? ¿Hay resistencia? El ejército ¿qué hace? Frank comenta: seguro que está con Batista, como siempre.

Las clases se suspendieron en todos los centros de enseñanza y los alumnos de la Normal iniciaron su éxodo. Frank estaba junto a Elia cuando llegó la información de que el Moncada se negaba a secundar el golpe y se mantenía fiel a la Constitución, según las declaraciones del jefe del Regimiento, coronel Álvarez Margolles. Se convocaba al pueblo a un mitin emergente en el Parque Céspedes, en el cual se concretaría la entrega de armas a los civiles y la organización de la resistencia. Frank, como todos los días, acompañaría a Elia hasta la casa de huéspedes donde ella vivía, pero esta vez alegó que debía ir a cortarse el cabello. Sin duda unas palabras de Pepito Tey los motivaron a él y a Agustín junto con otros compañeros.

Pepito dijo que iba Enramadas abajo para el Parque Céspedes, que era un hervidero.

Una tribuna improvisada se levantaba en el área próxima a las oficinas del Partido Ortodoxo, en uno de los laterales de la antigua Plaza de Armas. La emisora CMKW instalaba micrófonos y ampliación para todo el parque. Oleadas de gente de todos los sectores y clases llegaban por momentos. Los alumnos del Instituto, con Cuqui Bosch al frente, irrumpieron, y dirigentes estudiantiles de todos los centros respondieron puntuales a la cita. Representantes de la ortodoxia, del Partido Socialista Popular, de los Auténticos y del propio Batista ocuparon el podio de oratoria. Conte Agüero condenó el hecho y se refirió a un medio hermano que figuraba entre las filas del golphismo y con el cual estaba dispuesto a romper nexos: Rubén Alonso condenó la asonada que quebraba el proceso democrático a las puertas de unas elecciones generales. César Vilar señaló la complicidad del gobierno de los Estados Unidos en su política de sembrar de espadones el hemisferio en su cruzada antipueblo. Laureno Ibarra, aspirante a legislador por el Partido de Batista, repudió públicamente el golpe y alegó que se negaría a gobernar con una ametralladora sobre las piernas. Un rato después se retractaría de sus palabras y pediría perdón a la cúpula batistiana por dejarse arrastrar en un momento de ofuscación. Cuqui Bosch en una explosiva pieza de agitador nato, habló del Moncada y de su decidida disposición a resistir, por lo que el paso inmediato debía ser marchar sobre la instalación militar a expresar apoyo al coronel. La multitud exaltada por la arenga se volvió hacia la calle Aguilera e inició un avance masivo a los gritos de ¡Abajo el madrugonazo! ¡Abajo Batista! ¡Viva la Constitución! En su marcha, los manifestantes crecían inspirados por un momento de supremas decisiones. Entre el público que lanzaba palabras combativas, estaba Frank y sus compañeros formando un coro que mantenía el nivel de explosividad en grado alto.

Desde la terraza del hotel Casagranda, el capitán Delfín, ayudante del coronel Álvarez Margolles, había escuchado con marcada atención el mitin junto a otros oficiales. Tenía la información precisa de lo que realmente ocurría en el Moncada. Su jefe proclamó fidelidad a la Constitución y al gobierno legalmente constituido, pero en la

tropa se evidenciaba, signos de apoyo al golpe. La ciudadanía había visto a soldados en camiones que, enviados a algún destino, daban vivas a Batista. Eso tornaba la situación nada confiable. Inmediatamente que vio el desplazamiento airado de los congregados en el parque se precipitó al teléfono y llamó a Álvarez Margolles. Este impartió instrucciones de detener a los manifestantes y explicarles sus temores. Un arribo multitudinario al cuartel podría generar confusiones, reacciones capaces de producir derramamientos de sangre. Se adelantó a la manifestación y a la altura de las oficinas de correos logró detenerlos y hablarles. Les pidió congregarse momentáneamente en la Plaza de Marte para informarles y llegar a un acuerdo en cuanto a acciones inmediatas. Allí expuso el cuadro del Moncada y transmitió la petición del coronel de que solo una comisión llegara hasta las postas del cuartel mientras el resto aguardaría allí. Entre los escogidos, por proposiciones emergentes, por los estudiantes: Temístocles Fuentes, Félix Pena, Eduardo Yassells, Vicente Ricalo, Andrés Feliú, Reynaldo Torres, César Pascual y Luis Sarabia. Con igual premura se autopropusieron personajes vinculados a la vida política de la provincia y de la ciudad. Entre ellos Enrique Calá, Luis Conte Agüero, Laureano Ibarra, Leyda Sarabia y Rolando Sorria. Este último, un separado de las filas progresistas que durante el mitin, asido a una farola del parque, esgrimió un revólver y gritaba exhortaciones guerreristas. Pero, además de los comisionados, algunos estudiantes, Tey, Colomé, Frank siguieron tras ellos hasta el Moncada. En la jefatura del cuartel el ambiente no resultaba muy alentador. Era evidente que el coronel iba perdiendo autoridad a cada paso. La plana mayor del regimiento estaba presente y su actitud era cautelosa. Junto a ellos, el capitán Alberto del Río Chaviano, en ese entonces jefe del Escuadrón de Palma Soriano. Temprano en la mañana se había presentado al mando, portando un cablegrama del “estado mayor” por el que le ordenaban asumir la jefatura del Regimiento. El coronel ordenó desarmarlo y lo recluyó en un calabozo de donde lo sacaron por consejo del entonces teniente Fermín Cowley, jefe de la infantería. Chaviano, sin duda, formaba parte de la claqué golpista. Entre los presentes figuraba también el jefe de la policía en Santiago, comandante José Villa Romero a quien el vulgo motejara *Toitico*. Cuando se habló de la posibilidad de dar armas a la

población, se mostró entusiasmado, pero Álvarez Margolles congeló su ánimo con una negativa rotunda. Chaviano, sintiéndose cada vez más seguro, deslizó la idea de que debía hacerse una lista con todos los que quisieran combatir. Chaviano era concuño del golpista Tabernilla Dolz, recién nombrado por Batista jefe del ejército. El coronel logró al fin comunicación con Prío y lo conminó a dirigirse a Oriente para que encabezara la resistencia, pero el derrocado presidente, consecuente con su actitud pusilánime, alegó que nada podía hacer, que todo estaba perdido y que hablaba como asilado desde la Embajada de México.

Álvarez Margolles se desplomó en medio de la expectación de todos y rindió el mando. Una llamada telefónica, que un ayudante identificó como procedente del mando en La Habana, entregó el teléfono al teniente Cowley quien a la pregunta de si el Moncada secundaba el golpe contestó firme que el regimiento se sometía incondicionalmente a las órdenes del general Batista. Por esa razón Cowley sería inmediatamente ascendido a teniente coronel, a inspector del Ejército y a segundo jefe del Moncada. Chaviano, también ascendido a coronel, tomaba las riendas de la segunda fortaleza del país para iniciar uno de los períodos más tenebrosos y sangrientos de la vida pública cubana.

Los comisionados fueron recibidos en medio de reprimendas y consejos amenazadores. Por su parte los estudiantes, que llegaron hasta la Posta 6 del cuartel, eran atendidos por un oficial que les prodigó un regaño, los trató de chiquillos malcriados e irresponsables y los mandó a irse a sus casas porque lo que estaba ocurriendo no era juego de muchachos. Entre ellos estaban Frank y Pepito.

Rafael Portuondo, hombre de edad mediana, narraría después una singular anécdota. Tenía amistad con el coronel Álvarez Margolles y esto le daba acceso al Moncada. Al conocer las noticias fue a ver a su amigo en gesto solidario. Salió de allí como portador de la actitud pesimista del jefe militar. En la posta encontró a los jóvenes que se le acercaron para indagar detalles sobre la situación. Y llamó su atención la actitud de uno blanco, delgado, que inquirió abiertamente si por fin les darían armas para combatir. Lo observó incrédulo midiendo su edad y el alcance de sus palabras. Con aire suficiente de alguien de experiencia le contestó que no, que no

había nada que hacer y dijo de su sorpresa ante alguien muy bisoño que hablaba tan paladinamente de combatir. Le preguntó la edad y el aludido respondió que diecisiete. Portuondo observó entonces cómo con esos pocos años creía poder enfrentarse a militares duchos y experimentados. Frank replicó que Martí, con quince había ido a presidio por combatir a España. Impactado por tanta entereza, el hombre volvió sobre sus pasos y comunicó al coronel la disposición que observara entre los jóvenes allá afuera. Álvarez Margolles, incapaz de asumir un rol que no concebía en sus manos, respondió que le trajeran una figura pública a quien seguir y movilizaría las fuerzas y armaría al pueblo.

Cuando, de regreso, comunicó a Frank el resultado de su gestión, el joven lo miró decepcionado y pronunció palabras de condena a unas fuerzas armadas que traicionaban a la República y a jefes militares incapaces de asumir el compromiso adoptado bajo juramento. A la vez, los congregados en la Plaza de Marte que aguardaban noticias del Moncada, vieron llegar camiones con soldados que los desalojaron violentamente del lugar, mientras daban gritos a favor del “indio”.

Frank, Pepito y otros se retiraron decepcionados. Pero, evidentemente comenzaron a tomar conciencia de que el país se abocaba a momentos complejos capaces de cambiar la vida. Desde ese instante los intereses personales asumieron un nuevo ingrediente.

No se trataría solo de las aspiraciones hacia el futuro de cada uno, sino que ganaba espacio en sus conciencias un nuevo elemento alusivo a los intereses de la patria. De pronto la historia con sus actores y forjadores, en sus vertientes positivas, llenó sus mentes como si convocaran a nueva lucha.

En días sucesivos el país vería las más vergonzosas justificaciones para los plumíferos tarifados, en demanda de aceptación, llamaban “el hecho consumado”. Batista se autoproclamaba una vez más “salvador de Cuba”. Sus primeras palabras a la nación rezumaban cinismo: “He tenido que regresar forzado por las circunstancias para reanudar una nueva gestión de paz. Fuerzas muy poderosas son las que me han llevado a tomar esta trascendental actitud”. Acusaba al régimen derrocado de fraguar lo que él acababa de hacer adelantándose a una supuesta conjura palaciega. Sus actos inmediatos,

no obstante, mostraban la naturaleza deleznable de su tradicional estilo en la vida pública, alentador y promotor de lo peor de la sociedad cubana. Aumentó los salarios a la tropa, dispuso ascensos, concedió indultos a militares sancionados, transfirió a la jurisdicción militar casos de aforados pendientes en tribunales civiles. Se autotituló presidente *de facto* e incrementó el salario y los gastos del cargo, suprimió la Constitución de 1940 y formó un titulado Consejo Consultivo integrado por sujetos aberrantes de su misma calaña. Si el gobierno de Prío había sido notorio en la corrupción y los crímenes políticos, lo que ahora se inauguraba era augurio de la gestión del hampa que alcanzaba su turno como detentadora del poder por los medios más oprobiosos. Para vestir de aparente institucionalidad su asalto al poder, confeccionó los Estatutos Constitucionales que sustituían las normativas de la Constitución de 1940 y que fueron sacados a la luz pública el 4 de abril de 1952.

Como los de otros centros de enseñanza, los alumnos de la Escuela Normal seguían los sucesos y los comentaban. La actitud general del estudiantado era de rechazo al batistato. A diario se formaba el grupo que hablaba de los hechos y el curso de la política. Tey, Colomé, Vázquez, Sarabía, Cira, Ena, García Lupiáñez, Hermida y Frank junto a otros. Nuevos nombres aparecían como funcionarios y ministros. Uno de ellos provocó las palabras irónicas de Luis Mariano Randich, estudiante de la escuela. Era un joven negro procedente del Instituto que se había distinguido en la Normal como atleta de campo y pista, buen corredor de distancias cortas. Randich se dirigió a Hermida con aire festivo y burlón señalando la coincidencia de su apellido con el del nuevo ministro de Gobernación. Rafael, muy serio, respondió que no existía familiaridad alguna. Luis Mariano alegó que acaso le convendría indagarlo y acotó que aun cuando nadie le concedía chance a Batista en el espectro político cubano, “el hombre” había dado la gran sorpresa. Tey expresó su asombro porque existiera un normalista batistiano y Randich se replegó aduciendo que él solo comentaba lo sucedido como forma de pasar el rato. Sin embargo, en poco tiempo andaba de boca en boca la versión de que algún familiar de Luis Mariano era viejo sargento político de Batista y como manera de ayudar al joven estudiante le había conseguido un puesto de policía secreta en el gobierno provincial,

una clásica “botella”, nombramiento que se otorgaba para devengar emolumentos sin aplicarse al trabajo. Después se vería que al radicalizarse la lucha, este sujeto sería asignado a los tenebrosos cuerpos represivos. Un pequeño incidente del estudiante Pacho Alonso y otro compañero con un soldado, los condujo hasta el Moncada en cuyos calabozos encontraron a Luis Mariano en faenas represivas.

Frank, que había observado el intercambio de frases, marcaría en su mente el caso como el de alguien traidor a las posiciones definidas del estudiantado.

En Guantánamo se efectúa en abril una convención bautista de las provincias Camagüey y Oriente a la que Frank acude como delegado de la Primera Iglesia de Santiago. Las actividades tienen por sede la Escuela José de la Luz y Caballero, cuyo director, Luis Molina, fuera alumno del Reverendo País. Mantiene con el hijo relaciones muy afectivas. Al respecto Frank escribiría una crónica que alcanzó espacio en la publicación *El Mensajero*, en la que otras veces colaborara. La convención coincidió con las vacaciones de Semana Santa y dio oportunidad para visitar a Elia en su casa de Guantánamo. Cuando supo que Frank iría a Guaso la muchacha se alegró mucho porque sería una oportunidad de que Frank y sus familiares se conocieran. Sin embargo, las cosas no salieron como lo deseaba. Cuando Frank llegó, sus padres habían viajado a Caujerí donde el padre de Elia laboraba. De todos modos conoció a su hermana Celín con la que establecería fraternales relaciones.

Les insistió a ambas para que asistieran a la velada nocturna en la que intervendría y quedó esperando toda la noche inútilmente. Escribiría después una página en que volcó su ansiedad y su frustración: “No sabes la angustia indecible que tuve toda la noche tan solo esperando por verte aparecer por la puerta estrecha de sufrimientos y penas pero de dulce y ardiente marco que mi alma forjó para ti”. Pero esta vez su pensamiento, sin dejar de cifrar entrega a los objetivos de su fe y sin dejar de agitarse por asuntos sentimentales, se nutre también de inquietud por lo que ocurre en el país, y así intercambia opiniones con otros jóvenes participantes en el evento.

Mayo adviene con fechas significativas. El día primero el coronel Chaviano advierte a los trabajadores que se suspende toda celebración. La Central de Trabajadores, estaba ya en manos de

Mujal, personaje siniestro hecho a la medida de los falsos dirigentes obreros serviles a la patronal. Mediante el crimen, los subterfugios y la componenda con la Embajada norteamericana, asaltó la dirección de la CTC y por la fuerza se erigió figura principal del movimiento obrero. Al producirse el golpe de Estado se declaró incondicional lacayo de Batista para controlar las luchas obreras. El primero de Mayo le daba la primera oportunidad de evidenciar la naturaleza de sus servicios al régimen.

Los estudiantes en solidaridad con la clase obrera protestaron. Veían dibujarse ya los rasgos de un orden opresivo. Las veladas amenazas a determinados sectores, la mordaza a la prensa y el riguroso control militar de la ciudadanía, enuncian la naturaleza real del nuevo régimen. Mientras el gobierno de los Estados Unidos impartía su reconocimiento a Batista como había hecho con Stroessner en Paraguay, Somoza en Nicaragua, Rojas Pinilla en Colombia, Trujillo en la República Dominicana, Duvalier en Haití y Pérez Jiménez en Venezuela, en Cuba las fuerzas más sanas repudiaban los hechos e identificaban a Batista con los odiados espadones que infectaban Latinoamérica. La Universidad de La Habana con la Federación Estudiantil al frente rechazaba los argumentos justificativos. La FEU, en el momento del madrugonazo, había solicitado de Prío la entrega de armas para combatir. Pero, el presidente tras decir que sí, salió disparado para la Embajada de México. Los dirigentes del centro de altos estudios mantuvieron su resuelta oposición al golpe. En los días posteriores iniciaron un movimiento de repulsa que asumió la forma de defensa de la Constitución mancillada. Se tomó la Carta Magna como símbolo de los valores cívicos y de estabilidad de la República democrática, ultrajados por Batista.

Desde la escalinata universitaria se convocó al pueblo para hacer un juramento de fidelidad a la ley de leyes. Los sobrevivientes de la Asamblea Constituyente de 1940 respondieron para desagrararla. Esto se acompañó con entierros simbólicos que ratificaban su deceso el 10 de marzo. A una y otra actividad acudieron personalidades y público general y una ola de solidaridad se extendió por el país como si las masas inconformes encontraran la forma de expresar su descontento. En la Universidad de Oriente, desde el día nefasto, el estudiantado vibró inconforme. Se suspendieron

las clases y la institución y la FEUO emitieron declaraciones de condena. Todos los centros de segunda enseñanza se pronunciaron en huelgas y rechazo. Un gran acto en la Universidad para jurar la Constitución contó con la participación masiva del estudiantado y de buena parte de la ciudadanía. En la Escuela de Comercio, Félix Pena, dirigente de la Asociación de Alumnos, rompía públicamente un ejemplar de los estatutos batistianos y llamaba al combate.

CAPÍTULO VII

Primeras organizaciones

El 3 de mayo se produjo la primera de las agresiones salvajes a la libertad de opinión y a la cultura, de las tantas que perpetraría la tiranía. La “Universidad del Aire”, espacio radial que cada domingo salía por la emisora CMQ con asistencia de público y la participación de profesores y otros intelectuales, fue objeto de acciones represivas por parte de integrantes de la llamada juventud del PAU (el partido de Batista). Una gavilla de malhechores encabezada por Luis Manuel Martínez y Puly Tamayo atacaron a los presentes y les produjeron lesiones físicas a la vez que destruían muebles e instalaciones. Tamayo era santiaguero y procedía del sector estudiantil en el que se distinguió por sus reiteradas actitudes conflictivas y se volcó después en los enredos politiqueros. Al momento del golpe ostentaba la dirigencia de la juventud batistiana en Oriente. Trató de penetrar a los estudiantes a raíz del 10 de marzo desde su posición de Vista de Aduana, cargo con que lo premió Batista después de su “heroísmo” en el espacio radial. Trataba de convencerlos de que Batista venía distinto en su “nueva gestión de paz”. Un grupito de amanuenses en el Instituto seguirían —compensaciones económicas por medio— sus pasos y los que dictara Chaviano y generarían conflictos en empeños divisionistas que debieron ser enfrentados por la masa estudiantil de Santiago.

El 8 de mayo se conmemoraba la muerte de Guiteras y como todos los años el estudiantado acudiría ante el busto situado a un costado del Cuartel Moncada. Antonio Guiteras, el revolucionario antimachadista radical, fundador de Joven Cuba, antimperialista consecuente, que tras la caída de Machado integró el llamado “Gobierno de los cien días” en el que impuso la adopción de leyes

revolucionarias y rechazó la intervención norteamericana en los asuntos internos de Cuba. Frank conocía de su trayectoria tanto por las ya tradicionales conmemoraciones que encabezaban los alumnos del Instituto, como por las charlas de Fela Torné quien lo conociera personalmente. Para el régimen batistiano recordar y rendir homenaje a Guiteras resultaba algo ingrato, porque el tirano lo había asesinado en 1935 en El Morrillo, Matanzas, cuando trataba de salir clandestinamente del país. El solo anuncio de un acto frente a los muros del Moncada movilizó a la policía y al Servicio de Inteligencia. Soldados y policías se apostaron en las instalaciones docentes para impedir el acceso y evitar así que se concentraran para salir en manifestación hasta el busto de Guiteras. Hubo estudiantes impedidos de transitar por la Avenida Garzón, y algunas calles aledañas a los centros fueron cerradas. Ante tal despliegue represivo, los dirigentes de la Federación se trasladaron al lugar en autos de alquiler y depositaron ofrendas florales y pronunciaron encendidas arengas presionados por oficiales y la policía que les dieron quince minutos para proceder a “su bobería”. Los alumnos de la Escuela Normal por su proximidad al lugar llegaron a pie y se situaron muy cerca, a la espera del acto. Los policías intentaron desalojarlos, lo que provocó un intercambio de palabras entre Tey y el siniestro cabo Veitía. Junto a Pepito estaba Frank con Agustín, Josué, Colomé y García Lupiáñez.

En la Escuela, la tradicional actitud retraída de Frank cedía lentamente bajo la presión de aquella camaradería que lo envolvía y que se hacía más comunicativa en cuanto a la situación del país. Seguía como el estudiante excelente, ahora acompañado de Elia Frómata a la que ayudaba en sus estudios y de la que se sentía prendado. Ella, sin rechazarlo, demoraba una respuesta a sus constantes demandas. La primera vez que la visitara en la casa de huéspedes, cambió algunas facetas de su personalidad. Le motivó la presencia de un piano y se sentó para tocar algunas piezas. Durante la travesía por la Avenida Garzón, le entregaba notas bien dobladas para que ella las leyera una vez que estuviera sola y pudiera meditar y disfrutarlas. Eran poemas que dictaba su sentimiento amoroso. Otra muchacha, alumna de la Escuela Normal de Kindergarten, movía también su inspiración en versos que reflejaban cierto fuego pasional,

el deslumbramiento ante la belleza femenina y los desahogos de la adolescencia que en un alma sensible experimenta la necesidad de amar y ser amado. Aquello no tuvo correspondencia. Tras algunos flirteos la muchacha se alejó. Después de su derrota en las elecciones, la revista *Hosanna*, en su sección de chismes de intramuros había insertado que...“Frank País perdió y ganó”, aludiendo a sus nexos con Elia. En el ámbito de la escuela se daba por hecho la relación amorosa. Y él, por su parte, insistía ante ella en su demanda. No comprendía la demora. Estaba seguro de interesarle, percibía sus miradas, la afinidad de temperamentos, la devoción mutua y la proximidad buscada cada día en que salían y animaban con silencios espaciados y palabras quedas hasta la casa de huéspedes o Enramadas. Un día buscó definiciones. Elia se vió compelida a responder. Dijo palabras medidas que no querían herirlo, pero que provocarían una asimilación sorprendente. Habló de que no le gustaban los jóvenes tan metidos en la religión sino aquellos que fueran expansivos, alegres, amigos de fiestas, que rieran y fumaran con soltura y elegancia. Frank la escuchó con atención concentrada y nada respondió. Sin duda este rechazo medido no afectó la amistad estrecha. Quedaron en verse de noche en el Parque Céspedes. Cuando Elia llegó ya él esperaba. Ella se sorprendió al verlo y escucharlo. Sostenía entre los dedos un cigarrillo y se esforzaba por simular gestos de habitual desenfadado, reía en expansión nada inherente a su persona. Elia lo observó con desconcierto. Cuando se sentaron en un banco estaba envuelta en una fuerte impresión. Lo miró a los ojos e inquirió: ¿eres capaz de cambiar por mí? ¿Lo has hecho por lo que te dije? Él se limitó a sonreír mientras asentía levemente.

—Por favor, no fumes. Nunca lo has hecho y ese no eres tú.

—Entonces...— dijo él. Ella se limitó a mirarlo con ternura de quien acaba de descubrirlo agazapado en su corazón y asintió a su vez vencida.

Al año siguiente se cumpliría el Centenario del nacimiento de Martí. Como otros sectores los estudiantes tenían sus planes conmemorativos y al ocurrir el 10 de marzo con su carga negativa, la intención martiana se agudizó. En la escena pública se evidenciaban los vaivenes típicos del caos constitucional y todo parecía varado. Batista se esforzaba en consolidar su asalto al poder.

Mientras aguardaba por reconocimiento internacional habló de una provisionalidad breve tras la cual convocaría a elecciones. Implantó los Estatutos el 4 de abril y se autoproclamó presidente ante demandas políticas de regreso al estado de Derecho. Habló de comicios para finales de 1954.

Los partidos políticos manifestaron su enojo y el Socialista Popular debió sumergirse en la clandestinidad por cuanto se suprimía de un plumazo su legalidad y era objeto de declarada persecución.

Los contactos de Frank y sus hermanos con los jóvenes que hablaban y se manifestaban en abierta rebeldía modificaban su peculiar retraimiento. Otro elemento a considerar era que con cierta liberalidad se hablaba de conspiraciones en todas partes. La FEU llegaba hasta Santiago en su cruzada nacional en defensa de la Constitución y al centro de altos estudios de Oriente acogía a estudiantes y al público en general en un gran acto celebrado el 8 de junio, uno de los más relevantes de aquella campaña y al que asistió Frank junto a la vanguardia estudiantil santiaguera. La idea de agruparse, de organizarse para luchar, ganaba cada vez más espacio en la conciencia patriótica de la juventud. En el Instituto y en Artes y Oficios había surgido el IPSE (Instituto Pro Superación Estudiantil), que reunía a alumnos inconformes con la situación. Se leía y se repetía a Martí, a Villena, a Mella, a Guiteras. Los versos de Heredia, del Apóstol, del guatemalteco Ismael de la Serna, se aireaban reactualizados.

Frank estudia el entorno. Mentalmente va haciendo observación de sus compañeras y compañeros, hace su selección de aquellos con los que pudiera contar para emprender pasos organizativos. Un hecho le da pie para sus planes inmediatos. El viejo tema de las escuelas por patronato regresa y se inserta en la actualidad en sinuosos manejos politiqueros, especialmente promovidos por elementos del régimen. Reúne a los más cercanos y con ellos funda el Bloque Revolucionario de Estudiantes Normalistas (BREN) para enfrentar los propósitos de la claque gobiernista. El acto de constitución fue sencillo. En torno a él se reunieron su hermano Agustín, Tey, Colomé, Calderín, Sarabia, Cira, Ena, Lolita, Hermida y Arturito. Escuchan muy atentos a Frank en su hablar pausado. Dice que en el Instituto los más radicales han formado ya su agrupación, las presiones de

los batistianos crecen por día y no sería extraño que llegaran a copar algunas asociaciones porque el bonchismo reparte puestos, matrículas gratis y dinero. Los normalistas tienen grandes problemas como el de las escuelas por patronato apoyadas por los politiqueros del régimen y es necesario salirles al paso. Tey lo interrumpe y dice que para luchar en esa dirección es mejor movilizar a todo el estudiantado a través de la Federación. Frank responde que por lo que pasó el 20 de mayo se deduce que la organización no es tan firme. Que hay estudiantes decididos, pero también pusilánimes, apáticos y confundidos, de lo que se trata es de agrupar a los que estén dispuestos a combatir. Colomé observa que si van a constituirse en grupo debe hacerse un reglamento y definir bien quiénes ingresan. Cira pregunta si actuarán públicamente o en forma clandestina. Frank afirma que tendrán el reglamento y se proyectarán a la luz pública por el momento. Tey expone que cuenten con él. Al final Frank propone el nombre de la que fuera primera organización fundada por él.

Los rumbos tortuosos del régimen eran debatidos en la casa de San Bartolomé 226. Desde la óptica estudiantil observaban los acontecimientos y asumían juicios y valoraciones tomados de la prédica martiana y de los hombres y los tiempos que tuvieron en sus miras el bien de la patria. Concluían que Cuba vivía una etapa tenebrosa que habría que superar mediante la lucha.

Las declaraciones de la FEUO negándose a reiniciar clases en la Universidad de Oriente hasta tanto se restablecieran las garantías constitucionales, merecieron elogios de los tres. Rosario, en apariencia indiferente a lo que hablaban, se acercó: “espero que esta conversación de belicosos se quede aquí. No quiero veros envueltos en asuntos que yo sé cómo empiezan y a dónde conducen”.

Josué replicaba consecuente con su temperamento. Los estudiantes no podrían mantenerse al margen. Y como Rosario lo señalará como “gallito” de rebeldías, Frank adujo razones que lo apoyaban. La madre se volvió admirada.

Por lo visto estaban dispuestos a rebelarse en pandilla. Adoptó un tono persuasivo y les habló afectiva. Confiaba en que se aplicaran al estudio y eludieran situaciones de peligro. A Frank le recordaría que debía cuidar de sus hermanos y mantenerse fiel a los planes del futuro trazados para él.

Las garantías constitucionales quedaron restablecidas el 19 de mayo. La Universidad anunció entonces la reanudación de sus actividades para el día 28. Primaba el descontento y la repulsa al golpe de Estado. Los estudiantes santiagueros realizaron actos en el Instituto, en Artes y Oficios y en la Escuela de Comercio.

CAPÍTULO VIII

Una conversación con Oscar Lucero

La efervescencia estudiantil comenzó a preocupar a la jerarquía del régimen. Veían en cada fecha patriótica la posibilidad que la juventud aprovechaba para manifestarse con fuerza y por ello decidieron por un lado, penetrar sus filas, y por otro tomar en sus manos la iniciativa de las actividades conmemorativas. En cuanto a lo primero escogieron a un grupito militante del PAU para que actuaran en los centros de enseñanza, sobre todo en el Instituto. Figuraron entre ellos Omar Martínez, Sergio Cano, Chamizo, y “El entumío”, todos bajo la tutela de Puly Tamayo. Este, desde su posición de Vista de Aduana, disponía de recursos para apuntalarlos. Se reunieron con Chaviano y trazaron sus planes en su labor de zapa. El coronel escribió y publicó en la prensa un llamado en el que saludaba la actitud de los “estudiantes puros” que se oponían a las acciones antigubernamentales y habló de sus días en el Instituto de Santa Clara durante los cuales había sido dirigente del sector. El documento provocó rechazo en la casa de San Bartolomé. Mientras Josué y Agustín criticaban el empeño de Chaviano por presentar el 10 de marzo como un “hecho revolucionario”, Frank meditaba y preguntaba quiénes serían los “estudiantes puros” que se prestaban al re juego.

En cuanto al control de conmemoraciones se fraguó en el Moncada el paso inmediato. La fecha próxima era el 20 de Mayo, aniversario cincuenta de la pseudorrepublica, para el que el aparato oficial se proponía un alto nivel de participación y acciones “patrióticas”. Se haría un gran desfile y concentración para recibir a la hija de Leonard Wood, gobernador norteamericano de la Isla durante la primera intervención norteamericana. En el gobierno

provincial se reunieron las autoridades civiles y militares con las “fuerzas vivas” y anunciaron su plan que incluyó un llamado a los estudiantes y a otros sectores para que limaran diferencias políticas y participaran de forma pacífica y “civilizada”. La Federación Estudiantil recibió el documento y lo sometió al pleno. Una corriente de dudas invadió a los reunidos. Desconfiaban de aquella prosa melosa y envolvente. Cuqui Bosch, que presidía, pidió opiniones. A su lado estaba Prego, por Artes y Oficios, Soteras, por la Escuela de Comercio y Eliades Acosta por la Normal. Era evidente que el tono y el hecho con que se les invitara, creaba desconcierto. Una joven representante de la directiva de la Escuela de Artes y Oficios pidió la palabra. Alegó que a su modo de ver se trataba de un documento respetuoso y conciliador que llamaba a poner la República por encima de pasiones y contradicciones y propuso que se participara de manera civilizada para demostrar que los estudiantes sabían distinguir y actuar correctamente cuando se razonaba con ellos. La Federación aceptó la invitación. Al día siguiente publicaron en la prensa su decisión con el llamado de que no se portaran carteles ni pendones y añadieron que habría una comisión de orden del propio sector estudiantil para orientar en el desfile.

En el Moncada hubo cierto regocijo. La idea se había manejado allí y el capitán Lavastida, a cargo de llevarla a vías de hecho, se sintió satisfecho. Habían pensado primero en utilizar al grupo de Puly pero la opinión de algunos los disuadió. Eran gente muy conocida como batistianas y carecían de capacidad de maniobra para influir. A sugerencias del teniente Durán decidieron utilizar a la hija del teniente Despaigne, jefe del puesto de la guardia rural en El Cristo, estudiante de Artes y Oficios, miembro de la Asociación. Lavastida, Durán, Veitía, Garay y Ortiz, estaban seguros de tener la situación en un puño y así se lo hicieron conocer al coronel.

Los centros de enseñanza, por su parte, se revolviéron inconformes y airados. O se había incurrido en una debilidad o ese llamado era una trampa gobiernista. En la Normal, Frank, Agustín, García Lupiáñez, Sarabia, Colomé, Vázquez, Cira, Ena, Lolita Montero, Tey y otros, rodearon a Eliades y pidieron explicaciones. Este adujo que fue un acuerdo del pleno. El grupo replica que con ellos no

cuenten para esa payasada y Frank opina que se ha caído en un acto claudicante.

Los inconformes se movilizan rápidamente. Félix Pena los encabeza. Frank observa que en la Normal no ha habido acuerdo para asistir y Pena, como en acto de iluminación súbita, alega resuelto: debemos asistir para aguarles la fiesta.

Los estudiantes de los distintos centros se concentraron en la esquina de Enramadas y Pío Rosado. Poblaban la conocida Placita de Serrano y sus calles inmediatas. Una banda de música atruena el ámbito con una marcha bullanguera. A una señal, la masa estudiantil se moviliza y se incorpora al desfile. Avanzan varios metros en silencio y al llegar a San Félix se adelantan algunos jóvenes hasta formar una vanguardia combativa. Son ellos, Pena, Benítez, Temístocles, Tey, Frank, Agustín, Josué, Andrés Rosendo, Ricalo Palais, Jorge Romero, García Lupiáñez, Colomé y otros. Pena y Tey lanzan los primeros gritos: ¡abajo la dictadura! ¡viva la Constitución! ¡abajo los estatutos! Un coro cada vez más potente apoya sus expresiones. Finalmente acoplan voces en cadencia ¡la cabeza /de Batista! Varios uniformados y algunos vestidos de civiles serpean prestos entre la multitud dirigidos por el teniente Durán. La emprendieron a golpes y empujones contra la manifestación.

Las impresiones de lo sucedido ganaron la atención de la ciudadanía por varios días. En la casa de San Bartolomé 226 fue motivo de conversaciones. Mientras Frank jugaba ping pong con Colomé y hacía gala del saque que denominara “Cuba libre”, Josué y Agustín traían a colación lo ocurrido aquel 20 de Mayo. Se detienen en el fiasco que se llevaron las autoridades y en las acciones represivas. Detallan rasgos de los agentes que intervinieron como si marcaran sus identidades. Rosario, en la cocina, parece indiferente a lo que hablan y ellos están convencidos de que es así. Con el avance de junio culmina el curso escolar. Son días de apremio en que Frank se multiplica en el estudio y en la ayuda a otros. Estudia con Elia en la casa de huéspedes y también por su cuenta en el hogar. Con la joven ha mantenido los gratos paseos al Morro, a San Juan, al cine que constituiría una de sus pasiones. Al acercarse a la inevitable separación de las vacaciones de verano los bate la angustia. Sus encuentros tienen ese sabor indefinible que se advierte en silencios espaciados,

presagiantes, en frases cariñosas breves, miradas que esconden pensamientos callados, augures del vacío y de la soledad. Intercambian la promesa de escribirse a diario. Ella quiere saber lo que él haga cada día y él no pide menos. Los meses de asueto transformaban a Santiago. Atabales, cencerros y cornetas chinas amalgamaban sus sonidos al diestro manoseo de los músicos que los armonizaban en los ritmos carnavalescos. Nunca fue solo el espectáculo de rutinas que rinden tributo a las tradiciones. También desahogo popular que toca a las puertas de todo el entramado social. Trocha y Martí, desde sus puntos opuestos, convocan al “arrollao” de las congas y las comparsas y a su llamado responden los barrios con iniciativas y aportes diversos.

En la década de los años cincuenta tras “La Carabalí”, “Los Hoyos”, “Los Cangrejitos”, “Paso Franco”, “La Quimona”, “El Cocoyé”, “La Placita”, aparecen las verbenas en las calles. Reúnen a los vecinos de una cuadra y se nutren de invitados y de espontáneos atraídos por la fiesta.

En 1952 ya tenían un *status* de sana diversión Corona, San Pío, San Agustín, Santa Rita, San Jerónimo y otras.

Frank y sus hermanos no fueron muy adictos a estas expansiones. Acaso Josué por sus vínculos con jóvenes de la barriada, se acercó alguna vez a la Placita en esos días. En general, se mantenían fieles a las normas rígidas que preconizaba la Iglesia y hubo ocasión en que Frank y Oscar Lucero, como responsables de Los Intermedios, fueron llamados por la jerarquía para que desplegaran iniciativas que atrajeran a los jóvenes y los apartaran de los peligros y tentaciones del jolgorio carnavalesco. De manera que en este verano mantendría una conducta consecuente hasta cierto punto. Cumplía con sus deberes en la Escuela Dominical, con los ejercicios espirituales, con sus labores en los templos y enseñaba Inglés en el curso de verano que se dictaba en el Colegio “El Salvador”, un llamado que le hiciera el Reverendo Agustín González, pastor de la Segunda Iglesia y director del colegio. Otra parte del tiempo lo dedicaba a la música, a espectáculos en la iglesia de El Caney y a escribirle a Elia, cartas extensas cumpliendo su palabra. Le daba opiniones y consejos sobre cuestiones que ella le consultaba y pulfía versos de amor y poemas en prosa en que volcaba sus reflexiones sobre la existencia, la naturaleza.

Toda su vida, escribir fue un refugio y a la vez un divertimento al que acudía con frecuencia. En el hogar seguía fiel a los desvelos por la madre y los hermanos, ayudaba en todo lo posible y se encargaba de recoger en la oficina de Carmona la renta y los aportes de la Iglesia. Leía mucho, se aplicaba con deleite a la filatelia, mantenía estudios por correspondencia y tocaba el piano.

Un domingo en el templo se despega del órgano, mientras numerosos jóvenes abandonan el local. Frank recoge una partitura y Oscar Lucero se le acerca. Quiere continuar una conversación que habían iniciado un rato antes. El tema lo dejó pensativo. Dice que le resulta confortante encontrar en la comunidad religiosa alguien con quien hablar de esas cosas. Frank se acomoda y mira a Oscar con aire grave. La jerarquía quiere alejarlos de las cosas mundanas, de los peligros que asedian a la juventud si se meten en ciertas actividades. Lucero no parece captar su línea de pensamiento. ¿Lo dices por las fiestas, el carnaval, los prostíbulos, los tragos? Frank replica que eso no le quita el sueño. Se trata de lo que pasa en el país. Oscar aduce que él también está contra Batista y espera que pase algo que cambie la situación. La Iglesia no le impide pensar así. Frank se manifiesta más incisivo: Y ¿si lo que pase nos lleva a tomar parte? ¿En qué forma? —pregunta Lucero—. De lucha activa, de pelea —alega Frank. Tras un instante de meditación Oscar comenta: la violencia, la muerte; Frank agrega: morir... matar. Lucero lo mira una vez más con ojos fulgurantes. Lentamente toma la *Biblia* que descansa sobre el órgano y como esgrimiéndola la mueve ante el rostro de Frank. Este se la arrebata y busca afanoso en sus páginas y cuando encuentra lee en tono inspirado: “Los malvados son espinas del desierto. Nadie las toca a no ser con el hierro o con el mango de su lanza, se queman al fuego”. La cierra de golpe y se la entrega a su compañero mientras lo mira significativo. Lucero toma el libro pensativo.

Así, en ese verano, un nuevo elemento se integraba a sus inquietudes y expectativas que lo llevó a quebrar su rechazo a los festejos: la situación del país. Los hechos y las relaciones que estableciera en medio de la ebullición estudiantil le inducían a una especie de apertura hacia preocupaciones políticas. La comunidad de ideas le llevaba a buscar a sus compañeros más allá del trato en la escuela. Con Armando, Colomé, con Pedro y otros, la amistad se alimenta

de esa identidad de pensamiento. Las conversaciones del grupo desembocan siempre en la convicción de que el cambio en Cuba deberá producirse por medio de las armas. La astucia de Batista se basa en haber descubierto que los poderes ejecutivo, legislativo y judicial se sustentan a su vez en los cuerpos armados y quien los controle con rigor asume el poder real. Para ello ha estimulado bajas pasiones en la soldadesca inculta. Es un poder espurio y sin apoyo popular y es precisamente el pueblo su contrario, al que hay que contener por medio de la represión. De ahí que Frank y sus compañeros avizoren un período de contienda inevitable.

CAPÍTULO IX

Estudiantes en pie de lucha

Para Frank está claro que la juventud frente a tal estado de cosas debe prepararse para empuñar las armas. Es así que en este verano de 1952 rompe sus normas de conducta habituales y con sus amigos se adentra en las fiestas del carnaval. No se le ve “arrollar” en la conga, ni bailar en las verbenas, ni ingerir bebidas alcohólicas. Solo refrescos y fiambres. Se apega persistente a los “tiros al blanco” que como parte de los emplazamientos de distracción se instalan en la Trocha y otros puntos de concurrencia masiva. Suele decir a sus allegados: hay que prepararse y aprender a tirar.

Cira y su novio lo sorprenden en la Trocha junto a Colomé disparando sobre siluetas de patitos. El encuentro es jubiloso y ella se admira de verlo allí, en medio del bullicio y la música de los traganíqueles. Olivares, el novio de Cira, lo induce a tomar cerveza. La rechaza y acepta un refresco. La muchacha en medio de la algarabía le dice que debe aprender a bailar y él asiente pero le replica: y tú, debes aprender a tirar. La conversación deriva hacia el próximo curso en que culminarán los estudios y ella pregunta si Frank volvería a postularse para la presidencia de la Asociación. Lo pregunta con cierta reserva, convencida de su natural retraimiento. Su respuesta sin embargo la impacta gratamente. Lo escucha decir que sí y que cuenta con ella para que lo apoye en sus aspiraciones. Quedó en visitarla para precisar una candidatura.

El cambio no solo sorprendería a Cira, sino a gran parte de la escuela. ¿Qué lo motivaba? Sin duda el propósito de luchar. Al mirar en torno percibe que su base social por el momento la constituyen los estudiantes. Ha logrado atraerlos al BREN y cree que se pueden integrar en planes de mayor envergadura. No obstante,

su personalidad sigue ofreciendo una imagen de tranquilidad, no lo conciben encabezando actos de rebeldía, ni acciones extremas.

Algunos chispazos, acaso aislados, le llegan como anuncios de voluntad y predisposición a la rebeldía. En la Universidad de Oriente los alumnos se reúnen inconformes, intercambian opiniones, se acercan a profesores de proyección progresista y los consultan. Entre ellos hay eminentes exiliados españoles, y cubanos, que recuerdan sus experiencias en conflictos políticos. Chabás, Galbe, Portuondo, López Rendueles y otros devienen puntos de referencia para una masa juvenil anhelante y movida por la inconformidad. Vilma Espín, Asela de los Santos, Leyla Vázquez y otros forman el grupo. La primera propone pasar a algunas formas de acción y deciden imprimir volantes con mensajes patrióticos que alienten a la ciudadanía.

Divididas en parejas se lanzan a las calles. Asela, Leyla y otra compañera son interceptadas por el capitán Haza, de la policía. Las conducen al Cuartel Moncada ante el teniente coronel Fermín Cowley quien les endilga una charla gobiernista y las lleva después a la Universidad donde formula advertencias amenazantes y prepotentes, hecho que provoca la indignación del alumnado. Llegan a Frank noticias de lo sucedido y desea conocer a las promotoras. Tiene cierta información de algunas personas que se reúnen en la casa de Cayita Araújo, y hablan sobre la situación política, refieren experiencias del machadato y editan un periodiquito mimeografiado que titulan *Más Luz* y al que calzan con un lema: “sin prisa pero sin tregua”. Son ellos, además de Cayita, su hija María Antonia Figueroa, Nilda Ferrer, Angélica Miyares, Enrique Soto Tió,¹ Gerardo Abascal,² un viejo luchador guitarrista de apellido Figueredo y el que escribe estas líneas. Apoyaban la actividad Zaida Vidaud que prestó el mimeógrafo de su colegio y una familia pudiente de apellido Fajardo que hizo aportes económicos. Redactaron y enviaron cartas a los profesionales, a los comerciantes, a los soldados, incitándoles a oponerse al régimen *de facto*.

1 Ex dirigente de la FEU que abandonó Cuba en 1959.

2 Comerciante santiaguero que después de 1959, se declara desafecto y abandona el país.

El verano tuvo acontecimientos memorables, algunos de los cuales discurren en la sombra. En junio se publica en *Alma Mater* el manifiesto del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) inspirado por el profesor García Bárcena, de la Universidad de La Habana. Se formulaban cambios en la vida cubana que, sin trascender en profundas transformaciones socio-económicas, asignaban a la juventud el papel de renovar el espectro político en la coyuntura del aniversario número cien del nacimiento de Martí, con lo que se habló por primera vez de la “Generación del Centenario”. Las vías activas que se perfilaban eran pacifistas y se contaría con una supuesta disposición civilista de las fuerzas armadas a las cuales habría que atraer y persuadir. Como plan de superar numerosas lacras vigentes y como primer proyecto de renovación nacional surgido después del 10 de marzo, el MNR atrajo de inmediato a buena parte de la juventud estudiantil en las universidades.

También entre los meses, de junio y agosto surgieron dos organizaciones clandestinas de abierto perfil insurreccional. Fueron Acción Libertadora y la organización auténtica conocida como “Triple A”. La primera, bajo la batuta del doctor Justo Carrillo, se extendió rápidamente por todo el país apoyada por los cuadros de la que fuera “Joven Cuba”, fundada por Antonio Guiteras durante la lucha antimachadista a principio de los años treinta. La segunda era dirigida desde el exterior por el depuesto presidente Prío Socarrás. Las tres se establecieron en Santiago. El MNR en la Universidad de Oriente donde contó con el profesor Maribona y los alumnos Dujarric, Nilsa Espín, Rafael Rivero y otros. Acción Libertadora tuvo entre sus principales dirigentes en Santiago a Juan Miguel Frías, obrero ferroviario y antiguo guitarrista, que la encabezó. En torno a él formaron filas Raúl del Mazo, el doctor Rosell Monier, Renato Guitart, Casto Amador, César Pascual y muchos otros combatientes que pasarían con el tiempo a integrar las filas del Movimiento 26 de Julio. La “Triple A” contaba con la militancia de Rubén Alonso, abogado y notario de El Caney donde fuera alcalde; de Felipe Fernández Castillo, ex alcalde interino de Santiago, Temístocles Fuentes, Andres Feliú y otros.

Armando Colomé residía en El Caney. Un día, mientras cruzaba sobre el parque, lo llamó el doctor Rubén Alonso y lo invitó a su

oficina para conversar con él. Tras sondearlo en cuanto a la actitud de los estudiantes ante la situación se interesó por la existencia del BREN. Colomé le explicó la razón de ser de la organización y Alonso inquirió si estaban dispuestos a incorporarse a planes mayores. Colomé no quiso responder de inmediato por cuanto Frank era el dirigente y debía consultar con él. Se comprometió a trasladar la proposición. Al hablar con Frank, este se mostró interesado. Así participaron ambos en una reunión efectuada en el reparto Vista Alegre donde hablaron con Alonso y Castillo en presencia de Temístocles. Recibieron explicaciones sobre los planes insurreccionales e informes sobre la extensión y recursos de que disponían. Hablaron de prepararse para un momento en que asestarían un golpe decisivo al régimen y para el cual les avisarían. Lo que más motivó a Frank fue el conocer que disponían de gran cantidad de armamento. Muy llamativa, para él, resultó otra convocatoria que le hicieran por esos mismos días y que lo llevó a otra reunión en Vista Alegre con los jefes de Acción Libertadora de Santiago que contó con la presencia de un dirigente de La Habana. Hicieron también exposición algo velada de sus recursos e implicaciones y hablaron de un momento específico en que se produciría el gran levantamiento y para el cual habría que estar preparados. Allí conoció Frank a Frías, a Guitart, a Del Mazo, al doctor Rosell y a otros. También estuvo presente por otras vías Pepito Tey. Acción Libertadora con su lema “rechazar y derrotar”, desplegaría una activa propaganda propia de quienes tenían recursos, ejecutaría acciones en Santiago y daría entrenamiento en armas a numerosos combatientes. Fue menos selectiva que las otras y dio cabida a amplios sectores sin distingos clasistas pero sustentaba la tesis de que no se podía producir el hecho revolucionario contra el ejército, ni sin el ejército. Apuntaba pues a la cúpula política y trataba de mantener en jaque a las fuerzas del régimen hasta que se concretara el “gran momento”.

Al salir del concilio, Colomé se sentía confundido. Frank se comportó en esta reunión como en la anterior, de modo que al tomar la calle le preguntó: En definitiva, Frank, ¿con quién estamos nosotros? ¿con la “Triple A” o con Acción Libertadora? Frank le contestó: Ni con una ni con otra. Ninguna va a hacer nada. Nosotros estamos con Cuba y actuaremos por nuestra cuenta. Lo

que tenemos que ver es si nos dan armas. Así que por lo pronto militamos en todas.

El nuevo curso escolar se inició en septiembre. Con el proceso de ingresos se produjo el aumento de plazas en la Normal hasta 75 nuevas, lo que aumentaba el hacinamiento. Fue necesario ampliar el trabajo docente a un horario nocturno. No obstante, continuaba el rejuego de las escuelas por patronato en varios municipios del país. Elementos vinculados al régimen eran sus principales promotores. En Guantánamo el líder del engendro era ahora el jefe de la policía. Los directivos estudiantiles deberían enfrentar los nuevos desafíos. Septiembre y octubre convocarían a otra contienda electoral. La aspiración de Frank se vio apoyada de inmediato por sus más allegados, sobre todo del grupo “B”. En el “A” surgía la candidatura de Pepito Tey. Hasta ese momento las relaciones entre ambos no eran muy estrechas. Tey respetaba a Frank por sus condiciones como estudiante y apreciaba su decidida posición ante el régimen opresor, pero no podía imaginarlo capaz de dirigir al estudiantado en las difíciles circunstancias del momento. A su modo de ver era demasiado pacífico, tranquilo, retraído, como si careciera del ingrediente explosivo necesario en una hora en que la acción combativa se insinuaba inevitable. Frank, por su parte, observaba a Pepito. Le motivaba aquel carácter, mezcla de risueña camaradería y de explosividad, de arrestos y osadías, que discutía con un esbirro al riesgo que fuere, que luchaba como atleta en las contiendas deportivas en defensa de los colores de la escuela, que era caballeroso, enamorado y galán con las muchachas, que urdía maldades y pillerías juveniles. Lo medía también por su tajante sinceridad y por aquella capacidad de atraer adeptos que lo admiraban.

Existen versiones de que los comicios en la Normal tuvieron ese año características especiales, que aspiraran y evitar así el surgimiento de alguna candidatura inconveniente. En ese sentido Frank era preferible a Pepito, pero no se podía excluir la enorme simpatía del segundo en todos los cursos, por su fácil comunicación y sus rasgos amistosos que le daban notable popularidad. William Gálvez, en su obra *Entre el sol y la Montaña*, refiere el papel mediacionista que al respecto jugara Renato Guitart para conciliar el acuerdo, en las circunstancias de impartirles clases de armamento. Respetamos esa

versión, pero debemos acotar que los comicios tuvieron un clima verdaderamente polémico y candente. Se imprimieron volantes en verde para apoyar a Frank y en rojo para Pepito, los mítines que interrumpían clases se hicieron frecuentes y las conguitas de las muchachas en pro de un candidato y otro atronaban el ámbito en tumultuosa algarabía. Tey hace uso de la palabra. Apenas comienza a hablar lo interrumpen y Frank se incorpora indignado y regaña a sus partidarias bullangueras. Les dice que deben respetar al compañero que hace uso de la palabra. El aula explota en aplausos. Cira, Ena, Lolita, Rafael, Calderín, Colomé, Sarabia y otros, quieren que Frank se relacione más con sus compañeros, e intervenga en las discusiones. A cada demanda responde que no es honesto que intente cambiar su manera de ser para buscar votos. Sus seguidores se las ingenian para suplir la inercia inconcebible de su candidato.

Pero, los empeños seguían tropezando con el retraimiento de Frank. Un hecho pareció darle un golpe contundente a sus esfuerzos. La fiesta con que se celebraba el ingreso de nuevos estudiantes se efectuó en el balneario de Siboney. Y desde luego, se contó con la presencia de los candidatos. Los partidarios de Frank, con ojos de agentes promotores, observaban a Pepito que se acercaba mesa por mesa a saludar y a departir, sacaba a bailar a numerosas muchachas y prodigaba sonrisas y saludos, jocosos y conversadores. Volvían la vista a Frank que permanecía junto a Elia inmovible. A pesar de insistencias e inducciones, se mantuvo así. Al regreso, salió con su novia en el primero de los ómnibus que tornaba a Santiago. Un último grupo quedó en el lugar y debió regresar a pie pues el transporte falló inexplicablemente. En las angustias de la larga travesía hasta la ciudad, los acompañó solidario y sonriente Pepito Tey.

Otro golpe inesperado recibiría la tendencia de Frank. Olivares, el novio de Cira, era de militancia ortodoxa y por eso tenía excelentes relaciones con Tey. Lo consideraba el candidato ideal para la presidencia de la Normal. Juzgaba a Frank menos capaz para asumirla de acuerdo con los tiempos que se vivían. Esa actitud provocaría discrepancias por parte de Cira. Olivares decidió entonces calibrar los temores de la familia de la joven. Como Cira no aceptaba imposiciones, la amenazó con la ruptura y sumió a Cira en un estado depresivo tal que decidió alejarse y dedicarse solamente a sus

estudios. Sus compañeros se disgustaron sobremanera, especulaban que todo había sido una componenda entre Tey y Olivares dado que Cira encarnaba a la agitadora de País por excelencia y era necesario sacarla de circulación. El mismo Frank no ocultó su preocupación y ante el desconcierto de sus adeptos decidió dar pasos concretos que fortalecieran sus posiciones.

La Primera Iglesia seguía siendo su segunda casa y allí convocó al grupo. Escuchó atentamente las quejas y palpó el estado de ánimo depresivo que los embargaba. A Cira le dijo que no interviniera más en los mítines y arengas y que se hiciera la indiferente ante las provocaciones. Les preguntó si estaban dispuestos a trabajar a su manera, con menos bulla y más acciones subterráneas concretas. Nuestros opositores gastan mucho esfuerzo en promesas y palabras. Nosotros vamos a actuar. Y ante el asombro de los reunidos delineó la táctica que seguirían. Todos sabían quiénes ostentaban liderazgo en cada curso. Se trataba de acercarse a ellos, visitarlos en sus casas inclusive, conocer los problemas y dificultades que tuvieran e iniciar gestiones de solución, hablar con los afectados e interesarse por sus situaciones, ayudar en los estudios, gestionar ante la dirección respuestas a las demandas.

Tey y sus parciales aumentaban la agitación y tomaban como centro la situación del país en la que el estudiantado debía desempeñarse combativo, firme. Dejaban caer sutilmente el criterio de que Frank no era el indicado para el momento convulso que se vivía. Este, por su parte, continuaba en sus contactos personales. Pesaba en el ambiente de la escuela, la actitud de los grupos de cuarto año, siempre remisos a proyecciones que hicieran peligrar la graduación. En ese sentido la balanza se inclinaba a favor de Frank al que se suponía menos beligerante. Y un hecho imprevisto conmovió las apariencias. Luis Mariano Randich, caracterizado ya como agente de los cuerpos represivos del régimen, se presentó en la escuela con la idea de continuar sus estudios. Provocó un incidente en la entrada con uno de los bedeles y un grupo de alumnos le salió al paso. Ante su insistencia para hablar con el director, Frank se le enfrentó y lo tildó como traidor al estudiantado, advirtiéndole que estaba expulsado de la Normal, y frente a su resistencia, se produjo la confrontación física y Frank, secundado por sus compañeros, lo

obligó a retirarse del recinto. Los espectadores del hecho quedaron sorprendidos ante la resuelta conducta del candidato “tranquilo”.

Las elecciones se efectuaron en un clima entusiasta, pero apacible. La votación iba de forma escalonada desde el primer año. Al culminar el segundo, los cómputos indicaban que la contienda marchaba muy pareja. En el tercero Frank obtuvo una apreciable ventaja que se consolidó en triunfo con el escrutinio del cuarto. Sus seguidores vibraron en aclamaciones y cantos. Una canción de moda había acompañado su campaña, *Silver Star*, y tras las demostraciones alborozadas las muchachas la entonaron. Pepito Tey se abrió paso hasta Frank y lo felicitó con un estrechón de manos y este le dio un abrazo.

Durante la constitución de la directiva, Cira observa que Pepito no había salido delegado por su curso con lo que quedaba excluido de la Asociación. Frank reacciona de inmediato. Expresa que Tey es muy valioso y resulta contradictorio que habiendo obtenido tantos votos en toda la escuela no figure en el ejecutivo. Propone un primer acuerdo: designarlo delegado de honor con voz y voto en la directiva.

La toma de posesión tuvo lugar en el Aula Magna Floro Pérez, el 8 de noviembre de 1952, ante una nutrida concurrencia formada por alumnos y profesores. Allí, Frank anunció el primer acuerdo y lamentó la ausencia de Pepito.

En el panorama nacional los argumentos que pretendían aceptar el 10 de marzo como “hecho consumado” martillaban la opinión pública. El Bloque Cubano de Prensa hacía un llamado a ponerse de acuerdo con Batista para decretar la provisionalidad de su gobierno y la convocatoria a elecciones en breve plazo. Respondían a este exordio los partidos políticos tradicionales y las llamadas Fuerzas vivas. Desde el exterior Prío rechazaba la insurrección como vía de solución y proponía la lucha cívica para superar el estado de cosas reinante. Algunos brotes de insurgencia obrera, como el de los ferroviarios en Guantánamo, matizaban el ambiente y recibían de inmediato el calificativo de “perturbación comunista”, justificativo de la represión. El sector estudiantil se insinuaba como la vanguardia de la rebeldía nacional. La Universidad de Oriente era objeto de amenazas por la curia oficial que pretendió desconocer y violar su

autonomía en el sonado “caso Varona”. El doctor Alberto Varona Valdés, profesor de la cátedra de Derecho Penal en la Universidad oriental se había negado a firmar el documento del 11 de marzo en que el Consejo Universitario y la FEUO rechazaban el golpe. Al término de su contrato se decidió la no renovación fundada en la conducta de principios que la institución exigía de sus profesores. Varona no se ocultaba para decir que no firmaba la declaración porque le habían prometido cargos importantes en el gobierno *de facto* al cual se declaraba vinculado. El asunto repercutió en los altos niveles batistianos y el Ministro de Educación intervino amenazante. Las demás universidades, en especial las federaciones estudiantiles, cerraron filas en enérgica protesta. La ciudadanía santiaguera, a la que trascendió, se alzó decidida en defensa de su centro de altos estudios. Centros de trabajo, sindicatos, colegios privados, instituciones religiosas y sociales, partidos políticos, fueron visitados por comisiones del recién creado Directorio Estudiantil bajo la dirección de Félix Pena. La segunda enseñanza se alzaba combativa y solidaria. En horas la movilización de la opinión pública creó un estado de efervescencia extraordinario y los reclamos y pronunciamientos se sucedían a diario. El 6 de noviembre un gran mitin en las áreas de la Universidad mostró la fuerza unánime de la protesta. El país vivía pendiente de la decisión gobiernista. En el acto hizo uso de la palabra entre otros oradores, Frank País, en su primera aparición pública después de resultar electo. Ante la poderosa reacción cívica, el régimen decidió replegarse y el Consejo de Ministros efectuado ese mismo día declaraba reconocer la autonomía de las universidades como inviolable. En el caso Varona, tomaba nota para ulteriores consideraciones.

El local de la Asociación de Alumnos siempre estuvo en un cubículo junto a la secretaría de la escuela. El incremento del alumnado requirió de todo espacio posible y desde el curso anterior la sede fue trasladada para el sótano de la Escuela Anexa, alledaño a la entrada de la calle Trinidad. Allí fue la segunda reunión del ejecutivo. Los fondos de que disponía tenían su origen en un porcentaje de las matrículas y en las recaudaciones obtenidas en actividades deportivas y culturales que organizaba. Al rendir informe de la situación económica, Cira expuso que le habían entregado el dinero de las

matrículas con el déficit de dos centavos, que en ese momento no tenía la dirección. Lo consideró algo sin importancia. Frank objetó su actitud. Si fueran tuyos o de cualquiera de nosotros se puede admitir pero esos fondos son ajenos, pertenecen a la Asociación, de manera que debe constar en acta la deficiencia. El repaso al estado de cuentas mostró que había deudas pendientes y dispuso que se pagaran de inmediato. Tomó la lista de demandas cuya solución habían prometido y distribuyó el trabajo inmediato de cada frente, al tiempo que asumía el que le correspondía. Incluían los comprobantes de notas, botiquines, textos para la biblioteca circulante, sacapuntas en las aulas, nuevo local para la Asociación y la creación del Rincón Martiano. Una actividad cultural se imponía y Frank, sabía que se encontraba en Santiago procedente de Nueva York, la recitadora negra Eusebia Cosme y propuso traerla a la Normal. Personalmente la visitó y organizó después la actividad. Reactivó la edición de la revista *Hosanna* y planteó cambiarle el nombre.

Por su parte seguiría colaborando con un pseudónimo: “La pluma indirecta”. El cambio de la revista encontraría alguna resistencia. El nombre que tenía formaba parte de tradiciones normalistas y según Fela Torné la había fundado Floro Pérez. El título lo tomó sin duda de una estrofa del himno de la escuela.

Frank entendía que el nombre debía expresar la condición del colectivo, dar el sentido de la actividad y el objetivo básico. Así propuso y logró ponerle *El Mentor*.

El problema más candente y de mayor envergadura que debían enfrentar los nuevos dirigentes era el de las escuelas por patronato. Su recurrencia las situaba de nuevo en Guantánamo, Manzanillo, Bayamo y Holguín y otra en Santiago. Sobre la escuela oficial caerían toda clase de acusaciones que iban desde el egoísmo exclusivista hasta el temor a la competencia por futuras plazas de maestros. Se les atacaba como retrógrados, opuestos a la superación de otros jóvenes. Frank se propuso fundamentar sólidamente sus razones. Acompañado de una comisión se trasladó a los municipios en que estaban ubicadas. Consideró innecesarias las de Manzanillo y Bayamo e imprescindible la de Holguín con una gran población distante de Santiago. Cuando se disponían a visitar Guantánamo, los gestores de la escuela, sin duda informados de los pasos de Frank, produjeron

declaraciones ofensivas que impedían todo entendimiento. La visita por tanto fue cancelada.

El régimen a su vez no cesaba en su asedio a las direcciones estudiantiles. Militantes de la llamada Juventud Progresista, rechazaron los comicios en el Instituto y asaltaron la Asociación apoyados por el director del plantel. La masa se reunió en asamblea multitudinaria y eligió presidente a Belarmino Castilla. La contienda no cesó por cuanto los batistianos se negaron a entregar el local de la Asociación y se produjo una dualidad.

En Artes y Oficios, elementos de la misma tendencia asumieron por asalto la directiva y generaron una división a la que respondieron los estudiantes honestos y revolucionarios creando el Ala Revolucionaria Estudiantil (ARE) que a la postre logró expulsarlos. A partir de la experiencia del BREN, juzgaron posible extenderla. Se inspiraban en el directorio surgido en la Universidad de La Habana que, en la capital, lideraba históricamente toda proyección estudiantil. En Santiago no ocurría así. La Universidad era una entidad bisoña y recaía sobre la segunda enseñanza superior la tradición de lucha y rebeldías. El directorio creado debía forjar una unidad de acción entre todos los niveles y atraer a sectores de la ciudadanía, especialmente a los obreros. Se volcaron en el empeño, además, Benítez, Heredia, Pena y otros. Hicieron declaración pública de sus propósitos y crearon también un ala conspirativa que debía obtener armas además de explosivos. A Frank se le designó financiero.

La fecha del 7 de diciembre se avecinaba. El régimen en su plan de controlar las celebraciones, anunciaba un conjunto de actividades e invitaba a la ciudadanía y especialmente a los estudiantes. La Federación se reunió en Artes y Oficios y acordó no asistir a los actos oficiales. A contrapelo convocó a un mitin por la tarde en el Parque Céspedes y a una velada cultural en el Teatro Maceo, situado en el Paseo de Martí. Cerca de la Escuela de Comercio la policía y el ejército, a pie y a caballo, interceptaron a los manifestantes que daban gritos contra Batista. Golpes y atropellos los dispersaron, pero algunos grupos llegaron hasta la casa natal de Maceo, donde rindieron honores apoyado por un descendiente del Titán de Bronce que desplegó una bandera cubana en la entrada e impidió el acceso a los represivos. La anunciada velada cultural no pudo efectuarse porque las fuerzas

policiacas tomaron militarmente el teatro. Entre los reprimidos por el ejército en la esquina de Heredia y San Félix figuraban Pena, Josué, Pepito Tey y Frank. La penetración de los batistianos en los centros de segunda enseñanza forjó un caos. Con el propósito de neutralizar a los estudiantes celebraron un pretendido congreso nacional en La Habana que tuvo por sede la antigua Escuela Normal. Asistieron por Santiago, Temístocles y Benítez que contaron después el fiasco que resultó para el régimen. Como secuela de la división, la Federación santiaguera languidecía y el sentido de la lucha se mantenía a base de las organizaciones creadas en cada plantel como vanguardias revolucionarias. En ese contexto, la asociación del Instituto de Guantánamo tomó la iniciativa y convocó a la segunda enseñanza de toda la provincia para un encuentro en aquella ciudad. Se efectuó en diciembre en el local de la Escuela de Comercio y contó con la asistencia de los institutos de Holguín y Manzanillo, la Normal de Oriente y las escuelas por patronato de Bayamo y Guantánamo. Estuvieron presentes por Santiago, Temístocles, Benítez, Heredia, Frank, Colomé, Tey, Cira, Xiomara Erice, y por la Escuela de Comercio santiaguera Humberto Soteras que junto a su homólogo del Guaso presidió el congreso.

Para Frank y sus compañeros era la oportunidad de dar respuesta a la actitud provocadora de la escuela de patronato. No lo animaban rencores ni pasiones personales como lo demostraría en su intervención. Varios puntos candentes conformaban la agenda. El primero, la legitimidad de la Asociación del Instituto de Santiago, pues, Omar Martínez se presentó al evento como presidente, recusado allí por Benítez y Heredia. El debate fue acalorado y al final, el pleno decidió expulsar al falso dirigente. Otras cuestiones de subido tono eran los casos de Guantánamo y Manzanillo.

La Asociación del Instituto guantanamero al igual de la del Guacanayabo tenían en su contra a los respectivos claustros de profesores que se negaban a reconocerlas, además, ambas luchaban por la construcción de edificios nuevos. El pleno dio apoyo a sus demandas. Se llegó al punto de las Escuelas Normales. Nitzá Madrigal representaba la de Guantánamo y su intervención fue dura y acalorada. Se refirió al centro oficial como “la Normal de Santiago” y la voz de Cira replicó: ¡La Normal de Oriente! La oradora repitió la frase con énfasis retador y la santiaguera hizo otro tanto.

Nitza recusó que los tildaran de fabricantes de títulos y alegó a su vez que ellos, los santiagueros, cometían inmoralidades de las que tenía pruebas. Cira saltó indignada y exigió que las presentara porque aquella acusación no podía quedar así. La muchacha intentó continuar su intervención haciendo caso omiso ante la exigencia, pero la otra no la dejó continuar. ¡Presente las pruebas o cállese! La Madrigal cayó en estupor supremo, como bloqueda, y finalmente se desplomó en su asiento y rompió a llorar.

Frank pidió la palabra y en forma medida, que se fue encrespando, expuso cuanto habían hecho hasta el momento. Dijo tener muy estudiado cada caso y reconocía que donde único se requería una escuela era en Holguín. Reiteró los argumentos sólidos que recusaban tales iniciativas como hechos politiqueros. No hay un estudio medular de los casos. Señaló que existían miles de maestros sin aulas porque no las había y sin embargo miles de niños carecían de escuelas. Los centros que se creaban arbitrariamente carecían de base material, de profesorado capaz, mientras el magisterio vivía la angustia de las cesantías. Condenó los rejuegos de politiqueros gobiernistas que aprovechaban las aspiraciones de la juventud a estudiar y superarse, y no iban a los aspectos medulares. En un momento de la intervención apuntó: “lo que debemos exigir es la creación de cientos de escuelas y aulas, la ampliación del presupuesto de educación, el aumento de plazas en la Normal, en la Escuela de Comercio, en la del Hogar y otros centros de segunda enseñanza y que se garantice empleo a los trabajadores consagrados a la tarea educacional...”.

Expuestos ante el pleno los alegatos de una y otra parte, se unieron en una decisión. Frank había advertido que si se aceptaba la presencia de la Normal por patronato, la representación de Santiago abandonararía el cónclave. La votación, matizada por las implicaciones de la sede, votó por la permanencia y Frank y sus compañeros se retiraron. Sin embargo, algunos estudiantes de Guantánamo a los que conociera en esta ocasión se le acercaron y le expresaron sus simpatías. Figuraron entre ellos Enrique Soto, Reynaldo Brook, Ricardo Cisneros y Fabio Rosell, y los manzanilleros Beto Pessant y Manuel Echevarría, a quienes con el tiempo arrastraría a la lucha frontal contra la tiranía.

CAPÍTULO X

Frank y el primer combate callejero, 1953

Languidecía 1952 y abocaba a Cuba en las incertidumbres y borrascas que conllevaba el régimen podrido de Batista. El entrante 1953 era el año del Centenario martiano y no se concebía mayor afrenta al Apóstol que la presencia de un régimen de fuerza secuestrador del poder político. Frank se acogió a los días navideños para satisfacción de doña Rosario. Envío postales a Elia a Guantánamo y tocó villancicos e himnos religiosos en la Primera Iglesia. Un equipo de amplificación expandía hacia las calles aledañas aquella música que contribuía a los matices de un ambiente *sui generis* de Fin de Año. La familia coincidió en el templo con feligreses amigos que se interesaron por los muchachos y conocedores de la exaltación de Frank a la presidencia de la Normal, impartieron consejos de prudencia. Los días significativos los pasaron en la casa del procurador Carmona como tantas veces.

El Año del Centenario irrumpía con su carga de tensiones patrias. El día 10, la FEU inauguraba el Parque Mella frente a la escalinata universitaria al develar un busto del extinto luchador en ceremonia convocada por el alumnado. Pocas horas después del amanecer, la imagen pétrea apareció embadurnada en provocadora profanación que indignó al recinto universitario y a la ciudadanía. Elementos batistianos fueron los autores. Una tibia actitud de los entonces dirigentes de la FEU produjo un pequeño acto de desagravio pero las masas no se conformaron. Subieron el tono de la protesta con el cierre de calles, la quema de muebles y trastos, el vuelco de autos oficiales, manifestaciones hasta y desde la calle 23 esquina a L, choques con la fuerza pública, gritos contra Batista y su régimen. En horas de la tarde una poderosa manifestación tomó la calle San

Lázaro rumbo al mausoleo de La Punta que recuerda a los estudiantes de Medicina fusilados en 1871. En medio de gritos de condena avanzó hasta la calle Belascoaín donde un dispositivo militar con armas largas y ametralladoras ligeras les cerraba el paso. Chorros potentes de agua intentaron detenerla inútilmente. Se rehacían tras cada ataque y avanzaban resueltos y combativos. Las armas funcionaron primero al aire y luego a los cuerpos. Varios estudiantes terriblemente golpeados y heridos caían por efecto de las balas de los esbirros de Salas Cañizares, Antolín Falcón y Martín Pérez. Entre los heridos graves figuraba el joven estudiante de Arquitectura Rubén Batista que se convirtió en el primer mártir de esa hora de Cuba. Entre los manifestantes figuraron nombres entonces desconocidos, que integrarían el panteón de los mártires y héroes: José Antonio Echeverría, Fructuoso Rodríguez, José Machado, Juan Pedro Carbó Serviá, Raúl Castro Ruz, Léster Rodríguez, Osmel Francis, Conchita Portela y Mary Pompido entre otros.

Repercusiones en Santiago se produjeron como en todo el país. Un clamor nacional de solidaridad con la FEU habanera arrastró a todos los centros de enseñanza. Al iniciarse la larga agonía de Rubén Batista, el estudiantado santiaguero se aprestaba a rendir homenaje al Apóstol en su centenario. Días antes Frank, invitado a los oficios de la Segunda Iglesia Bautista en el Reparto Sueño, se empinaba en el púlpito para decir su sermón. “A un alma que me escucha”. Inmerso en las inquietudes cívicas, seguía fielmente los pasos que dictaba su formación como futuro pastor. Pero, el Héroe de Dos Ríos merecía toda entrega de fervor patriótico. Un acuerdo de las asociaciones convocó al estudiantado a una vigilia el 27 de enero ante el busto en la Plaza de Marte, a las doce de la noche. Incluía la firma de un juramento y el compromiso de luchar hasta la muerte por la vigencia de las ideas martianas. Un cordón policiaco rodeó el parque atento a la ceremonia. Jóvenes dirigentes estamparon sus firmas al pie del busto que rodearon de flores y la bandera. Lo hicieron Frank, Josué, Pena, Fernández Alvelo, Méndez Cominche, Andrés Rosendo, Pepín Lupiáñez, Pedro García, Armando Colomé, José Tey, Marta Correa, Nancy Ojeda, Paquito Cruz, Pepín Quiala y Jorge Romero junto a muchos otros. El teniente Durán y el Moro Asef hostigaron a los asistentes y generaron escaramuzas de

detenciones con Josué y Pepito Tey que se defendieron y lograron evadir la presión.

El 28, en horas de la mañana, Frank, junto a Fela Torné, inauguró el Rincón Martiano prometido durante su campaña. Lo emplazaron cerca de la entrada de Paraíso, y en la noche se efectuó en la escuela, la velada solemne. Su discurso se recogería después en la revista *El Mentor* y constituiría su primera condena pública al régimen *de facto*. Sus palabras exaltaron las virtudes de Martí y tradujeron la amargura que en contraste emanaba del momento político.

Velos de tristeza cubren nuestras palabras y nuestros corazones cuando al detenernos vacilantes miramos hacia atrás. Parece mentira cómo al cumplirse los cien años de algo que debiera ser grande y glorioso, encontramos que el amor, el desprendimiento, el sacrificio, el respeto y la dignidad de ese Martí de quien tanto hablamos, se vea trocado en egoísmo, en odio, en descaro y en falta de dignidad.

Su exhortación final expresó la inconformidad de la generación del siglo martiano: “quiera el cielo que nosotros, los normalistas de esta generación, sepamos cumplir con nuestro deber y que los cubanos de mañana, en otro centenario, sepan honrarte mejor”.

Después de la velada, Frank se reunió allí con los compañeros del Directorio y acordaron desatar varias acciones que complementarían el homenaje a Martí, como expresión de la juventud que lo seguía convencida de que la lucha contra el régimen era un mandato martiano. Esa noche se produjeron sabotajes al servicio eléctrico, se colocaron crespones de luto en los bustos de Martí junto a la estación de la Policía, y de Bolívar, frente a los muros del Moncada. Se destruyeron las vidrieras de la empresa eléctrica, se regaron grapas en las calles céntricas y se lanzaron volantes desde el edificio Serrano frente a la Plaza de Marte y desde otros lugares.

En La Habana, los integrantes de la Generación del Centenario que asaltarían el Moncada protagonizaban el Desfile de las Antorchas, marchando desde la Universidad hasta la Fragua Martiana donde Martí, casi niño, trabajó como preso político con el yugo opresor de la colonia en su pie.

Los días siguientes fueron para Frank de notable actividad. Revisaba cada uno de los frentes de la Asociación dotándolos de planes

de trabajo. La revista le ocuparía gran parte de ese tiempo. Como quería una publicación distinta, sin los arrumacos intrascendentes y las notas frívolas, reflejos de las conocidas crónicas sociales, cuidaba personalmente del contenido. Pero, el trabajo más agobiante era buscar apoyo y anunciantes. Con Elia, Cira, Calderín, Rafael y Ena, visitaría a comerciantes para arrancarles un anuncio y también a los otros centros de enseñanza a los que ofrecía las páginas en su nueva tónica, la de una revista combativa y politizada que fuera una trinchera más frente al tirano y un vocero sensible del clamor estudiantil.

El 13 de febrero moría Rubén Batista tras la prolongada agonía de un mes en que se le practicaron tres intervenciones quirúrgicas. Tendido en el Aula Magna, su sepelio se convirtió en aguerrida demostración de repulsa al tirano. El primer mártir de la etapa señalaba un camino. Los crímenes anteriores de Batista aparecieron siempre encubiertos en sus mojíngangas políticas y en la complicidad de determinados figurones de la vida pública. Ahora debía enfrentar el rechazo de un pueblo que con los ojos muy abiertos seguía cada uno de sus pasos. Frente a la rebeldía colectiva, no podrían ocultar sus desmanes y ante esto no tenía otro recurso que la represión masiva. El entierro en La Habana tuvo sus réplicas en numerosas ciudades en que el féretro simbólico marchó por calles y en ocasiones fue deshecho a golpes y culatazos que se ensañaban por igual en sus portadores.

Apenas conocida la noticia en Santiago el estudiantado se movilizó. La FEUO y la Asociación acordaron una huelga de setenta y dos horas y realizar un entierro simbólico que recorriera las calles hasta el cementerio partiendo de la Escuela de Comercio. El 14, los centros de enseñanza amanecieron rodeados por las fuerzas policíacas. Esbirros y soldados creían disfrazar su estólida apariencia vestidos de paisanos. La Universidad se concentró en la Placita de Serrano y se incorporó a la manifestación por la calle Saco, Artes y Oficios y el Instituto lograron avances hasta el Parque Céspedes, la Normal con Frank y toda la Asociación al frente, pasó entre los cuerpos represivos por la misma ruta portando una gran bandera; unían voces de condena y denunciaban el asesinato de Rubén. Los tenientes Durán y Asef desde temprano se apostaron en la Biblioteca

Elvira Capé, frente al plantel de Comercio, y en cuanto vieron el descenso del féretro movilizaron a su manada y cayeron sobre los estudiantes como pirañas.

La contienda cuerpo a cuerpo se generalizó. Félix Pena, al frente de la manifestación, se enfrentó iracundo a un esbirro que esgrimió el revólver amenazante. El joven acercó su pecho a la boca del arma y gritó a todo dar: ¡Tira, cabrón, que el estudiantado santiaguero también necesita un mártir! El policía, sorprendido ante tanta entereza, no se atrevió a apretar el gatillo y Pena, aprovechando su indecisión, lo echó por tierra de un empujón.

Entre tanto, la Normal, con Frank, al frente llegaba hasta la calle Estrada Palma. Las huestes estudiantiles estaban sorprendidas por no haber recibido aún las agresiones. Pero, al acercarse a la esquina de San Jerónimo tropezaron con el cordón policial. Un carro celular cerraba la calle y patrulleros y agentes completaban la barrera. A la vista del primer impedimento, Frank lanzó el grito de ¡adelante!. Sus compañeros lo siguieron. El encontronazo resultó inevitable y los manifestantes vieron rota su formación ante los vergajos. Un policía se lanzó sobre las muchachas que portaban la bandera e intentó arrebatarlas. Frank, que se esforzaba por mantener unida la formación, saltó como un felino y se interpuso. El agente tiraba furioso de la enseña y Frank a su vez forcejeaba para quitársela mientras gritaba: ¡ustedes no son dignos de tocarla! ¡Suéltala!. Sus compañeros, en medio de la dispersión, observaban admirados la singular contienda. Frank logró retener la bandera y cuando parecía que caerían sobre él ensañados, los uniformados dieron media vuelta para dirigirse prestos a otro lugar. Frank convocó enérgico a cumplir la promesa hecha: ¡hasta el cementerio! Por su parte, Pepito Tey, Agustín, García Lupiáñez, Colomé y otros penetraban en el café La Cubana y lanzaban sobre los esbirros cuanto encontraban a mano. Un manto de azúcar cubría la calle Estrada Palma en aquel tramo como “aporte” de las azucareras usadas como proyectiles. En la esquina de San Francisco, los “sobrevivientes” del encontronazo rearmaron sus fuerzas y continuaron hasta el cementerio al que no pudieron acceder por estar tomado por la policía y el ejército. De regreso, Frank y sus seguidores se dedicaron a hostigar a algunos miembros de las

fuerzas armadas que en reacción tardía decidieron perseguirlos hasta la Normal donde se refugiaron y a la que no se atrevieron a entrar los perseguidores.

En la noche Frank está absorto en la *Biblia* de la que extrae algunas notas. La madre se asoma y lo observa silenciosa un instante. Si está en comunión con la *Biblia*, prefiere no interrumpir. Frank se percata de su presencia y ante su mirada inquisitiva le dice que prepara su charla para la Escuela Dominical. Rosario avanza cautelosa y se sienta en la cama. Él pone en ella su atención, advierte el tono persuasivo que asume en sus consejos. Sus palabras fluyen precisas y a rato enfáticas. Ha observado la conducta de los tres y los ve cada vez más inmersos en algo que se incrementa. Le recuerda sus compromisos de futuro y el deber que tiene de velar por sus hermanos. No le reprocha ese impulso y la dedicación que va dando a su papel como dirigente, pero le preocupan las tensiones estudiantiles. Advierte que por ese camino se enfrentará a gentes malas y soberbias que no tendrán miramientos para proceder en su contra. Trae a colación ese joven asesinado en La Habana y piensa cuántas madres tendrán que llorar a sus hijos. Frank se le acerca y la abraza, le habla de las responsabilidades que ha asumido y de su decisión de luchar contra el régimen, algo que considera un deber. Quiero y debo estar donde se combata a este régimen —dice— Rosario lo mira un instante angustiada. Advierte que ya sus hijos son hombres y no quiere perder la “brújula” con que los ha criado. Tus hermanos te siguen y temo por los tres. Frank le expresa sereno: yo sabré cuidarme y cuidarlos a ellos.

Tras las refriegas del día anterior, los ánimos estudiantiles estaban muy caldeados. Una reunión urgente traía a la Normal a los dirigentes de la segunda enseñanza. Frank los acogía y planeaban acciones inmediatas como un mitin allí mismo, en las áreas deportivas de la escuela. Había preparado octavillas condenando la represión policiaca en La Habana y en Santiago, que debían servir, a la vez, para atraer a la ciudadanía a las demostraciones del día siguiente. Informado de que los volantes y los grupos estaban listos, dispuso que salieran a las calles. Colomé, Cira, Ena, Hermida, Tey, Calderín, Vidaud y otros tomaron Enramadas e hicieron reparto abierto de la propaganda. Al llegar a San Agustín cerca de la oficina de correos,

los interceptó un carro patrullero al mando del moro Asef. Detuvo a Ena y a Hermida y los introdujo en el vehículo en medio de las protestas de sus compañeros. Cuando se disponía a partir, se acercó Pepito Tey e interceptó el auto preguntó por qué se los llevaban. Asef replicó sardónico que por repartir papelitos subversivos. Tey en tono desafiante expresó: ¿por repartir papelitos? ¡Ah! ¡Entonces tiene que llevarme a mí también porque yo sí que tengo bastante! Y uniendo la acción a la palabra extrajo fajos de los bolsillos y los lanzó a la cara del oficial y sobre el vehículo. Asef reaccionó violento. Abandonó el asiento y se acercó a Tey que retrocedió unos pasos cuadrándose en alerta. El policía giró talones mientras decía: te vas a salvar porque no tengo en qué llevarte.

Cerca de la Plaza de Dolores, Pedro García Lupiáñez cumplía su faena callejera junto a Cira. Un policía lo detiene y lo agrede. Lanza los libros del estudiante al suelo y lo empuja en el típico arresto de un delincuente al que sujeta por un brazo. Lo encamina por Enramadas rumbo a la estación en el intento de ponerlo en evidencia ante el numeroso público que transita por la céntrica vía santiaguera como un vulgar infractor. La gente, efectivamente, observa desconcertada. Cira echa a andar detrás mientras grita a todo dar: ¿ese no es un delincuente! ¿es un estudiante! ¿Toma tus libros, Pedro! ¿Que sepan quién eres!

Frank, informado de lo ocurrido, orientó que piquetes de estudiantes formaran un escándalo ante la estación de la policía hasta que él y sus compañeros terminaran la reunión tras la cual se incorporarían a las demostraciones y demandas. No fue necesario. El jefe de la policía era el comandante Izquierdo, militar que ante la ebullición estudiantil, mantuvo siempre una actitud condescendiente. Mientras leía las octavillas que atacaban a los uniformados y discutía con los jóvenes, recibió una llamada de Chaviano ordenándole trasladarlos al Moncada a disposición del siniestro jefe del SIR (Servicio de Inteligencia Regimental), Agustín Lavastida. Izquierdo, aparentando pena, contestó que acababa de ponerlos en libertad, consejos y advertencias por medio. Luego se volvió a los muchachos y les dijo con disimulada severidad: por orden del coronel, tienen que comerse todos estos papelitos. Ena le contestó: pues mande a buscar aceite o mantequilla porque eso en seco no

hay quien se lo trague. Izquierdo rió y les dijo que se fueran y que esperaba no volver a verlos por allí.

El 16 de febrero se efectuó el mitin en la escuela y ante la concentración de cientos de estudiantes de todos los planteles se proyectó Frank en alocución inflamada, retadora:

...golpes, sablazos, tiros, sangre, detenciones, cárcel inmundada para las carnes jóvenes del estudiantado. ¡14 de febrero! ¡Día de los Enamorados!, día del entierro de una vida fresca, Rubén Batista, un enamorado de la vida asesinado por los “valientes” de uniforme. La barbarie es la única palabra que se puede aplicar a hechos insólitos. Ahora vamos a la calle. Vamos junto al busto de Martí, para desagaviarlo, para entonar el himno de la patria y vamos a hacer un recorrido que lleve al pueblo un rayo de rebeldía.

Los gritos de ¡a la calle! invadieron el ámbito con la consecuente movilización. A la luz mortecina de la calle Paraíso los manifestantes eran una fuerza colosal disparada que pedía a coro ¡la cabeza de Batista!, camino a la Plaza de Marte. El cordón de esbirros cerraba el paso en la esquina de la calle Bayamo. Los consabidos instrumentos de golpiza cayeron sobre ellos, pero la vanguardia, con Frank a la cabeza, se mantuvo firme. Lograron avanzar hacia el parque mientras las piedras repelían la agresión. Frank, Josué y Pepito Tey penetraron explosivos en el café “La Iris”. Tey saltó sobre el mostrador y colocó encima dos cajas de botellas. Josué, Frank y el mismo Tey las lanzaban furiosos contra los uniformados. La respuesta vino en el accionar de las armas de fuego. Tey, con otros, corría por Enramadas y se guarecía en el Mercado Vidal desde cuyo alto lanzó sobre la policía cuanto encontró a su alcance. Un piquete de uniformados cayó sobre los atrincherados en el café y a golpes de vergajos y fustas sometieron a Frank y a Josué, a los que condujeron entre empellones a un carro patrullero. Los arrestos cayeron también sobre Tey y sus seguidores que, empeñados en llegar hasta el busto de Martí, volvieron a la Plaza y fueron apresados. En la estación de policía los sermonearon una vez más insistiendo en que Batista era bueno y calzaron la cháchara con amenazas tremebundas tras las cuales los dejaron libres.

Entretanto, la Normal era un hervidero intramuros. Los grupos de cuarto año, que habían votado masivamente por Frank País, se

alarmaban. ¿Qué había pasado con el estudiante apacible, discreto, religioso? Lo habían elegido porque lo consideraron el más seguro gestor de un fin de curso sin contratiempos. De pronto demudaba un ímpetu volcánico desconocido.

Tenía a la escuela en ascuas y ello podría crear dificultades enormes para la ansiada graduación. Frank reaccionaba indignado ante aquel egoísmo promotor de reservas y tibiezas. Por otra parte, los más decididos, entre ellos Pepito Tey, no podían ocultar el impacto que les producía la conducta de su compañero. Un aura de respeto y admiración comenzó a envolver su nombre y su persona. La contienda con el policía por el rescate de la bandera y su firmeza en las manifestaciones, su palabra de arenga en el momento preciso, su sangre fría ante el peligro, no dejaban duda sobre su capacidad y sus dotes para dirigir y mandar. En la biblioteca, lo recibe Fela entusiasmada. Recuerda los días de Floro Pérez y narra conmovida los detalles de su martirio en las garras de Arsenio Ortiz. Luego extrae de la cartera la carta autógrafa de Martí y se la entrega. Te has ganado el derecho de tenerla en tus manos. Frank vibra un instante, el suficiente para una rápida reflexión, y la rechaza. No, todavía no se cree merecedor de semejante honor

A principios de marzo ve la luz el primer número de la revista *El Mentor* en la que invirtiera tantos esfuerzos. Yolanda Muncio como directora y César Vidaud como redactor. Han librado junto a él la batalla editorial. Quedaron definitivamente atrás las páginas de la vieja *Hosanna* para dar paso a una publicación combativa que concita a la unidad del estudiantado, analiza sus problemas y ataca al régimen. Salidos de su pluma aparece el discurso en el homenaje a Martí con motivo del Centenario, una invitación a todos los centros secundarios a los que se ofrece acogida y una foto con pie de grabado escrito por él. Es la imagen macabra del brigadier Ainciart, jefe de la policía durante el machadato, cuyo cadáver fue extraído de la tumba por el pueblo y arrastrado por las calles como expresión del odio y la repulsa que inspirara. Frank esgrime el ejemplo como advertencia a los nuevos sicarios.

Los días sucesivos lo llevarán a un segundo encuentro en Guanátamo donde hizo acalorados debates por las escuelas de patronato. Rebató una vez más los argumentos opuestos y reiteró la convicción

sobre los manejos politiqueros en el asunto. Se refirió a la prensa en los que se acusaba a los normalistas santiagueros de egoístas y regionalistas opuestos a la superación de la juventud y “lidercillos pagados a precio del dinero incinerado de Aureliano”. La alusión apuntaba hacia el que fuera ministro de Educación en el gobierno de Prío, personaje nada grato a la memoria del pueblo por su polémica con Eduardo Chibás. Después del 10 de marzo, el nombre de Aureliano Sánchez Arango se manejaba de boca en boca como alternativa contendiente de Batista e individuo capaz de organizar la insurrección desde las filas de las organizaciones auténticas. Su nombre, por igual, se asociaba a las corruptelas habidas en el gobierno de Prío, donde miles de pesos que debieron ser incinerados se perdieron en el camino hacia el crematorio.

Frank demandó de los autores del infundio el fundamento de sus aseveraciones. Un silencio total fue la respuesta. En las conclusiones de la actividad, si bien no se condenó a las escuelas por patronato, se dejó constancia de que los basamentos para análisis posteriores deberían tener en cuenta las razones aportadas por el Presidente de la Asociación de Alumnos de la Escuela Normal de Oriente. Su llamado para combatir el régimen espurio de Batista encontró un eco, especialmente de los institutos de Manzanillo y Guantánamo.

Las escuelas por patronato amenazaban extenderse como el marabú por todo el país. En fase de alarma, la Normal de La Habana convocó a un encuentro en la capital para unir fuerzas frente al engendro y elevar una protesta nacional al Ministerio de Educación. Una delegación encabezada por Frank e integrada, además, por Cira Lauhau, Armando Colomé, González Calderín y García Lupiáñez, abundó en la naturaleza del asunto. Frank aprovechó la oportunidad para situar como centro de las discusiones la lucha contra la tiranía. Sus compañeros recordarían después el emotivo momento final, cuando se intercambiaron regalos. La Normal de Oriente no llevó nada material como presente. Frank tomó la palabra y se excusó, pero en su empeño de dejar algún aporte ofrecería para que todos se llevaran un recuerdo, se dirigió al piano y tocó varias piezas cubanas.

De regreso a Santiago, informa de lo habido en La Habana y advierte del primer aniversario del golpe de Estado que debería ser

“saludado” con acciones concretas. El nueve, en horas de la noche, junto a Pepito Tey, Armando Colomé y Arturito Vázquez, intenta interrumpir el servicio eléctrico de la ciudad, pero los tanteos resultaron baldíos y extenuantes. La altura del tendido fue inalcanzable. De regreso rompieron varias vidrieras del comercio en calles céntricas y obligaron al jefe del SIR y a varios oficiales a abandonar temprana y apresuradamente su francachela de aniversario en el club de oficiales de Ciudadamar.

En La Habana, la FEU se lanzaba en manifestación por las calles para llegar a la tumba de Rubén Batista en el Cementerio Colón y fue interferida por las hordas de Salas Cañizares y otros cuerpos represores. Las acciones estudiantiles se desataban en cadena por el país.

En Santiago la FEUO decreta huelga de setenta y dos horas en apoyo. La interrupción de clases en la Normal genera nuevas actitudes renuentes del alumnado de cuarto año. Frank escribe su airado artículo “Cobardía” que publicara en el número de abril de *El Mentor*. Sus palabras están dictadas por valores de que todo maestro debe ser portador de valores:

¿...De qué sirve la cultura humana cuando se es traidor? Prefiero la sencillez cuando es sana, respetuosa y leal. Perder el curso dicen que es el miedo; perder la dignidad y el honor, como se está perdiendo, debía ser el verdadero miedo.

Pero, los ojos y el alma puestos en las urgencias del país no lo apartan de los problemas de sus compañeros. Se recordará siempre sus gestiones de apoyo y su enfrentamiento a dificultades y arbitrariedades. Notoria y singular es su intervención cuando se produce un aumento de plazas. Un empate incide en los últimos cuatro nombres del escalafón de los cuales solo dos pueden acceder al ingreso. El director asume a los dos primeros aplicando mecánicamente el orden alfabético de apellidos. Dos humildes muchachas negras son afectadas por esa decisión mientras se benefician otras dos blancas residentes en el reparto aristocrático. Las primeras lloran inconsolables y Cira, alertada del caso, lo pone en conocimiento de Frank. Este busca al director y se entabla la discusión, alegando que el escalafón se confecciona así y él lo asume como lógica. Frank, junto a Cira,

alega que el método es injusto y que debe aplicarse otra solución. El director replica que no puede. Frank, obstinado, le contesta que entonces debe darle entrada a las cuatro porque tienen la misma puntuación. —No puede ser— opone el otro. Excedería el número de plazas y para su incremento él no está facultado. Frank no cede. Le dice que el caso resulta excepcional y la dirección con el mayor espíritu de justicia debe enfrentarlo. Que explique a las instancias superiores la coyuntura y que proceda rectamente. La Asociación de Alumnos lo apoyaría. El director, atribulado y como queriendo salir del mal momento, acepta, pero fija una condición que hace saltar a Cira, deben matricular de inmediato ya que se propone cerrar el proceso en una hora. Cira estima que el planteamiento envuelve una trampa, replica que es absurdo, pues dos muchachas de procedencia humilde deberán recabar en sus casas el importe de las matrículas y el tiempo no les alcanzaría, sin contar con que pudieran por el momento carecer de fondos para el trámite. Frank la mira significativo y le abre mucho los ojos mientras dice que está bien, que deben matricular enseguida. Al abandonar la oficina del director Frank le dice a Cira que efectivamente, la dirección cree haber encontrado una forma para quitarse el problema de arriba, pero que la Asociación le dará respuesta. Que se haga cargo, como financiera, pague y las matricule. Después se expondría el caso ante el pleno y si hubiere que reponer el dinero lo harían entre todos. Otro caso de notoria resonancia ocurriría a fin de curso. Una alumna del grupo no podría graduarse porque recibía un suspenso de parte de la doctora Yero, la profesora de Matemática. Desde el año anterior ciertas diferencias entre una y otra quebraban siempre por el lado flaco: el de la alumna. Sus compañeros percibían un cierto ensañamiento profesoral. La doctora era mujer de carácter difícil, prepotente y autoritario. Solía decir que allí nadie sabía más Matemática que ella y que el que se considerara capaz, escribiera un libro. En los “verecundos” era una integrante del claustro a quien los alumnos aplicaban todos los ingredientes posibles de la burla.

Un coro se unió a las penas de la muchacha. Ella aseguraba haber trabajado un examen para aprobar y lo habría comprobado en los textos y con sus compañeros, pero la discusión con la doctora no sería faena fácil si pedía revisión. De hacerlo personalmente,

la animadversión mutua impediría todo entendimiento. El grupo colegía que debía hacerlo alguien a quien el profesorado respetara especialmente y que supiera de Matemática. El nombre de Frank saltó en las mentes. Que alguien del curso no pudiera graduarse por una asignatura, dependiente de la doctora, espoleó la voluntad del joven dirigente. A nombre de la Asociación hizo la solicitud y se enfrascó en meticulosa revisión bajo la mirada y el aire suficiente de la doctora. Sin duda buscaba una grieta en las calificaciones y la encontró en un ejercicio con el planteamiento correcto al que se había dado cero por una cifra final errónea. —Doctora: cualquiera en la presión de una prueba, se puede equivocar en alguna de las cuatro reglas que por cierto, se aprenden en la primaria. Lo principal es la fórmula que usted enseña aquí y en ese caso, el ejercicio está correcto—. La profesora tomó el examen visiblemente disgustada y tras sopesar el argumento varió la calificación. Está bien, pero una futura maestra no puede tener esas fallas. Voy a ser condescendiente y de los cinco puntos que vale voy a darle dos. Frank sonrió y le dio las gracias. Los dos puntos completaban el cupo de aprobado.

Entre los días quince y veintidós de aquel marzo, la efervescencia estudiantil cobraba inusitados bríos. Las gestiones policiacas solo lograban enardecer más a la masa juvenil. El Ministro de Educación dictaba medidas drásticas para echar sobre las direcciones y claustros de los planteles la responsabilidad. Hubo directivos que ante el temor de la cesantía se plegaron serviles, otros, por alineamiento junto al tirano, y no faltó quien, como el doctor Octaviano Portuondo Moret, director de la Normal de Oriente, declaró públicamente su disposición a renunciar antes de echar sobre sus alumnos a los perros de presa.

Artes y Oficios fue un caso relevante de cobardía y sumisión. El secretario del plantel llamó a la policía para impedir reuniones de la Federación en el local y se produjo una protesta con los graves resultados de amenazas de expulsión y huelga de hambre de numerosos estudiantes que fueron desalojados por la fuerza. En respuesta, las asociaciones tomaron el Instituto y el 20 de marzo la policía y el SIR irrumpieron violentamente. Fueron detenidos más de veinte estudiantes entre los que figuraban Benítez, García Lupiáñez, Tey,

Colomé y Frank. Conducidos al Moncada, se les acusó de reunión ilícita con intenciones de desorden y se les radicó la Causa 6/53 por infracción de la Ley 292 de 1934. Fue para Frank su primera remisión ante un tribunal de Urgencia.

La detención el 13 de abril de un grupo reunido en las oficinas del Partido Ortodoxo se tradujo en enérgica protesta de la asociación normalista porque figuraban entre los apresados y acusados por iguales cargos, Tey, Colomé y García Lupiáñez, alumnos de la escuela, absueltos en Urgencia, los detenidos en el Instituto, prosiguen sus actividades antigobiernistas. Se acerca el primero de mayo y el Directorio decide concertar acciones con el movimiento obrero. Acuerdan desfilar desde distintos puntos de la ciudad, Martí y Calvario, de Estrada Palma y San Carlos, de Santa Rita y Barracones. Se concentrarían en un punto del Paseo Martí para un gran acto a despecho de prohibiciones oficiales. La fuerza pública los interceptó en todos los casos con métodos expeditivos. Entre los golpeados ese día, estuvieron Tey, Josué y Frank.

El 8 de mayo, aprovechando un aniversario más de la muerte de Guiteras, se funda en la Escuela de Comercio el Bloque Estudiantil Martiano (BEM). Participan Pena, Tey, Carlos Díaz Fontaine, Josué y Frank.

CAPÍTULO XI

Maestro y conspirador

Junio lo insta a los exámenes finales de la carrera y el 7 de julio concluye los estudios. El 18 recibe su certificado de maestro. Elia Nena, ha partido para Guantánamo y sostiene con ella animada correspondencia. Le cuenta de sus excursiones y actividades. El 25 en la noche decide participar del Carnaval. Es el día de Santiago Apóstol que generalmente se pasa en los festejos hasta bien entrada la madrugada o hasta el amanecer que desemboca en el de Santa Ana. Junto a Eduardo Yasells se va al Grop Catalunya donde pasan toda la noche en un baile, acompañados de dos muchachas que se declaran forasteras en la ciudad. Cerca de los claros del día las acompañan a su casa. De regreso él y Eduardo, mientras avanzan en retirada, escuchan detonaciones que les sugieren fuegos artificiales, aunque no consideran la hora la más adecuada para tales demostraciones de júbilo. En San Bartolomé 226, Rosario, despierta por su tardanza, se alarma al escuchar los disparos y solo se tranquiliza cuando siente el llavín en la puerta y lo ve aparecer. ¿Qué ocurre? —indaga. No sé, pensé que eran fuegos artificiales, pero creo que no, que son tiros. Agustín y Josué se levantan y se les unen. Hay inquietud y curiosidad y Rosario, al percibir aprestos indagadores, advierte terminante que ninguno puede salir a la calle. La actitud vigilante de la madre en medio de su atareo los hace agudizar sus intenciones. Miradas por medio, salen de uno en uno al patio, suben a la parra y ganan el techo. Se acercan al alero y tratan de atisbar en la distancia hacia el Cuartel Moncada de donde proviene la balacera. Las ráfagas de ametralladoras calibre cincuenta inundan el espacio y repercuten en las techumbres. Rosario sale al patio y les ordena bajar imperativa. No les queda otro remedio que esperar.

Cerca de las once de la mañana se producen toques discretos en la puerta. Los tres saltan ansiosos, pero Rosario se interpone y los aplaca con el gesto. Se dirige a la puerta y abre. Pepito Tey pregunta por Frank. Este se mueve hacia él, mientras Josué y Agustín lo siguen. Pepito no sabe lo que ocurre y solo puede decirles de las versiones que circulan. Una pelea entre los guardias o un alzamiento dirigido por el ex coronel Pedraza, alguien nada confiable que tuvo diferencias con Batista en el pasado. Los tiros se escuchan intermitentes y Tey propone salir a la calle en busca de información. Rosario se opone una vez más concluyente. Tey trata de persuadirla. Alega que lo que esté ocurriendo es solo en el Moncada. La ciudad está tranquila y las gentes circulan libremente por las calles. Frank manifiesta su decisión de salir a indagar y discute con la madre. En tono medido le dice que no se alejará mucho y que en cuanto sepa lo que pasa regresará para informarles. Rosario calla a regañadientes. En el camino por Trinidad tropiezan con un camión de soldados que arriban nerviosos al hospital de Emergencias. Bajan a dos heridos y los introducen apresurados en el lugar. Pedro estaba en ascuas como ellos, pero al verlos en plan de calle se embulla y los acompaña. Se apegan a cuanto grupito encuentran en las esquinas y ponen el oído a los vecinos que intercambian dudas e ignorancia. Llegan a la Carretera Central y Trinidad y cuando intentan cruzar, los custodios los detienen. Les ordenan retroceder y alejarse. Tey dice que solo quieren cruzar hasta la Coca Cola, pero los uniformados se muestran intransigentes. Frank insiste en que se trata de caminar una cuadra y por respuesta uno de los guardias rastrilla el arma y produce dos disparos al aire. Los jóvenes se repliegan rumbo a Garzón. Dan la vuelta por la avenida y se acercan a las casas junto al Hospital Militar, frente a la Posta 3. Hay soldados con armas largas, fusiles y ametralladoras. También movimiento de civiles que entran o salen. Tey observa que en cualquier momento los desalojan de allí, pero Frank replica que esperarán hasta que ello ocurra. Del área del Palacio de Justicia se acerca un uniformado trayendo a otro herido en una pierna. Ambos se mueven con visible trabajo y Frank, movido por el interés de entrar, se les acerca. —Déjeme ayudarlo— dice, al tiempo que toma un brazo del herido y lo pasa

sobre sus hombros. El trío avanza hacia la posta y los congregados allí les abren paso diligentes. Adelantan unos cuantos metros pero otro soldado que viene de frente se apresura a relevar a Frank. Los tres le dan las gracias por su ayuda y siguen adelante con el herido. Frank no vuelve sobre sus pasos. Tiende la vista y observa mientras se acerca al borde del polígono. Dispersos en toda el área hay numerosos cuerpos caídos. Las mutilaciones son evidentes. Frank se acerca algo más y trata de definir rostros, algún signo de identidad, pero, es inútil. De un árbol pende un cuerpo joven y debajo, en la grava, están los pies separados de un tajo. La visión es dantesca, intenta aproximarse más. Varios disparos suenan más allá y los soldados situados cerca reaccionan alarmados y rastrillan las armas. Desde la escalera del mando un oficial grita que saquen a los civiles del cuartel. Frank, al ver que vienen sobre él, se aleja hacia la posta, la traspone y se reúne con sus compañeros que lo miran anhelantes. Con el espanto reflejado en el rostro exclama: ¡Los ví! Los han matado a todos. Pero, son unos niños ¡no tienen barbas! La expulsión de los civiles va más allá de los muros y los alcanza, por lo que tienen que alejarse apresurados.

La ciudadanía santiaguera vive momentos muy tensos de profunda expectación. Los civiles que lograron entrar narran algunas de las escenas que vieron. Félix Pena también había logrado acercarse al Moncada y obtuvo versiones de una familia de militares residente en una de las casitas de oficiales. Una mujer le dice que fue un grupo desconocido que atacó por sorpresa. Rubén Pérez, militante ortodoxo, llega a casa de Alfredo Díaz, dueño de una imprenta en la calle San Félix. Le preguntan qué sabe y desbarra contra Pedraza en presencia de dos jóvenes que están sentados muy serios y silenciosos. Mientras todos desayunaban uno de ellos, consciente de que Rubén rechaza a Batista, le dice que no fue Pedraza, que fueron ellos, un grupo de cubanos que vinieron a luchar por la libertad de Cuba. La familia de Alfredo les ha dado acogida, pero quieren irse para no perjudicarla. Rubén se vuelve a Alfredo y este lo afirma con un movimiento de cabeza. Hay que ayudarlos, acota. Quieren regresar a Artemisa y Guanajay. Rubén observa la ropa raída y mugrienta. Se ofrece a colaborar. Este santiaguero encontraría todavía en las calles a otro asaltante deambulando, lo abordaría y lo recogería. Moviliza

la solidaridad de otras personas y de conjunto lograrían salvar de las requisas mortales a varios combatientes del día de Santa Ana. Lo primero que ofrece es buscarles ropa. Después los dotaría de identidades falsas para facilitar la travesía hasta La Habana. A pesar de la promesa hecha a Rosario, Frank permanece en las calles. Lo que acaba de ver en el cuartel lo ha impactado sobremedida. Exclama de momento que deben buscar armas enseguida. Tey observa que ni siquiera sabe quiénes fueron. Frank riposta que no importa, se lanzaron contra Batista y a lo mejor esto no ha acabado. Pedro y Agustín inquietan sobre las armas que no poseen. Frank alega que Temístocles, que es de la “Triple A”, debe tener. —Y cuando las tengas ¿qué? —apunta Pepito—. Llevarse un batistiano por cada bala— responde. Tocan a la puerta de una casa humilde y les abre una anciana apacible. Preguntan por Temístocles y la mujer les contesta que no está. Frank quiere saber dónde localizarlo y la mujer, nerviosa, preocupada, responde que hace un rato se lo llevaron preso. Todos se miran significativos y se despiden de la anciana. Más allá de las seis de la tarde la radio anuncia declaraciones del coronel Alberto del Río Chaviano, jefe del Regimiento Maceo, sobre los sucesos de la mañana. A las siete en punto, desde sus oficinas de mando y rodeado de la plana mayor y ante los representantes de la prensa, lee, a través de la radio, su versión de lo ocurrido. Sus palabras mendaces y altaneras encubren los crímenes cometidos y los que habrían de cometer. Dice: “un grupo de mercenarios asesinos, comandado por Fidel Castro, atacó esta mañana sorpresivamente la guarnición del Moncada. Pasando a cuchillo las postas penetraron en el hospital militar asesinando a soldados indefensos que allí estaban recluidos. Todo esto es muy grave, pero las fuerzas armadas actuaron con toda la energía [...]. La firme resistencia de la guarnición puso en fuga a los asesinos que están siendo perseguidos de cerca hacia la zona de Siboney. Otros muchos incautos, que se dejaron arrastrar a esta aventura, han caído en los alrededores y dentro del cuartel y sus cadáveres aún no han podido ser levantados...”

¿Fidel Castro? La gente se pregunta y busca en la memoria. Vilma y Nilza Espín y Rafael Rivero rastrean antecedentes. Sí, alguna vez ese nombre se ha oído asociado a la Universidad habanera. Rivero lo ubica en la juventud del Partido Ortodoxo; recuerda que estuvo

en el mitin dedicado a Chibás en Trocha y Carretera del Morro con motivo de la muerte del líder político. Allí fue el primer orador. En la casa de San Bartolomé 226 los hermanos y sus compañeros especulan al respecto, ansiosos por despejar incógnitas. Frank ha perdido, por el momento, su naturaleza apacible. Se mueve ante los otros como poseído. Para él lo importante es el hecho demostrativo de que hay gente dispuesta a luchar con las armas y lo que viera en el Moncada actúa en él como catapulta en una voluntad plena de acción. Por lo visto los atacantes no son de ninguna de las organizaciones que conoce. ¿Por qué no habrían contado con los santiagueros? Para empuñar un fusil contra el tirano, él hubiera sido de los primeros. Los disparos espaciados en el cuartel y en las calles con la muerte de civiles como el Niño Cala, viejo luchador antimachadista, confirman a la avispada ciudadanía que los asesinatos —como se dice— están a la orden del día. Sectores sociales se movilizan en torno al Arzobispo Pérez Serantes y en horas de la mañana del 27 de julio aparece en la prensa un llamado a la paz y a la contención. En los días inmediatos, los partes del ejército, del comandante Pérez Chaumont, solo hablan de muertos en combate. El término “prisionero” desaparece de la jerga militar. Después se conocería que los apresados eran ultimados en el Moncada. Los muertos se trasladaban en rastras hasta el cementerio y echados en fosas comunes. Armando Colomé participaría muy a pesar suyo en algunos de los entierros en El Caney. El 30 de julio Raúl Castro era detenido cerca de San Luis y conducido al vivac de Santiago. De Fidel nada se sabía.

El día 31 Frank felicita a Elia por su onomástico, por vía telefónica y al mismo tiempo le hace una carta que no es portadora de frases amorosas como otras, sino de su tremendo estado de ánimo por lo que ocurre. En uno de sus párrafos dice: “...no estoy mezclado en absolutamente nada, pero quisiera. Ese día salí a la calle buscando a quien tuviera un rifle o un revólver y suerte para ellos que no lo encontré, porque si no, por cada bala que me hubieran dado me hubiera llevado a uno”. En otra misiva dirigida a su amiga Ruth Gaínza, expresa: “me da muchísimo dolor que los estén asesinando así y yo con los brazos cruzados, [...] es como para desesperar a cualquiera”. En medio de la incertidumbre que embarga a todos se

conoce de la muerte de Renato Guitart entre los asaltantes. El grupo lo comenta. Lo veían tan activo en Acción Libertadora que no lo imaginaban adscripto a otros planes. Frank piensa en Dinorah. Cira Lauhau referiría después cómo Frank la convoca para ir a expresarle sus condolencias. En medio del momento doloroso Frank le pide a Dinorah que les ceda el carro de Renato para venderlo y adquirir algunas armas. Considera que sería el mejor homenaje a la memoria del hijo. Dinorah lo escucha y tras un momento de meditación le contesta que nunca haría eso porque ella no quisiera que otras madres pasaran por lo que ella estaba pasando. El 8 de agosto Fidel es apresado en la zona de Siboney y conducido al vivac. Un dispositivo militar se posesiona de las calles aledañas y cierra el tránsito por Aguilera. Se le presenta a la prensa rodeado de fuerte custodia. El periodista Carlos Selva Yero se le acerca y lo entrevista en medio de cierta algarabía en la que puja por ser centro protagónico el coronel Del Río Chaviano. Apenas se percatan de que Fidel acaba de hacer declaraciones que el reportero, muy contento, recoge en una grabación. Pero, en el momento de retirar al prisionero, este, con toda tranquilidad, pide un momento para escuchar las palabras, las primeras dirigidas a la opinión pública después de los hechos. Es entonces que Chaviano y sus secuaces se percatan de la gestión reporteril y de forma abrupta despojan al periodista de la grabadora y secuestran la entrevista.

En Santiago se aprecia una reacción singular. Del anonadamiento inicial se pasa a una activa comprensión del suceso. Se conoce de asaltantes heridos en centros hospitalarios y de otros internados en la cárcel de Boniato. Los testimonios, numerosos, van paulatinamente dibujando los rasgos heroicos del hecho. El conocimiento de que sus protagonistas son forasteros, en su inmensa mayoría, estimula la solidaridad. Independientemente del apoyo que han encontrado los que fueron protegidos al internarse en la ciudad, los reclusos reciben visitas y asistencia. Al conocerlo, Frank se incorpora a los visitantes de la cárcel. Metido entre familiares de los presos en Boniato, observa por primera vez la instalación penitenciaria. Los moncadistas no tienen derecho a visitas, pero cautelosamente inquiriere en qué área de la prisión los tienen. Fija en su mente cada trámite de acceso del público, las postas, el movimiento de los reclusos colocados tras la

fuerte tela metálica a través de la cual hablan con sus familiares. Vuelve la vista al entorno y la detiene en las montañas circundantes. Al retirarse medita en las posibilidades de un rescate.

Rosario se asoma a su cuarto y le anuncia que sus amigos, los “locos”, están ahí. Frank los recibe en la habitación. Extiende ante ellos un plano de la cárcel y les habla. Sería la primera gestión insurreccional del grupo “Decisión Guiteras”, que en días atrás constituyeran. Se trataría de asaltar la cárcel de Boniato y rescatar a los moncadistas. Tey, Yassels, Rosendo Ojeda, Colomé, Nano Díaz y García Lupiáñez se miran asombrados. ¿Acaso sería posible? Frank alega haber estado en el lugar y estudiado sobre el terreno las posibilidades. ¿Cómo podrían acercarse civiles armados? Frank responde que usarían uniformes de aforados. Tey observa que eso hicieron en el Moncada los atacantes aduce que, precisamente por ello, nadie va a imaginar que se reedite. ¿Y las armas? —preguntan todos. El argumento revela el desbordamiento de una mente enfebrecida. Vamos a buscar las que según el ejército han dejado abandonadas en su huida los asaltantes. Los otros dudan. No ven signos reales en el empeño, pero la fuerza persuasiva de Frank los anima, es como un llamado a la disposición y al valor personal de cada uno. Así se internarían, burlando los cercos del ejército, en Aguadores y en áreas de Siboney en jornadas fatigosas de búsqueda que les dejarían como risible y único hallazgo unos galones de sargento que Tey, jocosamente, atribuiría a Batista.

Desconocía Frank que de haber intentado la operación, los moncadistas, empezando por Fidel, hubieran sido asesinados de inmediato. La fuerza de la opinión pública había detenido los asesinatos en masa, pero el tirano había dado orden de ejecutarlos en cuanto tuvieran un pretexto para hacerlo.

Fidel estaba confinado a una celda solitaria bajo la vigilancia estrecha de un ametrallador que tenía órdenes de disparar sobre él si se acercaba a la ventanilla. En la desesperación y la impotencia que lo embarga, Frank concibe alguna forma de acción. Junto a Félix Pena redacta un documento en que denuncia los crímenes del Moncada y cita por sus nombres a los principales ejecutores. Forenses como el doctor Prieto Aragón han dado detalles de las bárbaras ejecuciones y los destrozos corporales. Se trata, pues, de

denunciar los crímenes. Quieren imprimir miles de ejemplares y distribuirlos en la ciudad. No resulta fácil encontrar quien lo haga. Conocedor de que la imprenta de Ángel Martínez Pinillo disimula una propiedad del proscrito Partido Socialista Popular, busca el contacto. Acuerdan la impresión de cuatro mil ejemplares, de los cuales se logran dos mil. En las oficinas del Partido Ortodoxo reúne a militantes del Directorio Estudiantil. Con él están Pena, Fulvio Almenares, Colomé, Raúl Rodríguez, Pepín Lupiáñez, Pepito Tey y José Cala. Dan lectura al documento y luego se distribuye para su propagación. Los volantes, repartidos en las calles, no tardan en caer en manos del SIR. Las pesquisas en varias imprentas conducen a la de Pinillos donde no habían tenido el cuidado de eliminar restos ni desechos de impresión. Detenido un joven aprendiz y sometido a los rigurosos interrogatorios de Lavastida, confiesa el hecho y denuncia a Frank como autor de la empresa. El 14 de agosto, el capitán Haza, miembro de la comunidad religiosa, se presenta en su casa con la intención —según le explica a Rosario— de hablar con él. No lo encuentra, pero logra arrancarle a la madre, simulando las mejores intenciones, su paradero en ese momento. En el templo de la Primera Iglesia lo detiene y lo conduce a las oficinas del SIR en el Moncada. Allí lo encausan por haber redactado el volante titulado “Asesinato”. Lo acusan de propagar las prohibidas ideas comunistas y como para fundamentar esos cargos son sometidos al Tribunal de Urgencia en la misma causa, algunos conocidos militantes de la tendencia, fueron ellos, Agustín Ruiz Martínez, Ángel Martínez Pinillo, Heriberto Cisneros Jústiz, José Cisneros Caignet y Nivaldo Mediaceja. Remitido al vivac municipal, queda pendiente del juicio por supuesta infracción de la Ley-Decreto 997 de ese año. Su reclusión inquieta a sus compañeros de la Normal. Todavía es el presidente de la Asociación, cargo que ostentará hasta el día de la graduación, prevista para el 25 de agosto con la celebración de un almuerzo masivo en el Club Belmare. Lo visitan en prisión y Ciria le traslada la idea en la que todos están de acuerdo: suspender la actividad hasta que se defina su situación. Frank se opone. Prácticamente ordena que se siga adelante con lo acordado. Dos semanas transcurrirían en el encierro durante las cuales ha visto los abusivos manejos del alcaide y los rigores del

régimen penitenciario. Conoce allí y se relaciona con numerosos detenidos por los sucesos del Moncada que aguardan ser juzgados. Hay dirigentes políticos, obreros y estudiantes. Sobre todo los procedentes de Guantánamo y Manzanillo estrecha amistad que luego profundizaría en nexos de compañerismo insurreccional. Rosario había tronado muy disgustada contra el capitán Haza al conocer su taimada gestión. Se fue resuelta y enérgica a la Estación de Policía y lo encaró airada. Le advirtió que si a Frank le sucedía algo, tendría que responder ante ella.

Josué diariamente le llevaba el almuerzo y las cosas que había pedido para pasar el tiempo de cautiverio. Un catre para dormir, que cedería a un compañero necesitado, sus libros para estudiar con vista a las oposiciones, material para pintar y su *Biblia*. Desde su encierro apresó mirajes del recinto que recogió en trazos de bella e impresionante fidelidad y que titularía “mi prisión”.

El estudiante normalista cierra un ciclo y se incorpora a la vida en un nuevo estadio. Ha ganado la categoría de mentor de generaciones del futuro pero siente junto a esto la atracción de raigales motivaciones patrias. No basta con el título que ha obtenido. Se requiere graduarse en la carrera que los tiempos demandan y él se siente cada vez más comprometido con el deber del revolucionario.

Los normalistas recién graduados se preparan para asistir a las oposiciones que les otorgan un lugar en el escalafón provincial a partir de lo cual pueden ser ubicados en alguna de las plazas disponibles. Frank había expresado siempre su disposición de asumir la que le asignaran aunque fuera la de peores condiciones. La prisión no le permite prepararse y menos asistir al concurso. El camino que le queda es el de la escuela privada con su trabajo intenso de doble jornada y sus bajos salarios. El Colegio “El Salvador”, adscripto a la Segunda Iglesia Bautista del Reparto Sueño, lo acoge como maestro de los grados tercero y cuarto. En los días de estudiante, la asignatura Práctica Escolar lo llevó a la Escuela Anexa y a la número 5 del distrito de Santiago y en ellas puso en ejecución algunas ideas muy originales en el desempeño docente que le valieron excelentes calificaciones y elogios. Ahora, al frente de un aula, tiene en sus manos a un tierno conglomerado que deberá moldear y con el que se propone explyar sus iniciativas pedagógicas. Asignaturas

como Moral y Cívica dan la oportunidad de situar en primer plano valores éticos y patrióticos. Si se trata de formar ciudadanos del mañana, la escuela debe ser un laboratorio que en pequeño refleje la organización y las normas de la comunidad. Así surge la República Escolar, con sus partidos del Aula Escolar y Revolucionario Escolar, se desarrolla el proceso eleccionario y se nombran funcionarios y ministros con responsabilidades definidas de acuerdo con un reglamento que contiene las “leyes” que han de acatarse y cumplir. La Historia es otra asignatura que es objeto de tratamiento peculiar, no tan ceñida a lo que dicen los textos. Al hablar de corsarios y piratas, ante interrogantes de los chicos, Frank expone que desaparecieron ellos pero no lo que hacían. Observa que sus prácticas continúan con otro ropaje. Los chicos y chicas inquietan sobre el porqué no se les castiga y el maestro les responde que se trata de hacerlo pero que no es fácil porque suelen ser poderosos y tienen ejércitos y asesinos a sueldo.

El timbre pone fin a la clase y el director, que ha escuchado la última parte algo intrigado, se acerca a Frank y le pregunta qué clase de historia es esa que imparte. Frank replica: la que no se ha escrito todavía. A principios de septiembre se celebró el juicio pendiente y él y los demás implicados resultaron absueltos por el tribunal de Urgencia. Sin embargo el caso lo marcaría ante los cuerpos represivos que, desde ese momento, decidieron no quitarle ojo de encima. El Moncada seguía dominando el espectro político de la nación. En ese mes se celebraba el juicio por la Causa 37 y el proceso atraía poderosamente la atención de la ciudadanía. Las denuncias de los crímenes y arbitrariedades habidas realzaron la aureola heroica de los atacantes y hundieron al régimen en la más repudiable desmoralización. Sustrajeron a Fidel de las sesiones y lo declararon enfermo. Con posterioridad lo juzgarían en solitario fuera del lógico ámbito de las salas judiciales, en un juicio apresurado que tuvo por sede el saloncito de enfermeras del hospital civil “Saturnino Lora”, sin asistencia de público y en presencia de cerca de un centenar de oficiales del ejército. En ese lugar, el 16 de octubre, pronunciaría Fidel su histórico alegato *La Historia me absolverá*. Como detalle significativo del suceso, vale recordar que María Antonia Figueroa y Nilda Ferrer, situadas en las inmediaciones del hospital, convocaron

a numerosas jóvenes alumnas de la Escuela Normal y al salir Fidel bajo fuerte escolta vitorearon su nombre solidarias.

Adolfo Alomá residía frente a la Placita de Crombet. Trabajaba en la Audiencia con pleno acceso a las actas. Sacaba informaciones que facilitaba después a simpatizantes del asalto, entre ellos a César Perdomo y Pepito Tey, vecinos de la barriada insurgente. Los abogados defensores y algunos periodistas eran también portadores del curso de los trabajos judiciales y aportaban los detalles escalofriantes denunciados en la vista. En la casa de Tey los integrantes de “Decisión Guiteras” se reunían para conocerlos. Olga Saintblancard, la madre de Pepito, los acogía colaboradora aunque vibraba preocupada por las actividades del hijo. La primera vez de estos encuentros Frank le pidió que narrara lo ocurrido en la casa el 26 de Julio. Era conocido que los esbirros, una vez que ejecutaron la primera matanza en el Moncada, se lanzaron sobre la ciudad para detener a los opositores conocidos o significados. Pepito figuraba en las listas de los tenientes Durán, Dagnesse y Asef y del cabo Veitía por sus notorias muestras belicosas en las acciones callejeras. En la fecha indicada entraron a la casa como fieras. Tey estaba trabajando en el ferrocarril, como acostumbraba a hacer en las vacaciones, y en su lugar se llevaron a su papá José Tey, y a su hermano William, algo más joven que Pepito. Una vecina, alertada por Olga, corrió hasta la terminal y le avisó de lo ocurrido. El muchacho tomó el primer tren que salía de Santiago y tras arribar a San Luis decidió retornar. La madre había informado a los esbirros que su hijo estaba en La Habana. El padre y el hermano pudieron librarse de la situación gracias a la intervención de un oficial del ejército, hermano de logia de José, que intercedió por ambos. El episodio no mermó arrestos, en el osado Pepito, que continuó junto a Frank y los otros, activo y dispuesto.

Tey matriculó en la Escuela de Pedagogía de la Universidad de Oriente y embulló a Frank a seguir sus pasos. Como estudiantes trabajadores se acogieron al curso de los sábados. La Universidad era en ese momento un foco de contradicciones. Aun cuando se había convertido en un centro superior oficial, el Consejo que la regía, dominado por el criterio de los fundadores en sentido de crear una Universidad inspirada en el apoliticismo, chocaba con otra corriente proclive a la participación de la institución y del estudiantado en

las circunstancias de la vida pública. Profesores recalitrantes defendían acorazados en una especie de asepsia conformadora de un cenáculo dedicado al estudio y la investigación al margen de la vorágine política que solo conducía al desorden y al gangsterismo. Sus opositores, con base en el estudiantado, rechazaban esas posiciones y abogaban por una Universidad inmersa en las contiendas que la situación del país demandaba, al igual que lo estaba la Universidad de La Habana. Aunque frente al diez de marzo la institución se había pronunciado firme y concluyente, la participación en acciones callejeras y extremas, era objeto de rechazo en la cúpula docente. Estudiantes progresistas sustentaban opiniones revolucionarias con una organización estudiantil más combativa y resuelta. Vilma Espín, Asela de los Santos, Ojea, Masferrer, Muguercia, Jorge Serguera, Leyla Vázquez, Pupo, Jorge Ibarra y otros preconizaban el cambio secundados en callado apoyo por profesores de ideas avanzadas.

Las elecciones para elegir nueva directiva en la FEUO estaban a la vista. Nominaron para la presidencia a Jorge Ibarra. En Pedagogía esa candidatura llevaría a Rafael Dujarric de presidente, a Tey de vice y a Frank de secretario. Ibarra conoció a Tey una noche en el Parque Céspedes cuando en su peculiar estilo bromista se acercó a un grupo mostrando una caricatura de Batista en forma de gorila. Se trataba de una de las propagandas utilizadas por Acción Libertadora. Valoró aquello un gesto osado en alguien que ofrecía a ojos vista esa característica. El grupo gestor en sus planes constató que ingresaban a la Universidad jóvenes que traían un aval de lucha y eso no era para despreciar si se pretendía radicalizar actitudes.

Seguía vigente en el ámbito universitario la aureola insurgente del MNR y Frank, Tey e Ibarra ingresaron en sus filas, sobre todo al conocer que después del Moncada, la organización en el concepto de muchos de sus afiliados como el caso Hart, no rechazaban la posibilidad de la lucha armada. Las elecciones dieron el triunfo a la candidatura de Jorge Ibarra y al renunciar Dujarric, Pepito Tey asumió en Pedagogía, lo que lo convertía en ejecutivo de la FEUO. En poco tiempo pasó a ocupar la vicepresidencia. Para alarma de los miembros del Consejo, en su toma de posesión enunció objetivos inquietantes que apuntaban a la unidad del estudiantado con obreros y campesinos en el empeño de volver a la constitucionalidad.

Remarcó sus palabras con una frase martiana de restallante vigencia: “Con un poco de luz en la frente no se puede vivir donde mandan los tiranos”.

La fecha del 27 de Noviembre se acercaba con su tradicional carga memorable. La dirigencia estudiantil tomó la iniciativa para la celebración. La FEUO y la FLCSE (Federación Local de Centros de la Segunda Enseñanza) se reunieron para unir fuerzas. Tenían en sus manos un plato fuerte digno de ser servido con esmero. Ibarra había logrado acceso a las sesiones de la Causa 37 provisto de un carnet de reportero facilitado por la revista universitaria. Su testimonio, reforzado con la información recogida de las otras fuentes, permitiría una contundente denuncia de los crímenes del Moncada. La velada se efectuó en los predios de la Universidad y se invitó a toda la ciudadanía, incluidas instituciones cuya colaboración se convocó. Se logró también que la radio provincial, la CMKC, transmitiera el acto. El clima ardiente de la ciudad se había visto acrecentado en los días previos con el accionar de alguna que otra organización. Entre el catorce y el diecisiete de ese mes explotó una decena de bombas en diferentes puntos y los sabuesos se movían en pos de los jóvenes de conocida proyección antigubernamental. Acción Libertadora y Decisión Guiteras se acreditaban los atentados. La persecución de que eran objeto los más señalados, aconsejó celebrar la velada en los predios universitarios, por entenderse que la autonomía del centro de altos estudios protegería la actividad y daría la oportunidad de hacer la fustigante denuncia. Sin embargo, la asistencia fue pobre, sobre todo de parte del estudiantado secundario. La situación peligrosa en Santiago actuaría como factor de contención. Las autoridades militares y civiles estaban alarmadas y molestas. La visita de Batista en los días posteriores al Moncada para condecorar al Regimiento Maceo por su “hazaña” provocaría la indignación y el repudio de la ciudadanía. Sus palabras lograron solo acrecentar el rechazo popular. Los militares estaban convencidos de que la vandálica represión sería una lección ejemplar para quienes osaren reeditar empeños insurrectos. De manera que los petardos de esos días los desconcertaron. Los jefes civiles, el alcalde y el gobernador *de facto*, Maximino Torres y García Benítez, convocaron a las fuerzas vivas y a las instituciones sociales y religiosas, al gobierno

provincial, con el fin de condenar la actividad dinamitera y llamar salvajes a sus ejecutores. Por otra parte, el Consejo Universitario se inquietaba ante hechos que amenazaban su decidido apoliticismo.

Frank participaba en todas las acciones hostiles al régimen como estudiante universitario. Observaba el curso de los acontecimientos y conservaba para sí proyectos personales de otro tenor. Creía que la agitación era necesaria como forma de sensibilizar a la sociedad y mantener en jaque al régimen con demostraciones de rechazo, pero entendía que era necesario pasar a una organizada labor combativa. Como maestro, seguía disciplinado y puntual en el colegio, ganando la admiración y el cariño de sus pupilos y el respeto de sus compañeros. Preparaba actividades colaterales como excursiones, actos patrióticos, charlas religiosas que ocupaban la tarde de los viernes en que trataba temas bíblicos y aludía generalmente a la situación del país. En cuanto a la actividad insurrecta su grupo “Decisión Guiteras” se esforzaba en avanzar en las captaciones y la obtención de recursos. Este aspecto era el más difícil, con esfuerzo propio habían logrado hacerse de tres o cuatro armas cortas y por los contactos con Acción Libertadora, algún “aserrín” (dinamita), con el que participaran en alguna de las acciones de esos días. La obtención de armamento y explosivos devino un objetivo priorizado. Consiguió literatura militar a propósito y se convirtió en un experto en el manejo del instrumental bélico utilizado en el país. Creía firmemente en la necesidad de capacitar a los presuntos combatientes y se esmeraba en impartir esos conocimientos. Ponía oído a las versiones que exponían los antiguos guiteristas sobre sus experiencias como conspiradores. La convicción de que Batista solo podría ser derrocado por las armas, era cada vez más enraizada y en ese sentido sopesaba los criterios en pugna sobre la posibilidad de enfrentarse a un ejército profesional o contemporizar con él. Guiteras no había dudado enfrentarlo cuando preparó su alzamiento de “La Gallinita” y en el intento de bombardear el Moncada.

En el hogar vivía momentos de tensión. Rosario no aprobaba lo que hacía al margen de sus estudios y su trabajo. Temía por él y por sus hermanos, que lo seguían entusiastas.

Desde los primeros momentos en que lo viera metido en tales andanzas, la madre agotó todos sus recursos persuasivos y cuando

esto resultó inútil apeló a la influencia del antiguo maestro, el profesor Díaz Piferrer, para que intercediera. La reunión tuvo lugar en la Primera Iglesia y fue una discusión medular en que las palabras del respetado mentor trajeron a colación a la familia, a la madre en especial, al futuro pastor, al peligro de una situación como la que se vivía. Frank lo escuchó atento y concentrado. Al final, con toda la fuerza de una decisión incommovible, le dijo: “Alguien debe hacer esto. Yo lo voy a hacer”. Díaz Piferrer al dar cuenta de su gestión ante Rosario, la llamó a la resignación. Conocía a Frank profundamente y sabía que nada se podría hacer para disuadirlo. Por eso ella aceptaba de alguna manera todo el entrar y salir de los muchachos a quienes llamaba “los locos”. El 7 de diciembre era la conmemoración inmediata, que coincidía con el aniversario del nacimiento de Frank y la caída de Maceo en Punta Brava y la de todos los mártires de las tres guerras anticolonialistas del siglo XIX. Por tradición se celebraba sesión solemne en instancias oficiales con panegírico que pronunciaba algún camaján político de las altas esferas. En Santiago, cuna del Titán de Bronce, las escuelas y demás centros estudiantiles desfilaban y la casa natal era punto de confluencias patrióticas. El régimen en este año tenía sus temores y preocupaciones. El Moncada y su secuela, lejos de frenar los arrestos díscolos, parecía insuflarles nuevos ingredientes. Como en ocasiones anteriores, la iniciativa oficial convocó a las instituciones, a los centros docentes y a toda la ciudadanía. Como detalle curioso se anunciaba la develación de un busto de Maceo por parte de una titulada juventud liberal en la que podían identificarse los grupúsculos pagados por Puly Tamayo. La FEUO y la FLCSE acordaron desfilarse por la tarde, con vista a cortarles el paso. Se concentraron en la Escuela Normal y salieron de allí portando cartelones de condena a la tiranía. El choque se produjo en la calle Paraíso, en la esquina de la Plaza de Marte. Golpizas, atropellos y detenciones, matizaron la tarde y lograron desarmar la manifestación que no pudo cumplir la promesa de llegar masivamente a la casa natal de Maceo. Algunos estudiantes tomaron otra ruta en el afán de cumplir la palabra empeñada y lograron llegar. Vilma y Nilsa Espín fueron atendidas allí por un descendiente del heroico guerrero. Para dejar constancia de que

al menos una mínima representación del estudiantado cumplía lo prometido, Vilma tomó un trozo de papel y escribió:

Titán, muchos salimos a honrarte hoy, 7 de diciembre, solo un pequeño grupo hemos llegado. Los otros no han podido hacerlo. Las fuerzas policíacas que destronaron la nación que tú liberaste, se encargaron de detenerlos. Mas sabrás, Titán de Bronce, con esto, que tus hijos aún saben defender la patria. Dos estudiantes.

La nota fue colocada en la puerta de la residencia. Entre los detenidos en la Plaza de Marte estuvieron Ibarra, Lucero, Pepín Lupiáñez, Orlando Benítez, Belarmino Castilla, Josué, Agustín País y Pepito Tey. En la estación de policía, treinta y cuatro jóvenes golpeados y algunos sangrantes, son sometidos a los trámites de rigor. El capitán Haza supervisa las diligencias. Pasan de uno en uno ante el sargento de carpeta. Toman nombres y edades. Jorge Ibarra Cuesta, 22 años; José Quiala, 20 años; Oscar Lucero, 25 años; Eriberto Grillo, 20 años; Agustín País, 17 años; Josué País, 16 años. El sargento llama al capitán. Hay dos menores de edad. Haza se acerca y los observa. ¡Los hermanitos País! ¿Dónde está Frank? Josué responde seco: “Si usted no lo sabe...” Haza los mira severo y luego dice autoritario: ¡a la calle! ¡Váyanse los dos y no quiero verlos más por aquí! Al continuar su trámite el carpetero, Tey se acerca. —Nombre y edad—. Carlos Téllez Blancard, 21 años. Los que están cerca se miran en mutuo entendimiento. Pepito escuda su nombre por el antecedente del 26 de Julio y porque sabe que hay esbirros que quisieran tenerlo a su alcance. Se hace a un lado sonriente y comenta con los otros. ¿Qué habrá sido de Frank? No está entre los detenidos. Alguien acota que pudieron llevarlo al Moncada y otro dice que la última vez que lo vio estaba liado en contienda con el teniente Durán. Machy Fontanils es estudiante universitario. No fue apresado en la refriega y en gesto solidario se presenta en la estación para interesarse por sus compañeros. Lo autorizan. Llega hasta ellos e intercambia saludos. Tey se le acerca y le pregunta si sabe de Frank. Machy lo ignora. Pepito lo observa con marcado o improvisado interés. Celebra el jacket que usa y los espejuelos nevados que lleva. Le pide que se los preste para ver cómo le quedan. Cuando ha incorporado ambos a su cuerpo, le pone una mano en el hombro y le dice: ¡Bueno, Machy,

te quedas aquí por mí que voy “en pira”! El otro vibra desconcertado cuando lo ve alejarse hacia la entrada. Sus compañeros lo tranquilizan. Ahora te vas tú. Te identificas como el estudiante que vino a interesarse por nosotros.

Los atropellos de ese día generaron nuevas protestas y huelgas. En el Instituto se produjo la toma de plantel con barricadas que cerraron la Avenida Garzón. Nuevos choques con la policía y múltiples detenciones. 1953 tocaba a su fin. Como en los anteriores, las actividades religiosas demandaban de Frank un extra. En la Iglesia de El Caney dirige un coro y una obra teatral en la que participa como guerrero romano. Eliseo González, el joven pastor que le dispensa sincera amistad, sonrío picaresco al observar los destellos de atracción que se animan entre Frank y una bella joven del coro, Ruth Jordán, en lo que tendría los visos de un nuevo romance. La Primera Iglesia contaría una vez más con su pródiga difusión de villancicos navideños y en el templo de la Segunda Iglesia su voz desgranaría entre los fieles el sermón “Pies de Cristo” ...“que sentisteis correr la última gota de su preciosa sangre consumando de por vida el más grande sacrificio de amor”. En el hogar, Rosario lo visita en su cuarto, se muestra algo parca aunque el intercambio de miradas adelanta la sintonía entre madre e hijo. Ella se siente complacida de que viaje a La Habana para corresponder a la invitación de su amigo César López, el joven estudiante y poeta, su hermano de la comunidad religiosa. Sabe que por unos días estará alejado de los peligros que asedian en Santiago. Con su ausencia se tranquilizarán sus hermanos y la banda de locos que lo siguen. Le recomienda que no deje de visitar a su hermana Sara.

El encuentro con César en la capital permite a ambos dar rienda suelta a mutuas inquietudes estéticas e intelectuales. En el teatro Auditorium asisten a un concierto de la Sinfónica que les entrega la Quinta Sinfonía de Beethoven, en el cine América disfrutan *Señorita Julia* y *Cangaceiro*, en el estadio de El Cerro, el encuentro de pelota con el equipo “Cienfuegos”, en la casa de César, audiciones de música clásica y charlas nocturnas sobre obras de Kafka, Freud, Jung, Georgiu, Sartre y Camus. En la visita a Sara indaga sobre la personalidad de García Bárcena. Ella le da referencias algo vagas que se circunscriben al profesorado universitario, al libro

Redescubrimiento de Dios y a su reciente intento de penetrar en el Campamento Militar de Columbia, hecho que le valió la detención y la condena. De regreso a Santiago Josué y Tey lo actualizan sobre lo que ha ocurrido en su ausencia. Lo más connotante es la actitud cerril del Consejo Universitario opuesto al nuevo estilo de la FEUO. Sus miembros, aferrados a sus criterios marcadamente conservadores, entienden que se ha echado la Universidad a la calle abocándola a los riesgos de la politiquería y el gangsterismo. Lo ocurrido el 27 de Noviembre y el 7 de Diciembre han dado la medida inaceptable de una organización estudiantil incongruente con los presupuestos y basamentos que rigieron la creación del centro, algo que no puede conducir sino al caos en que, en el criterio del Consejo, vive la Universidad de La Habana.

Los jóvenes dirigentes se muestran dispuestos a mantener sus posiciones y debaten al respecto. Ibarra, Nilsa, Tey, Leyla, Frank, Masferrer, Ojeda, discuten los pasos a seguir. No deben cejar ante las presiones. Ibarra propone publicar un documento que fije la justeza del rumbo que han adoptado y cuente con el apoyo de fuerzas sociales y populares de la ciudad. Se dan a la tarea y el pronunciamiento aparece rápidamente en la prensa. Algunas instituciones firmantes protestan airadas porque sus nombres se han situado junto con organizaciones políticas progresistas vetadas por el régimen. El Consejo asume el hecho y lo califica de grave. No pretende enconar las contradicciones públicamente con la FEUO. Adopta la táctica de individualizar el caso. La FEUO había programado celebrar con otra gran velada la fecha del 28 de Enero, aniversario del nacimiento de Martí, con una conferencia para la que invitaron a Jorge Mañach. El biógrafo de Martí se excusaba y en su lugar se decidía traer al joven abogado Armando Hart, defensor del doctor García Bárcena en el juicio que se le siguiera, y militante activo del MNR (Movimiento Nacional Revolucionario). La respuesta del Consejo no se hizo esperar en forma drástica al suspender la actividad. Hart viajaría a Santiago y aunque no se celebrara la velada, se reuniría con la FEUO y con los militantes del MNR a quienes expondría de primera mano los objetivos del Movimiento.

Para Frank resultó estimulante oír que algunos miembros de la organización, entre los cuales se contaba el visitante, después

del Moncada, admitían que una acción armada también la podría protagonizar el pueblo sin necesidad de alianzas con los militares. Ibarra y Tey, desde el momento de su elección, estrecharon relaciones con la FEU en La Habana. Ello incluyó contactos con José Antonio Echeverría, Fructuoso Rodríguez, José Machado y otros. De regreso de La Habana, Tey llevó y entregó a Frank un ejemplar del *Manifiesto a la Nación*. Era el primer mensaje de Fidel al pueblo de Cuba después del juicio y por tanto un escrito sensacional. Circulaba por iniciativa de la Liga Patriótica Cubana y se pedía a quien lo tuviera en sus manos que lo reprodujera y lo hiciera circular. Frank lo devoró con verdadera fruición e insistió a sus compañeros a cumplir con lo que se pedía en forma profusa, masiva. A las dudas de Tey, Pena y Josué por la escasez de recursos, Frank indicó que tomarían los fondos existentes de “Decisión Guiteras” para procurarse papel y tinta. Faltaba aún el medio de impresión y él se asignó la tarea de resolverlo. Una vez más Francisco Ibarra le abriría las puertas de su colegio para que usara el mimeógrafo. La meta que se fijaron fue tenerlo listo para el 28 de Enero. Debían trabajar muy duro por varios días a partir de las diez de la noche. La portada, Martí entre dos banderas y el escudo, fue dibujada por Frank. No pudieron cumplir la meta por las dimensiones del manifiesto a pesar de las fatigosas jornadas del propio Frank, de Tey, Yassels, Nano Díaz, Josué, Pepe Cala y Pena. Cuando estuvo listo planearon la distribución y pusieron en práctica la iniciativa de Frank, hacerlo en la ciudad y en varios municipios de la provincia. Los ejemplares se venderían sin precio fijo, por contribución voluntaria, y recuperarían los fondos invertidos y mucho más. El movimiento de paquetes hacia el interior de la provincia correspondería a Tey por sus nexos y contactos con los trabajadores ferroviarios. En clima de euforia Frank exclamaría: “¡con esto tendremos armas para tumbar a Batista!”.

Paralela a la actividad conspirativa y a sus estudios universitarios desplegaba riguroso su labor docente. Sus alumnos lo esperaban en la parada del ómnibus y disputaban el “honor” por llevarle la carpeta hasta el aula. En diciembre la indiscreción de uno de los pequeños lo alertó sobre la fiesta preparada en secreto para celebrarle el cumpleaños. Afable, pero firme, lo prohibió. La fecha y la

situación de Cuba aconsejaban austeridad y recogimiento. Por esos días los chicos protagonizaron indisciplina aprovechando su ausencia del aula. Así, en el Acto de los Viernes, les prohibió que cantaran junto a todo el colegio el *Himno Nacional*. Cuando algunos de los pupilos inquirieron el porqué, recibieron la respuesta de que para acercarse a los Símbolos de la Patria había que merecerlo y ellos habían perdido ese derecho con su mala conducta.

Los primeros meses de 1954 discurren en la febril gestión de venta del manifiesto y en la definición del diferendo universitario, que culmina con la renuncia de Jorge Ibarra a la presidencia de la FEUO y la asunción de Pepito Tey en su lugar. El mismo Ibarra, en discusión del grupo, propuso su retirada. El Consejo lo acusaba de “loco” y comunista y buscaba su remoción para justificar su autoridad. Ellos habían fundado la Universidad y de cierta manera se consideraban sus dueños. Con su renuncia asumiría Pepito Tey y ello era una garantía de que la línea revolucionaria de la FEUO se mantendría. Un hecho imprevisto obliga a Frank a presentarse en la estación de policía. En acto impulsivo, muy propio de los protagonistas, Rosendo, Josué y Jorge Romero (Romerito por su pequeña estatura), fueron detenidos cuando embadurnaron con tinta la valla que a la entrada del Ayuntamiento exponía a la luz pública los pretendidos logros del alcalde *de facto*, Maximino Torres. Primero intentaron derribarla con una soga y al no lograrlo lanzaron pomos de tinta, uno de los cuales cayó a los pies del mismo alcalde a su salida del consistorio. Conducidos al enclave policial, Josué sería puesto en libertad por su minoría de edad. Avisada la familia, Frank debió acudir en su rescate. En el momento de la salida se les acercó Randich que con sonrisa burlona saludó a Frank.

Armando Hart y Allan Rosell, de visita en Santiago, reorganizan el MNR. Rafael Dujareric es designado organizador, Nilsa Espín, el frente de propaganda; Ibarra, el sector estudiantil, la doctora María Antonia Figueroa atendería finanzas y Frank País la jefatura de acción. A Frank le preocupa el que Tey dirija la FEUO porque el cargo lo señalaría mucho y le restaría posibilidades como luchador clandestino. Pepito lo tranquiliza. No piensa disminuir su participación al respecto... “aunque tenga que disfrazarme”, alega.

En su cuarto y rodeado por Colomé, Josué, Agustín, Yassell, Pena, Rosendo, Nano y Cala, desenvuelve bultos, atados con pita. Muestra una pistola de ráfaga que adquirieran en la armería de la calle Santa Lucía, extrae después una Remington, un calibre 22, una escopeta calibre 16, dos pistolas Vestas y una Máuser que todos miran admirados y manosean. Son las armas que pudieron adquirir con la venta del *Manifiesto a la Nación*. Días después y en el mismo lugar, vuelven a encontrarse, esta vez Jorge Ibarra está presente. Frank les expone la proposición de ingresar todos en el MNR y cesar como “Decisión Guiteras”. El Movimiento se organiza en todo el país y les ofrece la oportunidad de luchar en un marco más amplio. Él partirá con Ibarra a La Habana para hacer contactos con ese propósito y quiere llevarse la anuencia de todos. Tras minutos de reflexión se toma el acuerdo. Se hospedan en una casa frente a la escalinata universitaria. Contactan con Hart y este los cita para la tumba de Guiteras en el Cementerio Colón. Allí intercambian informaciones. Deberán esperar aviso de Hart para una entrevista con otro compañero que conocerían y que les hablaría de los planes futuros. Invierten el tiempo de espera en visitas a sociedades religiosas, a César López y a Sara. Cuando por fin se encuentran con el doctor Faustino Pérez en el Cotorro, rinden cuentas del aporte que traen a la organización. Les piden incrementar en lo posible la captación de militantes y Frank pone énfasis en los recursos para adquirir instrumental bélico. Opina que la posesión de las armas actúa como fuerte atractivo. Informa de la adquisición que hicieran y de sus proyectos para incrementarlos. Faustino les habla de las incorporaciones en otras provincias y les pide que al regreso se detengan en Santa Clara y Camagüey, con vista a conocer cómo marcha el MNR en ambos lugares.

Batista había anunciado la celebración de elecciones generales en 1954. Sin duda, en el empeño de paliar en la opinión pública los efectos del Moncada, intentaba neutralizar el clima insurreccional. Era absurdo esperar de él un proceso limpio y sus antecedentes de fraudes y falsificaciones eran, ante la opinión pública, credenciales que confirmaban sus reales propósitos. Se intuía que habiendo asaltado el poder en acto bandidesco, no crearía condiciones para que los votantes lo expulsaran y el país le pidiera cuentas. Algunos

sectores de partidos políticos, como el Ortodoxo, lo tildaron de farsa y llamaron a la abstención, pero otros como el Auténtico celebraron el anuncio y con el ex presidente Grau San Martín a la cabeza, declararon su disposición de acudir a las urnas. Las fuerzas insurreccionales manifestaron por igual su rechazo. Frank fue de los primeros en declarar que era necesario impedir ese engañoso paso del tirano y para lograrlo concebía la realización de acciones concretas que mantuvieran en alza el ambiente de inconformidad y repulsa.

De regreso en Santiago moviliza sus pequeñas huestes con el armamento de que dispone y organiza prácticas de arme y desarme en la finca de los Miyar. Actúa de instructor y advierte a sus compañeros que deben prepararse para un momento determinado que se indicará oportunamente. Tey, Josué, Colomé, Agustín, Pena, Yassells, Rosendo, Ibarra, Pedro, Cala, Pepín Lupiáñez y Nano, se acogen al entrenamiento. Sin embargo, hay algo que martillea obstinado en su mente: la posesión de armas y otros recursos bélicos que juzga indispensables. Concibe entonces que deben desplegar iniciativas en su búsqueda. Sobre las captaciones la inquietud es menor. Los integrantes de su célula se dedican a esa tarea y en unos días el crecimiento ha sido apreciable. Mas, la búsqueda de explosivos para mantener un clima hostil a los propósitos gobiernistas, resulta engorrosa. Sabe que las otras organizaciones disponen de esos recursos. Los de Acción Libertadora han demostrado tenerlos y hacen uso frecuente a juzgar por los petardos que sacuden la ciudad. En las vertientes del clandestinaje se sabe quiénes operan con eficacia. Por lo bajo se comenta la habilidad de Casto Amador y Otto Parellada en el manejo de explosivos. Son dos activos militantes de Acción Libertadora. En la búsqueda, Pena le propone asaltar el polvorín del ejército en el reparto Dessy. Frank le pide detalles y después de oír que lo pueden hacer Pena, Lupiáñez y dos compañeros más, los insta a actuar. El intento resulta baldío. La imprevista aparición de un camión que con sus luces denuncia la presencia de los asaltantes, los obliga a la fuga bajo una lluvia de disparos que producen los custodios. Reunidos en la Escuela de Comercio, Frank, contrario a

su naturaleza flemática, se muestra intranquilo. Le indigna ver en la prensa las andanzas de politiqueros como Anselmo Alliegro que ha venido a Oriente a movilizar la provincia en función de la farsa batistiana. Observa que se acerca el primer aniversario del 26 de Julio y el régimen se empeña en sobredimensionar la celebración de los carnavales. Expresa sus temores porque Batista se adueña de la calle y si no se le sale al paso puede consumir sus propósitos. Necesitamos —dice— conseguir dinamita. Un joven negro levanta la mano y Frank lo señala mientras en breve trazo lo presenta. Él es de El Cristo, pertenecía a la Juventud Ortodoxa y tiene allí su grupo que ha estado actuando por iniciativa propia, pero quieren coordinar con el MNR. Arsenio Stable, medido, discreto, habla y apunta que se acuerden que en El Cristo hay un polvorín en el que tal vez se pueda actuar. Frank reacciona vivamente interesado.

En la noche del 18 de mayo de 1954 el auto se detuvo en un lugar apartado cerca de Dos Bocas. Descendieron Rosendo, Stable, Pena y Frank, que esgrimió la pistola de ráfaga. Al timón quedó Colomé y a su lado Nilsa Espín. Frank les indicó que dieran una vuelta y que si los detenían fingieran ser dos enamorados furtivos. En media hora debían regresar al mismo punto. Al atravesar malezas, los de a pie tropezaron con Chicho Larrea e Israel García que los aguardaban por instrucciones de Arsenio. Entraron en la mina y cautelosos se acercaron a los túneles. Stable, provisto de potente alicate, hizo saltar los candados, encendió una pequeña linterna e indicó los anaqueles de los explosivos. Todos se dieron a llenar los sacos con los cartuchos del primer túnel y luego en el segundo hicieron otro tanto con las mechas y los fulminantes. Portadores de la pesada carga se dirigieron al punto convenido. Culminada felizmente la primera parte de la peligrosa gestión. Alguien preguntó qué hacer si los paraban. Frank advirtió que la palabra “parar” estaba borrada de su plan y acto seguido golpeó la pistola en la cintura. Orientó fingir que venían de alguna juerga y los alentó a cantar como juerguistas. Tras dejar a compañeros en diferentes puntos, el auto se dirigió a San Bartolomé 226 donde Josué ayudó a descargar cuidando de no despertar a Rosario.

Frank, de acuerdo con Pena, confió parte del alijo a Pepín Lupiáñez, Arcides Almenares y a Raúl Rodríguez en cuyas casas

se guardarían, ochenta cartuchos de dinamita, 600 pies de mecha, numerosos fulminantes y algunos frascos de pólvora, un mimeógrafo y papel para imprimir. Pepe Cala guardaría también una parte en las oficinas donde trabajaba. El reparto era medida de precaución ante cualquier contingencia.

CAPÍTULO XII

Contra las urnas de Batista

Casi al término de mayo captaron a Frank para que formara parte del Comité Pro Reforma Agraria de la FEUO que encabezaba Muguerca. Y en esos nexos el gordo, que se sentía muy contento con la presencia de Frank en su Comité, le habló del interés de Luis Conte Agüero de conversar con dirigentes de la FEUO, según recado que le trasladara el doctor José A. Grillo Longoria, profesor de la Universidad de conocida militancia ortodoxa. Se reunirían una noche en San Pedro del Mar y participarían Tey, Ibarra, Grillo, Josué, Masferrer y Muguerca. Conte habló de un proyecto para constituir un partido político que aprovechara el llamado a elecciones y en el que figuraran representantes de la joven generación. Se atrevió a decir que los combatientes del Moncada figurarían como candidatos, con Fidel a la cabeza. Dijo que después del fracaso del Moncada el dirigente revolucionario entendía que por vía de las armas no se resolvería la situación de Cuba y por tanto se acogía a la lucha cívica. Grillo apunta que la organización de un partido requiere de recursos. Conte replica que se dispone de dinero suficiente e Ibarra alega que pudieran donarlo para organizar la insurrección. Conte se enseria. Según su opinión las armas no tienen futuro como forma de cambiar al país. Tey salta impulsivo y tajante: pues el estudiantado orienta no aceptar más fórmula que la lucha armada. —Lo único que lograrán será desangrar a Cuba —opone Conte—. Hay que aprovechar la vía pacífica de las elecciones para salir de Batista, Josué se revuelve inquieto. Un simple cambio de mando no es garantía de cambios revolucionarios. Frank ha permanecido en silencio, escuchando muy concentrado las opiniones. De pronto se pone de pie y se dirige al visitante:

—Mire, Conte: lo único que tengo que decirle es que si yo fuera el último cubano que creyera en la revolución, me echaría un fusil al hombro y me iría a las montañas. Sin dar tiempo a respuesta se alejó seguido de Tey, Ibarra, Josué y Masferrer.

Las horas cercanas a junio fueron de gran actividad para el coronel Chaviano y su camada. La anunciada visita de Batista con el fin de proclamarse candidato a la presidencia de la República era un desafío a la ciudad, cuya principal fortaleza militar se iba convirtiendo en símbolo y clarinada. Los asesinos del Moncada debían garantizar su estancia sin tropiezos. En gesto de perdonavidas el general anunciaba una amnistía que no incluía a los moncadistas. Chaviano reunió a sus perros de presa y les ordenó tomar medidas extremas que incluían la detención de los revoltosos connotados. Un enjambre de “colaboradores” organizados por el capitán Lavastida bajo un estipendio de \$33.33 per cápita, invadió la ciudad mezclados con gentes del SIR vestidos de paisanos o disfrazados de cualquier oficio callejero.

Alguno observó el movimiento en las casas marcadas con los números 4 y 30 de la Avenida 12 de Agosto, donde residían Pepín Lupiáñez y Raúl Rodríguez y a la que concurrían Pena, Frank, Almenares y otros jóvenes.

Entre tanto, Frank recibía el anuncio de la visita dispuesto a darle un digno “recibimiento”. El disponer de explosivos le permitiría mostrarle al indeseable visitante que el clima santiaguero no estaba a propósito para su farsa politiquera. En la Escuela de Comercio, él y Josué conversaban con Pena, quien le rendía cuentas del buen recaudo del material y de la impresión de un manifiesto que lanzarían en el momento oportuno y que titularon “Apriete más, General, que aún se puede resistir”. Pena saltó poseído de una idea súbita. El programa de Batista incluía una visita al Ayuntamiento. Frank lo miró intrigado.— ¿Y qué? Desde la Catedral —adujo Pena— se pudiera intentar algo—. Josué opina que es uno de los primeros lugares que toman los dispositivos de protección. Pena insiste. Es miembro de la Juventud Católica y tiene allí sus contactos, como para mudarse al lugar con suficiente antelación y ocultarse bien. Josué observa que el mejor punto de mira es el campanario. Frank sopesa meditativo la proposición. Félix Lugueiro le dice: necesitaría que me dieras el

calibre 22. Frank tras nuevo instante reflexivo asiente: está bien. Ve a buscarlo cuando quieras.

En la Universidad de Oriente y por iniciativa de la FEUO se inaugura, el 27 de mayo, la Escuela Obrera Nocturna, para facilitar vías de preparación y superación. Frank se desempeñaría como profesor de Matemática. Sin duda, en ejercicio del nuevo rumbo que querían imprimirle a la Universidad, la idea de vincularse a la fuerza laboral del país procuraba un punto de aplicación. En el *Manifiesto* clandestino que lanzaran en esos días apoyaban el movimiento de huelgas de portuarios contra los embarques a granel.

El *Manifiesto* era profusamente distribuido. Se lanzó desde lugares altos como el hotel Casagranda, en los cines, se repartió por las calles y no tardó en llegar a manos del SIR. Un operativo, movido por confidencias, asaltó sorpresivo las casas de Pepín Lupiáñez, Raúl Rodríguez, Arcides Almenares y Félix Pena. A este último le ocuparon el calibre 22 y numerosas balas explosivas. El capitán Lavastida, personalmente, dirigió la requisa y se sorprendió del hallazgo de dinamita, fulminantes y mechas que identificarían como los sustraídos en la mina España. Los detenidos fueron sometidos a violentos interrogatorios y maltratados en las mazmorras del Moncada con ensañamiento de Durán, Veitía, Heredia y Larrea. El más torturado sería Pepín Lupiáñez a quien le trituraron los testículos. Lo llevaron a la playa “Siboney” bajo el supuesto de su último “paseo” y al no obtener de él respuestas a las indagaciones, le hicieron ingerir palmacristi con aserrín y lo atizaron con toallas impregnadas de agua de mar y arena.

El disgusto de Frank y sus compañeros fue superado solo por la preocupación en cuanto a los detenidos. Chaviano convocaba a conferencia de prensa en la que volcaba una sarta de mentiras y atribuía lo descubierto a conflictos entre personeros de la oposición. Trataba así de lavar la imagen del régimen ante la anunciada visita de Batista. Frank reunía a sus huestes y decidía continuar el plan de hostigamiento a la presencia del tirano. Contaba con lo guardado en su casa. Una de las singularidades del joven combatiente fue la astucia que desplegó siempre para ocultar armas y explosivos en su hogar sin que jamás dieran con estos. Los únicos que conocían el original escondite eran sus hermanos, que lo ayu-

daban en los trasiegos. Aun en momentos de peligrosa persecución y vigilancia, el instrumental bajo su cuidado estuvo seguro. Sería mucho tiempo después que se conocería el misterioso depósito. Las viejas casas santiagueras colindantes tenían en su separación un alero protector contra las aguas, que caía desde el techo hacia la pared a un nivel de casi medio metro. De tal suerte, se forjaba una oquedad no visible desde ningún ángulo de observación. Frank, Agustín y Josué colocaron debajo del alero grandes clavos. Hacían sus alijos y los amarraban con sogas finas de pita con lazos fuertes y los colgaban. Siempre llamó la atención de sus compañeros el que Frank orientara que dejaran armas en su casa y se sorprendían más cuando debían hacerlo en la sala. Desconocieron siempre la operación que de inmediato se acometía sobre los techos. Este autor recuerda la ocasión en que Frank y Nano Díaz recogieron en su casa las armas con que se efectuaban prácticas en la finca El Cañón las cuales se guardaban allí. Al detectar un día la presencia de Frank en el lugar, un miembro del SIR le situó una posta fija en la esquina. Avisado Frank se presentó con Nano Díaz y entre ambos cargaron las armas en hombros y a pie tomaron la calle. No se conocía a dónde se dirigían por lo que este autor, al notar que lo hacían a pie, salió tras ellos para avisar si ocurría cualquier imprevisto. Comprobó que se dirigieron a San Bartolomé 226 y entraron tranquilamente en la casa con los voluminosos bultos sin que fueran molestados en la travesía. Cuando después le comentó a Frank lo que consideraba una gran imprudencia, contestó: “hice chequeo por tu casa y no había «moros en la costa». En la mía, la vigilancia empieza siempre más tarde. Era el momento indicado”.

El 4 de junio, previo a la llegada del dictador, explotaron seis bombas en la ciudad en cuya operación intervinieron él, personalmente, Rosendo, Tey, Pepe Cala, Josué, Colomé y otros. Consciente de que provocaba la ira de Lavastida, orientó a sus compañeros dejar de dormir en sus casas mientras durase la visita y dijo que por su parte pondría en ejecución un plan que venía madurando hacía días: Viajar a Realengo 18 por el tiempo que durase la presencia de Batista en la ciudad.

El viaje a Realengo que recordaba viejas luchas campesinas por el derecho a la tierra y la legendaria figura de Lino de las Mercedes

Álvarez, ganó en la mente de Frank categoría de necesidad. Al asumir la secretaría del Comité Pro Reforma Agraria entendió que era imprescindible entrar en contacto con la gente del campo y ningún lugar mejor que aquel donde el antiguo mambí armó a los campesinos para pelear por su derecho a la posesión de la tierra, como lo recogiera en su ágil y medular trabajo el periodista revolucionario Pablo de la Torriente Brau. El mismo día en que Batista arribaba, Frank, Jorge Ibarra, Andrés Rosendo y Armando Colomé tomaron la ruta en pos de su objetivo. Alquilaron un jeep y se dirigieron a Guantánamo, donde los esperaba Enrique Soto a la sazón, presidente de la Asociación de Alumnos del Instituto de Segunda Enseñanza. Pernoctaron en su casa y al día siguiente emprendieron la marcha hacia su casi inaccesible destino. No pudieron llevar con ellos a Muguercia, pero este les dio nombres de campesinos notorios en la zona. Se dirigieron al central Soledad y enhebraron en tránsito a Sempré, Benito y Tiguabos. Se internaron por caminos difíciles asediados por constantes aguaceros, atascados a ratos. El líder de la comarca, Justo González, no estaba, pero el capataz, Gilberto Campos, les facilitó como guía al morenito Arquímedes que abrió candados y talanqueras hasta dejarlos en lo que se suponía un rumbo bueno. Evadiendo los fangales del camino decidieron tomar la línea del tren. El jeep se atascó sobre las paralelas y estuvieron a punto de chocar con un gas-car que al divisarlos pitó insistente. Frank ordenó abandonar el vehículo y ponerse a salvo. Todos se tiraron menos Colomé que timón en manos luchaba por arrancarlo. En escena típica de una película, cuando ya parecía inminente la colisión, logró mover el jeep y sacarlo de la vía mientras el gas-car le pasaba a unas pulgadas de distancia. En pleno Realengo buscaron una vez más a Justo, inútilmente, pero dieron con Jorge Limonta, un curtido hombre de la tierra a quien motejaban “el abogado de los guajiros”. La conversación de Frank y los otros con este campesino les dio una visión del drama de la tierra, del predominio de la injusticia, del abandono y la miseria a que conducía la explotación de los terratenientes. A la indagación de Frank sobre las aspiraciones de los pobladores de la zona, Limonta responde con amarga sonrisa: queremos seguridad, ni riquezas ni nada por el estilo. Ni siquiera caminos vecinales

porque esos los abrimos nosotros con los machetes y las uñas, ni hospitales, ni abogados. Lo que todos los guajiros de tierra adentro pedimos es maestros que vengan para acá. Pusieron una escuela cerca, pero por presión de determinados intereses se la llevaron para el pueblo y los niños se quedaron sin enseñanza. Más que todas las cosas, queremos educación para nuestros hijos, para que no los engañen como a nosotros.

La petición de seguridad motiva a Frank en nueva pregunta. Limonta alega: ¡tú quieres saber! Pues te voy a decir: estos terrenos pertenecen a una compañía que nunca se ha ocupado de sembrarlos y los compró a sesenta centavos la hectárea. Después que los hemos cultivado, nos quieren desalojar. Ahora, que para hacerlo tendrán que matarnos a todos. A mí el terrateniente Casals me quitó un pedazo de tierra, a otra familia le quemaron la casa y mataron a unos cuantos. Nosotros nos unimos y a tiro limpio evitamos que la cosa siguiera. A la mirada inquisitiva de Frank, que toma notas, el hombre agrega: compran al ejército y a los jueces y no se puede hablar mucho porque en cualquier amanecer aparecemos en el otro mundo. Yo he cogido mucha cárcel y muchos culatazos pero no me meten miedo. Casals y los otros terratenientes tienen gente que se dicen campesinos, pero en realidad son cuadrillas armadas. Las autoridades se hacen de la vista gorda.

Limonta se interrumpe. Repara en la ropa húmeda y enfangada de los jóvenes y se excusa. Están en la casa de Justo y él les propicia que se cambien y reparen fuerzas. Frank, deseoso de continuar la charla, le pregunta dónde vive. El hombre mueve dubitativo la cabeza: en ninguna parte. Desde que me quitaron la tierra ando de aquí para allá, con mi vida dedicada a mis compañeros. Los jóvenes lo observan conmovidos. Frank deja escapar las dos palabras: ¡un desahuciado! Limonta sonrío amargo una vez más, se le acerca y le aprieta la mano. Luego susurra: ¡por ahora! Si Frank y sus compañeros necesitaban de aquel contacto con la vida agraria para fortalecer sus convicciones revolucionarias, recibieron sin duda compensaciones elocuentes y veraces. Las horas siguientes, de dificultades y tropiezos, se asumieron con cierto ánimo aventurero y un profundo sentido del deber. Palpar la realidad de la injusticia social imperante, reactivó sus arrestos. ¡Qué menos! Con ese espíritu se lanzaron de nuevo al camino en

pos de La Lima donde hubo que curar a Frank pues en una de las atascadas se produjo una herida profunda en un pie con un vidrio enterrado en el lodo. La inclemencia del tiempo les persiguió tenaz. Ante una niña atacada de asma Jorge Ibarra cedió su gomita y se vió después azotado seriamente por el mal, al punto que de regreso a Santiago, debió tomar el tren en La Maya para apresurar la llegada. Aún debieron sortear aguaceros torrenciales, tremedales imprevistos, atascamientos reiterados de que los salvó varias veces Tabaquito, un chofer de Tráfico y Transporte que devino su ángel guardián. En Guantánamo visitaron a Elia y luego, sobrevivientes de la odisea y en medio del hostigamiento ambiental, pusieron proa a Santiago bajo la oportuna tutela del winche de Tabaquito que les aconsejó no separarse. Cuando entraron a la ciudad se sentían fuertes y animosos y al llegar a casa de Jorge, en Vista Alegre, estuvieron de acuerdo en que podrían en cualquier momento emprender otro periplo a la campiña. De este viaje Frank escribiría una extensa crónica que publicó la revista *Mercurio* de la Asociación de Alumnos de la Escuela de Comercio en su número de junio bajo el título de “Cinco estudiantes y el monte”.

El 18 de junio América Latina vibró con la invasión de la CIA a Guatemala. Los intereses afectados de la United Fruit Company compraron la traición de Elfego Monzón y Castillo de Armas que depusieron por la fuerza al gobierno progresista de Jacobo Arbenz y revirtieron la reforma agraria. El estudiantado cubano condenó los hechos y se dispuso a partir hacia Centroamérica para combatir en defensa del régimen legalmente constituido. En Santiago las actividades se sucedieron vertiginosas con protestas de repudio a la invasión. Frank expuso su disposición de combatir con las armas. Él e Ibarra consiguen la representación de la juventud santiaguera y parten para La Habana dispuestos a viajar a la tierra del quetzal. Los manejos batistianos de la situación y la caída del gobierno guatemalteco lo impiden. Regresan frustrados. Frank hace entonces un viaje a Guantánamo para visitar a Elia. Confraterniza con el padre en quien percibe notables inquietudes políticas y lo acompaña intencionado en un recorrido en jeep por Baitiquirí, San Antonio del Sur, Macambo, Imías, Taquer, Jauco y Playita de Cajobabo donde queda absorto contemplando la pequeña rada por donde accedieron

al país Martí y Máximo Gómez, en 1895. Su intención era estudiar detenidamente lugares que en el pasado acogieron la gesta mam-bisa y palpar sus posibilidades hacia acciones del presente. Con la misma intención estudiaba su ciudad e instaba a sus compañeros a hacer otro tanto.

A finales de junio recibe información de Carlos Chaín, de Palma Soriano, sobre alguien que posee armas y está dispuesto a venderlas. Con Colomé va a la finca que le indican y violentando una maniobra de engaño que intenta el vendedor, logra llevarse tres escopetas, un revólver y varias cajas de cartuchos. Al mes siguiente organiza nueva incursión. Quiere recuperar el nivel de explosivos en sus caudales, que disminuyeran con las ocupaciones de Lavastida. Con Colomé, Nilsa Espín, Arsenio Stable, Rosendo Ojeda, Eloy Rodríguez, Kiko Martínez, Israel García, Chicho Larrea y Manolo Quintana, intenta asaltar la mina La Tordera, en El Cristo, en horas de la noche. La acción se frustra cuando dos soldados que custodian la instalación sorprenden el auto con Nilsa, Colomé y Stable. Frank no se resigna e intenta de nuevo la operación que desemboca también en fracaso cuando Israel García tiene que disparar sobre un soldado que lo descubre con lo que se perdió el factor sorpresa.

Se acerca julio con su carga rememorativa. Josué pega octavillas revolucionarias en vidrieras de comercios céntricos. El teniente Durán sigue la pista que le dan los impresos y lo sorprende en la calle San Félix entre Carmen y San Jerónimo en plena faena. Lo conduce a la estación de Policía y lo somete a bárbaras torturas para que hable. Le aplica una soga al cuello y lo suspende repetidamente hasta hacerlo perder el aliento mientras le exige que confiese el origen de las octavillas. Durante esta faena macabra entra y sale dos veces en el cubículo el capitán Haza que observa fríamente la barbarie de su subordinado. Josué fijaría ese detalle que confió a la madre como muestra de la doble moral de quien ostentaba en la iglesia el rango de Diácono, paso previo al pastorado. A pesar de su minoría de edad fue remitido al vivac con el pretexto de sus reiteradas detenciones. Ingresó al recinto carcelario en mal estado físico que obligó a Rosario a extremar sus visitas y cuidados.

Un hecho sorprendente produjo tensión en la opinión pública santiaguera. Tres jóvenes insurrectos, Otto Parellada, César Pascual

y Casto Amador fueron sorprendidos cuando construían un túnel bajo la carretera del aeropuerto en plan de atentado a Batista de quien se hablaba en próxima visita. Durante días habían trabajado hasta la madrugada. Los tres pertenecían a Acción Libertadora y tomaron la iniciativa de ajusticiar al tirano. La cúpula de la organización les había prometido los explosivos y el dispositivo técnico para actuar a distancia, pero al caer presos se desentendió de ellos. Salvaron la vida milagrosamente pues cuando el capitán Lavastida se disponía a ejecutarlos, se hizo presente un fiscal auxiliar de la audiencia que lo impidió. No obstante, fueron sometidos a las tradicionales sesiones de golpizas y torturas tras lo cual Frank decidió intervenir. Se acercó a los familiares para ayudarles, envió mensajes de apoyo a la prisión y logró atraerlos. Otto haría declaraciones abiertas en el sentido de que en el futuro solo confiaría en Fidel Castro, pero Casto y César se mostraron cautelosos a instancias de Frank que desplegó en cuanto a ellos gestiones de captación aunque les orientó mantenerse en el seno de Acción Libertadora. Su idea era atraer a numerosos militantes que tenían desde nociones hasta entrenamiento en las artes combativas. Se trataba de hacerles ver que, mientras ellos constituían destacamentos dispuestos a luchar, quienes los dirigían distaban mucho de esa disposición y él, Frank, quería ofrecerles la posibilidad para actuar de verdad.

A finales de agosto, Jorge Ibarra y Francisco Santa Cruz Pacheo, que eran dirigentes de la FEUO, protestaron enérgicamente ante el rectorado por lo que consideraron algo indigno. Una valla que aludía a la defensa de la Constitución de 1940 fue retirada de la entrada y en su lugar apareció otra que anunciaba la candidatura a la alcaldía para las elecciones batisianas del profesor Rafael Alomá Sabas. Arrancaron la valla y la llevaron a la rectoría donde expresaron en forma airada su valoración del hecho. Un bedel los acusó de falta de respeto y se les formó Consejo Disciplinario. Nilsa Espín atrajo a Frank y a Muguercia que se solidarizaron con sus compañeros. Con fecha primero de septiembre dirigieron una carta al Consejo en que demandaban aclaraciones públicas sobre su posición en el momento que se vivía, sobre la colocación de carteles de propaganda política en el ámbito universitario y la actitud impasible y marginada del rector frente al vergonzoso caso

de Guatemala, país del que ostentaba la representación consular. Firmaron el documento, además de Ibarra y Bilín, Roberto Pupo, Marcelino Prado, Alberto Muguercia y Frank País. Con esto se inició un proceso que se extendería hasta los primeros días de diciembre. El juicio a Josué se celebra el 2 de septiembre y concluye con una sentencia de reclusión domiciliaria por un año. A pesar de que el Fiscal retiró los cargos el Tribunal de Urgencia lo penalizó de manera que solo podría asistir a clases, al médico y ante las autoridades cuando fuere requerido.

Rosario se manifestaba algo resignada ante los avatares que asestaban su hogar por cuenta de los hijos. Miraba a Frank en silencios recriminatorios como eje de la conducta de los otros. Él, no obstante, continuaba decidido, sus actividades. Pedía matrícula gratis en la Universidad, mantenía correspondencia con sus amistades más cercanas y atendía los requerimientos de la iglesia. Al romper octubre prestaba declaración ante el instructor designado por el Consejo para el proceso disciplinario y en los primeros días de ese mes decidió viajar a La Habana junto con Ibarra. Creía posible interrumpir las elecciones de Batista con un fuerte boicot que pudiera acometer el MNR. Se entrevistó con Faustino Pérez y Armando Hart y expuso su idea. Ambos lo escucharon atentamente, pero discreparon. No creían que cuanto pudieran hacer cancelara los comicios en que el tirano invertía cuantiosos recursos, además de la fuerza. Ya sus acólitos habían declarado que los partidos “blanco”, “azul” y “amarillo” —la marina, la policía y el ejército— habían votado por “el hombre”. Conminaron a Frank a prepararse para hechos de mayor envergadura. Algo decepcionado por el resultado de su gestión, le comentó a Jorge: Me parece que este Movimiento no puede hacer nada. Son buenos compañeros, pero no tienen recursos. Tendremos que hacer nosotros una organización. Enrique Hart, que lo conociera en esa ocasión, comentaría sobre la gran impresión que le causara Frank. La idea de hacer algo para repudiar las elecciones no era abandonada. Con Pena, Rivero, Ibarra, Nilsa y Vilma Espín concibe actuar contra las Juntas Electorales. Sorprender las postas, si es posible quitarles las armas y quemar la documentación. No dispone de los recursos materiales y humanos suficientes para proyectarse en gran escala, pero confía en que algunos pudieran mover iniciativas en todo el

país. Sus compañeros siguen sus orientaciones para captar nuevos elementos. Pepe Cala da muestras de vivas diligencias al respecto. Así reúne una noche al grupo que atrae.

El lugar es una colchonetería situada tras el cine Capitolio, en la calle Madre Vieja. Los convocados esperan instrucciones sobre su incorporación. Fueron llegando poco a poco, Cala, Enzo Infante, Emilio Lamela, Carlos Iglesias *Nicaragua*, Alfonso Verdaguer, Lorenzo Reina, Leonel Duharte *Chano*, Julio Pérez Guitián, Luis Paiba y Carlos y Emiliano Díaz. Frank llega vestido con un jacket encubridor. Separa de su cuerpo varias armas cortas y las coloca sobre la mesa mientras llama a los presentes. Inicia una sesión de instrucción con arme y desarme, las características de cada arma y su uso. Se ha detenido para conocerlos a todos y hacer algún comentario sobre cada uno. Les habla de los objetivos de la lucha y los declara incorporados al MNR. Luego les dice que por el momento se trata de interrumpir las elecciones y que deben salir de inmediato a cumplir determinadas misiones. Pregunta quiénes se sienten preparados. La masiva respuesta le complace. Sonríe y agrega que solo quería conocer la disposición. Con este grupo desplegaría después numerosas acciones. En la última decena de octubre el Tribunal de Urgencia provincial condena a Otto, César y Casto a cuatro años de prisión en la causa que se les seguía. Frank pone oído atento a sus casos y decide mantener con ellos una atención sistemática. Y en su empeño fijo de actuar contra los comicios batistianos, organiza dos incursiones a los colegios electorales. En una van con Frank, Nilsa, Vilma y Rivero y en la otra, Tey, Ibarra y Pena. El propósito es quitar a los custodios las armas largas que generalmente portan en sus guardias, pero para su sorpresa los aforados se desempeñan con armas cortas, lo que los hace desistir.

Batista celebra sus elecciones de noviembre en medio de un debate público entre recusantes y el Tribunal Supremo, plegado a sus intereses. Como se esperaba, a pesar de la abrumadora abstención, el tirano se proclama vencedor. Cree haber alcanzado la apariencia de legalidad que buscaba, pero la fría reacción nacional le muestra que el pueblo le sigue considerando espurio.

CAPÍTULO XIII

De ARO para ARN

Frank continúa inmerso en sus planes y bulle de inquietud. Reúne a sus afines para tomar decisiones que marquen el futuro inmediato. Alega que existen condiciones para crear el dispositivo revolucionario al que aspira. Se inspira en el ejemplo del Moncada para desatar la lucha armada en la provincia. La estrecha afinidad entre todos precipita el acuerdo. Solo hay debate en cuanto al nombre de la organización. Hubo varias sugerencias. Finalmente el concierto se produjo en torno a Acción Revolucionaria Oriental (ARO). Nilsa Espín, Rafael Rivero y Jorge Ibarra se encargarían de redactar el programa que luego imprimirían, en el Colegio Úrsula Céspedes, Frank y Enzo Infante.

El plan de acción inmediato comprendía la recaudación de fondos, la búsqueda de armas y la captación de compañeros bajo rigurosa selección. Frank viajó primero a Manzanillo y luego a Guantánamo donde enroló a Manuel Hecheverría y a Enrique Soto. En momento posterior, ARO cambió su nombre. Pepito Tey, por su vinculación ferroviaria, atrajo a trabajadores camagüeyanos de ese sector y a estudiantes, que se quejaron de las siglas circunscritas a la región oriental. Suárez Gayol, del Instituto camagüeyano, fue de los que hicieron la observación. Frank, tras rápido intercambio de opiniones, decidió cambiar el nombre a Acción Revolucionaria Nacional (ARN).

El 8 de diciembre tiene lugar el Consejo disciplinario. El día anterior Frank cumplía veinte años y se recordaba una vez más la caída de Maceo en Punta Brava. Deliberado el caso, se tomó el acuerdo de expulsión, pero ante nueva intervención de la defensa se esgrime la connotación pública que pudiera arrojar esa sanción en el caso de

estudiantes opuestos al régimen que tienen en la opinión pública un aval de dignidad y patriotismo. El defensor advierte que eso significaría un estigma para el Consejo. Una nueva votación cambió el veredicto. Al final se reconoció que los estudiantes encartados no habían cometido ninguna de las faltas previstas en los artículos 120 y 121 de los estatutos, aunque de todas maneras se les impuso una rebaja en las calificaciones. En cuanto a la fecha histórica, los miembros de la nueva organización permanecieron tranquilos. Una de las exigencias de Frank era que debían mantenerse alejados de toda actividad política pública salvo las imprescindibles. No obstante se interesó por los casos de detenciones de Faustino e Hidalgo en La Habana, acusados de fraguar un gran plan, previo a las elecciones y la repercusión que tuvo en Santiago por la detención de Eduardo Yassels; 1954 tocaba a sus postrimerías, se hicieron frecuentes las visitas a la Primera Iglesia y sus ejecuciones en el órgano, la dirección del coro en El Caney y el viaje a Guantánamo para participar en retiros espirituales bautistas que tuvieron por sede Cayo Brooks, en la bahía guantanamera y a donde lo acompañaron Agustín, Josué y Elia. Entre los fieles cumplidores de los propósitos de ARN figuraba destacadamente Arsenio Stable. Con cierta frecuencia venía de El Cristo trayendo una jaba con frutas bajo las cuales ocultaba cartuchos de dinamita que dejaba en casa de Tey o de Frank. Y hubo ocasión en que en San Bartolomé 226 no encontró a su jefe, ni a Josué y lo recibió Rosario, que lo observó con su natural desconfianza. Stable, algo cohibido, intentó retirarse pero para su asombro la mujer lo hizo pasar y luego le dijo en tono bajo: “¿tú no eres el que traes cosas de El Cristo?” A su asentimiento agregó: “pues dámelas a mí. ¿cómo vas a irte con eso otra vez a la calle? Ya también soy cómplice de todas estas locuras”. Un nuevo engendro batistiano inauguraba el año 1955 y concitaba la indignación popular. La entrega lacayuna a los intereses norteamericanos movía al aparato gobiernista para materializar la construcción de un canal que dividiera al país en dos partes para facilitar el tránsito de la navegación de y hacia los Estados Unidos sin tener que bordear los puntos extremos de San Antonio, al Oeste y de Maisí, al Este. La reacción ciudadana no se hizo esperar. La FEU encabezó la repulsa. El día 28 de Enero, se efectuó la apertura de un Forum que condenaría el proyectado Canal

Vía Cuba y le mostraría al tirano la disposición de los cubanos a impedirlo a toda costa. En la actividad Frank conoció a José Antonio Echeverría con quien iniciaría relaciones de compañerismo militante. El acto culminaba la celebración de la semana martiana organizada por el Bloque Estudiantil Martiano que, por su parte, se proponía un desfile de antorchas desde la Escuela de Comercio hasta la tumba del Apóstol, el cual representó un encuentro feroz con la fuerza pública y del que resultaron heridos estudiantes y policías.

Sus frecuentes visitas a El Caney rebasarían el marco de la iglesia y de la feligresía. Como integrantes de la comunidad bautista había un notable grupo de jóvenes de ambos sexos que al margen de los cultos mantenían lazos de compañerismo, camaradería, afectos y familiaridad. Allí vivían Colomé y los Jordán y por sus nexos Frank conoce a otros. En el templo llama su atención una muchacha rubia, de belleza algo exuberante, que lo observa a su vez disimulando una fuerte impresión. Reside en El Caney desde hace poco tiempo. Su familia ha tenido que mudarse de localidad varias veces acosada por los cuerpos represivos. Cuando vivía en la provincia de Camagüey le hizo un desaire al tirano que pretendió cortejarla atraído por su belleza. Se trasladaron a Las Tunas y allí también y por la misma causa fueron objeto de hostigamiento al punto que su padre y su hermano Tarás recibieron amenazas y malos tratos. El autor de sus días era un inmigrante rumano que traía avales de luchas sociales en su país. Vinieron a El Caney donde instalaron una pequeña fábrica de embutidos. Las relaciones que establece con muchachas de su edad la llevan a la congregación religiosa. El día que conoce a Frank lo comenta en su casa y le dice a su hermano que trate de cultivar la amistad de ese muchacho.

El parque, como en otras muchas localidades cubanas, deviene centro bullente de encuentros, intercambios amistosos y pláticas. En las noches concurren a la pista y pasan horas de un sano esparcimiento en que surgen fraternales relaciones y se fomentan entendimientos amorosos. Pero, hay también inquietudes políticas en que algunos expresan su deseo de participar en algo. Frank es receptivo a aquella demanda y sugiere formas de acción cuando alguien alega que El Caney es pequeño y poco propicio para manifestarse contra el régimen. Colomé, Joel Jordán, Martínez Hinojosa, Amador Ramos

y otros, quedan enrolados y dispuestos a empezar una escalada que por orientaciones de Frank, debe comenzar con pequeños servicios que deberán incrementarse en la medida que los combatientes adquieran experiencias y maduren. Repartir volantes, vigilar un objetivo, apoyar a un compañero, guardar o trasladar un arma, poner un petardo, estudiar los movimientos de la fuerza pública, participar en una operación armada, son pasos graduales que junto al entrenamiento correspondiente deben formar a los combatientes. Armelio Aroche es uno de esos jóvenes residentes en El Caney. Lo presentan a Frank como alguien dispuesto a cualquier operación y él expresa su deseo de que sea algo en grande porque repartir papелitos es cosa de menor cuantía. Frank lo escucha y critica sereno su actitud. Repartir un papелito puede ser en un momento dado tan importante como disparar contra un esbirro. No obstante, dice que lo tendrá en cuenta. La oportunidad no tarda en presentarse. Frank y Colomé deben llevar unas armas a Santiago, pero en la carretera de El Caney hay registros. Van en busca de Ramos para que las guarde en su casa y al no encontrarlo se dirigen a la de Aroche. Este se compromete a ocultarlas hasta el día siguiente en que esperan poder hacer el movimiento. Aroche comete la imprudencia de dejar que algunos familiares las vean y se alarmen aparatosamente. Preso él mismo, de pánico, las introduce en una caja de madera y con una pequeña carretilla atraviesa el pueblo al anochecer para esconderlas en otro lugar. Lo hace superficialmente, a descampado, donde parece que algunos muchachos lo vieron y tras abandonar el lugar, los curiosos las encontraron.

El alboroto fue directamente a la estación de policía que rápidamente ocupó la caja. Identificado Aroche como el autor, fue detenido de inmediato y acto seguido declaró que Frank País se las había entregado para que las ocultara. En la causa que se siguió se involucró a Temístocles Fuentes quien visitaba con frecuencia a Rubén Alonso en El Caney.

El reportero Arístides Garzón se dirigió al Colegio El Salvador y le dejó a Frank una nota informándole que lo implicaban en el hallazgo de las armas. No decidió regresar esa tarde a su hogar. Se dirige a la casa de Lala de la Torre, en la Entrada de Cuabitas. Se trata de una amistad consolidada en lo personal y en la iglesia. Lala

estima su visita y al conocer el motivo lo acoge protectora. Ella se dedica a la costura y confecciona ropa femenina en un taller anexo a la vivienda.

Por instrucciones de Frank, Lala y su hermana contactan al doctor Grillo Longoria quien le aconseja que permanezca oculto hasta la celebración del juicio en el que se haría cargo de su defensa. Manda por Josué quien a su vez cita para allí a Tey y a Pena, pues a pesar de estar escondido, Frank quiere coordinar acciones para la noche del 23 de febrero, víspera de la toma de posesión de Batista como presidente. Varias explosiones sacuden la ciudad para repudiar la farsa del tirano. Los estudiantes se pronuncian y protestan por la persecución de que son objeto varios de ellos. Como consecuencia de los hechos del 23, Grillo es detenido. En su espacio radial había presentado algunos estudiantes acosados por el SIR y los esbirros querían localizarlos. De manera que después de ser puesto en libertad se dio nueva orden de detención por lo que decidió ocultarse. Cuando le dieron la dirección en que debía recoger a Frank para presentarlo al tribunal con vistas al juicio, Grillo quedó petrificado. Él había estado dos días oculto en casa de Lala y no tuvo idea de que Frank también estuviera allí

El 4 de marzo se celebró el juicio en el que el defensor hizo gala de sus singulares habilidades. Se ajustó a requerimientos procesales rigurosos y confundió completamente a los agentes hasta hacerlos caer en serias contradicciones tras lo cual el tribunal dictó sentencia absolutoria para todos los encartados. Al día siguiente, por la noche, Frank vuelve al parque de El Caney, visita que repetiría por varios días observado de cerca por la policía. La prensa había dado amplia cobertura al caso que lo significaba peligrosamente ante el régimen de igual manera que crecía su prestigio en el seno de la clandestinidad y los conspiradores.

Escribe a César en La Habana, a Elia en Guantánamo. Les refiere los momentos por los que acaba de pasar y a ambos expresa estar profundamente enamorado de la patria. Como Elia observara en él cierto alejamiento, le confía que efectivamente no es el mismo de antes. Le confiesa que tiene una rival que describe como la de las barras, el triángulo y la estrella solitaria. La carta provocaría la indignación de ella pues infiere que Frank no la considera poseída

de ese ideal. Las relaciones inician vaivenes de incertidumbre. Elia quiere definiciones plenas. Él parece rehuirlas con su ánimo puesto totalmente en la causa que abrazó. Por otra parte, los ojos claros y la sonrisa de la muchacha de El Caney comienzan a embargarlo en pensamientos íntimos. Los testigos del parque han dicho que lo de ambos fue fulminante a primera vista y que cada vez que Frank llegaba al grupo le dejaban libre el espacio junto a América. Sin embargo, cuando con el curso de su historia personal rompe formalmente con Elia, en sus momentos conflictivos y de medulares reflexiones, buscaría siempre su contacto, personal o por correspondencia, como si la hubiese elegido su confidente. Es singular que por ese tiempo sus impulsos amorosos lo hacen meditar. Él lo atribuye a una gran capacidad de amar pues lo cierto es que mantiene relaciones de esa naturaleza con varias muchachas al mismo tiempo. Isel, Ruth, Nena... Le confiesa a César en carta donde pide consejos que son cinco a la vez y lo atribuye a su incapacidad para decir que no. A ratos se siente un sinvergüenza por engañar a tantas, pero se acomoda a la idea de que en cada una encuentra algo que lo compensa.

La Asociación Revolucionaria Nacional ocupa sus empeños inmediatos. Quiere fortalecerla y sabe que el fogueo y el adiestramiento de sus integrantes deben ser incesantes. La militancia en la organización no ha de confundirse con la afiliación a un club de amigos o socios. La disciplina es el basamento de una estructura seria y responsable. Sus miembros han jurado ante un reglamento que debe acatarse. Discute con Félix Pena; el dirigente estudiantil está más que señalado ante los cuerpos represivos y su protagonismo en las proyecciones del sector es cada vez más acusado. Frank opina que eso lo invalida para la vida de conspirador por lo que debe recogerse y dejar a otros ese papel. Pena no está de acuerdo. Considera que los estudiantes y sus organizaciones constituyen una avanzada de agitación que pone al régimen en jaque y mantiene en la ciudadanía un clima combativo. No hay acuerdo. Josué interviene, apoya a Pena en sus planteamientos y Frank cede a medias. Orienta que Félix Lugerio se ciña a lo imprescindible y que dedique más tiempo a organizar al estudiantado en función de los intereses de ARN.

Amaro, el esposo de Gloria Cuadras, es viejo luchador antimachadista con quien comparte a ratos y a quien ha reclutado. Un día le habla a Frank del Club de Cazadores, la sociedad deportiva emplazada junto al mar y al oeste de la ciudad, donde la burguesía santiaguera organiza competencias de tiro y pasa sus ratos de esparcimiento y solaz. Amaro es repartidor de mercancías y el club es uno de sus puntos habituales de suministros. Sabedor de los afanes de Frank por obtener armas, le habla del lugar. No responde, pero indudablemente registra mentalmente el dato. Sin embargo, días después ocurre algo fortuito e imprevisto. Nano Díaz le habla de las competencias que se anuncian allí y Frank lo compromete a que consiga invitaciones. El 10 de abril acuden al club y cuando Nano lo induce a observar a los tiradores, Frank le dice que no han ido allí a divertirse sino a estudiar el emplazamiento. Hacen un reconocimiento en que detectan la ubicación del armamento, el cuarto del sereno, el personal que queda de noche, los perros guardianes y los dispositivos de aseguramiento de la instalación. El 11 regresan con otros compañeros y reeditan la inspección con mayor meticulosidad. El 14 retornan dispuestos a operar, pero la prolongada presencia de algunos contertulios en la barra los hace desistir. Frank fija la fecha del 18 como definitiva. Van con él, Nano, Emilio Lamelas, *el Látigo*, Lorenzo Reyna y Alfonsito Verdaguer. Debieron recoger a Nicaragua en el Club San Carlos, frente al Parque Céspedes, pero en el momento de la gestión no se encontraba en el lugar. Previamente, Frank había dado sus instrucciones. Acudir vestidos de oscuro, no portar identificaciones, no citar el nombre de nadie durante la operación y de hecho adoptar pseudónimos con lo cual se asignó a él, Salvador, no hacer uso de las armas salvo situaciones de extrema necesidad. Con los altibajos y sobresaltos propios de un hecho de tal naturaleza, logran llevarse todo el parque guardado en el lugar. Frank lo lleva para su casa tras repartir a sus compañeros. La prensa se hizo eco de la insólita ocurrencia que desconcertó y enfureció al capitán Lavastida.

La ineptitud de los servicios policíacos y de inteligencia aumentaba en razón de sus prejuicios. Subestimaban a los combatientes santiagueros convencidos de que tales asaltos eran obra de gentes de fuera. El Moncada parecía ratificar sus presunciones dado el caso

de que los asaltantes procedían de puntos tan opuestos como La Habana y Artemisa en Pinar del Río. La expectación por el Club de Cazadores tuvo las mismas consideraciones y mientras Lavastida y comparsa se devanaban los sesos, Frank acariciaba las armas observado de cerca por Josué y sus compañeros.

Súbitamente, en el curso de la segunda quincena de abril, se sintió enfermo. Rosario, preocupada, mandó por el médico ante lo que evidenciaba un caso de paperas. Pero, Frank se quejaba de fuerte malestar en sus glándulas viriles y el galeno ratificó el diagnóstico con la aclaración de que había tenido un “corrimiento” que demandaba cuidados, reposo y tratamiento para evitar consecuencias graves como la posibilidad de una intervención quirúrgica. Por el carácter contagioso de la enfermedad y el descanso exigido, no recibía a “los locos” y se dedicó a leer con avidez. En unos quince días que duró la afección y la convalecencia, devoró —según carta que envió a Nena— unos catorce textos de fuerte contenido político que incluyeron entre otros *Historia de los Estados Unidos y de su revolución*, *Técnica del golpe de Estado...* y *La contrarrevolución rusa de los Junkers contra Lenin*, y otras acerca del golpe de Estado fascista de Mussolini contra Giolitti, el golpe de Estado de Primo de Rivera en España, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, de Carlos Marx por los sucesos de Francia en 1851, el de Hitler en Alemania, las polémicas revolucionarias de Catilina por Cicerón, *La Historia de la Resistencia maqui francesa* y *Reformas Agrarias y políticas en Centroamérica*. Se ha dejado crecer el pelo y la barba y el médico, el día que le da la noticia de una franca mejoría, observa que tiene un parecido con Lenin.

El siguiente mes se siente recuperado. Se enrola en una excursión de la iglesia que se desplaza hasta la playa Yateritas en Guantánamo. En El Caney se han estrechado sus lazos afectivos, en especial con Tarás, el hermano de América. Con el tiempo se convertirá en su chofer, su guardaespaldas, su más inmediato y fiel colaborador. Tarás llega a Guantánamo el día siguiente y juntos van a la casa de Elia. Con ella y Roberto Lamela Font se dirige al cayo. Frank no pierde oportunidad de trabajar por la causa. En lo que parece un tranquilo paseo marino, alquila una lancha e induce a sus acompañantes a observar lo cerca que queda el cayo de la Base Naval norteamericana

donde él y todos saben que hay armas. El 8 de mayo coincide con el Día de las Madres y lo pasa en Guantánamo no sin enviar parabienes a Rosario. Al día siguiente en la mañana regresa a Santiago.

Como presidente de la FEUO, Pepito Tey estrecha relaciones con los compañeros de su similar de La Habana. Las posiciones comunes frente a la tiranía los acercan. El Directorio Revolucionario quiere extenderse por el país y sus dirigentes no escatiman esfuerzos para atraer y captar adeptos. En la capital se conoce la existencia de ARN y se aspira a la fusión. A los fines de cambiar impresiones, Frank e Ibarra viajan a La Habana el 12 de mayo. Será el segundo encuentro con José Antonio Echeverría. El Directorio los recibe y Frank conoce a Fructuoso Rodríguez, a Joe Westbrook, a Juan Pedro Carbó Serviá, a José Machado, a Faure Chomón y a René Anillo. Le proponen la unificación entre ambas organizaciones con la idea de que Frank asuma la jefatura del Directorio en Oriente. Con toda delicadeza se muestra renuente. Por el momento, prefiere hablar de acciones coordinadas. José Antonio acepta pendiente de la promesa de esperar algo más en razón de las perspectivas de consolidación que Frank quiere alcanzar con ARN.

El 15 de mayo se produce el hecho esperado, Fidel y sus compañeros son excarcelados del Presidio Modelo de Isla de Pinos. Léster Rodríguez, que vivía en la clandestinidad desde el asalto, está entre los que van a su encuentro. Le habla a Fidel de Frank y de ARN. Léster tornaría a Santiago días después. Para su sorpresa lo recibe en la terminal de trenes un grupo aguerrido de jóvenes entusiastas que entre vítores lo acompaña hasta su casa. Pepito Tey ha sido el autor de esta movilización en la que enroló a sus compañeros y seguidores, en especial los inquietos vecinos y contertulios de la Placita de Crombet, hoy de los Mártires. El SIR aguarda vigilante a que ceda la euforia y en cuanto los acompañantes se retiran detiene a Léster. Lo conducen al Moncada a pesar de que alega su condición de amnistiado. Lo fichan y le hacen advertencias y amenazas. Por cierto tiempo tendrá una posta fija en la esquina de su vivienda. Una vez en la calle, Léster contacta a María Antonia Figueroa y le comunica que Fidel quiere verla en La Habana. Por vía de Pepito, se entrevista con Frank.

Le traslada un recado de Fidel que le propone la unidad. Frank considera prematuro ese paso. Flota en el ambiente el que los moncadistas se incorporarán a la lucha cívica en los términos de una oposición pública y pacífica y la posición de los integrantes de ARN es la insurrección armada. Por espacio de varios días las actividades de Fidel se ciñen a ese empeño. Pero, el régimen no es capaz de tolerar que Fidel pueda ser oído. Teme al ejemplo que ha dado y a cuanto significa para toda Cuba su nombre. Impide su presentación en la Universidad de La Habana y lo acosa. Lanza infundios de baja estofa al acusar a Raúl Castro y a otros moncadistas de fraguar planes terroristas, e impide furiosamente toda proyección civilista de parte de aquellos a quienes más teme. Fidel expresa que tal actitud es la prueba de que es imposible bajo las condiciones de la tiranía el desarrollo de una oposición transparente, algo que se propuso demostrar. Se crea el Movimiento 26 de Julio en reunión que preside en la casa de Melba Hernández, de la calle Factoría no. 62 en la Ciudad de La Habana. Integran la Dirección Nacional Fidel, Haydée Santamaría, Níco López, Pedro Miret, Jesús Montané, Melba Hernández, Pedro Aguilera, Armando Hart, Faustino Pérez, José Suárez y Luis Bonito. Se habla de un compañero muy prometedor en Santiago, en referencia a Frank. Por su parte María Antonia, en su entrevista con Fidel le habla acerca de Frank y de su organización y el Jefe moncadista ratifica su deseo de incorporarlo pues ya tenía informaciones al respecto. Nueva entrevista con la doctora y con Léster en Carnicería no. 315, se reitera la proposición que Frank escucha y a la que contesta que debe consultar a sus compañeros. Entre junio y julio se encontraría dos veces con Pedro Miret por conducto de Léster Rodríguez. Los moncadistas insisten en la fusión; sin embargo, la parquedad natural de Frank y Miret deviene limitante para el entendimiento. Fidel, tras la constitución del Movimiento, anunció su salida de Cuba en planes abiertamente declarados insurreccionales. Miret deberá partir también a México pero antes ha ido a despedirse de su familia. Léster insiste en la captación de Frank y promueve el intercambio que queda en promesas de futuro.

Sin situarse en el tiempo no se puede comprender exactamente la actitud retraída o renuente de Frank a integrarse a otras organi-

zaciones. Militó o pasó por todas las que acusaban créditos en el espectro insurreccional. Valoró las condiciones de los adscriptos al MNR y al Directorio. Encontró en unos y otros madera de sinceros revolucionarios, pero intuyó la ausencia de algún ingrediente capaz de arrastrar a las grandes masas del país. La Triple A y Acción Libertadora fueron descartadas en su mente por las raíces con el pasado. El Moncada y Fidel le dieron la dimensión exacta del modelo insurrecto al que aspiraba. Al fundar las agrupaciones quiso fundamentar su idea convencido de que en un momento de conmoción nacional, los verdaderos combatientes se unirían acogidos a una sola causa.

El surgimiento del Movimiento 26 de Julio le pone delante la evidencia de una agrupación que adviene con el aval de los hechos probados y no duda que el pueblo de Cuba se vuelque en su militancia. Es el camino a que aspira, pero quiere llegar a la unidad con un dispositivo fuerte que articule dentro del país cuanto se concerte con la emigración. A los llamados que se le hacen, responde que debe consultar con sus compañeros. Ciertamente habría entre ellos quienes aspiraban a la fusión con el Directorio, según la promesa hecha a Echeverría. Por otra parte, los antecedentes de las guerras anticoloniales le muestran el papel que ha tocado a la provincia oriental como escenario y bastión de las contiendas y estima que la región deberá estar bien preparada.

Asalto a la policía de El Caney

Por varios días en sus incursiones casi cotidianas a El Caney, observa la estación de policía, situada en una de las esquinas inmediatas al parque a donde desemboca la carretera estrecha que sirve de entrada al poblado. Ha comentado con Tey sobre la necesidad de otra operación en búsqueda de armas. Tarás y Lamelas asumen la misión de chequear los movimientos y tratar de conocer dónde se guarda el armamento, el número de policías en diferentes horarios, el retén que se queda de noche. Roberto improvisa una trifulca en el cercano restaurante El Patio con el fin de que lo lleven a la estación. Aporta detalles del interior, mientras Tarás hace un croquis de la instalación y su entorno e informa a Frank que la dotación acaba

de recibir fusiles nuevos y ha visto a los aforados probarlos como muchachos con juguetes de estreno.

El 23 de julio, Tey lo visita en su casa y le dice que pueden alquilar el auto para esa noche. El grupo que intervendría es localizado de inmediato. Frank está de acuerdo. Santiago bulle en apogeo del carnaval y brinda una excelente cobertura para que los jóvenes se muevan bajo las apariencias de una de las tantas francachelas. Previsoramente se dirigen a la Trocha y en uno de los “tiros al blanco” se disponen a practicar. La idea es forjar el pretexto ante cualquier posible prueba de parafina. Los integrantes del comando han recibido esa instrucción. Al llegar al lugar en medio del jolgorio festivo, un soldado hace alarde de puntería rodeado de curiosos. Apaga velas con los disparos. De diez tiros falla uno. Frank y Tey lo han observado. El primero, al empuñar el arma, le dice a su compañero que le va a mostrar cómo se apagan en sucesión las diez velitas. El soldado se siente aludido y surge el reto. Esta vez el militar falla dos veces; Frank empuña y con diez tiros sucesivos apaga las diez velitas. El alboroto en torno es mayúsculo y la revancha se impone. Tey secretea a Frank que no le conviene significarse tanto con el sujeto, pero Frank opina que es importante que el dependiente del “tiro al blanco” recuerde el episodio y lo recuerde a él por lo que pueda suceder. Repite su hazaña y el de uniforme termina por felicitarlo mientras se aleja. Pepito ocupa su turno con la pistola. A las once de la noche están en la verbena de la calle San Pío donde toman cervezas junto a Léster Rodríguez. Se muestran bailadores y alegres, como para hacerse notar. Junto a Carlitos Díaz abandonan el lugar. Toman el auto alquilado y recogen a Nano, a César Perdomo, a Reynerio Jiménez, a Ariel Rojas y a Francisco Santa Cruz Pacheco. Santiago, *Chago*, Montes de Oca, va al timón por sus reconocidas dotes de chofer. La llegada a El Caney se produce sin tropiezos. Tienen el objetivo a la vista. El plan trazado por Frank incluía que Pepito y Carlitos Díaz tomaran la posta de entrada por sorpresa, Santa Cruz y Reynerio, César y Ariel desde el ramplazo posterior a la estación, dominarían el fondo, mientras Frank y Nano entrarían a controlar al retén en el dormitorio. El emplazamiento alto de la estación conformaba un muro que servía de parapeto a los asaltan-

tes. Distribuidos en las respectivas misiones, se trataba de aguardar a que los atacantes del fondo se situaran para iniciar el asalto. El auto había quedado en la cuadra anterior, a unos cincuenta metros del objetivo. De manera inesperada surge un automóvil lujoso con luces de carretera desplegadas y haciendo rechinar los neumáticos. El policía de posta esgrime el arma y da el alto. El carro se detiene a cierta distancia y el hombre se dirige hacia él. Tropezaba con Tey que venía hacia el muro. Alza el arma y cuando parece inminente el impacto sobre Pepito, dos disparos sucesivos lo derriban. Frank, al ver en peligro a su compañero, se ha adelantado. Perdida la ventaja de la sorpresa, el plan se desarticula. La orden era que si había disparos habría que retirarse. Chago acerca el auto velozmente en marcha atrás para recoger a sus compañeros. Carlitos, en el nerviosismo y la confusión, abre fuego y le destroza el cristal trasero. Tey por su parte ve una sombra con indumentaria oscura inclinada en medio de la vía, la confunde con un policía y ataca. Carlitos, Nano y Chago claman por Frank y alzan la voz en su llamado. Frank es la figura en medio de la calle. Una vez que derriba al policía va hacia él, ocupa el arma y al ver que lleva el zambrán perfectamente provisto se lo quita. Cuando lo logra corre hacia sus compañeros y toman el auto en retirada. Los del fondo, al escuchar los disparos, cumplen la orden de desistir. No pueden volver a la carretera en pos del transporte y quedan a expensas de las circunstancias. Santa Cruz Pacheco, que fungía al frente del grupo, atiende a una inesperada necesidad fisiológica en la que pierde un carnet que lo identifica. Luego pide a los otros que le entreguen las armas pues se hará cargo de guardarlas. En realidad las tira en un solar donde la policía las encontraría junto con su documento de identificación. Él no había tenido la preparación de los otros y su festinada inclusión en el operativo, introdujo la violación de rigurosas precauciones. Regresaron a la ciudad, se disgregaron algunos en las fiestas y llevaron las armas a la colchonetería de Nené Álvarez quien siguiendo las instrucciones de Frank los aguardaba en el reparto Los Olmos. Retiraron el cristal astillado y lo dejaron en la cuneta de donde lo recogió e hizo desaparecer Nené, que consideró tal acto una imprudencia. Chago recibió la orden de esconder el auto hasta que pasara la efervescencia y se

podiera arreglar. Pepito se sumergió en la verbena cercana a la Placita y Frank fue para la casa de Vilma y Nilsa donde lo ocultaron, le limpiaron las manos con un líquido que debía borrar las huellas de pólvora y lo trasladaron después a la casa de Lala de la Torre. Una vez más Esther María fue en busca del doctor Grillo Longoria. Que permanezca oculto hasta ver si consigo a alguien en San Pío dispuesto a confirmar sobre su presencia en el lugar hasta la madrugada —aconsejó el letrado. Los testigos no tardaron en aparecer y Frank, por orientación del abogado, volvió a su casa al día siguiente por la madrugada. En horas de la mañana se presentó un agente a detenerlo. Rosario lo llamó y él, taza en manos, preguntó si podría terminar el desayuno. El policía asintió y luego lo condujo a las oficinas del SIR. Su encuentro con Lavastida marcaría una de las más singulares confrontaciones de las que tuvo el joven con el siniestro personaje. Lo interrogó junto al cabo Veitía y el teniente Ortiz. La detención se debió a la coincidencia del nombre y las voces alusivas a Frank o Francis que escucharon vecinos del lugar. La flema de Frank exasperó a Lavastida a quien impulsaba el hecho de que se hubiera dado muerte a un miembro de las fuerzas armadas. A cada una de sus preguntas opuso una respuesta serena en negativa. Trató de intimidarlo simulando pruebas confirmadas en su contra, pero Frank se mantuvo incommovible. En un momento del interrogatorio se percató de que el jefe del SIR padecía de cierto despiste. Insistía machacoso en la existencia de un lujoso Cadillac usado en la operación. Y el detenido aseveraba que jamás había subido a un carro de tanto postín. Se trataba del auto que irrumpió veloz en la escena y cuyo chofer, tras escuchar los disparos, se alejó presto del lugar. Roberto Lamelas vivía en El Caney. Era telegrafista y no ocultaba su carácter de opositor al régimen. Frank lo había reclutado. Francis Martínez Hinojosa formaba parte de los contertulios de la iglesia y del parque. Como su nombre caía en el marco de las dudas, ambos fueron requisados junto a una veintena de sospechosos. Las diligencias se resumirían en la instrucción de cargos a ellos y Frank. El juez de Instrucción no encontró cargos suficientes para ratificar la prisión a pesar de que individuos especializados fueron trasladados desde La Habana para realizar las investigaciones. El día 27 dictó libertad provisional.

Quedaba pendiente para Frank y los suyos un aspecto conflictivo: el auto alquilado. Debía devolverse en perfecto estado y abonarse las horas transcurridas desde el 23. Chago, que concertara con el propietario, se quejaba de la incómoda situación en que se encontraba. Frank y Tey no veían salida inmediata. No había dinero para el arreglo y el arriendo. Una primera excusa dijo que el carro estaba para Bayamo y que retornaría en las próximas horas. Transcurridas, el dueño volvió a presionar y se perfilaba ya la denuncia a la policía, algo que traería complicaciones y podría arrojar luz sobre el despiste del Cadillac. Tras nuevas deliberaciones en la búsqueda de otra excusa, Tey, en uno de sus típicos arranques, dijo que lo dejaran en sus manos, que él resolvería la situación. Él y Chago tomaron el auto y en la noche fueron a la casa del propietario que al verlos llegar se sintió feliz. Tey con todo desenfado le informó de qué y el porqué del uso del vehículo y con pelos y señales dio cuenta de lo ocurrido. El hombre no salía de su espanto. Indagó si estaban seguros de que la policía no tenía pistas al respecto. Pepito le dio seguridades y finalmente dijo: “no creemos que usted quiera perjudicarnos ni perjudicarse haciendo la denuncia. Nosotros estamos en la calle”. El hombre asimiló el mensaje y dio por terminado el episodio.

Lo ocurrido en El Caney podría ceder paso a sucesos y acontecimientos que atraerían la atención pública. Los mismos participantes guardarían los detalles de una infructuosa experiencia y seguirían el curso de sus vidas, pero Frank no. Convencido de que forjaba una organización que debía ser cada vez más ducha y capaz, analizaba el hecho. Intuitivamente aplicaba el principio de medir la seriedad de cualquier agrupación política por la actitud ante sus propios errores. A El Caney se fue a buscar armas y no a dejarlas abandonadas. Además, si bien a los efectos del SIR los datos generales quedaron envueltos en la niebla, no olvidaba que las armas perdidas procedían del asalto al Club de Cazadores y según la prensa, las investigaciones tomaban en cuenta ese descubrimiento. En reunión con Tey y los hermanos Díaz, planteó la necesidad de recuperar el instrumental perdido. La designación de un juez especial indicaba que debía estar todavía en el Juzgado de Instrucción del Norte, sito en la calle Aguilera entre Corona y Padre Pico. Nano, Carlitos y

Orlando Carvajal irían a buscarlo. La irrupción en el lugar resultó otro fracaso. Un empleado muy nervioso no respondió a la conminación de las armas y huyó despavorido obligando a los asaltantes a disparar y a abandonar el juzgado a toda prisa. El disgusto de Frank alcanzó su nivel más alto. Sentía que algo fallaba en momentos en que se esforzaba por alcanzar con sus huestes la mayor eficiencia y competitividad. Un cierto estado de ánimo depresivo lo embargaba y, como siempre, meditaba escribiendo. El haber dado muerte a un semejante lo obligaba a reflexiones profundas. Lo rodea un ambiente de incomprensión de que es eco Rosario, negada a creerlo capaz de un acto violatorio de la ética cristiana. La madre se negó a visitarlo en los días del vivac. En carta a César le traslada algo del cúmulo de incertidumbres que lo acosa. "...hay amenazas de matarme... ya a mí no me interesa nada, que hagan lo que quieran, que procuren aprovecharse y acabar conmigo ahora, porque si me dejan, yo acabaré con ellos". A Elia, en misiva amarga, le dice de "un viaje que pudiera hacer, del que nunca se vuelve".

El 8 de agosto de 1955 Elia está en Santiago. Ha venido a participar de las oposiciones de maestros y acuerdan encontrarse en la Escuela Normal donde recordarían viejos momentos amorosos. Frank toma un ómnibus junto a Pepito en San Félix y Enramadas para ir a su encuentro y un policía que viaja en el transporte lo reconoce y lo detiene. Lo conduce al Moncada, una vez más ante Lavastida. El interrogatorio gira en torno a la muerte de un oficial policiaco en otra provincia. Nada sabe y nada podría decir, pero contrario a sus anteriores detenciones, esta vez actúan sobre él con métodos expeditivos.

Elia, avisada por Pepito, va hacia la posta del Moncada y aguarda hasta las tres de la tarde en que lo ve salir. Él le confiaría cómo lo subieron a las azoteas del cuartel y sujetándolo por la camisa lo lanzaron repetidamente al vacío. Y agregaba: "menos mal que mi mamá pone los botones para que duren toda la vida".

La atmósfera tensa se extiende a los marcos de la feligresía. Ros-tros apenados se acercan a Rosario, manos en gesto grave oprimen la suya. ¿Cómo es posible que ese muchacho devoto incurra en falta tan grave, que lo aleja del redil cristiano? ¿La oveja descarriada? ¿Frank? ¿Algo debe hacerse por su salvación! Alejarlo cuanto antes

del ambiente proclive a las reincidencias. Su sobrino Daniel y su hermana Sara emergen como posibles garantes de un viaje a los Estados Unidos. En nuevo mensaje a César le confía esa posibilidad que ve remota. Le cuenta de un cuadro que se le cierra en medio de ese desasosiego. Quiere dejar el Colegio El Salvador porque se siente explotado, tiene tres asignaturas diferidas para septiembre en la Universidad porque al momento de las pruebas estaba preso, y lo oprime el denso aire de disgusto del hogar. Se autocensura por “lo poco que está contando con Dios para todas sus cosas”. En suprema efusión de desaliento, exclama: “...la vida es dura, muy dura; quizás, como dices, lo interesante es que sea dura para vencerla, pero es que hasta el más terco se cansa...”

Nena percibe en sus cartas las tensiones y los pesares que asedian su alma tradicionalmente equilibrada, su talante ecuánime. Se inquieta por no sentirlo el mismo Frank. En el intercambio de mensajes él responde: “No puedo ser el mismo, no puedo, hay espectros que me persiguen, cosas que tuve que hacer y de las que no me arrepiento pues si estuviera en igual situación las volvería a hacer pero que pesan y duelen. No soy el mismo. Creo que difícilmente podría ser otra vez el de antes”. Con este fardo en la conciencia debe seguir adelante. Por esos días se reúne con Tey, Tarás y Léster en la casa de Tony Alomá. Este muchacho de desbordada nobleza, de franca decisión de lucha, pertenece al grupo de Pepito. Su hermano Adolfo es también un decidido militante que aportó las primeras informaciones sobre el juicio a los moncadistas y su familia acusa los rasgos de añeja autoctonía que identificará el ámbito heroico de la Placita. Frank le dispensa particular afecto y confianza. Busca en el grupo ese apoyo anímico que no encuentra en otra parte y la casa de Tony le es propicia. Les habla sobre todo de la actitud renuente de la madre, de su empeño porque salga de Cuba. Admite que por complacerla está dispuesto a hacerlo por un tiempo pero observa que no es el momento. Encuentra entonces en Pepito Tey el lenitivo inmediato. Le recuerda cómo él pasó por eso meses atrás y para complacer a los padres viajó a los Estados Unidos a la sombra de un tío residente allá y cómo después de lavar muchos platos en un restaurante decidió regresar para continuar en sus actividades. “Frank —le dice— ningún padre se resigna a que le maten a los

hijos y asumen esa actitud para cuidarlos, no por otra cosa. Y como nosotros no vamos a dejar la lucha, lo mejor es no hacerles caso. Tú sabes que hoy, mis viejos son mis colaboradores”.

Con la amnistía, Otto Parellada y Casto Amador fueron puestos en libertad. Frank no los había olvidado. Se reunió con ellos en el bar El Platanal y tramitó el ingreso de ambos en ARN. Tenían experiencia en el manejo de explosivos y controlaban una amplia red incorporados a Acción Libertadora (AL) de la que Casto ostentaba la jefatura de activos operantes. Otto estaría más limitado en sus posibilidades pues a raíz de la prisión había renegado públicamente de AL. Frank les orientó que aparentaran permanecer en la organización con la misión de indagar dónde se ocultaban las armas y atraer hacia ARN un número considerable de militantes, de ser posible con armamento. Continuó por su parte preparando el personal de que disponía con materiales de estudio y clases prácticas que se impartían en la finca de Luis Felipe Rosell en el kilómetro diez y medio de la carretera central. Dibujaba en *stencils* las piezas que copiaba de un manual y que luego entre él y Enzo imprimían para que todos estudiaran. Frank, por preservar el parque y guardar discreción, lo limitaba. Antes de accionar el gatillo una sola vez, debían pasar un examen. Una ametralladora Thompson que recibieran de La Habana, debía ser desarmada y armada en severas sesiones de entrenamiento. Las voces repetían hasta el dominio pleno que la ametralladora se componía de cañón, receptor, armadura y pasador o rastrillo. En el cañón, la abrazadera anterior, el tornillo y el compensador con mira, la recámara de aceite, el amortiguador de choque, el cojinete, el expulsor, la aldaba, el muelle, la llave de cierre, el muelle de retroceso. Y la voz de Frank remarcaba: es un arma para disparar desde el hombro, se enfría por aire y se alimenta con magazines del tipo de peine o caja y del tipo tambor.

En agosto se recibe en Santiago y se distribuye profusamente el *Manifiesto no. 1* del Movimiento 26 de Julio, redactado por Fidel en México. En este marco se produce nuevo encuentro con Miret y Léster en Dos Bocas y Frank ratifica su disposición para el trabajo coordinado. Por esos días y por conducto de Jorge Ibarra le solicita a José Antonio el préstamo de cuatro M-1 para las acciones que serían a nombre de ARN y del Directorio. En septiembre Ibarra

traslada el flamante armamento a Santiago de Cuba en travesía no exenta de riesgosas peripecias. Embullados al disponer de armas manuales deciden asaltar un polvorín que el ejército tiene en la playa La Socapa, al otro lado de la bahía. Con antelación y en plan de bañistas curiosos, observaron el lugar. Decididos a actuar, en uno de los primeros días de noviembre subieron al pequeño yate *Selena*, propiedad del padre de Jorge; Tey, Rivero, Frank y el mismo Ibarra, que llevaba el timón, confiaban en que podrían sorprender a los custodios y acopiar un alijo considerable. El yate inició orondo la travesía que remedaba las andanzas de viejos corsarios en aquellas aguas. Bajo el cielo estrellado y súbitamente, el motor paró. Cundió la alarma y todos se aplicaron a resolver la avería. Los intentos reiterados consumieron un tiempo que los llevó al desaliento. Estaban al garette, a expensas de las olas que podrían arrastrarlos mar afuera. En medio del fiasco y la incertidumbre, la voz de Pepito, proclive a las bromas, cantando a todo pecho.

Un pesquero que entraba a puerto acudió a sus señales de auxilio y los remolcó hasta el muelle donde simularon la frustración de una aventura de pescadores y lograron librarse del registro.

El coronel Del Río Chaviano, jefe del Regimiento, en muestra de su pomposa personalidad, comenzó a hacer ejercicios ecuestres por el reparto Sueño, inmediato a su casa. Se le veía por las tardes acompañado de una bien pertrechada escolta en paseos que los vecinos observaban sobrecogidos. La nueva no tardó en llegar a oídos de Frank y los suyos que de inmediato concibieron ajusticiar al asesino del Moncada en una de sus tardes de esparcimiento. Montaron la vigilancia por varios días pero debieron desistir porque el coronel suspendió sus salidas.

El 15 de septiembre da un salto a Guantánamo para atender una llamada de Sotico que le informa de los contactos establecidos con gentes de la Base Naval para adquirir armas siempre que dispongan de dinero. Visita a Elia pero no la encuentra en casa y le deja una nota. De regreso a Santiago, interviene una noche en el plan de ajusticiamiento de Eulalio González, *el Tigre*, personaje que se jactaba de haber sacado ojos y destrozado cuerpos de los atacantes del Moncada. Entre sus fechorías se señalaba el asesinato de Abel Santamaría cuyos ojos mostrara a su hermana Haydée, una de las

heroínas de la gloriosa gesta, para conminarla a decir lo que el joven, segundo jefe de los atacantes, callara. La actitud del combatiente y la digna y elocuente respuesta de la muchacha volaban de boca en boca como símbolos de la Generación del Centenario martiano. “Si usted le sacó los ojos y él no habló, no espere que yo lo traicione”.

Tey, César Perdomo, Léster y Nano Díaz, aguardan en un auto, emboscados en la esquina inmediata a la casa del sujeto. El chequeo continuado permitió detectar que después de la hora de comida, el Tigre pasea por la acera degustando una aromosa breva. No se aleja de los límites de la vivienda, pero está bien a la vista de la calle. César tiene el timón y los otros están listos con los M-1. El grupo aguarda por Frank, que orientó no operar hasta que él llegara. Cuando llega preparan las armas. Frank da la orden con las armas listas. El auto se pone en movimiento lentamente, acercándose al objetivo y cuando parece inminente la ejecución, una niña de tres o cuatro años sale de la casa y corre hacia el hombre que la toma en brazos. Frank grita firme: ¡No tiren! ¡no tiren! El carro acelera presto para alejarse mientras Eulalio, percatado de lo que le esperaba, retrocede hacia la casa usando a la niña como escudo.

Días después está en La Habana. Ha ido a hablar con José Antonio y con Fructuoso que se muestran inquietos ante la inoperancia de las acciones prometidas con los M-1. Reside en casa de César y mientras aguarda por la entrevista, visita la Unión Bautista de Estudiantes Universitarios y la Asociación de Estudiantes Evangélicos. Va al cine y ve películas norteamericanas, italianas, francesas y brasileñas como *Al Este del Paraíso*, *Rebelde sin causa*, *Señorita Julia* y *Cangaceiro*, que lo impresionan vivamente. Asisten una noche al bar Pan American donde hablan de asuntos que interesan a ambos, sobre todo la vida religiosa, a tenor del momento de incomprendiones por el que pasa Frank. Le confía a César que si la Iglesia se opone a las actividades insurreccionales la abandonaría pues nada lo hará apartarse de la lucha revolucionaria. José Antonio le insiste en la unión de las organizaciones y Frank después de solicitar y obtener la permanencia de las armas y parque para operarlas en entrenamiento, reitera su disposición plena al trabajo coordinado, como hace con el M-26-7. Regresa por tren a la capital oriental con maletas pesadas, una de las cuales le ha prestado César. Los maleteros en

la terminal se quejan de “estos estudiantes que siempre andan con una biblioteca a cuestas y apenas dan propina”. No sospechaban de las “ediciones” bélicas que Frank trasladaba. César se alarma por la presencia de numerosos agentes en el andén. Propone que no viaje con el alijo, pero Frank se niega. No puede permitir que César vuelva solo con tan peligrosa carga. Se despiden y el viajero se acomoda en un vagón de primera. Estudia el ambiente y toma una rápida decisión. Acomoda su fatigante equipaje y se sienta junto a Luis Casero, ex alcalde de Santiago y ex ministro de Obras Públicas en el derrocado gobierno de Prío. En la entrada aparecen el conductor y dos soldados y el primero alza la voz para advertir que los pasajeros deben abrir sus maletas pues hay orden de registro. Casero no se inmuta y Frank lo observa de reojo. Luego se le encima y le habla en voz baja: “Señor Casero, esas maletas llevan armas para combatir a Batista. Yo soy Frank País. Usted es una personalidad y no lo van a registrar. Diga que esas maletas son suyas”. Casero lo mira estupefacto y frunce el seño sorprendido. Nada dice, pero Frank advierte en su expresión el signo negativo. Entonces agrega: “Si no lo hace me veré precisado a ejecutarlo con esta pistola que llevo bajo la guayabera”. Aunque permanece silencioso, Frank observa el cambio de expresión. Cuando un soldado se acerca reconoce al personaje y lo saluda respetuosamente llevando una mano a la visera. Casero le dice amable que todas esas maletas son suyas y el soldado se abstiene de tocarlas. Frank muestra abierto el maletín de mano que enuncia como único equipaje, le da las gracias al ex alcalde que se acoge a un mutismo de preocupación. Al llegar a Santiago, Casero se despide y le dice: “¡suerte, muchacho!” Pepito Tey, con uno de sus compañeros, lo ayuda con la pesada carga.

CAPÍTULO XIV

América Domitro

En su casa de El Caney, América departe con su vecina y amiga Graciela Aguiar. Toques discretos en la puerta y al abrir, encuentra un mensajero con un ramo de flores y una nota. A la inquisitiva mirada de la amiga le dice que es de Frank el envío. América, algo mohina y aparentando dudas. Graciela dice convencida: la única en el grupo que no se ha dado cuenta eres tú. Acaba de invitarlo a tu casa. América sonríe y conociendo los hilos de atracción existentes entre la otra y su hermano, alega: está bien pero que Tarás no se entere por ahora. El romance avanzaba hacia su inevitable consumación y por muchos días se había mantenido en expectativas porque la imagen de Nena asediaba vigilante la disposición del pretendiente. Solo después de recibir la carta en que la muchacha daba por terminadas las relaciones, osó dar el paso de aceptación. Sin embargo, Frank no aceptaría la ruptura sino que mantendría lazos afectivos algo difuminados porque encontraría en Elia una amiga de confianzas.

Los propósitos de fortalecer sus huestes lo llevan a numerosas gestiones entre las que prioriza la posibilidad de contar con los combatientes adscriptos a Acción Libertadora. Sus conversaciones con Casto insisten al respecto. Frank se muestra complacido con los que trae Otto, pero han venido sin armamento. Le pide a Casto que viaje a Cueto y Mayarí con fines de dejar constituidos eslabones de ARN. Casto es detenido en El Cristo por el capitán León y, sujeto a investigaciones. Le ocupan la moto en que viaja y una pistola que portaba. Al dar cuenta al Moncada el capitán se asombra por la personalidad del detenido. Chaviano le ordena retenerlo en secreto hasta que mande por él, pues se trata de un revoltoso amnistiado

que ya preparó un atentado a Batista. Lo introducen en una caseta de madera desvencijada donde un gran boquete en la pared del fondo invita a la evasión. Un custodio viejo le advierte por lo bajo que no se acerque al hueco porque lo esperaría la ley de fuga. Frank se preocupa al no tener noticias de su enviado y se comunica con Stable. Este le informa que Casto no lo contactó. Él no lo ha visto, pero existe el rumor sobre un individuo que viajaba en moto y fue detenido y remitido al cuartel. Frank se moviliza rápidamente y Grillo indaga en los tribunales que en razón de la denuncia demandan su presentación.

Se extrae la aguja a la pistola con la colaboración del custodio y Casto declara que la había comprado a un soldado que recogiera en el camino. Trasladado a Santiago, fue puesto en libertad. Frank se reúne con él y le pide que reduzca a cien y desestime el de doscientos que le pidiera inicialmente. Casto alega que los dirigentes de la organización se niegan a dar armas y explosivos. Frank propone una reunión con vistas a fusionar Acción Libertadora y ARN confiando en Luis Miguel Frías, de quien tiene buena opinión. Casto le dice que es cierto, pero que en la realidad ha perdido control y quien determina es Raúl del Mazo. Frank insiste y el encuentro se produce en la casa de Tony Alomá. Concurren por Acción Libertadora, Del Mazo, Rosell y Oscar Lucero. Por ARN, Frank, Tey y Nano Díaz. Del Mazo, altanero y suficiente, se niega si no prevalece el nombre de Acción Libertadora y no se le confía el papel rector. Frank expone que se trata de unir ambos grupos al M-26-7 y que no tiene sentido anteponer intereses personales o sectarios. El otro se manifiesta intransigente. No acepta unirse a Fidel a través de ARN y no darán el paso si no se le reconoce a él como jefe. La reunión concluye en la nada, pero a Frank le satisface que al final Oscar Lucero y el doctor Rosell se le acerquen y le digan que cuente con ellos pues no apoyan fórmulas de compromisos.

Con ARN cohesionada en una estructura celular, con total disciplina en los entrenamientos y en las misiones, en las captaciones y en las tareas que cada jefe asumía y trasladaba a sus integrantes, y con la perspectiva de contar con decenas de miembros armados que abandonarían Acción Libertadora, con algunas armas y explosivos a disposición, con una militancia extendida a numerosos

municipios de la provincia y a Camagüey, Frank, se decidió a dar el paso de la fusión con el Movimiento 26 de Julio. Cambió impresiones al respecto con los jefes de células y la única objeción que surgió en algunos, apuntó a las expectativas del Directorio que esperaba tenerlos en su seno. Se hablaría con José Antonio para explicarle. Obtenida la anuencia convocó a reunión en la casa de Tony Alomá en Heredia y San Miguel. Hart y Faustino, de lleno ya en el Movimiento, Melba Hernández, Montané, Níco López, recorrerían el país a nombre de la Dirección Nacional en planes captativos y organizativos. Todos hablaron con el joven dirigente santiaguero y lo persuadieron de la seriedad y firmeza de los planes de Fidel. Miret, de nuevo en Santiago, estuvo presente acompañado de Léster. En representación de los combatientes de ARN asistieron al paso trascendente Pepito Tey, Carlos Iglesias, *Nicaragua*, Orlando Carvajal, José Cala, Carlos y Emiliano Díaz, *Nano*, Ignacio Alomá y Enzo Infante. El M-26-7 completaba su dirección en la provincia que quedaba integrada por Léster como Coordinador, María Antonia Figueroa en Finanzas, Ramón Álvarez en el sector obrero, Baudilio Castellanos en los profesionales, Gloria Cuadras en propaganda y Frank País como jefe de acción con amplia autonomía para proceder en su frente. Las tareas fundamentales que se acometerían incluían la organización y la obtención de recursos. Ingentes y dinámicas gestiones invadirían la provincia por parte de comisiones que en cada lugar visitado dejarían constituido el M-26-7. En los días finales de octubre y primeros de noviembre, Frank, Léster, Tey, Otto Parellada, Gloria Cuadras, Enzo Infante, Fulvio Almenares y Jorge Sotús¹ se desplazan a San Luis, Palma Soriano, Guantánamo, Bayamo, Mafo, Manzanillo, Holguín, Las Tunas, Gibara, Cueto y Mayarí. A su llamado responden Gaspar Reyes y Llorente acompañados de adeptos, Asterio Hernández y Carlos Chaín, Sotico y Julio Camacho, Navarro Coello y Lolo, Olo Pantoja, Manuel Hechavarría y Rafael Sierra, Pedro Díaz y Paco Badías, Pepe Rodríguez y Juan Pérez González, los hermanos Tapia y Washington Rosell, San Genís, Rafael Orejón y René Ramos Latour, *Daniel*. Una labor de tacto

1 Traiciona la Revolución y muere en Miami, cuando preparaba una incursión contra Cuba.

diplomático cumplirían en Santiago, Léster, Otto y Tey para limar discrepancias en el estudiantado, dividido por tendencias de diverso origen político. La unidad se lograría al fin y el M-26-7 llegaría a disponer de un dispositivo cohesionado que a la hora de la agitación respondería fiel a sus dictados. Tras todo esto, Frank marcaba pautas.

El 27 de Noviembre, reconocido como Día de los Estudiantes, implicaría una fuerte confrontación con la fuerza pública. Un cartel urticante para el régimen abría la poderosa manifestación. Los familiares del joven estudiante de Artes Plásticas, Narciso Martínez, habían denunciado su desaparición desde julio. Militante de la facción auténtica, no ocultaba su rechazo al batistato y a sus cachanchanes. En cualquier parte hablaba de las atrocidades, robos y chanchullos de los personeros. Exponía su crítica y denuncia de las orgías de Chaviano, bien conocidas por la ciudadanía, pero que alcanzaban en su palabra la tónica de un San Juan Bautista o un Savonarola. A su denuncia pública había incorporado la versión, muy propalada en Santiago, sobre la muerte de una prostituta llevada a la casa de las bacanales del coronel, que lo sorprendió en sus íntimas debilidades y osó proclamarlo a los cuatro vientos. Se decía que el mismo Chaviano la había matado a golpes. La manifestación salió de la Plaza de Marte portando un sarcófago simbólico y fue interceptada y atacada con saña por los esbirros. Los hechos arrastraron la protesta que no tardó en ganar la ciudad y el país. En La Habana, los universitarios invadían el estadio de El Cerro en pleno juego de pelota, portando una tela de condena a la barbarie y ante las cámaras de la televisión sucedía la salvaje golpiza que conmovería a Cuba.

Con el trasfondo de la rebeldía estudiantil desatada, las huelgas obreras de diferentes sectores, en especial ferroviarios y cañeros que demandaban el pago del diferencial azucarero, el Fin de Año se presentaba difícil para el régimen. En Las Villas y Camagüey las tensiones creaban un clima propicio a las luchas sociales. La FEU, con José Antonio, Fructuoso, Faure Chomón, Carbó Serviá, García Olivera y otros, hacía acto de presencia en apoyo a la contienda obrera.

Avanzado diciembre, Frank acompaña a Pedro Miret a Manzanillo y junto a Manuel Hechavarría y Andrés Luján se dirigen a Pilón para ver a Celia Sánchez. Se habían conocido en la casa de Léster

en Santiago porque fue a interesarse por los moncadistas cuando el joven asaltante regresó a la ciudad. Ahora traían una misión en la que ella aportaría su dominio del terreno y sus amplios contactos en la zona. Dan un recorrido por Marea del Portillo y luego en un yate y hacen un reconocimiento de la costa inmediata a la Sierra Maestra. Concluido el “paseo” bajo fuertes aguaceros, Celia se compromete a conseguir las cartas náuticas del área. Se daban los primeros pasos para localizar el punto de un futuro desembarco.

Por esos días Pepito Tey protagoniza un hecho típico de sus naturales osadías. Bolaños, el autoproclamado dirigente ferroviario viaja a Santiago como portador de dádivas mujalistas y presume que lo recibirán con alborozo en la capital oriental. Una comisión pequeña lo aguarda. Tey, adelantándose, se presenta en el andén con un grupo de compañeros de La Placita. En la escalerilla toma la mano del viajero en saludo aparente y con amplia sonrisa le endilga una sarta de calificativos en que lo tilda de hijo de p..., ladrón, batistiano y traidor a la clase obrera. La ocurrencia provoca revuelo en la terminal y al intervenir varios soldados, Tey y los suyos, apoyados por los trabajadores de la terminal, logran evadirse. El 30 de diciembre José Antonio Echeverría está en Santiago y se entrevista con Frank que le explica la decisión tomada por ARN. El encuentro ocurre en casa de los padres de Renato Guitart por intermedio de Jorge Ibarra. Acuerdan la devolución de los cuatro M-1 que el mismo Jorge se encargaría de trasladar.

Cuando lo hizo en un hotel de Camagüey, Faure notó la ausencia de una pieza e Ibarra a quien entregaron el paquete sellado, no pudo explicarla. Transcurridos los hechos del 30 de Noviembre de 1956 se observó junto al cadáver de Pepito el M-1 que llevara al asalto de la estación de la policía. Ese mismo día Frank ordena la impresión de cinco mil volantes con la consigna: “En 1956 seremos libres o seremos mártires”, enarbolada por el Movimiento y anunciada por Fidel desde México. Enzo Infante, José Angel Mustelier y José Nivaldo Causse, trabajaron intensamente en el mimeógrafo del Colegio de Maestros para tenerlos listos en la noche del 31 de diciembre. Una vez distribuidos entre los jefes de células con la orden de lanzarlos en las festividades, Frank se traslada a Guantánamo para esperar junto a Elia el 1956, e inunda de volantes el parque de la villa del Guaso.

Enero es saludado a bombazos el primero y el seis; el ya sargento Veitía detiene a Frank en la Trocha mientras conversaba con un compañero. La arbitrariedad del apresamiento lo devuelve a la calle al día siguiente. Con Tey, Tony y Luis Felipe Rosell llega a la finca de José Otero, a varios kilómetros de la ciudad. Luis Felipe sería uno de los más eficaces colaboradores de Frank. Es dueño de un jardín con expendio comercial en la calle Carmen entre San Félix y San Bartolomé. Posee un auto y un panel de reparto que serían muy útiles en el trasiego de explosivos, armas y combatientes. Otero es su amigo y camarada de militancia ortodoxa. Es dueño de la finca que explota personalmente y hombre de definidas posiciones políticas. Entra en acuerdo con Frank para utilizar su finca en prácticas de tiro y resguardo de armas. Escoge un área entre dos farallones que le dan la apariencia de un cañón. Los combatientes que concurren a sus prácticas en pequeños grupos los domingos hablarían de la finca con ese nombre.

CAPÍTULO XV

Leyendas del Movimiento 26 de Julio

El Movimiento se expande indetenible por el país como si las fuerzas más sanas y patrióticas hubieran encontrado el punto para cambiar la situación de Cuba. El Moncada inspira y desde México vienen avances de preparativos que fijan como meta el año en curso. Frank, consciente de que Santiago bulle, se propone mostrar la fuerza de la organización. En la reunión de la Dirección Provincial en casa de María Antonia pasan balance al proceso organizativo.

Cada frente rinde informe de los adelantos en toda la provincia. Acaso los estudiantes son los que animan un cierto margen de preocupación en Frank. Ha discutido con Pena sobre el papel y la preparación de las Brigadas Estudiantiles cuya responsabilidad le confiaran. No cree que debieran participar en manifestaciones y actos de calle, actividades que si bien son necesarias como formas de agitación, deben confiarse o dejarse en manos de quienes no integran las brigadas para evitar señalamientos, detenciones y comprometimiento de la labor clandestina. Pena se opone. Juzga fundamental que sean las brigadas las que dirijan y protagonicen tales acciones.

La contradicción recibe el aporte de Josué cuyo criterio pone a pensar a Frank. El hermano menor apoya de cierta manera a Pena porque es un fogueo necesario para los comprometidos y además si ceden ese terreno, entrarán a ocuparlo quienes encabezan otras tendencias que no responden al Movimiento. Frank juzga de peso el razonamiento y acepta lo propuesto por Félix Lugerio.

En la reunión de la casa de María Antonia experimentan cierta satisfacción por lo alcanzado y Frank cree necesario aplicar una forma de hacer patente esa pujanza ante el pueblo. Propone entonces una

operación propagandística que abarque a toda la ciudad y que se ejecute en el menor tiempo posible: pintar leyendas del Movimiento en muros, fachadas y paredes, algo que debe hacerse en tiempo récord y que él organiza con el rigor de una acción militar.

Estudiantes universitarios logran una suerte de creyón graso que imprime un trazo de color negro imborrable. Cada jefe de célula recoge los suyos de manos de Arturo Duque de Estrada, el eficiente secretario y archivero de Frank. Los grupos forman enjambres por todo el ámbito citadino y a una hora determinada de la noche invaden las calles. Algunos escriben “26 de Julio”, otros, “M-26-7”, según la zona en que puedan actuar con mayor o menor comodidad. A Tey lo sorprende un sereno en plena faena y lo requiere con un ¿qué haces? Pepito responde: “¿No lo ve? Escribiendo esto”. E imprime de nuevo la leyenda en una pared. En apenas veinte minutos el trazo se inserta en el perfil urbanístico para desconcierto del aparato policial. La orden de Chaviano moviliza urgente a barrenderos, policías y soldados, personal de obras públicas y bomberos que se aplican en baldíos esfuerzos para borrar las leyendas, por lo menos de los lugares céntricos. Deben renunciar a tan inútil faena. Los letreros, resisten el agua y los diluyentes, habían llegado para quedarse y perdurarían más allá del Primero de Enero de 1959.

¿Cómo se percibe ya la personalidad de Frank en Santiago de Cuba? Numerosos jóvenes profesionales, estudiantes, obreros, han alcanzado notoriedad política por su participación pública en demostraciones contra el régimen. Sus nombres aparecen frecuentemente en la prensa, sobre todo por razón de detenciones y represiones de que son objeto. Marcan una actuación protagónica que los significa a los ojos de la ciudadanía. Frank no desdeña esos casos en tanto representan una cierta sistematicidad de la agitación, pero considera que la lucha debe ser estructurada y organizada sobre objetivos precisos. Todo acto debe responder a una gradual planificación y quienes estén comprometidos en el proyecto de la lucha en grande, deben acogerse a la disciplina de una rigurosa clandestinidad. Las veces que ha sido detenido lo asocian a ese clandestinaje y en acciones de indudable calado. De hecho rehuye todo protagonismo, pero los casos en que se involucra han dado a la opinión pública la medida de que su accionar es cosa seria. Se comenta por lo bajo los rasgos

de valor, decisión y audacia que se aprecian en él. Las pinturas en la ciudad levantan la admiración general y cuando lo ven pasar en el Dodge rojo que le entregara el Movimiento para sus desplazamientos, quienes lo conocen se miran y asienten como si dijeran ¡esto marcha! Por otra parte, el poder de convocatoria de la organización ha alcanzado límites inesperados y las otras agrupaciones ven diezmadas sus filas. Sin embargo, las expectativas públicas se mantienen muy diversas. La gente espera que algo suceda y ven la promesa de Fidel como una opción más. Es bastante fuerte la opinión de que solo las fuerzas armadas son capaces de darle un vuelco a la situación y no se excluye a quienes creen que Prío y Aureliano pudieran dar un conato. La fructífera actividad que despliega y sus resultados acrecientan su personalidad. Léster Rodríguez ostentaba la jefatura del Movimiento en Oriente y comentó años después, en mi presencia, que un compañero le dijo: “pero tú le cediste ese lugar a Frank, te le subordinaste”. Y Léster respondió con plena honestidad: “Cómo no iba a hacerlo si yo comprendí que él estaba por encima de todos nosotros”.

De tal manera, su nombre se dibujaba en la sombra como expresión de un genuino liderazgo en Santiago.

Entre el tráfago que informaban el cotidiano magisterio en El Salvador, el entrenamiento de los combatientes los fines de semana en la finca El Cañón, las tareas organizativas, la búsqueda de armas y explosivos, los requerimientos de la Iglesia y el complejo ambiente del hogar con los silencios reprobatorios de la madre, oculta su íntima contienda sentimental y anímica.

Se duele y asimila paciente la incomprensión que a ratos le golpea y que procede de los más cercanos. También lo asedian sus compromisos amorosos. Se desahoga con su sensibilidad artística. Escribe poemas y misivas dolientes, arranca al piano melodías clásicas, fragmentos de zarzuelas, piezas cubanas antológicas, improvisaciones, composiciones. Vilma Espín recordaría después una que tituló *Melancolía* y que tocaba en momentos de dolientes reflexiones y cuya música lamentablemente nadie recuerda. En el templo el órgano suele ser su compañero y así, un día cualquiera, Léster y Pepito Tey convocados por él al lugar, se acercan silenciosos y se sientan a escuchar. Permanecen unos minutos arrobados,

presos bajo el efecto de acordes y arpeggios del ejecutante. Al final, Frank se les acerca y Pepito, como para quebrar de alguna manera la atmósfera y dar preámbulo a lo que los convoca, le dice jaranero: ¿por qué no tocaste “el muerto se fue de rumba”? Frank sonrío y lo mira reprobatorio.

La correspondencia con Elia es fluida en aquellos días de febrero. Ella intuye ese despego de las distancias. Él, tras recordarle que había ido a verla dos veces el Fin de Año, aborda los trazos en que vuelca una decisión muy pensada. Le escribe:

mi camino es largo, muy largo, porque así lo elegí ahora. He dudado y pensado y sufrido por ello, pero me decidí y lo seguiré. No contaba con esto cuando te conocí, no existía. Prefiero perderte antes que pases por lo que yo sé que vendrá. Algún día quisiera sufrir mucho por una causa noble, aunque la vida se quiebre bajo el manto del desdén humano, porque he de vivir en ese dolor y en esa miseria, con el solo deseo de servir a un ideal superior y descansar en él aunque viva entre la enfermedad y el vicio, aunque mi vida no disfrute nunca de abundancia material ni física, cuando más sufra más felicidad tendré.

Y en otra del mismo mes: “...quisiera que me recordaras como a quien te quiso mucho y tuvo que decirte adiós, este es mi adiós. Algún día te volveré a ver, pero nuestros caminos se separan aquí”.

Marzo y abril enmarcan sus pasos en trajines fundacionales. Quiere fortalecer el Movimiento al norte de la provincia. Viaja por tren a Cueto, Gibara y Mayarí donde deja constituido el M-26-7 sobre los hombros de Pedro Estévez, Luis Pineda, Rafael Orejón, Betancourt, Delgado, Evelio Pérez y otros. Sigue a Nicaro y provisto de una chapa de obrero y un casco penetra en la instalación fabril norteamericana y se instala en la barraca de Orejón para extender hasta allí el aparato clandestino. Asiste a la reunión, entre los fundadores, René Ramos Latour. Pineda, en Gibara, lo acogería camaraderil y entusiasta y le mostraría diseños de uniformes, emblemas y escarapelas para el futuro ejército rebelde, confeccionados por él. Frank acoge la iniciativa y regresa a Santiago con los diseños que luego perfilaría en versión definitiva con Rosy Infante Moya, joven dibujante con quien, por intermedio de Enzo, trabajaría varios días.

El 19 de abril sería una fecha para recordar en las filas del estudiantado. El Tribunal de Urgencia convoca a juicio contra los estudiantes de Artes y Oficios, Sorribes y Feliú, acusados de tenencia de armas y explosivos. La vista se ha suspendido varias veces por la no comparecencia de los acusadores y una ola de indignación se extiende entre todos los planteles secundarios. La nueva fecha atrae en torno a la audiencia una multitud enfebrecida que clama justicia. El ejército custodia la instalación instruido de actuar sin contemplaciones. El capitán Haza, segundo jefe del SIR, está al mando. El anuncio de una nueva suspensión desata la ira de la multitud que avanza sobre el edificio dispuesta a llevar su protesta hasta el límite posible. Los soldados arremeten a empujones y culatazos y una pedrada derriba a un uniformado. La batalla se generaliza y Haza ordena disparar. En la refriega caen heridos de bala los estudiantes Luis Argelio González Pantoja, Faustino Valcárcel, Lorenzo León Drago y Francisco Cruz Bourzac. Otros muchos serían detenidos y golpeados. Abogados defensores, como el doctor Torres Santrayl, acuden e interceden inútilmente ante el capitán para que detenga la matanza que por lo visto intenta perpetrar. La masacre amaina cuando atraído por la algarabía y los tiros, sale de su oficina el comandante Morales Álvarez, quien pasando por encima de las instrucciones de Chaviano, regaña a Haza y ordena a la tropa que deje de disparar y golpear. Aún quedarían en esa mañana episodios de ensañamiento y barbarie. Chaviano y Lavastida, molestos por la intromisión de Morales, disponen que los heridos sean trasladados al Moncada. Desatan una cacería que alcanza a los centros hospitalarios en alguno de los cuales, como ocurrió en la Clínica Los Ángeles, los médicos enfrentan a los sicarios que intentan sacar a los jóvenes de las mesas de operaciones. En Emergencias, el hermano de González Pantoja riñe violento y desesperado con el oficial de guardia que retiene insensible la atención médica, mientras el herido se desangra.

Los ecos de los hechos con su carga trágica invaden la ciudad. Frank escucha versiones en el colegio y al final de la media jornada se encuentra con Tey en la Escuela Normal, cercana al Palacio de Justicia. Sabe que las Brigadas Estudiantiles estarían ese día en la concentración. Hasta él llega Jorge Romero, *Romerito*, alumno de Artes y Oficios y brigadista, que le narra en detalle lo ocurrido.

Ambos escuchan atentos y aparentemente calmados. Luego, Frank se pone de pie y le dice: “esto no se va a quedar así”.

Un urgente aviso a los jefes de células los reúne a las dos de la tarde en casa de Nené Álvarez, en Julián del Casal no. 64. Todos quedan convocados para la noche cuando Frank se refiere a la necesidad de frenar los desmanes de Chaviano y Lavastida. Si el coronel se atreve a disparar indiscriminadamente contra estudiantes indefensos, debe recibir la respuesta. Estuvieron presentes Pepito Tey, Nano y Carlitos Díaz, José Cala, Orlando Carvajal, Enzo Infante y Jorge Sotús. Nicaragua estaba en su trabajo en el banco e Ignacio Alomá fuera de la ciudad. Al no encontrar a María Antonia en su casa, instruye a Nilda Ferrer, militante del M-26-7, que contacte al doctor Rosell Monier y le diga que debe estar localizable a partir de las nueve de la noche. Habla con Gloria Cuadras y con su esposo Amaro Iglesias, al que incorpora a lo que se propone esa noche. Ya entrada la tarde vio al coordinador del Movimiento, Léster Rodríguez, y le dijo lo que se proponía.

En la popular playa Los Coquitos se reunieron los comprometidos. Una escaramuza inicial permitió el secuestro de los autos que se usarían, y formados en tres grupos recogieron las armas en las casas de Frank y Nené Álvarez. Realizarían una operación de comandos en la ciudad. No deberían estar en la vía más de quince minutos sin importar el saldo de la gestión. De haber heridos, reportarían a un teléfono y recibirían atención médica. De caer alguien preso, no debía hablar aunque lo torturasen.

Los grupos quedaron formados así: Tey, Sotús, Jorge Bauzá y Carlos Iglesias, Nicaragua; José Cala, Carlitos Díaz, Orlando Carvajal y Nené Álvarez; Frank País, Walfrido Álvarez, Nano Díaz y Enzo Infante. Las armas: pistolas, M-1 y la ametralladora Thompson en las manos de Frank. Las áreas de operación serían, para los primeros, Aguilera hasta la Plaza de Marte; los segundos entrarían por La Trocha en busca del Reparto Vista Alegre; los terceros, por la calle Corona en pos del centro.

Una vez culminada la misión, dejarían el instrumental en San Bartolomé 226 en manos de Josué y abandonarían los autos en lugares apartados. Actuarían como jefes en cada caso, Carlitos Díaz, Tey y Frank.

El tiempo pasaba y el comando de Carlitos no lograba cumplir la misión. Su titubeo ante la oficina de correos extendió la búsqueda. Tomaron la calle Barnada y cerca de Trinidad les explotó un neumático. Nené aconsejaba suspender las acciones y cumplir la orden de Frank, pero la idea de retirarse a pie portando un arma larga no era aceptable. Nené iría hasta su casa por su auto para recoger a los demás y poner las armas a buen recaudo. Carlitos insistía en operar aunque fuera a pie y Carvajal y Cala lo apoyaron. Nené recogió al grupo y mientras los otros quedaban en el Paseo Martí, él se dirigió a su casa para guardar el auto y el fusil. En tanto lo esperaban, sus compañeros entraron a un café a ingerir refrescos. Debatían sobre la posibilidad de actuar de todas maneras cuando ya escuchaban las sirenas de los patrulleros que invadían las zonas de conflicto. En su nervioso intercambio no se percataron de la presencia de un soldado. Sin duda, escuchó algo y entró en sospechas. Se les acercó arma en mano y procedió al registro. Al detectar el parque que Carlitos llevaba pegado a su cuerpo, les ordenó marchar por delante y cuando volvieron las espaldas el aforado disparó a quemarropa sobre el joven. Nené Álvarez extrajo el arma y la descargó repetidamente, pero el agresor huyó precipitado adentrándose entre las viviendas. Carlitos, herido en el vientre, yacía en el suelo inmóvil y desde allí ordenaba a sus compañeros que lo dejaran y se fueran. La guardia montada, recorría áreas a cierta distancia del cuartel. Una pareja, atraída por las detonaciones, acudió y al ver al grupo en que cargaban a uno, abrió fuego. Carvajal, osado, se adelantó disparando su arma sin parapetarse. Fue herido de inmediato, pero logró mantenerse en pie y alejarse hacia la casa de la madre de Nené, vecina del lugar, donde le dieron abrigo y pidió ayuda para Carlitos.

Acompañado del hermano menor de Nené volvió hasta el herido. Cala, por su parte, abrió fuego sobre la pareja y ráfagas sucesivas le tumbaron el arma y lo hirieron en la mano, en el antebrazo y en el costado. Aún así logró huir, describiendo un periplo digno de uno de esos relatos de tensión y peligro en que la solidaridad humana desempeña su papel decisivo y salvador. Tras un largo desplazamiento hasta el reparto La Risueña donde vivía su hermano Arquímedes, corriendo a veces, andando otras, descansando segundos y casi arrastrándose al final ayudado por la gente, alcanzó su destino. El

cercos tendidos no le permitía a Nené ir a su casa en pos del auto para trasladar a los heridos. Llamaron al teléfono que Frank indicara, pero la comunicación cayó por dos ocasiones. Decidió ir por un carro deslizándose hacia el Paseo Martí y después de muchas peripecias, lo acogieron en un garaje donde lo ocultaron. Le pasaron aviso al padre de Carlitos, pero no se pudo evitar que jeeps del ejército llegaran a los heridos y los condujeran a Emergencias primero y al Hospital Civil después. De allí fueron sacados en medio de improperios y amenazas por el asesino García Olayón, enviado por Chaviano a hacerse cargo de las diligencias.

Los condujeron al hospital militar donde fueron interrogados por medio de torturas. Después de la siniestra faena, García Olayón y uno de sus secuaces les dieron el tiro de gracia. Conocedor de que la recogida sería amplia, Frank decidió esperar en su casa aunque dispuesto a no dejarse detener. En la madrugada fueron por él. Subió a la parra, de ahí al techo y pasando a la casa vecina se escondió en el tanque del agua. Los esbirros venían dispuestos a actuar sin contemplaciones. Josué, a medio vestir, se asomó por la ventana y los soldados lo asieron y lo sacaron por allí a la fuerza. Agustín abrió para acudir en su ayuda y también a medio vestir y descalzo, fue apresado junto a Josué. Los condujeron a pie, con las manos sobre la nuca hasta el Moncada. La orden era detener a los País. Frank estaba consciente de que uno de los comandos no había regresado. Casi al amanecer fue a la casa de María Antonia para saber de alguna llamada y le informaron de los inconvenientes con la comunicación telefónica. Pidió que de saberse algo le informaran enseguida. Probablemente a la misma hora el hermano de Cala llegaba a donde los Infante y les comunicaba sobre la situación del combatiente herido seriamente. Enzo no estaba porque había dormido fuera, pero Puchete Infante, el “político” según Frank, lo orientó a que fuera de inmediato a San Bartolomé.

Conocida la nueva, Frank junto con Rosario volvió a casa de María Antonia. Nilda Ferrer iría a buscar a Luis Felipe y después de algunas pesquisas localizaron a Cala por medio del hermano y lo trasladaron a la finca donde el doctor Pedro Suárez Solar, requerido por Frank, le dio asistencia. Estuvo junto al herido hasta el veintiséis con esporádicas salidas hacia la ciudad. Los hermanos

fueron al fin liberados aunque los tuvieron veinticuatro horas sin agua ni alimentos.

El mando militar estaba totalmente despistado. No concebía que una operación de tal envergadura fuera acometida por los “muchachos majaderos” de la ciudad. Debía ser obra de gentes muy duchas, con tiradores expertos, traídos probablemente de La Habana y capaces de hacer blanco desde autos en movimiento. Se dijo que cuando Chaviano informó a la superioridad, su concuño y jefe del ejército, el general Tabernilla, le endilgó una sarta de improprios y lo amenazó con la democión si no esclarecía los hechos en setenta y dos horas, pues Batista hacía rato estaba disgustado con su actuación. Ello incluía las torpezas en su hoja de servicio porque no demostró habilidad para asesinar a Fidel durante los sucesos del Moncada, por las cada vez más frecuentes demostraciones públicas contra el régimen, por los ataques a instalaciones militares, por la abrumadora propaganda revolucionaria y por las orgías desfachatadas que eran *vox populi*. A pesar de que golpeaba, apresaba y asesinaba, la ciudad era cada vez más rebelde. Era intolerable para el régimen que se atentara abiertamente contra miembros de las fuerzas armadas. Ello era signo de que el control se le había ido de las manos al coronel, incapaz de garantizar la seguridad de sus mismas gentes. Envuelto en la crisis, Chaviano movilizó a sus huestes. Hizo declaraciones fuertes y agresivas, amenazó a los órganos de prensa, en especial a cierta radio en la que Gloria Cuadras llamaba a las cosas por su nombre, acuarteló a la policía, violó la autonomía universitaria al tomarla, puso custodia en todos los planteles, dispuso el patrullaje en la ciudad, imponiendo un estado de sitio no declarado, pero actuó cauteloso en el trato con la ciudadanía, acaso temeroso de nuevos atentados y de la anunciada consigna de Fidel para ese 1956. Pasadas las setenta y dos horas, fue citado a La Habana. Tabernilla, en forma descompuesta, le informó que sería sustituido por orden de Batista y Chaviano suplicó por unas horas más para producir el esclarecimiento. De regreso a Santiago, apeló a su fiel Bebo Lavastida para dar una respuesta emergente a las presiones del mando. El gordo, a quien se consideraba culpable de los errores de su jefe, no encontró otra fórmula que el clásico “paquete”. Veitía, siguiendo su orden, detuvo de madrugada en la Placita de Serrano, a Rolando Pérez

Mejina, *Juancho*, un conocido expendedor de periódicos con defecto físico y un hablar tropeloso, producto de fiebres que le dieron en la infancia. Juancho fue sometido a torturas y obligado a firmar un legajo acusatorio preparado por Laureno Ibarra en que se inculpaba a sí mismo y acusaba a Grillo Longoria, Alomá Sabás, Félix Pena, Temístocles Fuentes, Julio Pérez Guitián, Eduardo Yassells, Orlando Benítez y otros, en que refería la presencia de varios pistoleros de La Habana que actuaron y se fueron.

Se hacía constar que Carvajal y Díaz, muertos en acción, formaban parte del grupo. Las virulentas declaraciones de Chaviano fueron respondidas por Frank en documento clandestino en el que rechazó sus falacias y denunció el asesinato de sus dos compañeros.

Ahora, ante este conjunto de infundios, insostenible ante la opinión pública, decidió actuar una vez más. Lavastida y Chaviano presumían que Juancho no estaría mentalmente apto para sostener sus confesiones en un juicio, pero con la idea de hacer valer sus descargos, lo citaron a la fiscalía para que tuviera conocimiento previo, tras lo cual, cualquier cosa podría ocurrir con el testigo y sin que su ausencia desmereciera lo dicho a los efectos del proceso. Se proponían aplicarle la ley de fuga durante la retención. Alertado por Grillo, cuando los custodios lo indujeron a evadirse, el hombre se resistió. En la vista ante el Juez de Instrucción, se presentó Josué enviado por Frank. Aprovechó un instante en que pudo acercarse al declarante y mirándolo fijamente le dijo: “Oye, Juancho, vengo a decirte, en nombre del Movimiento 26 de Julio, que si no retiras esas acusaciones eres hombre muerto”. El otro quedó petrificado. Y así, cuando le demandaron la ratificación, se retractó de cuanto se le atribuía y denunció cómo había sido torturado y amenazado para obligarlo a implicar a todas aquellas personas decentes que él conocía. En apoyo a sus palabras, mostró hombros y espaldas quemadas por el calor de hornos de lámparas que durante horas le aplicaron en el SIR. El “paquete” de Lavastida y Chaviano resultaba tan burdo que el mando ratificó la democión en el Moncada y envió como sustituto al general Martín Díaz Tamayo, portador de la orden de Batista de asesinar a diez revolucionarios por cada soldado muerto durante el asalto al Moncada.

Los sucesos del 19 de abril causaron conmoción en Santiago y provocaron disímiles opiniones; pero, en general, dieron a la ciudadanía una idea precisa de que efectivamente, había fuerzas capaces de enfrentar a la tiranía con las armas. Las opiniones divergentes alcanzaron a las filas revolucionarias dentro de las cuales no pocos consideraron lo hecho, un error. Disparar indiscriminadamente contra los uniformados tenía un matiz vengativo que suponía utilizar los mismos métodos reprobables en los sicarios de la tiranía. Frank debió enfrentar serias críticas por ese proceder y en un momento dado aceptaría el señalamiento y prometería no repetirlo. No obstante, se imponía la valoración de los aspectos positivos. La acción detuvo los desmanes de Chaviano, provocó su democión y la de sus secuaces, produjo un cambio táctico en los métodos del régimen. La introducción de nuevo personal de inteligencia que no conocía a los luchadores santiagueros, posibilitó el proceso organizativo y la preparación del 30 de Noviembre. El saldo de la operación demostró que hubo combate. En los días en que Frank acompañara a Cala en algunas de sus salidas a la ciudad, tuvo que ver con informaciones llegadas a Pepito Tey por medio de Níco López.

Se esperaba alguna actuación de la organización auténtica que no contaba con el Movimiento 26 de Julio, pero se alertaba la disposición de la militancia ante cualquier eventualidad. Frank preparó un comunicado en que orientaba sobre la actitud a asumir por los mandos de acción de la provincia si en las próximas horas se producían hechos insurreccionales. Decidido a mantenerse alejado de Santiago viajó al norte a encontrarse con Pineda, en Gibara y con Oscar Lucero en el Central Miranda.

El día 29 de abril, se presumía que como parte de lo anunciado por los auténticos, se produciría el ataque al Cuartel Goicurúa de Matanzas. Unos cuarenta hombres comandados por Reynold García, se lanzaron a tal empresa. Fueron sometidos y objeto de una masacre perpetrada por el jefe del Regimiento, coronel Pilar García, el llamado asesino con nombre de mujer. El esclarecimiento posterior dio a conocer que los atacantes actuaron por cuenta propia decepcionados de las tibiezas y cobardías de los jefes de su organización.

Léster tenía conocimiento por algunos personeros de la organización auténtica Triple A, de que un barco dominicano estaba

al paio, frente a la costa, por la zona de Mar Verde, con un cargamento de armas que el tirano Trujillo, en sus desavenencias con Batista, le situaba a sus opositores. Ocurría que los destinatarios no se atrevían a ir por ellas y la nave amenazaba con tornar a su punto de salida. Léster se entrevistó con los emisarios y por decisión de Frank intervinieron en el asunto. Se ofrecieron para las operaciones de desembarco y recibo, a cambio de que se les entregara la mitad del alijo. Una noche, en el yate *Selena*, propiedad del padre de Ibarra, efectuaron el traslado y lo depositaron en una casa de la rada Cabañas. Desde allí y en sucesivos viajes de Frank, Otto Parellada, Luis Felipe y Tey, usando el panel de la florería y un jeep, las fueron llevando a distintos puntos; un almacén de madera cerca del Paseo de Martí, casas de Ciudadamar, la finca de la familia de Luis Felipe y la vivienda de Tony Alomá, donde Frank hiciera construir un escondite bajo la cocina.

La parte de los auténticos, que tenían las armas en Ciudadamar, no ocultaban su nerviosismo y sus temores y un tal Sagaró, dirigente de la Triple A, decidió dividir en dos partes las armas y entregó una a David Figueredo, persona de su confianza y miembro de la agrupación. Desconocía que Figueredo, desde poco tiempo atrás había sido reclutado por Nicaragua y el propio Frank, y militaba ya en las filas del Movimiento 26 de Julio, lo que pondría el alijo a disposición de este. Figueredo, a su vez, llevó las armas a una finca en la carretera de El Caney, pero a consecuencia de algunos registros efectuados en el área, el depositante se alarmó y exigió que las sacaran de allí de inmediato. No quedó otro remedio que trasladarlas y distribuirlas entre algunos integrantes de células.

El Chino Figueredo confió en su compañero Manuel Sosa, conocido como “el boxeador”, quien se comprometió a preservarlas, pero apenas las tuvo se sintió potente, comenzó a hacer alarde de sus posibilidades de pelear de verdad a despecho de los muchachos que solo pintaban paredes y repartían papelitos.

Hizo copartícipe de su actitud y de lo que tenía a su amigo Pedro Otaño, fiestero, dado a los tragos y a ciertas negociaciones de buscavidas. Otaño lo convenció de que era mejor sacarle dinero a las armas. Comenzaron a proponerlas y eso no tardó en llegar a oídos que conocían su origen. Frank recibió en su casa la visita de Ricalo Palais,

miembro del M-26-7 y estudiante universitario, que lo alertó de los pasos dados por los presuntos custodios del armamento. Llegaron a efectuar la venta de cinco fusiles automáticos y una ametralladora por la suma de doscientos pesos. Otaño, fingiendo inocencia, alegó que le habían robado esas piezas. Se supo que él y Sosa tuvieron un altercado público por el reparto del dinero. Frank, Tey y Léster discutieron el caso en el momento en que desde México se anunciaba la prisión de Fidel y sus compañeros. Frank observó cómo las malas noticias venían juntas. Josué, al tanto de las deliberaciones sobre las armas, lanzó su opinión tajante: si eso me lo hacen a mí, los mato.

Frank, serenamente, habló del reglamento que debía ser aplicado rigurosamente en casos de traición o robo. Agotaron todas las gestiones persuasivas. Nicaragua, Kike Gil y Figueredo, por instrucciones de Frank, los conminaron a devolver lo hurtado y lo que quedaba en su poder. Muy seguros de que las advertencias no irían más allá de simples amenazas, se negaron. Fingiéndose agentes del SIR, militantes del M-26-7 registraron la casa de Otaño y no encontraron armas. Otro grupo encabezado por Frank, hizo lo mismo en la de Sosa donde recogieron el remanente. Las indagaciones condujeron al comprador.

Simultáneamente, Tey, Parellada y Josué lo visitaron y exigieron la devolución. Ante la demanda y la actitud resuelta de los jóvenes, les fueron entregadas. Carlos Iglesias, Sotús y Pepín Quiala recibieron la orden de castigar a los traidores. Sometidos a un juicio revolucionario fueron ajusticiados. Las consecuencias recayeron en Carlos Iglesias, *Nicaragua*, a quien testigos vinculados a los hechos, identificaron. Iría a prisión en Boniato hasta el 30 de Noviembre. No hubo mucha gestión policial en torno al caso como demostración de las tácticas apaciguadoras de Díaz Tamayo.

El 18 de junio Vilma Espín llegó a Santiago procedente de los Estados Unidos. Venía de un curso de posgrado en la Universidad de Boston y el regreso lo hizo vía México pues se ofreció como mensajera del Movimiento y Fidel aceptó sus buenos oficios. Le entregó correspondencia y recados para compañeras y compañeros en La Habana y Las Villas, que la llevaron a entrevistas con Hart, Melba, Montané, Santiago Riera, Margot Machado y sus hijos. Al día siguiente de su arribo, Frank la visitó. Vilma le entregó carta

de Fidel y comentó la magnífica impresión que tenía el jefe del Movimiento acerca de la labor de Frank. Vilma quedaría desde ese momento reincorporada al Movimiento y le expuso a Frank sus opiniones opuestas a los atentados indiscriminados contra militares. Frank le concedió la razón con la promesa de que no se repetirían. En la carta que Vilma le trajera, Fidel le decía que viajara a México a principios de agosto.

CAPÍTULO XVI

México: encuentro con Fidel

La prisión de Fidel y demás moncadistas en México es sin duda un golpe anonadante. Frank, en previsión de un posible desconcierto y desaliento en las filas, con fecha 8 de julio, imparte orientaciones a los responsables del Movimiento en la provincia en el sentido de mantener la confianza y los planes. Y en reafirmación, organiza y dirige personalmente la limpieza y preparación del armamento y del parque obtenidos. En la finca de Luis Felipe y en la casa de Tony, los militantes se turnarían por células para acometer la agobiante tarea de dejar relucientes y engrasados proyectiles y piezas. El día 24 de julio se anuncia la liberación de Fidel y otros combatientes que son hostigados por autoridades y cierta prensa tarifada para que salgan de México.

El día 28 Frank está en la capital. La Dirección Nacional del M-26-7 ha convocado a una reunión importante. Lo acoge Aldo Santamaría, su homólogo en La Habana, que lo lleva a distintos lugares vinculados con los dispositivos de acción. El encuentro se celebra en Santa María del Mar. Asisten Níco López, Pedro Miret, Haydée y Aldo Santamaría, Armando Hart, Faustino Pérez, Jesús Montané, Melba Hernández, María A. Figueroa, Mario Hidalgo, Pedro Aguilera, René Verdecia, Pepe Suárez y Carlos Franqui. Se hizo una información y análisis de la situación en México, de las gestiones en busca de recursos y se leyeron las listas de quienes viajarían para incorporarse al contingente expedicionario. Frank aparecía entre los viajeros pero con la salvedad de que regresaría al país después de cumplir su cometido en la capital azteca.

El 8 de agosto de 1956 llega a la calle Segunda de Penitenciaría número 27 en Ciudad México. Lo recibe Arsacio Vanegas en la

casa que es el contacto. Espera varias horas hasta que el moncadista camagüeyano Cándido González lo recoge y lo traslada a la confluencia de las rúas Kepler y Copérnico donde tiene lugar la entrevista con Alejandro, el pseudónimo de guerra usado por Fidel. Para Frank es un momento emotivo que no imaginara cuando atraído por el hecho sin par de Julio de 1953 penetró en la fortaleza y observó los cuerpos mutilados ni cuando pensó en el rescate de la prisión de Boniato. En carta a María Antonia Figueroa, Fidel volcó a su vez la impresión que le produjera el insurrecto santiaguero. Comprueba sus cualidades y señala el perfecto entendimiento a que llegaron. Frank comentaría después entre sus más allegados, las palabras de Fidel al conocerlo: “tú eres un revoltoso que no le tienes miedo a la muerte”.

El 18 está de regreso en Cuba. Trae instrucciones y recados que deja en La Habana y torna a Santiago donde la Dirección del Movimiento escucha su informe del viaje y muestra los modelos de uniforme verde olivo y los distintivos aprobados por Fidel. La actividad en los días que siguen es intensa. Fidel ratificó que los planes para ese año se mantengan a pesar de los inconvenientes surgidos y que tenían sobre ellos los ojos de la policía mexicana, sin duda atraída por alicientes batistianos. El ex presidente de México, Lázaro Cárdenas, muy conocido en todo el hemisferio por su gestión nacionalista y patriótica en favor de su país, interpuso su influencia en apoyo de Fidel y los suyos. No obstante, sus actividades debieron ceñirse a una extrema cautela por la vigilancia y las amenazas de expulsión. Frank, alertado y consciente de la situación, sabía que los moncadistas no podrían permanecer por mucho tiempo en el hermano país y en razón y a tenor de las instrucciones del máximo dirigente del M-26-7, aceleró la preparación de los combatientes y los pasos organizativos.

Viajó por esos días a Guantánamo, donde contactó con Zaida Orejón Forment, hermana de Rafael, el militante de Nicaro, que habría de convertirse en una activa luchadora a sus órdenes. Durante los festejos por la semana guantanamera, hizo junto a ella, Julio Camacho, Sotico y Montseni, prácticas de tiro al blanco. Los instruyó en el sentido de estar preparados para lo que vendría en breve e indicó que debían crear botiquines médicos y la captación

de galenos y enfermeras. Resultaría significativa la orientación de construir una especie de refugio para acoger las armas que se obtuvieren en la Base Naval. Los insta, además, a adoptar nombres de guerra. Se presenta a sí mismo como Salvador. A Zaida la moteja *La Rubia* y al preguntarle a Villa, este detiene la vista en un almanaque que anuncia un producto comercial y rápidamente asume el título de la leyenda, el mío, *Canseco*. En agosto llegan noticias de la firma de un acuerdo entre el Directorio y el Movimiento, en un encuentro de Fidel y José Antonio, que dan a conocer en la *Carta de México*. La trae a Cuba René Anillo, compañero de José Antonio Echeverría en las negociaciones. Frank, por sus antiguos nexos con el Directorio y su máximo dirigente, recibe la noticia con agrado, pues indica la unidad de las fuerzas revolucionarias más decididas. Septiembre es un paso más a los fines y propósitos del año y a la vez un llamado al maestro.

En el hogar, Rosario, con los hijos en torno a la mesa de comer, reitera sus exhortaciones a los deberes del trabajo y del estudio. Le place que Josué haya matriculado en la Universidad para seguir la carrera de Ingeniería, mientras expresa sus votos porque los tres vuelvan a una normalidad que ella sabe no será posible por el momento. Le reprocha a Frank el que pase días sin dormir en la casa. Él la escucha silencioso, como asido al consejo de Tey. Los “locos” forman parte ya del entorno familiar y aunque ella los recibe afable y hasta coopera en sus actividades en lo posible, no puede sustraerse al ambiente de peligro que intuye para todos. Pepito Tey es algo especial. Entra, la saluda afectivo y se detiene en el cuadro de la sala que en alegorías reproduce los siete pecados capitales.

Detiene la vista ante el murciélago que encarna la embriaguez y le dice: “doña Rosario, el murciélago me tiene cogido”. Ella lo palmea desarmada mientras le replica: “¡Ay, Pepe! ¡tú siempre con tus cosas!”.

Frank debe volver al Colegio El Salvador para iniciar un nuevo curso escolar. Se reúne con el Reverendo Agustín González, Pastor de la Segunda Iglesia Bautista y director del plantel. La entrevista es de pocas palabras aunque concluyentes. Le dice que disponga de su plaza de maestro. El Reverendo se asombra y reacciona inquieto. ¿Cómo es posible? ¿Qué ha ocurrido? ¿Ha conseguido

mejor ubicación en otro lugar? Sus expectativas se cifran en un por qué tras el que escucha palabras fuera de lo común: “porque Cuba me necesita”. González lo mira fijamente y nada aduce. Las motivaciones para aquella decisión son de naturaleza tan sublime que enmudece y solo acierta a admitir su comprensión con un pendular movimiento de cabeza.

En septiembre recibe la visita de Faustino y Aldo que viajan desde La Habana atraídos por la posibilidad de adquirir armas en la Base Naval. Con ellos va a Guantánamo a hablar con Sotico y Canseco. Los jefes de células, instruidos sobre el manejo del armamento, imparten sus conocimientos a los demás. La finca de Otero es como un polígono a donde gustan de asistir los neófitos por la oportunidad de hacer uno o dos disparos y comprobar la puntería, pero otros lugares como las casas de Otto, Tey, Tony, cumplen ese cometido. Frank tomará como su centro de operaciones la casa de la abuela, que lo es efectivamente de Arturo Duque de Estrada. Pertenecía a la célula de los maestros de la que era jefe Enzo, quien lo captó y lo acercó a Frank. Por sus cualidades de discreción y sentido organizativo para ciertas tareas, Frank se lo pidió a Enzo. La abuela residía en San Fermín entre Trinidad y San Germán, a unos pasos de La Placita. Allí crearían condiciones para todo tipo de enlace y recibo de visitantes, punto de control de tareas, clasificación y archivo de documentos, controles de militancia, etcétera. La estructura interior de esas casas antiguas, construidas con cierto barroquismo ornamental, propician simulaciones y escondrijos que acogerían testimonios de valor histórico, sobre todo papeles de los que Frank cuida celosamente.

Recibe recado de Miret en el sentido de que le tiene en La Habana una ametralladora y debe buscar la manera de recogerla. Decide hacerlo personalmente. Visita a Gloria y a Amaro y este, estimulado por los bullentes aprestos juveniles, se dispone a acompañarlo, pero aprovecha para mostrarle unas cápsulas o bombitas que usaban cuando las luchas contra Machado, en los años treinta. Quemaban buzones del servicio postal con ellas. Frank se interesa vivamente y lo insta a probarlas de inmediato. Amaro le propone irse a un descampado para hacerlo, pero Frank, como tomándole la palabra, estima que es mejor en un buzón. Localizan uno en lugar

muy céntrico, introducen el dispositivo y se alejan hasta cierta distancia. Tras unos minutos se produce el estallido y la consecuente conflagración que conmociona la calle. En unas horas más, ambos están en la capital. Los acompañaba Rafael Portuondo, el hombre maduro que conociera Frank el 10 de marzo en el Moncada. La amistad se fue consolidando desde entonces y lo atrajo a sus esfuerzos conspirativos. Se hospedan en el hotelito La Flor de Albear, con habitaciones para tres por noventa centavos diarios. Es un tugurio, pero se aviene a las posibilidades económicas de los huéspedes. En la memoria de sus acompañantes quedarían anécdotas de Frank cuando toman la calle. Un fuerte aguacero los sorprende y buscan refugio emergente en los portales de un lujoso comercio que expende instrumentos musicales. Cruzan miradas de entendimiento y se disponen a entrar. Portuondo secretea a Frank y luego se dirige a un empleado que les sale al encuentro. Se identifican como forasteros de provincia que andan en plan de compra. El anfitrión hace gesto cortés y los invita a mirar cuanto deseen. Frank se acerca a un acordeón y pregunta si puede usarlo. Al asentimiento, lo pulsa e invade el ámbito con una melodía que atrae atención y miradas de cuantos pueblan el lugar. Luego se acerca a un piano, se sienta y ejecuta *Malagueña*, de Lecuona. El personal de la tienda y los guarecidos en el portal resultan cautivados por la interpretación. Al final truena el aplauso. Portuondo pregunta el precio del acordeón y el empleado responde que trescientos pesos. Portuondo abre los ojos asombrado y replica: yo le pedí el precio de uno y no de una docena. Bajo la mirada hosca del vendedor salen rientes y se alejan. En la popular manzana de Gómez, Frank manosea ropa interior y una guayabera. Pide al expendedor un ajuste de precio de todo a los dieciseis pesos que tiene. El hombre sonrío y responde: no, no puedo porque así pierdo. Frank alega: “no, usted no pierde. Usted deja de ganar”. El otro asume expresión condescendiente y acepta lo propuesto.

Esa noche los tres comen con Miret y Níco López en una fonda de chinos. Frank explica con detalles la aplicación del reglamento. Miret al final les dice que la “mercancía” no podrán llevarla pero que alguno debe quedar en La Habana y actuar de enlace para el envío por vía ferroviaria. La llevará un conductor llamado Blas Castillo. Frank se vuelve a Portuondo y le dice: “Rafael, te quedas tú”. Cuando

varios días después se produce la recepción en la terminal de Santiago, Amaro recoge la ametralladora en medio de fuerte custodia militar del tren. Al salir, Frank está en la entrada empuñando una pistola que oculta en el bolsillo. Amaro, preocupado por cuanto los soldados pudieran reconocerlo, lo recrimina. Frank le responde: “no iba a dejarte solo en esta gestión”.

A mediados de septiembre Manuel Hechavarría arriba procedente de México, portador de cartas de Fidel para Miguel Quevedo, el director de la revista *Bohemia* y para Frank. Rompe octubre y la Dirección Nacional del Movimiento se dispone a chequear la marcha de los preparativos con vistas a lo que viene. En el auto rojo se traslada a La Habana junto a Léster Rodríguez y viajan, además, Félix Pena, Leonides Velázquez, *el Indio Jerónimo*, Luis Felipe Rosell que va al timón y el armero Bilo Sánchez. Frank quiere adiestrar al personal en la preparación de granadas, según informes que tiene de esa actividad, en el poblado de Regla.

La Dirección Nacional se reúne en la playa de Santa María del Mar, en la casa de la familia Valdés-Marín. Se chequea la marcha de los preparativos para recibir la expedición y Frank es sometido a fuerte crítica, sobre todo de parte de Carlos Franqui, por haber negociado armas procedentes del tirano Trujillo. Frank explica los términos en que llegó a un entendimiento con los auténticos sin establecer compromisos que afectarían los principios de lucha del M-26-7. Las armas no tienen bandera de por sí. Dependen de quién y para qué se usen. La dueña de la casa, la escultora y poetisa Thelvia Marín, recordaría después cómo en un descanso de la reunión Frank se sentó al piano y tocó varias piezas, oportunidad en que se acercó a escucharlo Haydée Santamaría, para iniciar una amistad y un compañerismo que se harían entrañables.

CAPÍTULO XVII

Segundo viaje a México

De regreso en Santiago, prepara un segundo viaje a México que considera necesario. A pesar de los esfuerzos hechos, de la preparación de las huestes, de los recursos bélicos acopiados, no cree que existan las condiciones mínimas apropiadas para apoyar el desembarco. La base para esto es Santiago, pero le inquieta el resto de Oriente y muy especialmente las otras regiones. Cuenta con Manzanillo y Guantánamo y con la organización del Movimiento en el norte oriental, mas, los recursos no alcanzan para poner en pie de guerra otros territorios en el país y aun en aquellos más adelantados, la preparación es a su juicio irrelevante. Lo expuso así a Fidel: “no creo en la organización existente en Cuba, en el trabajo obrero realizado para la huelga general, ni en la eficacia de los cuadros de acción, pues están indefensos, impreparados y sin acoplar”. Concluye que debe disuadir a Fidel en el sentido de que posponga la anunciada expedición para los albores del año entrante.

Mientras, continúa sus gestiones organizativas y de control. En la casa de la abuela recibe a Maceira, un propietario de finca en la zona de El Cristo, perteneciente a la burguesía rural. Ofrece sus servicios y sus tierras y habla de sus excelentes relaciones con la guardia rural, algo que le daría buena cobertura para actividades clandestinas. Había solicitado la entrevista porque tenía algunas preocupaciones y deseaba trasladarlas a Frank. Cuando este le demanda que hablara claro el hombre se muestra dudoso, pero al fin, bajo la presión de su interlocutor que le exige diafanidad, Maceira alega cauteloso que el problema es Arsenio Stable. Él y otros allá no creen que tenga personalidad para ser jefe de Acción en El Cristo.

Además —observa— Stable es un negrito y eso no cae bien. Frank lo mira contenido un instante y en ese ánimo le replica: “Stable es un magnífico compañero que ha prestado y presta meritorios servicios. Goza de la confianza del Movimiento y de mi confianza y por eso fue seleccionado por la Dirección”. Maceira se revuelve inquieto e intenta argumentar de nuevo. Frank se pone de pie y le habla tajante: “tu entrevista terminó, Maceira”.

Viaja a México el 23 de octubre y lo reciben en la casa de Orquídea Pino, en Pedregal de San Ángel. Es la casa de una cubana residente allá que presta servicios a la causa. Localizado Fidel, la reunión se efectúa en Cuernavaca. Frank explica sus razones y escucha a la vez los poderosos argumentos que inclinan la balanza del lado de los expedicionarios. No podrán mantenerse en el país por más tiempo pues ha habido una traición y tanto la policía mexicana como los agentes de Batista los siguen de cerca. La consecución de un barco para la travesía devino una odisea en que se perdieron cuantiosos recursos. Han conseguido un pequeño yate de nombre *Granma* y ha sido necesario trasladar a los integrantes del contingente a la localidad de Abasolo donde se entrenan los recién llegados de Cuba. Fidel le hace ver la importancia del efecto psicológico en nuestro pueblo con el cumplimiento de la promesa hecha. Existía la idea de que Pepito Tey, por el trabajo que realizara en Santiago, tuviera el honor de ir a México para integrar el contingente expedicionario, pero se decidió, por la falta de tiempo para su preparación, que permaneciera en Cuba junto a Frank en las acciones de apoyo.

Frank acató disciplinado la decisión de Fidel y este lo designó jefe nacional de Acción. Se precisó la posible fecha de salida, el lugar del desembarco y la forma de aviso, así como la clave del mensaje. Frank no regresaría directamente de México a Cuba, sino que viajó a Miami, tal vez como medida de seguridad. Varias tarjetas postales recibirían América y Tarás como constancias de la travesía. Durante su estancia en México ocurrieron en Cuba sucesos que provocaron conmoción nacional. Un atentado ejecutado por miembros del Directorio Revolucionario a varios oficiales en un cabaret, ajustició al jefe del Servicio de Inteligencia, coronel Blanco Rico y causó heridas a otros. Como revancha feroz de los cuerpos represivos, el jefe de la

Policía, coronel Salas Cañizares, allanó la Embajada de Haití donde estaban asilados varios opositores al régimen. Al repeler estos la agresión, resultó gravemente herido Salas Cañizares y falleció horas después. En respuesta, su hermano José María atacó la Embajada y produjo la masacre de diez asilados en la sede diplomática.

Frank regresó por Camagüey donde visitó al doctor Raúl García Peláez, responsable del Movimiento en esa ciudad y a quien dejó instrucciones. Hizo otro tanto en Las Villas en intercambio con Margot Machado, Santiago Riera, Carlos Martínez, Efraín Alfonso, *Cheché*, y con Quintín Pino Machado, a cargo de las Brigadas Juveniles en la provincia central. En La Habana se encuentra con Haydée, Aldo, Mario Hidalgo y Hart, y tras informarles de sus nuevas responsabilidades, decide dividir el país en tres zonas a los efectos del frente de Acción. De Pinar del Río hasta Matanzas tendrían de jefe a Aldo Santamaría, la parte central a cargo de Cheché Alfonso y él en Oriente. Se esclarece que las posibilidades de combatir estarán en Oriente, que cuenta con armamento y personal entrenado. Las otras tendrán misiones de “refrescamiento”, es decir, procederán a sabotear las comunicaciones, acopiar recursos y acoger a compañeros heridos o “quemados”, y a perseguidos. Tras un breve periplo en Matanzas en compañía de Aldo, vuelve a Santiago.

El Lido Club era una especie de cabaret situado en la confluencia de las calles Núñez de Balboa y Pedro Alvarado. Es un reparto de reciente creación aledaño al elegante Vista Alegre en que a los diseñadores del ornato público se les ocurrió poner a las calles nombres de añejos conquistadores. En los altos vive Emiliano Corrales, uno de los jóvenes que transitaron de Acción Libertadora al M-26-7, muy apegado a Casto y a Otto. Es allí donde Frank se reúne con los jefes de células para informar de su segundo viaje a México y concretar los planes de las acciones de apoyo al desembarco. El gran momento que tanto anuncian todas las organizaciones llegaba para el Movimiento y aunque no se daba fecha todavía, la urgencia de los preparativos indicaba que no estaba lejos. Sin duda se trataba de tomar la ciudad para lo que se concebía el asalto a las estaciones de la Policía Nacional y la Marítima, el ataque y bloqueo del Moncada y del Distrito Naval si intentaban intervenir. Allí existían ciertos nexos indicadores de

que ese cuerpo armado tenía gentes inconformes con Batista. Los jefes de grupo recibieron instrucciones de estudiar minuciosamente cada objetivo y proponer su plan, que se discutiría con la Dirección.

El Moncada sería atacado con un mortero emplazado convenientemente para sembrar el pánico entre la tropa. Las Brigadas harían barricadas en las calles aledañas y de acceso valiéndose de autos, guaguas y camiones, y de conseguirse, usarían pipas de combustible que serían incendiadas e introducidas en la fortaleza. El propósito era retener la guarnición el mayor tiempo posible para facilitar el desembarco.

Combatientes con ametralladoras se situarían en lugares cercanos para abrir fuego si alguna tropa intentara salir. Pepito Tey dio lectura a un documento que refería la sublevación de Hamburgo liderada por Ernest Thaelman donde los insurrectos quedaron aislados, solos. Alguien comentó: ¿y si a nosotros nos embarcan? Léster saltó algo airado para replicar: ¡Fidel no embarca a nadie!

Frank le comunicó a Vilma Espín que debía preparar botiquines médicos para situar en lugares cercanos a las acciones. Debería conseguir médicos y enfermeras que adiestraran a compañeras en primeros auxilios, tarea a la que se aplicaron además, Asela de los Santos y Nilda Ferrer.

El Carrusel era una tienda dedicada al expendio de productos suntuarios, aún en preparación, emplazada en la calle Santo Tomás entre Enramadas y Aguilera, al lado del Ayuntamiento. Era propiedad de la familia Rosseau-Bueno y la administraba Puchete Infante, *el Político*. Este había reclutado a Zuzet, la esposa de Rousseau, y la puso en contacto con Frank. El primer servicio que prestó por vía de Puchete, fue el dar acogida en su residencia a un combatiente perseguido para el cual se buscaba refugio. Frank la visitaría y usaría su casa para reuniones y la escogería después como cuartel general el 30 de Noviembre. La tienda, con Puchete a cargo de la misión, se escogió como punto de distribución de armas para ese día. Frank indicó a Enzo que apoyado en Josué y Agustín, al que debía incorporar a su célula, trasladara para El Carrousel las armas que guardaba en su casa. A Vilma también le confió crear condiciones para recibir a Haydée y a Hart, que vendrían a Santiago como representantes de la Dirección Nacional.

A partir de ese momento todos los jefes debían estar localizables las veinticuatro horas. Duque de Estrada sería el encargado de recibir el cablegrama de México y Léster conseguiría un plano de la ciudad, lo que obtendría con José Alvarado, un funcionario de Obras Públicas. El ingeniero Oliver hizo las mediciones para los disparos de mortero y Frank y Léster escogieron el punto de emplazamiento. En medio de la febril actividad llegó una noticia que contrarió a Frank. Los compañeros de Guantánamo no podrían aportar las armas que esperaban de la Base Naval, pues una epidemia de tifus impuso un riguroso cordón sanitario. No obstante, los planes continuaron su marcha con el armamento de que se disponía.

En la calle Habana no. 404, casa de Pepito Tey, se reunieron Frank, Léster y Pepito. En el último cuarto extendieron sobre la cama el plano de la ciudad y precisaron las posiciones de los puntos a atacar. Frank adelantó una idea que quería discutir con sus compañeros y con la Dirección del Movimiento en la ciudad. Según lo acordado con Fidel en México, el desembarco se produciría tres días después de recibido el cablegrama y aunque Fidel le había hecho énfasis en que el levantamiento de apoyo debía esperar por la llegada de los expedicionarios, él creía mejor y posible hacer coincidir ambos hechos.

Esperaba dividir al ejército y disminuir la presión sobre el contingente y facilitar su arribo con menos contratiempos. Tras sopesar la iniciativa todos estuvieron de acuerdo. Discutieron también sobre las posibilidades de otras localidades y zonas de la provincia. Los únicos que podrían secundar con armamento serían los guantanameros, que disponían algunos. En rápido viaje a Manzanillo, Frank coordinó con Celia y demás compañeros. En medio de las terribles condiciones que afectaron a los expedicionarios en su desembarco, la organización en el ámbito manzanillero, permitiría la supervivencia de un núcleo heroico que daría nacimiento a la guerrilla.

El 14 de noviembre llegaron a Santiago Haydée y Hart. De la casa de Cayita Araújo salieron a una de huéspedes ubicada en la calle San Agustín. Conocía su identidad además de la dueña, Silvina, el doctor Juan Martorell, vecino de la cuadra unido a los moncadistas desde 1953. Para todo el mundo se trataba de Jacinto, profesor de la Universidad, y de María, su esposa.

En la vivienda de Duque de Estrada se celebraron las reuniones con los jefes de grupos cuando cada uno hubo estudiado su objetivo y reflexionado sobre su misión. Tey, Otto Parellada y Casto Amador, comandarían el ataque a la Policía Nacional. Tey, jefe de la acción, dio informe y precisó su plan. Otro tanto harían Jorge Sotús, que debía tomar la Policía Marítima; en sucesión lo hicieron José Cala, Nano Díaz, Enrique Hermus, Ignacio Alomá, Nené Álvarez y Félix Pena, que dirigirían a sus grupos con el cordón y bloqueo del Moncada. Tin Navarrete se situaría en la carretera de Boniato a la espera de quienes se evadirían de la prisión, en una fuga coordinada con el Movimiento y que ejecutarían Nicaragua, Braulio Curuneaux, Raúl Menéndez Tomasevich y Orlando Benítez. Aseguraría la entrada de ellos a la ciudad y se incorporaría después a Hermus en el bloqueo. Enzo tendría a su cargo la custodia del Cuartel General y el asalto a la ferretería Marcé, en la Plaza de Dolores para llevarse las armas y equipos de caza que tenían su centro en ese comercio. En la discusión con Frank ocurrió un momento singular. Enzo exponía lo que había concebido imbuido de la discreción que regía los hechos clandestinos. Pensaba en pinzas que cortaran mallas protectoras, en cortavidrios para desmontar cristales de entrada y de vidrieras. Frank lo miró sorprendido ¿por qué tantas cautelas? Te consigues una mandarría o una barreta, destrozas todo aquello y formas un gran escándalo con gritos de ¡Viva la Revolución! ¡Viva Fidel!

Las acciones del 30 de Noviembre

El 27 por la mañana recibe Duque el telegrama número 9838 procedente de México. El contenido lacónico dice: OBRA PEDIDA AGOTADA. EDITORIAL DIVULGACIÓN. Indica que tres días después se producirá el arribo, es decir, el día 30 y el contingente venía ya rumbo a nuestras costas.

La actividad y las gestiones en aquellas horas de preparación fueron una muestra elocuente de la extraordinaria movilización desatada por Frank y de la respuesta que la ciudadanía santiaguera daba a la demanda de la insurrección, en el silencio aparente de la clandestinidad.

Muchachas entusiastas como Electra Fernández, Teresa y Violeta Valentino, Nayibe e Ibis Atala, Fe Carbonell, Esther de la Torre, Aurelia Medina, Tina Estévez, Nidia Leyva, Silvia Sánchez, Gisela Rodríguez, Alba Griñán y Cira Ferrer, junto a Asela, Nilsa y Vilma, se adiestraron en primeros auxilios bajo la tutela de los doctores Armaignac, Martorell, Araújo, Durán y el enfermero de la Colonia Española López Pego.

Miguel Yero, trabajador del comercio en las confecciones, se encargaría de adquirir la tela verde olivo para los uniformes y su familia y otras, improvisarían talleres que en jornadas de día y noche dejarían listo el atuendo a lucir por primera vez en tierra cubana el 30 de Noviembre. En el aeropuerto, Abelardo Rodríguez Font junto al mecánico Alipio Piñero, se encargaban de fotografiar desde el aire las instalaciones con vistas a su posible toma en previsión de la llegada de refuerzos militares una vez iniciado el levantamiento.

Frank visita a mediodía, eufórico, a Jacinto y a María en la casa de huéspedes para darles la noticia y embriagado de alegría carga en peso al primero. Manda a Enzo a Las Tunas para alertar al norte y a Duque a Manzanillo y Contramaestre a hacer otro tanto. Se entrevista con representantes de Acción Libertadora y Triple A y los invita a tomar parte; recibe a Santiago Riera, de Las Villas y a Pesant de Manzanillo y concilia con ellos sus misiones. Llamados con urgencia, acuden Pedro Díaz de Holguín, Demetrio Montseni de Guantánamo y Carlos Chaín de Palma Soriano. Por vía de María Antonia Figueroa, Rodríguez Font consigue en la Playa de Punta Gorda la casa de acuartelamiento.

Ordena a Josué viajar a Guantánamo para trasladar cascos de granadas que se rellenarían en Santiago. El 28 celebra una segunda reunión en los altos del Lido Club para los últimos toques. Asisten Haydée, Hart, Pepito, Otto, Pena, Léster, Tarás, Tin Navarrete, Nano Díaz, Pepe Cala, Enrique Hermus, Jorge Sotús, Ignacio Alomá, Nené Álvarez y Emiliano Corrales. Faltaron Enzo y Vilma, el primero en Las Tunas y la segunda no percibió bien el aviso, lo que le acarrearía un regaño de Frank.

El 29 se reúne en El Carrousel con la célula de los maestros. Revisa la distribución de las armas y dispone la impresión de diez mil

volantes con un texto aportado por Hart y que serían distribuidos en la ciudad por las Brigadas Juveniles. La tarea la confía Enzo a Causse y a Mustelier. En la casa de Vilma, ultiman disposiciones para la ubicación de los botiquines médicos, escucha una grabación contentiva de un llamado en la voz de Haydé, que el locutor de una emisora se ha comprometido a radiar el treinta.

El 29 a las once de la mañana tiene un rápido intercambio con la Dirección Provincial en la casa de Cayita y María Antonia. Se asume la disposición combativa y se acogen Léster, Gloria Cuadras, Baudilio Castellanos, Hart, Haydé, Ramón Álvarez, y María Antonia. Todos deberán estar listos para el acuartelamiento de esa noche. Josué, que ha actuado de enlace con los reclusos en Boniato, es enviado allí para ciertas precisiones. Frank no las tenía todas consigo en ese plan de fuga. Temía por la seguridad de sus compañeros y en especial por Nicaragua. Días atrás le había preparado una forma de rescate por medio de Alomá, el de los tribunales. Inventaron una citación y lograron que Tey se le acercara al Palacio de Justicia para llevárselo, oportunidad que se repetiría un rato después en el club de Vista Alegre a donde Nica fue a “refrescar” tras persuadir al custodio con el que estableciera amistad.

En ambos casos se negó a la evasión, pues tenía preparada la fuga junto con otros reclusos y la posibilidad de llevarse cierto número de armas. Entendía que había contraído un compromiso al que quería ser fiel con el aval de hacer entre todos un aporte a la causa.

En el curso de la tarde Frank revisaría en el Colegio de Maestros la impresión del volante y ante las dificultades que encontró, le ordenó a Enzo que se llevara el mimeógrafo para la casa de Pepe Cala, aún no ocupada, pues la preparaba con vistas a su próximo matrimonio. Cercanas las diez de la noche vuelve al Carrousel donde la tarea de distribución estaba concluida. Con Tarás y Puchete se dirige a pie hasta la Placita del Carmen. Le echa un brazo sobre los hombros al segundo y le dice: “Político, mañana tumbamos a Batista y después podemos dedicarnos a hacer música y a componer poesías”. Van a donde Luis Felipe a dejarle un arma y cerca de las once se dirige a la vivienda de la familia Aguiar en la calle Princesa no. 666 donde se encuentra con América. A ella y a Graciela les pide que no dejen sola a Rosario. Las relaciones de la madre y su novia eran

ya estrechas. El día que la llevó a su casa para que se conocieran, Rosario lo llamó a un lado algo impactada por la apariencia de la joven a la que entonces consideró una muñeca de salón, a juzgar por la exuberante belleza de América. Frank la tranquilizó al decirle que se trataba de la hermana de Tarás en quien ella apreciaba rasgos de educación y sencillez. De regreso a la casa de Vilma, escuchan la grabación preparada para la radio. Momentos después da la orden de partir hacia Punta Gorda.

En la vivienda de la playa hubo actividad encubierta todo el día. Una parte del grupo de los maestros integrada por Carlos Sarabia, Jorge Manfugás, Hermes Caballero, Roberto Blanco Pujol, Hidecto Castillo y Ernesto Lazo, bajo la guía del armero Bilo Sánchez, han relleno granadas, algo que se iniciara desde días atrás en la finca de Otero. El parque guardado acumula herrumbre y óxido. Todas las células debieron alistar a sus integrantes en la tarea que consistía en introducir los proyectiles en petróleo, aplicarles estropajos de alambre y llevarlas a un pequeño torno improvisado para dejarlas pulidas. Bilo cuida celoso el trabajo porque una bala sucia o mohosa traba un arma. Después de la limpieza se clasificaban, se armaban las cintas de las ametralladoras de grueso calibre con el cuidado de poner cada cinco balas una trazadora y las demás se colocaban en bolsitas de lona. Frank da por terminada la faena y dispone que los jóvenes y Bilo regresen a Santiago a incorporarse a sus misiones respectivas. Un hecho fatal e imprevisto ocurre esa víspera. Paquito Cruz Bourzac, uno de los ametralladores que usaría Pepito en el asalto a la estación de la policía, es detenido. Había dado un último vistazo a su punto de operación desde el que debía, con una ametralladora 30, neutralizar a la dotación por el frente, regresaba a su casa cuando un jeep en el que viajaban compañeros del grupo dirigido por Alfredo Acosta, se le apareó. Le ofrecieron llevarlo y en el periplo fueron detenidos por una patrulla que encontró armas en el vehículo.

Sometidos a fuertes interrogatorios, Israel Góngora confesó y provocó con ello el registro y ocupación de armas y granadas en una casa del reparto Sueño. Esto dio al enemigo información de que algo se preparaba. En consecuencia se produjo un incremento del patrullaje y la vigilancia. Desde el día 27 Frank había dispuesto

que las actividades estudiantiles en la vía pública arreciaran y que la Universidad de Oriente, por su distancia de la ciudad, formara grandes conatos que atrajeran hacia allí a los cuerpos represivos, de manera que la ciudad quedara libre para el movimiento y emplazamiento de armas, botiquines y logística en general, y en suma, para facilitar los preparativos.

Los estudiantes universitarios cumplieron cabalmente hasta el instante de recibir la orden de replegarse. Pepito Tey como presidente de la FEUO dirigió el conato y llevó sus osadías a tal grado que Frank debió llamarlo al orden para que no comprometiera sus responsabilidades en lo que se avecinaba. La prensa daba cuenta de que los moncadistas habían desaparecido de México y el régimen, a tenor de serias preocupaciones, revisaba todo posible nexo insurrecto con el país azteca. Así descubrieron que Frank País, notorio revoltoso de Santiago, había viajado dos veces en los últimos meses, por lo que el coronel Orlando Piedra, jefe del Buró Nacional de Investigaciones, cursó orden de arresto que el coronel Casilla, jefe del SIR en Oriente y el general Díaz Tamayo dispusieron que se cumpliera de inmediato.

A las cinco de la mañana del día 30 los acuartelados en Punta Gorda vistieron sus uniformes verde olivo. Frank, armado ya con su ametralladora, se ocupó de distribuir a todos en los autos. Informa que parten para la casa de Santa Lucía y San Félix donde los esperarían las gentes de Enzo y Luis Clergé para instalar el Cuartel General. A los aldabonazos de contraseña, Puchete les abre. Para los dueños de la casa no resulta extraña su presencia en horas tan tempranas, pues están acostumbrados a sus incursiones a cualquier hora. La familia abandona el lugar en medio de protestas del dueño y los ocupantes se instalan, mientras Puchete, en plan de anfitrión improvisado, encierra a la servidumbre en sus cuartos.

Aproximadamente a la misma hora los complotados de la cárcel de Boniato ejecutan su plan de fuga. Nicaragua, Tomasevich, Benítez, Curuneaux y Orestes Álvarez, *Sabú*, consuman la riesgosa evasión. En la casa de San Bartolomé 226, con los claros del día, Rosario se sienta en una mecedora, meditativa. Agustín y Josué en sucesión se le acercan y la besan. Cada uno le dice que se va con Frank. Ella asiente resignada y les pide que se cuiden. Rezará por

los tres. En la casa de Pepito Tey hay un movimiento inusitado. En el último cuarto se reúnen los jóvenes que a sus órdenes deberán atacar a la policía. A petición de Pepito, sus padres le han dejado la casa. El valeroso capitán de grupo imparte las últimas instrucciones. Observa que faltan dos combatientes. Los mandó a misiones fuera de la ciudad. La idea es que no participen, uno, porque cometió indisciplinas y el otro porque es padre de familia. Alguien aduce que el caso es similar al de Tony Alomá que está casado y espera un hijo. Al sentirse aludido Tony reacciona expectante. Tey lo mira fijamente y alega que Salvador y él acordaron liberarlo de la acción en atención a esa circunstancia. “Tendrán que matarme para que no vaya” —exclama. “He esperado este momento tanto tiempo como ustedes y estoy dispuesto a ir solo, para que lo sepan”. Tey se esfuerza por imponer su autoridad: “eres un soldado a mis órdenes y harás lo que yo te diga”.

Tony transita a un tono suplicante: “¡coño, Pepito, no me hagas eso! ¡tú sabes que no te voy a obedecer!” Tey calla algo confundido. Pasea la vista sobre los rostros de sus compañeros y los percibe proclives a condescender. Con esfuerzo que no oculta preocupaciones, apenas susurra: “está bien: Tony”. Léster y Josué salen a pie de la casa de Khalet Quesada. Van hacia el lugar del emplazamiento del mortero. El primer disparo será la señal para que comiencen todas las acciones. A pocas cuadras del lugar se les acerca un jeep militar con el cabo Dagnesse al mando y los intercepta. Otro tanto ocurre con Orlando Regalado y su compañero Camilo, que accionarían la ametralladora de protección a los morteristas. La microonda que los detiene cambiaría después disparos con el grupo de Otto en la casa de Emiliano Corrales, unos cuarenta jóvenes están preparados para partir. El jefe, Otto Parellada, precisa detalles. Si él cae lo sustituirá Casto Amador y a este Emiliano.

Una avanzada con Otto irá hasta el garaje Wiloro a conseguir transporte. Los que están armados, tomarán vehículos, pues con los dos autos de que disponen no podrían trasladar a muchos. Los sin armas esperarían a que se mandara por ellos. Los que saldrían con Otto y los que después lo hicieran bajo el mando de Casto, tras peripecias y contratiempos en que debieron ocupar una guagua de Cubana de Aviación, se dirigieron a la casa de Tey para formar la

fuerza conjunta. Recogerían a los integrantes del grupo que debió dirigir Paquito Cruz. En su lugar, Willy Martínez lo encabeza. Hay quien es apenas un adolescente sin armas como Martínez Igarza y le ordenan quedarse. Se niega. Se ofrece de apoyo para la ametralladora que manejará Willy y se le acepta.

Antes de partir Tey toma el teléfono y llama a la estación de policía. Advierte que van a atacar. Esta actitud temeraria era acaso una respuesta a los insistentes rumores de que el régimen estaba sobre aviso. Héctor Delfín, hijo de quien fuera capitán ayudante de Álvarez Margolles, se ha encargado de propalar el rumor. Llamó a Léster, a Pepe Cala y a Tey, e hizo esfuerzos por contactar con Frank para que se desistiera del levantamiento. En la conversación telefónica con Tey, este le replicó tajante: “hasta ahora Salvador no ha dado contraorden”. Subidos a los carros que consiguieran, a pie, con los uniformes puestos y las armas listas, tomaron la calle San Pedro en medio de gran alborozo. Las puertas se abrían, los vecinos y transeúntes los vitoreaban, hombres y mujeres de todas las edades se acercaban y les pedían armas para acompañarlos y combatir. En San Francisco doblaron hacia San Félix y minutos después pasaban ante el Cuartel General profiriendo gritos a la Revolución y a Fidel. Desde lo alto recibieron el saludo del mando. Se dividieron en dos grupos para avanzar por Santa Lucía y por Santa Rita hacia Padre Pico y la Loma del Intendente.

En Garzón, a la entrada del Reparto Vista Alegre, Nano Díaz y Reynerio Jiménez Lage, con jeep y armas, encabezan a grupos de jóvenes que ocupan el Instituto de Segunda Enseñanza. Extrañan la ausencia del mortero, pero se aplican a sus misiones. En la casa de Santa Lucía, preparada para sus bodas, Pepe Cala organiza sus huestes.

Debieron repartirse en varias direcciones dado el número e irían reagrupándose para recoger cocteles Molotov y hostigar el Moncada. En la esquina de San Francisco y Corona, Nené Álvarez con un grupo y una ametralladora 30 conminan al cierre de un establecimiento. Un vehículo con militares los enfrenta. Intercambian disparos y en la huida hacia su objetivo que es también el Moncada, el jeep con la ametralladora choca. Los ocupantes se dan a la fuga mientras los militares se acercan y ocupan la pieza. Vilma y Asela

habían quedado en San Jerónimo para coordinar con el locutor de la CMKC, la emisión de la arenga. Después se unirían al Cuartel General. Al lado estaba la Escuela Activa, usada por las Brigadas Juveniles para acuartelarse al mando de Pena, Albelo, Jorge Romero, Ernesto Matos, Fernando Proll, González Pantoja, Mario Chong. Hasta el momento se habían dedicado a hacer cocteles.

Algunos se concentrarían en la panadería Muñiz y otros a cargo de distribuir proclamas, se reunirían en la casa de Gumersinda Riera en la calle San Agustín. La dueña de la casa, como precaución ante un vecino que era soldado del Moncada, simula una sesión espiritista. Se vuelve a uno de los reunidos y se asombra al considerarlo un niño. Le pregunta la edad y él responde que quince. ¿Cómo te llamas? William Soler Ledea. El nombre se inscribiría después en el martilologio cubano cuando sorprendido en una acción, sería salvajemente torturado y masacrado por los esbirros batistianos.

En la calle Tercera esquina a 10 del Reparto Sorribes, Sotús prepara su salida. Informa a sus gentes que tomarán la Policía Marítima y exige la comprobación de las armas. Todos las levantan y pueden contarse una ametralladora Thompson, una escopeta calibre 12, siete fusiles, una pistola y varios revólveres. Llevarán también cocteles Molotov. Se designa como segundo a Vazquecito. Minutos después están emplazados en la Avenida Lorraine, frente a la Aduana, a la espera de la señal que les daría Rafael Armiñán, que penetra en el edificio tras saludar a las postas. La Policía Marítima quedaba justamente detrás de las oficinas fiscales del puerto y su jefe administrativo era el doctor Laureano Ibarra, a la vez abogado del Regimiento Maceo.

En la altura de Quintero, a la entrada de Santiago, Tin Navarrete y Javier Gómez pasan el registro de la posta. Se sitúan con el jeep en un cruce de la carretera de Boniato. Deben recoger a los evadidos de la prisión. La estadía se les hace desesperante. Infieren que de haber escapado ya deberían estar a la vista. Deciden regresar a Santiago de Cuba e incorporarse a su posición en el cerco al Moncada. Se cruzan con un camión de soldados y Tin dispara con la pistola mientras Javier aprieta el acelerador en la escapada.

En el Cuartel General los grupos de Enzo y Clergé se encargan de la custodia. Cubren las guardias mientras en el alto, Frank,

Bilito, Ramón Álvarez, María Antonia y Hart están atentos al teléfono. Haydée, Vilma, Gloria y Asela preparan alimentos en la cocina. Dos cuestiones las inquietan: el mortero, el arma más poderosa de las acciones, no ha sonado; la arenga radial no ha tomado el aire y Carlos Amat, estudiante universitario que labora en la compañía de teléfonos, ha llamado insistente. Él se había comprometido a hacer el enlace para que la grabación se escuchara en todo el país. Ante el previsible desconcierto de los comandos, Frank instruye a María Antonia que ante cualquier llamada ratifique la orden de proseguir con los planes de ataque. Enzo debe salir en pos de las armas de la ferretería. El chofer previsto no ha aparecido por lo que Frank dispone que Tarás lo supla. La célula incorpora a Agustín y parten hacia la Plaza de Dolores. El comando de la Marítima ha recibido avisos de Armiñán. Hay refuerzo en la instalación. Dos jóvenes vestidos de trajes con armas bajo los sacos se dirigen al lugar. Pepín Quiala y Armando Alonso intercambian señales y avanzan. Carlos García y Romérico Navarro están apostados cerca de la Aduana con un saco de Molotov, del lado de La Trocha. En punto opuesto, cerca de la terminal de trenes, Ulises Díaz Chacón y Mario Ramírez aguardan con una carga similar. Dos carros se acercan por la avenida Lorraine y como si fuera la señal convenida, todos avanzan hacia la Aduana. Quiala dispara sobre las postas, un custodio se desploma y el otro huye. Quiala lo persigue y lo abate. El primer carro con Vazquecito entra por un pasillo lateral y el otro da la vuelta. Los de fuera se acercan y lanzan cocteles. Los de los carros descienden y penetran rápidos en la estación. Dominan a tiros toda resistencia. La dotación se rinde después de tener muertos y heridos. Los refuerzos del ejército proceden de todas direcciones. Rodean el área y sitúan tiradores en las partes altas. El comando ha agotado su parque y para hacer frente en la nueva situación, deben ir hasta el carro en busca de proyectiles. Los pasillos laterales están bajo control de los tiradores, no obstante, Rafael Armiñán se dispone a ir por los proyectiles. Entrega su arma y se arrastra. Al cruzar veloz por uno de los pasillos los disparos lo hieren. Repta hasta una pared. Los demás lo observan. Betancourt se apresta a auxiliarlo, le acercan un fusil, pero le queda lejos. Armiñán se acerca al arma y es herido nuevamente.

Su compañero se esfuerza por sacarlo inútilmente. Armiñán grita que se vayan y lo dejen, que aún en su estado es capaz de protegerles la retirada. La idea inicial de repeler al refuerzo se abandona cuando una fragata de la Marina se acerca disparando. Armiñán se incorpora en un intento de evadirse hacia el patio ferroviario y un disparo en el rostro lo derriba. Sus compañeros logran abrirse paso llevando todas las armas ocupadas. El herido, en verdadera odisea, logra llegar a la terminal de trenes. Pide ayuda y obreros del lugar se disponen a dársela cuando llega el teniente Piña con numerosos soldados y lo apresa.

Enzo irrumpe en la Plaza de Dolores con su grupo. Tarás en el carro, él en la esquina de Heredia y Calvario, Agustín y Aguilera en la inmediata a la ferretería. Cause y Carmenate destruyen los cristales de la entrada y penetran. Un ómnibus se detiene a un costado de la plaza y un sargento desciende arma en mano. Agustín abre fuego, el hombre regresa al transporte que se aleja presto. Los que entraron regresan cargando cajas. Al llegar al Cuartel General se comprueba lo infructuoso de la operación, pues lo conseguido eran escopetas de *peerlees*. Pepitio Tey, tras llamar al mando, dispone el ataque. Sus hombres ascienden la escalera de la calle Padre Pico por ambos lados.

Los mandados por Otto y Casto lo hacen por San Carlos y Rabí, después del retraso de uno de los grupos que en la confusión se fue hasta la Trocha. Una lluvia de balas se cierne sobre la instalación policial y la respuesta indica que hay un fuerte refuerzo. Tey dispara y se mueve de un lado a otro accionando el M-1. Tony se adelanta temerario hasta el borde superior de la escalera en la calle Santa Rita. Recibe un balazo en la cabeza que lo derriba instantáneamente. Evidentemente están en posición desventajosa. La policía y el ejército dominan la altura y sin la ametralladora de Paquito Cruz que debió contenerlos por el frente, han podido instalarse con ventaja. Pedrón convulsiona herido y Tey va hacia él para ayudarlo. Las balas silban en torno y arrancan esquirlas del pavimento. Pepito se acoge al muro que bordea el ascenso de la loma tras atravesar Santa Rita, protegido por los disparos de Barcaz y Enrique Deulofeu. Desde allí abre fuego intermitente. En uno de sus giros de asomo cae mortalmente herido en la frente. Pedrón se arrastraría escaleras

abajo para tomar un transporte y alejarse. Los demás, al constatar la caída del jefe, se repliegan.

Otto, Casto, Emiliano, Papín Vargas y Papito Cervera rompen a tiros la entrada de una escuela colindante con la de Artes Plásticas en Padre Pico, al fondo de la estación. Suben al techo y disparan sobre las postas visibles desde arriba. Lanzan cocteles mientras escuchan el fuego que proviene de Tey y los suyos del lado de Santa Rita. Otto se muestra inquieto, preocupado, porque no ha escuchado el mortero. Se empina desde el tejado como si quisiera escuchar en la distancia. Una ráfaga lo derriba y sus compañeros se le acercan impactados. Cervera quiebra todo signo de contención a la vista de la muerte, se levanta en desafío irracional y ofrece su cuerpo al enemigo mientras grita estentóreo un reto. Las balas de la policía lo alcanzan y sus compañeros logran sacarlo de la escena y trasladarlo a un punto médico. Casto asume el mando y concentra las acciones en los cocteles hasta hacer que el edificio arda. La retirada sería después un tránsito de leyenda, digna de escalofrantes páginas de increíble bravura. Willy Martínez y su ametrallador, el casi un niño Martínez Igarza, enfrentarían una circunstancia similar. Se alejan de la escena bajo la cacería policial, avanzando de puerta en puerta y disparando cada vez, hasta que la solidaridad de los hogares santiagueros los acoge.

En la esquina de Trocha y Heredia unos diez jóvenes de las Brigadas Juveniles aguardan. Los dirige Ernesto Matos. Deben ir hasta el Palacio de la Torre, en la Plaza de Marte, por armas que les situarían allí. Los sorprende un carro militar al mando del teniente Despaigne. Se dan a la fuga, pero cinco de ellos son apresados. El teniente quiere llevarlos al Moncada, pero le ordenan que lo haga hacia la Estación de la Policía Nacional donde además debe constituirse al refuerzo. Los conduce hasta allí y los hace caminar por el centro de las calles con las manos en las nuca, expuestos a los tiros. Una vez en el lugar los encierran en los calabozos.

En el interior de la estación hay gran nerviosismo. El teniente coronel Miranda, grita furioso que acaben de llamar a los bomberos. El capitán “Makintoch” trata de tranquilizarlo. Este es un oficial muy conocido por su deportiva precisión como tirador. Nunca se significó como esbirro, pero se le atribuyeron los precisos disparos

que derribaron a los tres atacantes muertos. En medio del ambiente demoníaco, Miranda se preocupa porque le han quemado el ring de boxeo que había instalado en el patio. Un policía se les acerca despavorido y grita: ¡Se queman los muchachos del calabozo! Durán en rienda suelta a sus instintos de asesino replica: ¡déjenlos que se achicharren! El capitán Gutiérrez, en raptó de ira rastrilla la ametralladora en ademán de acercarse a los calabozos: ¡sí, pero antes voy a acabar con ellos! Makintoch se interpone: “No, capitán. Ellos no son atacantes, los cogieron en la calle”. Se produce un rápido forcejeo y la ametralladora se dispara. Un soldado que ocupaba posición defensiva junto a la escalera, cae fulminado. Las llamas y un humo denso invaden los calabozos. Presos comunes gritan desesperados, suplican para que los saquen de allí. Una vez más Durán se presenta en su forma deleznable: “ustedes son una pila de mierda ¡jódanse!”

En los calabozos, Ernesto Matos, Papucho y Mariano Seijó sufren los síntomas de la asfixia. Gritan pegados a las rejas hasta que un pedazo del techo se desprende. Piden inútilmente auxilio y que abran las rejas. Observan el techo y la pared rajados. Forman una escalera humana y suben a Feijó para que arranque un ladrillo. Lo logra y desciende presto. Golpean el candado que está al rojo vivo. Relevándose unos a otros en la faena lo logran. Empujan la reja y salen al patio, lo atraviesan veloces hacia la pared del fondo. Trepan desesperados y se lanzan a un patio colindante. Una mujer de mediana edad los observa. Son Matos y tres compañeros. El otro no quiso seguirlos y decidió irse por el frente donde fue rápidamente apresado. Se produce una breve tensión. La mujer, Paquita, observa a los jóvenes y luego los hace pasar. Los introduce en un cuarto delante del cual y ayudada por su esposo, ahíla muebles que los encubran.

Se dirige al patio al escuchar voces. Es el jefe de bomberos. Se identifica como el capitán Gambino Domínguez. Le dice que la vio esconder a los muchachos en su casa y que se trata de sacarlos de allí porque corren riesgo de nueva detención con fatales consecuencias. Paquita lo mira desconfiada, pero la actitud resuelta y la mirada firme del hombre le inspiran confianza. Le responde: venga conmigo. A partir de ese momento se produce la operación de rescate y evasión

de los cuatro muchachos. Gambino los disfraza de bomberos y los saca de uno en uno ante los rostros de los jefes policíacos. El último está en mal estado por efecto del humo. Lo cargan Gambino y otro bombero, vestido con la capa y el casco. Al pasar ante los policías uno exclama: “¡Miren eso! ¡se jodió un bombero!”.

Nano Díaz y Enrique Hermus ocupan posiciones en el Instituto de Segunda Enseñanza, en la Avenida Garzón. El primero regresa de una incursión por la ciudad. Quiso acercarse al Cuartel General en Santa Lucía, preocupado también por los inexistentes morterazos. Tuvo que combatir contra un camión de soldados con los que se encontrara. Se acercó a la estación y disparó sobre las fuerzas del régimen en apoyo a los atacantes. De regreso al Instituto, encuentra que el ejército, desde cierta distancia, hostiga la posición. Él y Hermus emplazan ametralladoras. Al pedir un municionador se acerca un niño de unos trece años que se ofrece. Hermus no lo acepta.

Le dice firme que se vaya de allí de inmediato, que eso no es juego de vejigos. El chiquillo se niega y riposta que él también tiene derecho a pelear. Hermus y Nano se sorprenden con la respuesta y admirados asienten. Después de soltar varias ráfagas el chiquillo exclama alegre: ¡los aguantamos! Ya no tiran. Hermus lo observa impresionado y no sabe si atribuir su actitud a inocencia o a osadía en quien transita eufórico por la edad heroica. Le pregunta cómo se llama y el chico responde: Ángel René. Ángel René ¿qué?— in-quiere. El muchacho dice: Soublet Figueredo. Hermus aduce: ese nombre no se me va a olvidar. Meses después Ángel René, inmerso en la lucha como fogueado combatiente, caería en una acción riesgosa para la que se brindó entusiasta.

Papín Pérez Silva, combatiente de la estación de policía, llega sofocado al Cuartel General e informa a Frank de la caída de Tey. Se produce un momento de consternación. Hay ruido abajo, auto que llega. Entran al zaguán Vazquecito y los demás. Sotús pide ver a Frank. Clergé le indica la escalera. Ante el jefe rinde informe. Ha cumplido la misión que le asignaran y las armas obtenidas están abajo. Su actitud cambia de pronto a prepotencia autoritaria. Le dice a Frank que el ejército está en las calles y que los pueden matar a todos. Que deben irse de inmediato porque él, Frank, va a

ser responsable de que los aniquilen. Frank trata de aplacarlo con palabras medidas. El otro se muestra irracional, fuera de sí. Alza la voz incontrolable para decir que deben irse y si los demás no quieren él lo hará por su cuenta. Frank da fuerte puñetazo en la mesa y le ordena callar. Sotús lo mira una vez más desafiante, gira talones y se aleja hacia la escalera. Frank cambia impresiones con sus compañeros en torno. No hay indicios del desembarco, ni noticias de la zona prevista. Dispone que se localice a Celia. Llamen por teléfono a Manzanillo en gestión baldía. Ella está en Niquero ilocalizable. Junto a Sierra, Pessant, Lalo Vázquez, Micaela Riera, César Suárez, Guillermo García, Crescencio y Mongo Pérez, ha creado una extensa red receptiva que abarca los posibles puntos de acceso al litoral y a la Sierra Maestra.

Campeños convenientemente apostados vigilan el horizonte. Otros, con camiones, aguardan embozados en la maleza. Desde meses atrás Celia había aportado las cartas náuticas de la zona que Miret había llevado a México. Todo indicaba que el desembarco debía producirse en algún punto de la geografía manzanillera y en consecuencia un dispositivo de alerta abarcaba ambicioso El Platanal, Ojo de Aguas, Purial de Vicana, Pilón, Santamaría, Guaimaral, Alto de la Conveniencia, Sevilla Arriba, El Mamey, Palmarito y otros lugares que avisarían de inmediato al mando del M-26-7 asentado en Niquero.

En Guantánamo los del Movimiento 26 de Julio desatan acciones el día 30. Julio Camacho, con cinco compañeros, asalta y toma el cuartel de la Guardia Rural en el Central Ermita; Níco Torres y Octavio Louis se encargan de la agitación obrera en la ciudad y Villa dirige acciones de sabotaje en que descarrila un tren y vuelan un puente en la vía hacia Santiago. La misión que Frank les confiara incluía impedir que el ejército acudiera en apoyo al Moncada. En Puerto Padre actúan infructuosamente sobre un polvorín del ejército al que producen bajas. En Santa Clara y otros lugares del país los sabotajes alcanzan a las comunicaciones. En la Universidad de La Habana el Directorio Revolucionario debate qué hacer ante la inminencia del arribo de Fidel a tenor de la firmada *Carta de México*. Alguien propone atrincherarse en la Universidad y combatir desde allí. José Antonio Echeverría se opone. Sería una inmolación sin

frutos y ellos carecen de armamento para intentar la sedición en la capital.

Frank, ante la incertidumbre, habla con Hart de aplicar el plan número dos, que consistiría en salir hacia la presunta zona del desembarco a esperar a Fidel. Vazquecito es enviado a un reconocimiento emergente para detectar posibles vías de salida de Santiago. En tiempo prudencial regresa e informa que no existe tal posibilidad pues los accesos están copados por el ejército de la tiranía. A pesar de que el general Díaz Tamayo desde horas tempranas informara al Estado Mayor que el Movimiento 26 de Julio había tomado la ciudad, al avanzar el día lanzó sus fuerzas a la calle en plan de reconquista. El bloqueo del Moncada nunca pudo completarse y eso le permitió un zafarrancho. Dispararon sobre civiles en la calle Enramadas, mataron y atropellaron indiscriminadamente.

En el Cuartel General de Santa Lucía, Frank dispuso la desmovilización. Los congregados allí cambiaron sus uniformes y fueron saliendo poco a poco. Era indispensable salvar las armas usadas y las conseguidas y Vilma se ofreció para hacer una gestión ante vecinos del lugar que conocía. En su ausencia, Frank las introdujo en el maletero del carro y con Tarás al timón y dos jóvenes combatientes que lo acompañaron, abandonó el lugar. Hart y Haydée lo hicieron a pie por la calle San Félix y encontraron a Vilma que regresaba. Le comunicaron la orden de Frank, pero ella, que había obtenido anuencia en su gestión, se empeñó en volver para trasladar el armamento. Usó como pretexto el abandono de su cartera dactilar en el lugar y tornó a la casa. Comprobó entonces que el instrumental no estaba allí y recordó que la servidumbre había quedado encerrada. Se dirigió a las habitaciones donde estaban y les abrió.

Después de visitar a América en la casa de Graciela Aguiar e interesarse por Rosario, Frank llevó su uniforme y algunos documentos a la casa de la familia de César López. De allí siguió al lugar de emplazamiento del mortero y una rápida ojeada le indicó que Léster y Josué no estuvieron allí. Se fue entonces hasta el Instituto donde habría la posibilidad de que Nano se mantuviera en plan de combate. El local estaba vacío. Él y Tarás lo recorrieron. Desde las áreas deportivas del fondo observó al ejército apostado a cierta distancia. Evidentemente no se atrevía a acercarse. Desde

allí le habían disparado con ametralladoras y fusilería y ni siquiera intentaban el reconocimiento. Frank extrajo la ametralladora y abrió fuego que le contestaron de inmediato. Quiso prolongar la impresión de resistencia. Tras él, Tarás, pistola en mano, cuidaba la retaguardia, pero sobre todo buscaba dónde esconder las armas. En el reparto Vista Alegre visitó con esa intención a Felipito Fernández, el dirigente de la Organización Auténtica. El individuo se mostró evasivo y le dijo que en ese momento no quería comprometerse. En el auto comentaba la inconsistencia de ciertas gentes, cuando Tarás le propuso llevarlas para su casa en El Caney. Las ocultaron en la pequeña fábrica de embutidos que el padre de América tenía en el patio. Frank decidió no volver a la ciudad. Se dirigió a la iglesia bautista del lugar donde su amigo el Pastor Eliseo lo acogió.

Una marcada incertidumbre ganó los ánimos de Vilma, Asela, Hart y Haydée. Por un lado no había noticias de Fidel y Frank desaparecía. Indagaron en cuanto lugar podría servir de referencia inútilmente. La alarma fue mayor cuando la prensa informaba que entre los jóvenes santiagueros acusados de los hechos del día anterior, figuraba Frank País, contra quien se libraba orden de captura. El Estado Mayor, a insistencia del general Rodríguez Ávila, reclamaba su detención inmediata pues tenían pruebas de sus actividades en México y sus misiones en Cuba como seguidor de Fidel. América y Graciela, llegadas a la casa de San Jerónimo, contribuyeron a incrementar los temores pues tampoco sabían de su destino. Cuando mayor era la excitación de todos, Frank tocó a la puerta. Su llegada quebró las angustias y levantó los ánimos, pero también él venía preocupado por la suerte de los expedicionarios y su decisión inmediata era contactar con Manzanillo y levantar el espíritu de lucha. Recordó conmovido a Pepito, a Otto, a Tony. Quería analizar lo ocurrido y reagrupar a las gentes, acopiar las armas con la mira puesta en la continuidad de los planes.

CAPÍTULO XVIII

El *Granma* a la vista

El 3 de diciembre se da a conocer la noticia del desembarco de Fidel por Las Coloradas. Era indispensable contactar con Celia. La valerosa compañera acababa de pasar por un trance terrible. En Campechuela, mientras aguardaba en un cafetín, fue sorprendida por el ejército. Buscaban a la hija del doctor Sánchez Silveira, el médico de Pílón, una connotada opositora que se movía incesantemente de un lado para otro y seguramente estaba involucrada en los acontecimientos. Pretextando la compra de una cajetilla de fósforos en la vidriera del café, logró evadir a sus captores. La persiguieron a tiro limpio, resueltos a matarla. Ella, en la fuga, se introdujo en un tupido y extenso marabuzal que sus perseguidores ametrallaron insistentes. Arrastrándose entre los espineros, desgarradas las carnes, herida la cabeza y el rostro por las espinas lacerantes, logró salir a una carretera donde un auto la recogió y la llevó a Manzanillo. En la casa de Micaela Riera fue atendida de las heridas y de la infección. Le extrajeron trece espinas del cráneo. Apenas convalecía cuando recibió el aviso de Frank que la citaba a Santiago. Micaela quiso disuadirla del viaje con la proposición de que fuera Sierra en su lugar pero Celia se mantuvo intransigente. Salvador llamaba con particular énfasis en su asistencia.

La conmoción en el país, sobre todo en Santiago, Guantánamo y Manzanillo, alcanzó niveles de excepción, a lo que contribuyeron las extremas medidas adoptadas por el régimen. El movimiento de tropas, los registros a domicilios y a centros de trabajo, el chequeo y control en las vías, los acuartelamientos, el incremento de la vigilancia pública en instalaciones, emisoras y teleemisoras, en las empresas telefónica y eléctrica y en todos los edificios oficiales,

se unían a la búsqueda de sediciosos y opositores conocidos y sospechosos. Una orden del general Tabernilla devolvió a Santiago al siniestro capitán Lavastida para que colaborara con Casillas en la localización de los tradicionales revoltosos. Una declaración del gobierno demostraba el estado de guerra al poner a la provincia de Oriente bajo la situación de “operaciones” y al resto del territorio nacional bajo “alarma”. En las horas inmediatas a los sucesos del día 30, las nerviosas y constantes comunicaciones entre los mandos hablaban de la observación y vigilancia de la Marina y la fuerza aérea en pos de un yate de sesenta y cinco pies de eslora, con bandera mexicana y una cabina que lo cubre casi todo. Habría salido de Tuxpan, en Veracruz, el 25 de noviembre y se suponía que sus ocupantes trataran de desembarcar por Oriente. En Santiago todas las fuerzas estaban en tensión. El día primero los tiroteos se sucedieron en varios puntos de la ciudad generando un estado de pánico. El mando superior pidió urgentes explicaciones al Moncada. Si decían tener la situación bajo control cuál era la razón de los tiroteos. Díaz Tamayo, consciente de que los soldados estaban muy asustados y abrían fuego por cualquier motivo baladí, ordenó informar a la superioridad que quedaban francotiradores apostados que atacaban las patrullas. Bajo este clima de tensiones, Frank decidió reorganizar el Movimiento en plan de emergencia. Se reunió con la Dirección Provincial en la que faltaba Léster de quien ya se conocía la detención.

Provocó un encuentro con los que no se hubieren “quemado” el día 30 y los conminó a continuar la lucha que indudablemente sería larga. Se reunió con Celia en la casa de María Antonia y se interesó por su salud, dado el lamentable y visible mal estado que ofrecía. Acordaron la adopción de un nombre de guerra para las comunicaciones y ella propuso Norma.

Hart observa la abrumadora desinformación que el régimen impone a través de los medios de prensa que tienen de fuente los partes emitidos por el Estado Mayor. Frank, atento a su sugerencia, dispone la edición de un boletín clandestino que aborde la verdad y rebata los infundios del régimen. Así ve la luz *Últimas Noticias*, que se movería combativo y constante de mano en mano por los canales subterráneos. Los periódicos reproducen las versiones

oficiales que dan por aniquilado el destacamento expedicionario y aseguran la muerte de Fidel. Incluso, la United Press, por vía de su corresponsal en La Habana, McCarthy, lo asegura. Ello genera incertidumbre en las filas revolucionarias. Aparecen fotos de algunos prisioneros y partes de muertos en combate. La acción adversa de Alegría de Pío, que dispersara y desarticulara el contingente, daba pie a los cantos de victoria de la tiranía. Frank se reúne con los jefes de grupo sobrevivientes y con los que han sustituido a los muertos y a los detenidos. El encuentro se produce en la casa de Jacobo Dehuelbes, en la calle Trinidad. Vilma lo acompaña. Frank hace un análisis crítico de lo ocurrido el 30 y se muestra exigente por las fallas. En especial censura a quienes debían actuar sobre el Moncada y nada hicieron. El ejército se dio el lujo de salir tranquilamente a retomar la ciudad y salvo los del Instituto, las misiones previstas de bloqueo no funcionaron. Define los pasos a seguir para asumir una nueva fase. Rechaza la noticia de la muerte de Fidel apoyado en el palmario juicio de que si fuera cierto habrían presentado el cadáver.

El 12 de diciembre María Antonia llama a la casa de Vilma para informar de algo que no le inspira mucha confianza, pero juzga que debe comunicarlo. Un desconocido, acompañado de un médico, se ha presentado y asegura que es expedicionario herido en Alegría de Pío. Su estado es grave. Una herida en el cuello apenas le permite hablar. Sólo quiere hacerlo con Haydée. Hay revuelo en San Jerónimo. Frank desconfía, pues el arribo del hombre no ocurre por los canales esperados, es decir por vía de Celia. Haydée por el contrario, se muestra partidaria de la confrontación que permitiría salir de dudas. Hart participa de los recelos de Frank. Le prohíben a Yeyé atender la demanda, pero esta, fingiendo acatar, ejecuta una salida por otros motivos aparentes y se va sola hasta la casa de la calle Carnicería. Unos segundos de observación ante el herido le permiten identificarlo ¡Albentosa! —exclama Haydée— y lo envuelve en un abrazo. Con esfuerzo supremo el hombre se explica. Lo hirieron en Alegría de Pío y pudo escapar. Un campesino logró llevarlo hasta Niquero donde un médico le dio primeros auxilios, pero no pudo trasladarlo al centro médico porque estaba en poder del ejército.

Le dio dinero y lo envió a Santiago y el galeno que lo acompañaba lo acogió. Traía de referencia la casa de Cayita como la esperanza de que tuvieran forma de acogerlo y curarlo. La pregunta de Haydée no se hizo esperar. Según la opinión del recién llegado, cuya herida sangraba a borbotones en cada esfuerzo del habla, Fidel estaba vivo. No podía dar referencia de lo ocurrido después del descalabro, pero opinaba igualmente que si lo hubieran matado no lo ocultarían. Haydée lo condujo a pie hasta San Jerónimo después que María Antonia le puso un suéter que ocultaba la herida y el sangramiento. Frank dispuso la atención médica que le dio el doctor Guash Oviedo en su consulta de la calle Calvario. El 15, en el cine Cuba donde asiste con América, dispone la citación de todos los jefes de grupo. La reunión se celebra al día siguiente en la casa de la familia Atala, en Santa Rita y Corona. Cada jefe informa del estado de su grupo, de los que están presos u ocultos, de las armas localizadas. Frank anuncia la designación de Carlos Iglesias, *Nicaragua*, como su segundo al mando, y la de Enzo como nuevo responsable de Propaganda. *Nicaragua*, Tomasevich y Curuneaux se ocultan en la ciudad y acometerían de inmediato acciones contra el régimen.

Frank, después de responder por las vías clandestinas a unas declaraciones mendaces y altisonantes del ministro de Gobernación, Santiago Rey, elabora un plan de hostigamiento a la tiranía a ejecutarse de inmediato. Lo circula entre todos los jefes del Movimiento en la provincia. Se inaugura así la ejecución sistemática de Planes de Acción enmarcados en tiempo y fecha para cada territorio, que él controlaría exigente y metódico. En Santiago, en medio de la vigilancia y la represión, se mueven audaces las huestes juveniles. Asaltos e incendios a servicentros, bombas en instalaciones oficiales, en el estadio Maceo, en la Avenida Céspedes. Arsenio Stable, discreto y constante, mantiene los suministros de dinamita que traslada pegada a su cuerpo.

Al romper la tercera decena de diciembre la incertidumbre sobre el destino de Fidel permanece. El régimen para darle a su versión visos de verdad, invita a familiares a presentarse en Manzanillo para que reconozcan el cadáver. Frank percibe la trampa y prohíbe asistir. No se tiene idea exacta de lo que ha pasado. La dispersión de Alegría

de Pío lanzó a los expedicionarios a la inseguridad y a los mayores riesgos. La tiranía enviaría a la zona de operaciones numerosa tropa que incluiría a connotados asesinos. Salvo casos contados, la mayoría de quienes deponen las armas son aniquilados. Al cementerio de Niquero fueron trasladados, en múltiples parihuelas, cadáveres alijados en las operaciones de limpieza hechas por el ejército. Es la suerte que corren David Royo y Níco López, cuando conducidos por un campesino, los sorprende el teniente Laurent. Este sicario efectuó verdaderas masacres de prisioneros. Níco López, al percatarse de las intenciones del asesino, se levanta y lo encara para que le dispare de frente y morir como un revolucionario.

Acompañado de su compinche, el soldado Regalón, persigue tenaz a Mario Hidalgo, cuando miembros de la Marina lo conducen hasta una fragata detenido. Ese cuerpo se niega a matar prisioneros. Laurent se introduce en la fragata con la idea de ultimarle en medio de su obsesión por saber de Fidel. Cuando el fin parece inminente irrumpe el comandante Juarrero, jefe de la nave, que impide la acción macabra del sicario. Tiempo después, cuando están juntos como reclusos en la cárcel de Boniato, Mario Hidalgo escucharía de boca de Frank que Juarrero era uno de los oficiales de La Marina comprometido con el Movimiento en las acciones del 30 de Noviembre.

Haydée se mueve angustiada y molesta en la casa de Vilma. La ignorancia de lo ocurrido con los expedicionarios, y en especial con Fidel, la sumen en las dudas y el desasosiego. Se va a ver a Cayita cuyo optimismo rebosante alienta e infunde bríos y esperanzas. Le confía su estado de ánimo. Cayita derrocha sus dotes persuasivas y logra calmarla un tanto. Le asegura que en cualquier momento llegarán noticias de Manzanillo y han de ser buenas. La despide con la promesa de avisarle de cualquier novedad usando como clave vengan los dos a comer merenguitos, suerte de golosina que confeccionaba y que tanto a Hart como a ella le agradaban mucho. Sin embargo, cuando horas después produce la llamada, Cayita, nerviosa y eufórica, cambia los términos y solo dice: “merengue, merenguito, merengón” y sume a Haydeé, a Vilma, a Hart y a Frank en confusión. Este último reacciona presto para descifrar el significado.

Sin duda habría llegado algún mensajero. Y efectivamente, acompañado por Sierra, el coordinador del Movimiento en Man-

zanillo, Mongo Pérez, trae la preciosa información. Es hermano de Crescencio y uno de los valiosos campesinos de actitud solidaria que Celia había movilizado para ayudar a los expedicionarios. Fidel vive y lo ha enviado desde su finca en Purial de Vicana con una carta para Frank. Le comunica las posibles vías de acceso y pide el apoyo indispensable para el nacimiento de la guerrilla. El júbilo estalla como ingrediente del entusiasmo y de la fe. Le anuncia el viaje a Santiago de otro emisario integrante del contingente a quien unas horas después Frank recibe y abraza en plena calle con expresiones de alborozo para preocupación del visitante y los demás. Es el doctor Faustino Pérez, expedicionario del *Granma*, a quien Frank conocía desde los días del MNR. Fidel le encomienda la reorganización del Movimiento en Occidente, especialmente en La Habana.

Las horas y los días traen terribles noticias. Con el estado de insurrección reinante, la tiranía acrecienta sus métodos bestiales. Fermín Cowley, ascendido a coronel y jefe del Regimiento Calixto García de Holguín, siembra de cadáveres el norte de la provincia. Decenas de militantes progresistas son asesinados en unas horas para sembrar pánico y atemorizar a las fuerzas opositoras en lo que se dio en llamar “las Pascuas sangrientas”. Entre los ultimados figura Rafael Orejón, miembro del M-26-7, compañero de Guantánamo residente en Nicaro, amigo de Frank. Otros pertenecían a los auténticos y al Partido Socialista Popular. Cowley era aplaudido por los partidarios del régimen, pero echaba sobre sí la mira justiciera de la Revolución con la misma precisión conque Nicolás Guillén marcara el futuro del victimario de Jesús Menéndez cuando en la conocida oda dijo: “tras él corre la muerte”. Meses después un comando del Movimiento lo ajustició en Holguín.

Frank se mueve febrilmente e imparte orientaciones. En la casa de las Atala prepara informe para la Sierra y redacta una carta-respuesta a las fuerzas opositoras que tras los crímenes de Oriente hacen un llamado en la búsqueda de soluciones pacíficas a la crisis nacional. Con Nicaragua coordina formas de impedir celebraciones de Fin de Año. El 27 parte para La Habana en unión de Faustino. Van en auto con Vilma y Asela hasta Palma Soriano donde toman un ómnibus hacia la capital. Llevan credenciales falsas. Faustino se llama Luis Álvarez y Frank, Rolando García.

Un militante habanero, René Verdecia, coincide con ellos y se les une hasta Santa Clara desde donde se adelanta para avisar a La Habana del próximo arribo de ambos. En Las Villas, los directivos anteriores al 30 de Noviembre han debido sumirse en la clandestinidad y algunos marchar a La Habana. Designan al doctor Allan Rosell, coordinador. En La Habana las labores son más intensas. En la casa de Enrique Oltuski se definen los nuevos responsables. José Pellón en el Movimiento Obrero, Héctor Ravelo, coordinador en Marianao, Aldo Vera, jefe de Acción en la capital,¹ Carlos Franqui en Propaganda,² Enrique Hart en Finanzas y se incorporan a la Dirección Provincial Marcelo Salado y Marcelo Fernández.

En Santiago las instrucciones dejadas por Frank se siguen al pie de la letra. Nicaragua, Curuneaux y Tomasevich encabezan la jornada combativa a la que se suman numerosos jóvenes. En la noche del 30 de diciembre, trepida la ciudad con un número similar de explosiones que la envuelven en una atmósfera de guerra. Félix Pena y otros combatientes asaltan la emisora CMKC y emiten una arenga al pueblo. Tres jóvenes brigadistas, Hugo de Dios Soto, William Soler Ledea y Floilán Guerra son apresados en plena faena dinamitera, torturados y asesinados con tiros de gracia. Sus cuerpos fueron abandonados en lugares baldíos para consternación de la ciudadanía que percibió tras los hechos la mano asesina de Lavastida.

Frank permanece en La Habana entregado de lleno, junto con Faustino, a los trabajos organizativos que abarcan, además, las provincias de Pinar del Río y Matanzas. En esa labor se suceden las reuniones con la militancia. Se insiste en el acopio de vituallas y armamento. Liliam Mesa, joven integrante del Movimiento, le procura alojamiento. Almuerza y come en la casa de Faustino, en calle 11 entre 10 y 12 en El Vedado. El 5 de enero de 1957 regresa a Santiago en ómnibus. Lo acompañaron Bebo Hidalgo y Raúl Perrozo. En Palma Soriano lo esperaron Vilma y Asela. Horas después recibió a Celia que trajo información sobre las vías seguras para llegar a Fidel. La red creada por ella en la zona burlaría los cercos del ejército, y el apoyo del campesinado sería determinante para

1 Traidor a la Revolución.

2 Traidor a la Revolución.

organizar los suministros a la guerrilla. Celia solicita permiso para incorporar a la Sierra Maestra a algunos militantes “quemados” en Manzanillo y otros lugares. Frank lo autoriza.

La entrevista de Mathews en la Sierra Maestra, y un manifiesto de Fidel al país

Entre tanto las acciones insurreccionales en Santiago habían continuado a pesar de la represión. Nuevos estallidos de bombas, tachuelas y grapas en las avenidas, confetis con pica-pica en lugares festivos, declaraciones retadoras al Bloque Cubano de Prensa y al ministro Santiago Rey, contribuyen a darle a la ciudad un radical ambiente de rebeldía. La aparición de los cadáveres de los jóvenes asesinados incrementa la tensión. El 6 de enero, amanecer del “día de los reyes”, una imponente manifestación de mujeres enlutadas sale de la Plaza de Dolores, toma la calle Enramadas y avanza silenciosa y firme. Al frente, la madre de William Soler y Fela Torné, sostienen una gran tela que dice: “Cesen los asesinatos de nuestros hijos. Madres cubanas”.

La fuerza pública trata de interceptarlas. Se proponen ir hasta los periódicos y estaciones de radio. Vilma, que había recibido orden de Frank de no participar, observaba el desfile cámara en mano para dejar constancia gráfica. No puede contenerse e interviene ante los agentes mientras grita: “¡vamos a cantar el *Himno Nacional!*”. Los fotógrafos de la prensa captan el momento en que discute con un militar. Es posible que al significarse de esa manera haya echado sobre sí la atención de los sabuesos, porque dos días después registran su casa de San Jerónimo 473 donde radicaba la Dirección del Movimiento y donde a veces dormían Hart, Haydée, Frank, Asela, Tarás, Nicaragua y Bebo Hidalgo. El mismo día de la manifestación de las madres, Fidel recibía en la Sierra a los primeros nueve hombres incorporados a la guerrilla, enviados por Celia.

Las gestiones para fortalecer el foco guerrillero ocuparon la atención y las actividades fundamentales de la organización. Juanito Bécquer, viejo luchador social que trabajaba en la Base Naval, llegó a Santiago comisionado por los guantanameros. Habló con Frank

y este le dio instrucciones precisas para obtener armas. Oficiales norteamericanos las vendían subrepticamente. Esa orientación es también tarea de las demás provincias. Faustino reunió en La Habana recursos y dinero y con lo acopiado en Santiago, Bebo Hidalgo viajó a la zona de operaciones para hacer la entrega. El cerco del ejército no le permitió el contacto y dejó las provisiones en la casa del campesino Felo Garcés para que las hiciera llegar a su destino.

La tiranía insistía en su versión de aniquilamiento de los expedicionarios y la muerte de Fidel. Este concibe el dar un radical desmentido. Envía desde el monte al que sería comandante René Rodríguez para contactar con un periodista, preferentemente norteamericano, que viaje a la Sierra Maestra. Después de hablar con los manzanilleros y con Frank en Santiago, sigue hacia La Habana. Por su parte, Frank prepara la Circular de Orden Interior no. 2 donde da a conocer a los responsables del M-26-7 los despiadados bombardeos a la Sierra, el desalojo de campesinos, los asesinatos a colaboradores de los rebeldes, el envío de mil doscientos soldados de la tiranía —clara evidencia de que el foco no había sido destruido— y la asesoría de oficiales norteamericanos en el tipo de lucha que se desarrollaba. Faustino, en su búsqueda, consigue cierto número de armas en Las Villas y el Reparto Mulgoba en La Habana. Cree que se puede preparar un nuevo frente en las montañas de El Escambray, al centro del país. Por la línea telefónica cuya seguridad y discreción garantizan los telefónicos de La Habana y Santiago, lo propone a Frank. Este rechaza la idea. Todo pertrecho, todo recurso conseguido debe enviarse a la Sierra Maestra. La conversación no concluye en acuerdo por lo que Frank le escribe una carta explícita de su punto de vista. La misiva provoca una rápida visita de Faustino a Santiago para una discusión personal al respecto. Intervienen Frank, Hart y Haydé. Tras las deliberaciones toman el acuerdo de la posibilidad de nuevo frente en dependencia de la decisión de Fidel.

Frank confía en los guantanameros para la adquisición de pertrechos en la Base. Envía a Vilma y Asela para un contacto que le dé noticias sobre esas gestiones. La información es positiva y en esos días de febrero recaba la cooperación de José Otero, el dueño de la finca El Cañón para viajar a Guantánamo en plan de recogida. Las seguridades ofrecidas por Celia para el acceso a la Sierra

han determinado una entusiasta movilización para organizar el suministro a la guerrilla. En Santiago se acopian medicamentos y otros productos. Yero instala por órdenes de Frank una fábrica de uniformes, mochilas, brazaletes, hamacas y botas. Con Raúl Pujol, en la ferretería se consiguen cocinas y cantimploras. Bilo Sánchez, el armero, recibe instrucciones, de preparar un taller para la revisión de las armas que se consigan y para el arreglo de las que se afecten en la Sierra y otros lugares. Conseguir dinero es una tarea también priorizada pues las armas cuestan y la guerrilla paga a los campesinos lo que consume. Así surge la idea de los bonos de contribución y Hart aporta la sugerencia de organizar a ciertos sectores pudientes que simpatizan con el Movimiento y manifiestan su disposición a cooperar. Frank acepta la proposición, pero advierte que no se establezcan compromisos y que se maneje con cuidado extremo. Surgiría así el Movimiento de Resistencia Cívica. Una vez constituido en Santiago se extendería por toda Cuba y si bien Frank estimaba sus aportes nunca se reuniría con ellos. Designó a Enzo para que actuara de enlace con sus niveles de mando. Cuando este le informó que los de Resistencia insistían en verlo, explicó que no lo haría por cuanto una revolución verdadera pudiera afectar a muchos de ellos en el futuro y era saludable mantenerlos como factor colateral en el período insurreccional. Su disposición más acusada en ese momento era apoyar a Fidel en la Sierra. Una de las formas que concibiera para ello fue el envío del primer contingente de refuerzo que se constituiría con los “quemados” el 30 en Santiago y otros lugares, pero ello requería la obtención de pertrechos de guerra pues cada combatiente debía subir a la Sierra provisto de su equipamiento. Por otra parte estaban los recluidos en Boniato y el régimen anunciaba la radicación de la Causa no. 67 para juzgar los hechos del 30 de Noviembre y del 2 de Diciembre.

Más de un centenar de encausados mostraban las dimensiones que alcanzaba la actividad combativa. De ellos algo más de ochenta estaban en prisión; el resto, sumido en la clandestinidad, pendiente de captura. En San Jerónimo se hacía notar que uno de los buscados era Frank. A este le preocupaba también los presos. Pensaba en ellos y en sus familiares. El Movimiento debía ocuparse de todos, por lo que dispuso que el sector femenino se hiciera cargo de visitar a unos

y otros y atender sus necesidades. El régimen continuaba obstinado en negar la existencia del foco guerrillero e insistía mendaz y taimado en la desaparición de Fidel.

En medio de tan acuciantes tareas Frank recibió la información de las armas en Guantánamo. Julio Camacho, *Jacobo*, clandestino en la ciudad de El Guaso, le decía que podía mandar por ellas. Decidió ir personalmente. Para ello enroló a José Otero cuyo camión era necesario, pero debía crear enmascaramiento para el traslado. Otero aportó su experiencia en la compra de vianderos en la zona de Filipinas, cercana a Guantánamo y con esos productos se podría encubrir el alijo. Disfrazó a Frank de machacante o ayudante, con el uniforme apropiado y emprendieron la marcha. Aguaceros torrenciales y ríos crecidos los obligaron a detenerse a ratos, a dormir sobre sacos de yute bajo el camión y a acogerse al abrigo de amistades de Otero que les dieron alimento y techo, como el Gallego, que algo desconfiado de la presencia del “machacante”, secreteó a Otero su interés por saber la verdad sobre Fidel. Se quedó sorprendido cuando Frank, que lo escuchara, le dijo firme y sereno: “Fidel vive y está en la Sierra”. Ochenta quintales de ñame forjaron una faena agobiante. Dos campesinos los extraían y los dos tripulantes los metían en sacos y los cargaban hasta el transporte. Enfangados, sudorosos y fatigados, arribaron al albergue clandestino de Camacho y Sotico. Los anfitriones les informaban que las armas estaban en la casa de Enrique Rodríguez, un militante que vivía muy cerca del cuartel y tenía un soldado de vecino en la cuadra. Sotico opinaba que se debía esperar al anochecer para hacer el movimiento. Frank les propuso que fueran pensando en la mejor forma de sacar las armas del lugar mientras él atendía otros asuntos en la ciudad. En realidad se dirigió a la casa de Enrique junto con Fabio Rosell que le sirvió de guía. Encontró allí a Canseco y a Toto Lara que alegaron similares cautelas para el traslado. Frank tomó sacos de yute, las envolvió y las trasladó al camión en pleno día. Ante el asombro de los compañeros dijo que a esa hora precisamente nadie iba a imaginar que se hiciera una operación de ese tipo. De regreso a Santiago fueron escondidas de inmediato en la finca.

El 4 de febrero René Rodríguez se entrevista con la periodista norteamericana Ruby Hart Phillips, representante en La Habana del

New York Times. Lo acompaña el joven Javier Pazos hijo de Felipe Pazos, conocido economista que prestó su oficina en el edificio Bacardí para el delicado encuentro. La mujer vibra gozosa. Le han puesto en sus manos la oportunidad de dar el clásico “palo periodístico” que persigue todo corresponsal. René congela su entusiasmo. El acceso a la Sierra no sería faena apropiada para una mujer de su edad. La señora Hart lo comprende y dice que se encuentra de vacaciones en La Habana, Herbert Mathews, editorialista principal del *Times* hacia quien se encaminan las gestiones. No menos rápida sería la aceptación del ducho reportero que se preparó de inmediato para el viaje a Oriente en compañía de su esposa. Fidel convoca a reunión urgente de la Dirección Nacional del Movimiento en la Sierra Maestra. Celia recibe el aviso y lo traslada de inmediato a Faustino en La Habana y a Frank en Santiago por medio de Nardi Iglesias y Enrique Escalona. Entre el 13 y el 15 de febrero la movilización de un extremo a otro se produce en medio de tensiones. En el auto del Movimiento, con Vilma al timón, viajan a Manzanillo Frank, Haydée, Hart y Escalona. Ese mismo día Faustino recoge a Mathews y a su esposa en el Hotel Sevilla y desde La Habana emprenden viaje en pos de la Sierra Maestra. El ejército de la tiranía aventaba nuevos infundios sobre la presunta muerte de Fidel y lo hacía alentado por la componenda tramada con Eutimio Guerra, individuo que parecía haber ganado la confianza del Jefe de la Revolución. La supervivencia de los combatientes en las difíciles condiciones de un medio complejo, con un enemigo poseedor de modernos instrumentos de guerra entre los cuales la aviación les daba ventaja, creaba dudas sobre una posible estabilidad; pero, el hecho de eludir por el momento la férrea persecución y mantenerse, indicaba a Fidel que era posible lograrlo en tanto sus hombres se familiarizaban con la montaña e iban dominando el medio con el apoyo decisivo de los campesinos.

Frank tuvo dudas y antes de salir al encuentro en la Sierra lo comentó con Haydée. En su opinión, Fidel debía salir del país y preparar una nueva expedición con mejores condiciones de lucha.

Guerra Matos, *Guerrita*, sería la persona clave en la recepción de cuantos llegarían a Manzanillo. Subordinado a Sierra y a Celia, puso a disposición del Movimiento su casa, su transporte y la arrocera del

padre. De una operatividad ingente, para Frank sería “el Agitao”. A su casa llegaron Frank, Haydée, Vilma y Hart. Celia y Frank partían hacia la finca de Epifanio Díaz en la zona de El Chorro donde los esperaban. El 16, desde horas de la mañana, Fidel se había acercado a la vivienda del campesino y desde un bosquecito situado a unos doscientos metros envió al combatiente Ciro Frías de avanzada. Los encontró por el camino y los condujo ante el jefe. A mediodía llegan a Manzanillo Faustino y Mathews. Los acogen en la casa del militante Saumell a la espera del aviso. Por otra parte, Haydée, Vilma, Hart y Faustino se desplazan por la campiña y les sale al paso Guillermo García, que los conduce hasta el campamento. Guerrita los había llevado a un punto al pie de las montañas sorteando la vigilancia del ejército y ayudado por sus relaciones en la zona que incluía a varios soldados de los que operaban allí.

El encuentro con Fidel es altamente emotivo. A la sombra de un tupido bosquecillo intercambian saludos. Están Fidel, Raúl, Celia y Frank. La primera parte del encuentro se consume en relatos sobre lo acontecido. Frank narra en forma, a ratos apretada, a ratos minuciosa, los hechos del 30 de Noviembre. Refiere los asaltos a la Estación de Policía, a la Marítima, la lucha en las calles y en puntos escogidos, los imprevistos, la prisión de compañeros y la muerte heroica de Tony, Otto y Pepito. Escucha las razones de la tardanza del *Granma*, las peripecias del difícil desembarco, la funesta sorpresa de Alegría de Pío, el asesinato de compañeros prisioneros por el ejército, la llegada a la Sierra, las acciones de La Plata y Llanos del Infierno, la reciente traición de Eutimio Guerra y las mentiras sobre la muerte de Fidel.

Se analiza la situación del Movimiento en Santiago, Manzanillo, Guantánamo, La Habana y otros lugares del país. Frank habla del refuerzo que prepara con combatientes de Santiago y otras localidades de la provincia. Fidel opina que los “quemados” deben subir a la montaña sin excluir a compañeras que estén en situación difícil en el llano. Celia aporta información respecto a la organización creada para el acceso al destacamento y se compromete a buscar albergue para el tránsito de los refuerzos. Sobre este punto se acuerda que el número sea de unos cincuenta hombres que Frank prepararía lo antes posible. Él, Celia y Fidel harían precisiones en larga conversación

que se extendería hasta la noche. Frank dormiría junto con Raúl en un cobertizo de yaguas. Para las mujeres se localizaría un pequeño rancho donde pasarían la noche. Vilma, que había cambiado sus vestidos, se fija en él antes de partir. Estima que Frank tiene frío en medio de la humedad ambiental de la montaña y le echa encima la falda que acaba de cambiar por pantalones. Al despertar, muy temprano, Frank observa en torno las características del campamento. Ve a los combatientes movilizados ya y las armas apiñadas junto al parque. Saluda a todos y luego se va al cobertizo, toma la falda de Vilma, regresa y la hace tiras y se sienta pacientemente a limpiar con ellas el armamento y el parque. El Che Guevara se impresiona con ese detalle y años después expondría el impacto que Frank le produjo. Llamó su atención la profundidad de su mirada y la actitud medida y a la vez resuelta de su persona. Consideraría que estaba efectivamente ante un ser superior. Después se le llamaría “el inolvidable Frank País”. Y para él, que lo vio una vez, sería así. Sobre el episodio de limpieza de las armas, diría el Che: “Nos dio una callada lección de orden y disciplina, limpiando nuestros fusiles sucios, contando las balas y ordenándolas para que no se perdieran. Desde ese día me hice el propósito de cuidar más mi arma...”.

El 17 se reúne la Dirección Nacional. Presentes Fidel, Raúl, Frank, Celia, Haydée, Hart, Faustino. Vilma participa como invitada. Ese mismo día el periodista norteamericano es conducido hasta el campamento, donde lo recibe Juan Almeida. Una vez más Guerrita actuaría de *cicerone* para burlar el cerco y llevar a Mathews a su destino inmediato. A pesar del estado precario de la guerrilla, se logra dar la imagen de una estructura militar en que rige la disciplina con un Estado Mayor y diferentes campamentos. Los miembros del Ejército Rebelde enmascaran en lo posible sus atuendos raídos y a ratos interrumpen la conversación de Fidel con el norteamericano para darle supuestos partes de cumplimientos y medidas. Ambos departen en un vara en tierra y Mathews, pluma y libreta en manos, toma notas. Acepta el puro que Fidel le obsequia mientras mira por momentos las escuadras rebeldes que pasan marcialmente de un lado a otro.

Recibe información detallada del curso de las acciones desde el desembarco y anota fielmente las palabras de Fidel en datos preci-

sos: “ya llevamos setenta y nueve días de lucha y somos más fuertes que nunca. Los soldados están peleando mal. Su moral es baja y la nuestra no puede estar más alta”. Mathews anotaría en su libreta: “uno saca la impresión de que en este momento es invencible”. La entrevista se extiende por unas tres horas, al cabo de las cuales Fidel estampa su firma y la fecha en la libreta de notas que el reportero le extiende. Ese mismo día Eutimio Guerra es ajusticiado.

La segunda reunión de la Dirección Nacional es de ratificaciones de asuntos y precisiones. Faustino da cuenta de sus actividades y gestiones en la capital en lo que incluye sus contactos con el Directorio Revolucionario que se prepara para atacar el Palacio Presidencial. Se espera el resultado de la entrevista de Mathews y con ella, se concibe la publicación de un *Manifiesto* de Fidel salido de la Sierra. El amanecer del 18 sorprende al Jefe de la Revolución entregado a la tarea. Redacta sobre una improvisada mesita mientras Frank a cierta distancia saca fotografías del campamento y de los combatientes. Antes del regreso, el documento circularía en las manos de los visitantes quienes en cada párrafo, medían el alcance de los pronunciamientos.

Los próximos días serán testigos de que ni la censura, ni la represión, ni el terror ni el crimen, pueden hacer mella en la indomable voluntad de nuestro pueblo. La lucha se intensificará con ritmo creciente en todos los rincones de Cuba.

La reunión de los dirigentes abundaría en cuestiones vistas en principio, pero había otras que requerían de decisiones inmediatas. Tal era el caso de las armas conseguidas por Faustino en Occidente. Fidel acepta la idea del nuevo frente guerrillero en El Escambray basado en el riesgo que comportaba su traslado a la Sierra Maestra, trasiego en que podrían perderse. En el curso de las discusiones, Fidel desborda optimismo y explica sus planes para un futuro inmediato. Haydée, cerca de Frank, le pregunta si va a mantener su idea de que el Jefe de la Revolución salga del país. Este, desarmado por la seguridad y la confianza que inspiran las palabras de Fidel, le dice que no. Se impone colaborar al máximo con sus proyectos inmediatos.

Desde Manzanillo, Faustino regresa a La Habana en compañía de Liliam Mesa que le ha servido de chofer. Frank, Vilma, Haydée y

Hart lo hacen a Santiago con Vilma al timón. En todos, la mente está embargada de la rotunda impresión que les ha dejado la constatación de la lucha en las montañas. Frank se percata de la necesidad de dar un giro radical a su pensamiento. Le confía a Vilma que su idea había sido partir hacia el bastión guerrillero al frente del refuerzo para quedarse peleando en la Sierra.

Expone que Fidel lo hizo cambiar de opinión. Por el momento su papel era más útil en el llano como garantía del apoyo a la guerrilla. Entiende que en ese sentido les toca sacrificar sus deseos. El tiempo en Santiago se multiplica en la voluntad de todos. Inspirados en la conciencia de un esfuerzo decisivo, desatan actividades clandestinas con rigor y efectividad. El *Manifiesto* de Fidel va a manos del frente de Propaganda que lo imprime masivamente y lo distribuye junto con una carta a los jefes municipales. Se reúne con la Dirección y les expone los resultados y las vivencias del encuentro en la Sierra. Prioriza la preparación del refuerzo y determina su integración, pues deben estar allá en los primeros días de marzo. Hay tensión que se incrementa en cada paso. Demanda de Celia información sobre centros receptores en Manzanillo. Esta junto a Sierra y “el Agitao” se mueve afanosa. Ante la imposibilidad de una respuesta positiva inmediata para albergar a cincuenta, manda a Guerrita a Santiago para que explique a Frank sobre la necesidad de aguantar las cosas. La respuesta de Salvador es concluyente: “busquen casas de todas maneras porque el plan no se detendrá”. Guerrita se compromete entonces a albergar en su casa y en la arrocera de su padre a los primeros que lleguen. Otra infructuosa gestión de Celia acrecienta su inquietud. Cuando hay algunos combatientes al amparo de “el Agitao”, la vigilancia de los cuerpos represivos se vuelca sobre él. Sus desplazamientos constantes en unión de Sotús y Vazquecito, a quienes Frank envía a Manzanillo para que ayuden en la recepción, levanta sospechas. Celia, percatada del peligro, concibe la idea de armar un campamento para el que escoge la arrocera La Rosalía, en Palmas Altas, cercana a la prisión de Manzanillo donde contarían con la cooperación de uno de los hermanos Llopiz, encargado del lugar. En la mira tiene un tupido marabuzal que ella conoce porque tras su fuga de Campechuela se escondió allí y además ocultó en el lugar a tres expedicionarios del

Granma, a los que después incorporó a la guerrilla. Así surgiría el punto de concentración por el que pasarían los refuerzos rumbo a la Sierra. Yero y la familia Cossío mostraban a Frank los uniformes que confeccionaban, Bilo Sánchez, el armamento cuyos mecanismos y disposición garantizaba, Raúl Pujol se esmera en conseguir cuanto Frank le pide. Obreros, profesionales y estudiantes se movilizan. Se recaba el aporte de los sectores burgueses y la organización que los agrupa. Los bonos invaden ciudad y provincia en pos de aportes económicos. Se acopian utensilios, medicinas y pertrechos por todas las vías posibles. Militantes clandestinos son alertados para su traslado a los escenarios de la guerra. Frank habla personalmente con Nano Díaz y Félix Pena. Vilma Espín y Asela de los Santos se encargan de las vacunaciones. Encuentran resistencia en algunos que no temen a las balas del enemigo, pero se recogen timoratos ante una jeringuilla, alegando los efectos secundarios del pinchazo preventivo. Frank les advierte que será peor un tétano en el monte. En intercambio con Haydée, Hart, Tarás, Vilma y Asela, precisa los primeros nombres que formarán el refuerzo. Por Santiago irán Pena, Pepín Quijala, Pantoja, Ermus, Reyes, Jiménez Lage, Colomé, Tony Beguez, Sotús, Vazquecito, Perozo, Nano, Pepín Lupiáñez y Miguel Ángel Manals, entre otros. De municipios del norte, René Ramos Latour y Pedrín Soto; de Guantánamo, Sotico; de Las Tunas, Raúl Castro Mercader, Pupo Peña, Ramos Verdecia y Alfonso Zayas; de San Luis, Chicho Larrea, Mario Martínez y Eloy Rodríguez. Frank conversaría personalmente con cada uno. Luego les entregaría un documento contentivo del Juramento del Combatiente que debían firmar. Su lectura individual toca el sentimiento patrio y los convoca al compromiso supremo:

Juro en nombre de todos los mártires de la Revolución cubana, luchar sin descanso por el triunfo de los ideales democráticos y revolucionarios del Movimiento 26 de Julio. Juro pelear sin odios ni rencores como nos enseñó José Martí [...] Yo me pongo de pie y suscribo el juramento de nuestra generación Libertad o Muerte.

Vilma, Asela, María Esperanza, Armando García, Luis Felipe, Vivero Muñiz, Enzo Infante, América y Tarás tendrían la misión de trasladarlos hasta el marabuzal con los riesgos que conllevaba el

viaje. En Melgarejo, a la entrada de El Cobre, en una de aquellas travesías, soldados detienen y registran el auto de Vilma. La obligan a abrir el maletero y tras inspección ocular la autorizan a seguir. Ella toma su bolso de mano y lo muestra mientras le dice a uno de los soldados: “esto ¿no lo va a registrar?” El aforado mueve la cabeza en negativo y los viajeros continúan. Una vez en la vía Asela abre el bolso y extrae una pistola. El aplomo para inducir un efecto psicológico neutralizaba al adversario.

Entre la maraña enrevesada de los espinos se oculta el campamento. Hamacas y pequeñas tiendas de campaña pueblan el área escogida donde los jóvenes en tránsito deben actuar con rigurosa discreción. No pueden alzar la voz, ni dar señales de vida activa en el lugar y Sotús y Vazquecito se encargan de establecer y mantener tan especial disciplina. Compañeros y amigos que no se veían desde los hechos del 30 de Noviembre se encuentran sorprendidos y someten su euforia a la sordina obligatoria.

Los días 27 y 28 de febrero traen consigo una gran conmoción en el país. Se conoce la entrevista de Fidel con Mathews y el régimen se ve enmarañado en sus mentiras. Reacciona airado contra el reportero al que acusan de falaz. Esa actitud cuestiona la publicación sobre todo con la primera parte de la entrevista. Cuando en la segunda edición aparecen fotos de Mathews con Fidel en la Sierra, los impulsos de réplica se desarmen. No les queda otro remedio que morder el polvo de sus infundios desenmascarados. El caso logró el efecto deseado en las filas revolucionarias y fortaleció en las masas su fe y su credibilidad en la contundencia de la lucha.

La prensa insistió en la radicación de la Causa 67 con datos concretos. Los acusados eran 177, de los cuales estaban detenidos 91. Frank, que era uno de los prófugos, había cambiado su aspecto externo. El pelo teñido de rubio, bigote espeso, una boina negra y una pipa que le dan apariencia de más edad. En sus salidas suele llevar espejuelos negros. Vilma no lo deja manejar porque quien va al timón es el objeto inmediato de atención de parte de quienes vigilan. Le sirve frecuentemente de chofer, tarea que acometen también el fiel Tarás Domitro y Luis Felipe. Incursiona en la búsqueda de perrechos. Se consiguen nuevas armas en Guantánamo, Bebo Hidalgo trae cantimploras desde La Habana y Armando García traslada a

la finca de Otero las que guardara en su casa. Todos esos recursos se llevarían al marabuzal para dotar a los integrantes del refuerzo.

El camión de Otero entraría una vez más a desempeñar su rol en la operación. Esta vez la cobertura, por sugerencia del dueño, sería la naranja. Parten en hora muy temprana hacia San Luis, donde logran recoger miles de frutas en labor agobiante a que contribuyen Bebo, Tarás y Gerardo Rivas, *el funerario*, junto a Frank y Otero. En la finca embozan las armas y toman la Carretera Central. Otero al timón y a su lado Frank y Bebo disfrazados de chofer y machacante. Están exhaustos como efecto de la intensa jornada. Frank y Bebo se preocupan por Otero y sugieren hacer una parada de descanso. El abnegado conductor se niega. Se declara apto y duro frente al agotamiento y el sueño. Frank lo observa silencioso y atento. Un giro errático del vehículo lo alerta. Le ordena detenerse. Acaban de pasar sin contratiempos ante el cuartel de Palma Soriano y Frank quiere que la travesía siga en feliz desplazamiento. Le dice a Otero que le ceda el timón y lo asume. Bebo inquiere si él sabe manejar camiones y Frank confiesa que nunca lo ha hecho, pero que alguna vez hay que empezar. Los pestañazos sorprenden a Frank cerca de Bayamo y Otero, más relajado, retoma el timón hasta Manzanillo. Tras ellos, en un auto, viajan Vilma y Asela, pendientes de la travesía. Les preocupa que Frank, tan buscado por los sabuesos del régimen, haya decidido acometer personalmente el traslado.

En medio de algunas peripecias en que intervienen bromas de Guerrita, se dirigen a la arrocería donde los pertrechos pasan a otro transporte que cubren con paja de arroz. De allí serían llevadas al marabuzal en el que Frank se reuniría con los combatientes. Por tres ocasiones visitaría el lugar y mantendría intercambios en que impartiría orientaciones a la nueva tropa. Los organiza como un pelotón con cuatro escuadras y una jefatura a cargo del capitán Jorge Sotús. Por esos días y como señal de la estabilidad de la guerrilla, se da a conocer la incorporación de tres jóvenes norteamericanos que, atraídos por la causa que defiende la Sierra, deciden integrarse al naciente Ejército Rebelde.

CAPÍTULO XIX

Frank es detenido

Vilma tiene en su poder los negativos de las fotos tomadas durante la visita a la Sierra Maestra. Los lleva a revelar a los laboratorios del doctor Santos Buch en la entrada de Vista Alegre. Recién llegada, se produce el sorpresivo arribo de agentes del SIR al mando del cabo Dagnesse. Traen orden de registro y proceden con las personas que se encuentran en el lugar. Vilma alega que viene a hacerse análisis y no porta nada que la incrimine. Se acerca al laboratorista para que confirme su versión y en hábil disimulo le desliza en el bolsillo de la bata el paquete de negativos. Luego toma su bolso y extrae ante los agentes cada cosa. Dagnesse no parece muy interesado en ello. Le dice que quiere hablarle en privado y cuando el doctor Santos Buch les franquea su oficina, el cabo le expone a Vilma su conocimiento de que existe una lista negra en la que aparece su nombre, y él quiere explicar que dejará pronto el servicio para trabajar como obrero en una empresa petrolera, que él detuvo a Josué y a Léster y que les dio buen trato. Ella escucha asombrada sus justificaciones y finalmente decide despistarlo. Si supone que ella pertenece a una organización clandestina en que lo tienen fichado para pasarle una cuenta, se equivoca. El hombre reacciona como recuperándose de una quiebra: ¡yo no soy un cobarde! —exclama—. Vilma comenta: no, usted es precavido. En el mismo lugar estaba escondido Carlos Iglesias *Nicaragua* que por el momento lo abandona.

En la casa de Vilma se mantiene el continuo accionar de los conspiradores. Pendientes del joven dirigente, sus compañeros acometen sus misiones. En ratos de espera y de breves asuetos, comentan hechos, leen la prensa, juegan parchis, escuchan las interpretaciones

al piano que ejecuta Frank. Es frecuente una pieza de su inspiración que ha titulado *Melancolía* en la que identifican pesarosos estados de ánimo. Sus salidas generan siempre alguna preocupación. América se inclina ante el piano cuando él toca y a veces salen juntos a ver películas o al subway, un acogedor café soterrado bajo el cine Aguilera donde Frank no solo distrae ratos sino donde recibe emisarios en cubículo reservado mientras cuida su estancia Chano Duarte, dependiente del lugar y militante del M-26-7.

Desde San Jerónimo, Frank se dispone a salir en compañía de Bebo. Vilma se ofrece a acompañarlos como chofer, pero Frank, medio en broma y medio en serio, rechaza la oferta, pues considera, después del episodio del laboratorio, que ella tiene detrás al SIR. Se dirigen a la armería de Barracones donde Bilo Sánchez activa unos fusiles Winchester que Frank quiere remitir a la Sierra. Camino hacia la casa de Armando García, donde los espera Asela, observan un jeep que parece seguirlos. Frank ejecuta algunos giros para comprobarlo y convencido de que lo siguen le dice a Bebo que abandone el auto. A la resistencia de Hidalgo opone una orden terminante. Luego se encamina hacia las afueras de Santiago. En la Avenida Yarayó sus perseguidores se adelantan y le cierran el paso. Lo obligan a descender y lo cachean. Uno de los agentes toma la bella pistola Star que Frank llevaba en la cintura. El carnet que muestra lo identifica como Rolando García. El teniente Piña, jefe del grupo, asegura que se trata del comunista peligroso que buscaban.

Al paso de las horas, la inquietud crece en San Jerónimo. Vilma, Asela, Hart, Haydée, Tarás y Bebo especulan en medio de la incertidumbre. Arturo Duque de Estrada no sabe de él, América tampoco. Haydée sugiere llamar a Celia en el supuesto de que haya ido a Manzanillo en pos del marabuzal. Sería extraño que lo hiciera sin contactar antes, pero la situación demanda agotar todas las indagaciones. Celia responde negativamente y a su vez se inquieta. Convencidos de que Frank sería incapaz de prescindir del contacto por tantas horas, piensan en lo peor. Hart presume que estaría preso y que se impone movilizarse rápidamente. El cambio de impresiones apunta a las gentes de Resistencia Cívica y Vilma propone que Rosario se movilice como madre. Una denuncia a tiempo en tales circunstancias suele detener las manos asesinas.

Por su parte, el coronel Casillas y los tenientes Piña y Morejón han despejado la incognita. Luis Mariano Randich, quien asesora a los jefes como conocedor del “elemento” santiaguero, lo ha identificado como Frank País. Aunque esté teñido y disfrazado no le cabe duda. Casillas dispone que lo saquen enseguida del Moncada y lo trasladen a cualquier lugar cercano, porque allí pudiera conocerse de esa detención tan importante. Deciden llevarlo a El Caney, pero el jefe militar del lugar se opone, teme que, por la relevancia del detenido, intenten rescatarlo. Lo conducen entonces a El Cobre en cuyo cuartelito lo recluyen.

Rosario se muestra sorprendida de que Vilma y Asela la visiten para saber de Frank. Impuesta del caso se apresta a las gestiones. Acompañada por América y Graciela Aguiar se presenta en el SIR. El oficial que la atiende niega enfático la detención. En el Moncada no se tienen noticias de Frank. Graciela induce el paso inmediato de los periódicos y las estaciones de radio para hacer la denuncia pública. El vespertino *Oriente* da cuenta del reclamo en un titular. Los informativos radiales hacen otro tanto y de inmediato las fuerzas vivas y la FEUO se pronuncian públicamente exigiendo el esclarecimiento. El general Díaz Tamayo se ve obligado a admitir la detención y le concede una entrevista a Rosario. Ante ella justifica las negativas precedentes con el argumento de que Frank había sido detenido bajo un nombre supuesto que casualmente correspondía al de un comunista buscado por las autoridades. En razón debieron aislarlo en otra instalación por lo que no podría verlo de inmediato sino al día siguiente. Ante la actitud tajante y resuelta de la mujer, el general se deshace en excusas y explicaciones. Al encontrarse con Frank al día siguiente la madre lo abraza conmovida mientras exclama: ¡Hijito! ¡te he buscado con dolor! Frank observa: actuaron muy a tiempo porque la intención de estas gentes era matarme.

Entre tanto, la noticia caía con efectos desoladores en el marabuzal. Norma se enfrentaba a rostros desconfiados y recelosos, a temperamentos en crisis de incertidumbre. Frank era el alma y la savia del destacamento. Había prometido ir a despedirlos. Vibraba la duda de que la empresa se descubriera en las investigaciones, porque pudieran haberlo seguido durante sus viajes a Manzanillo. Celia apelaba a sus dotes persuasivas para tranquilizarlos. “Salvador

—ustedes lo saben—, es muy cuidadoso como conspirador y por descontado no hablaría ni bajo las peores torturas. Por tanto el plan se mantendría”. Cuando informa a Santiago de la situación que existe, Hart y Haydée viajan al lugar. Llevan el mensaje que Frank dio a América en secreto durante la visita al Moncada: —dile a los compañeros que lo que está preparado no se detenga, que siga adelante.

En medio del caso que conmociona a la ciudadanía santiaguera ocurre en la capital un hecho extraordinario que sorprende a la opinión pública. Las huestes del Directorio Revolucionario asaltan el Palacio Presidencial en intento de ajusticiar a Batista. La fecha del 13 de Marzo se inscribiría entre los hitos del devenir histórico cubano, rubricada con la sangre heroica de José Antonio Echeverría y sus compañeros. Levantados los arrestos bélicos y acaso en respuesta a la feroz represión del régimen por los sucesos de La Habana, el 16 de marzo, los cuarenta y ocho integrantes del refuerzo, perfectamente equipados, salen hacia la Sierra Maestra y los recibiría en su campamento el comandante Ernesto *Che* Guevara. El 18 Frank es remitido a la cárcel de Boniato sujeto a la Causa 67.

CAPÍTULO XX

Resistencia Cívica

La prisión le devuelve el contacto con los compañeros combatientes. Están allí los del 30 de Noviembre y los del *Granma*. Fuera hay cierta incertidumbre. El refuerzo llegaría a su destino alentado por las palabras de Haydée, Hart y Celia, que les transmiten el recado de Frank, y los miembros de la Dirección en Santiago, si bien movilizados a tenor de las tareas a cumplir, viven pendientes de Frank y buscan vías de acceso para recibir sus orientaciones, pues a pesar del confinamiento lo acatan como al jefe nada fácil de sustituir. Entre los recluidos en Boniato existe una marcada compartimentación. Forman grupos diferenciados que se miran con recelo. Carecen de la información básica que les indicaría los rumbos actualizados del acontecer insurreccional como secuela del aislamiento y a ratos intercambian palabras recriminatorias. Los del *Granma* reprochan a los del treinta el no haber esperado por el desembarco. Los del alzamiento se refieren a la tardanza de la expedición. Entre los del 30 de Noviembre hay quienes se quejan de que no les dieron armas eficientes para combatir; a algunos se les recrimina por no haber cumplido sus misiones. Otros índices de división están en localismos y tendencias. Se agrupan como manzanilleros, holguineros, guantanameros, santiagueros. Las ideas del fracaso, sin embargo, no prevalecen. La mayoría ve la prisión como un eslabón necesario de la lucha y de acuerdo con el grado de comprometimiento, especulan sobre posibles condenas y absoluciones. Ocupan como presos políticos la galera número 1, donde la vida de reclusos se expresa en peculiares formas de transitoria convivencia. En medio del complejo humano hay quienes sufren por la pérdida libertad y quienes, en notas de optimismo, imponen caracteres de jocosidad y gracejo en

las relaciones, haciendo del choteo y la burla un arma de esperanza. Tales los casos de Orlando Regalado y Flodomiro Vistel, promotores consumados de bromas y maldades. Suelen acercarse a la celda de un hombre joven y nervioso al que atribuyen la supuesta empresa de tomar el Moncada. Se cuadran militarmente y le informan que las tropas para la acción están formadas mientras lo acreditan como “teniente”. El aludido reacciona frenético porque lo pueden señalar como jefe y comprometerlo ante los custodios. Les ruega, los increpa y luego sale en busca de alguien con autoridad que los contenga. Ellos por su parte, arman un coro y le cantan:

*El Cuartel Moncada
no es particular
se asalta y se toma
como cualquier lugar.*

A veces se van ante otra celda donde un hombre maduro gime su desgracia. Es el señor Pellicer, vecino del área inmediata al Instituto de Segunda Enseñanza, amigo del chino Hung, un estudiante muy fogoso y arrestado, integrante de las Brigadas que combatió desde el plantel, el día 30 de Noviembre. En un momento de calma, Pellicer se acercó al lugar preocupado por su joven amigo. Tuvo la mala suerte de que en ese instante se produjera una redada que lo envolvió en los sucesos y lo condujo hasta Boniato. Diariamente clama por su inocencia. Regalado y Vistel lo asedian con su corillo:

*Señor Pellicer
El chino te embarcó
Te llevó al Instituto
A tirar Molotov.*

Cuando lo ven atribulado, en el clímax de la desesperación, se le acercan y lo abrazan animosos y le dicen que se alegre, que la vida es corta y hay que vivirla con optimismo.

Por la escalerilla que conduce a la galera número 1, asciende Frank acompañado del jefe y de un custodio. La voz del primero conmueve todo el ámbito carcelario: ¡ese es Frank País! ¡A la celda número seis! Los reclusos abandonan sus cubículos, los grupitos que juegan damas, parchis o ajedrez, los que limpian pisos, los que leen

o conversan, se movilizan en atención y pueblan el largo pasillo central. Frank avanza hacia la segunda plaza a la izquierda. Josué y Léster se abren paso y el primero se funde con el recién llegado en el abrazo. En sucesión lo harían Léster, Rosendo, Chaín, Casto y otros. En medio del pasillo Regalado exclama: ¡ahora sí que esto se va a poner sabroso! Las primeras impresiones le entregan un resumen del estado de las cosas. Léster, que funge como jefe, le narra cómo han tenido que batallar para lograr algunas condiciones, pero advierte que los intentos organizativos tropiezan con resistencia de parte de los grupos. Frank se interesa por la vida que hacen, si aprovechan el tiempo. La respuesta es vaga. Solo los expedicionarios se reúnen y hablan de política entre ellos, pero no invitan a nadie. Frank da unos pasos hacia la entrada de la celda y mira el entorno. Luego se vuelve a sus compañeros y preocupado por la moral que debe prevalecer, les dice: “Aunque estemos aquí adentro seguimos siendo revolucionarios y combatientes y como tales debemos actuar. Nos han cambiado el escenario, pero nosotros seguimos siendo los mismos”.

Acompañado de Léster, Josué, Casto y Chaín, recorre la galera celda por celda y saluda a cada uno de los compañeros de cautiverio. En una, pegada al salón de comedor del fondo, están los expedicionarios. Ve a Manolo Hechavarría, a Montané, a Hidalgo y a Cámara que conversan de asuntos políticos. Informa que debe hablar con todos. Lo hace de su visita a la Sierra y de las instrucciones que trajo impartidas por Fidel. Quiere además informarles de la situación de la guerrilla y del Movimiento y recabar su cooperación para organizar a todos y hacer fructífera la prisión. Los del *Granma* deben explicar por escrito las circunstancias de su detención para que la Dirección Nacional las valore. Serenamente expone que trae la máxima representación del Movimiento y se propone actuar como tal. Hidalgo recuerda la experiencia carcelaria de los moncadistas y aclara que fue apresado por la Marina, que estuvo a punto de morir a manos del sanguinario teniente Laurent y que debe su vida al comandante Juarrero que lo libró de los desmanes del asesino. Frank alega que no le extraña la actitud de Juarrero pues antes del treinta contactó con él para apoyar las acciones y que se abstuvo al no escuchar el mortero. Acuerdan elaborar un reglamento interno

que contemplaría la formación política y militar y la instrucción de quienes tienen bajo nivel. Recaba la cooperación de los más preparados profesionalmente y se ofrece para impartir clases en varias materias. Los expedicionarios aportarían sus conocimientos tácticos de lucha, de acuerdo con la preparación que habían recibido del general Bayo, experimentado guerrillero de la Guerra Civil en España. Se redistribuyen las funciones directrices. Léster tendría a su cargo las relaciones con el exterior y él asumiría la rectoría interna. En pocos días se aprecia el cambio radical.

Las clases se imparten regularmente, se establece una biblioteca, Hidalgo encabeza los seminarios de estudios políticos y sociales, Cámara, utilizando palos de escoba en remedo de fusiles, enseña tácticas guerrilleras, Frank explica Matemática, Gramática e Historia. Se debate sobre idealismo y materialismo y sobre reforma agraria. Algunos pronunciamientos provocan acaloramientos cuando varios estiman que lo que se expone respecto a cambios socioeconómicos es comunismo. Los condicionamientos tradicionales del sistema y su cultura permeaban las conciencias con rígidos patrones de rechazo. En un momento de explícitas contradicciones sobre materialismo histórico, alguien se vuelve a Frank en demanda de apoyo al repudio de argumentos progresistas: —¡Oye, Frank, lo que dice éste! ¡Contéstale tú!— Frank replica —A mí me parece interesante. Habría que analizarlo.

Frank escribe a sus compañeros de la Dirección y les dice: —Creo necesario que se comuniquen conmigo tratando de buscar alguien no conocido. Me interesa saber si ya la gente llegó donde Alex y si el envío de aquel sábado se hizo. Que “Manolo” —Carlos Iglesias, *Nicaragua*— haga una comunicación provincial y nacional a nombre mío en que lo nombro a él mi sustituto y en que se informe que no ha cambiado en nada el Movimiento por mi caída.

Los días de visita traen a Rosario y a América. La “mujer fuerte”, como él la llama, se esmera en satisfacer sus gustos culinarios. Con ambas transmite recados y señales, pero el sistema de comunicaciones clandestino apela a los métodos elaborados para encubrir mensajes. Frank escribe con zumo de limón y las misivas le llegan introducidas en tubos de pasta. Escribe constantemente o lee aislado en su celda mientras en torno acrece el parloteo. Las barreras

sectoriales se han quebrado y aires de unidad y solidaridad humanas predominan. La disciplina rige las conductas y las relaciones y se suele acudir a Frank ante cualquier duda o reserva. Las incidencias del 30 de Noviembre las mantienen en muchos.

Frank, aunque anuncia un análisis medular posterior sobre lo acontecido en la fecha, aclara algunos puntos. A William Gálvez le explica por qué el grupo de Pena no tuvo mejores armas para el cerco del Moncada y deja para una reflexión posterior su solicitud de que le envíe a Holguín con la finalidad de ajusticiar al asesino Fermín Cowley por la masacre de “las Pascuas sangrientas” en las que se destruyó las estructuras del Movimiento en el norte de Oriente. Sopesa también la situación de cada uno de los combatientes presos. Las posibilidades de salir absueltos o ser objetos de condena. Al respecto escribe hacia el exterior.

Entre tanto, unas declaraciones altisonantes del general Tabernilla, el viejo socio de Batista que ostenta la jefatura de las Fuerzas Armadas, minimizan ante la prensa nacional e internacional la presencia de la guerrilla en la Sierra. Para “el viejo Pancho” se trata de diez o doce individuos que no combaten y a quienes no queda otra salida que entregarse o escapar, si pueden.

En San Jerónimo, Vilma, Hart, Haydée, María Antonia, Gloria Cuadras, Ramón Álvarez, Asela y Bilito Castellanos, revisan preocupados la situación de los presos. El último, como abogado, vierte sus opiniones sobre el posible curso de la causa judicial. Los del *Granma* serían condenados irremisiblemente. Los más comprometidos el 30 de Noviembre tampoco tendrán escapatoria. Por descontado que Frank estaría entre ellos dado su papel significativo que no solo conocen los personeros de la tiranía sino que trasciende al dominio público. Se define la responsabilidad de la defensa de los encartados que en el caso de Frank asumiría un abogado de mucha experiencia como lo es el doctor Villalvilla. Se piensa también que en Boniato hay un grupo de jefes que serían muy útiles en la calle y por las dudas se decide consultar a Frank. Y efectivamente, el régimen pretende que los tribunales respondan a sus intereses y actúen con rigor. La vista se fija para el 18 de marzo, a celebrarse en el ámbito carcelario de Boniato con la finalidad de evitar la asistencia de público. En cuanto a Frank, los mandos represivos aportan la difusa información

de que disponen. El general Rodríguez Ávila, jefe de la inteligencia militar, traslada sus datos al Moncada:

constan diversos reportes en el departamento de investigaciones, demostrativos de sus actividades subversivas, contra los poderes del Estado. Es el jefe del Movimiento 26 de Julio en la provincia de Oriente. Hombre de absoluta confianza de Fidel Castro, organizador del ataque al cuartel Moncada [...] es organista de iglesias. Alentador de juventudes católicas en actividades subversivas y terroristas. No aparece reclamado por autoridades judiciales algunas.

Sorpresivamente, Faustino Pérez es detenido en La Habana y con esto el Movimiento sufre un descalabro. Las armas que tenía acopiadas con vistas al nuevo frente guerrillero son ocupadas. La noticia anonada a la Dirección en Oriente que ve sin guía segura la insurrección en la zona occidental. Deberá pulsar la opinión de la Sierra respecto a un previsible sustituto. También para nueva sorpresa —esta vez algo grata— se suspende la vista de la Causa 67 con lo que se tiene un margen de tiempo para la reflexión. Batista hace declaraciones en que asegura la ausencia de rebeldes en las montañas e invita a la prensa a comprobarlo. Se organizan así viajes de periodistas por tierra y aire. El coronel Barreras, jefe de fuerzas especializadas enviadas desde días posteriores al desembarco, los atiende y se esfuerza en demostrar la veracidad de las palabras del general. En su opinión, la entrevista de Mathews había sido una falsedad. No se refirió, sin embargo, a las razones de la permanencia e incremento de fuerzas del régimen en la zona. A pesar de tales esfuerzos la opinión pública está del otro lado e intuye las falacias. Como reafirmación del nerviosismo oficial se anuncian cambios en los mandos militares. El general Díaz Tamayo es sustituido por Rodríguez Ávila e igual suerte corre el jefe del Distrito Naval de Oriente. En el empeño de dar una imagen de normalidad, el 15 de abril se restablecen las garantías constitucionales y el 17, con bombo y platillos, se anuncia el retiro hacia la capital de las fuerzas especiales del coronel Barreras. Nada se dice de que otras más numerosas, quedaban en la zona a las órdenes del coronel Casillas.

Frank, el entorno carcelario y el conglomerado de sus adeptos son objeto de su observación constante. Se reúne con ellos por

grupos y deliberan. Algo llama su atención: ¿por qué cuestiones que se consideran de la mayor reserva dentro del Movimiento son del dominio de muchos en el reclusorio? ¿Por qué se habla del ingreso al Movimiento de gentes no seleccionadas rigurosamente, como los casos que conoce en Las Tunas y Contramaestre? Sin el cuidado necesario, las huestes revolucionarias pueden ser penetradas por el enemigo. Se inquieta al respecto. Percibe que hay relajamiento de la disciplina y en sucesivas comunicaciones alerta y ordena, prepara planes de acción, tareas y metas para cada territorio, que se propone controlar al detalle. Orienta sobre la distribución de bonos y sobre el cumplimiento de cada frente. Insiste en que se dé a conocer su papel directriz para evitar la dispersión en cada lugar. Sus compañeros de encierro lo buscan y lo consultan constantemente. Lo encuentran en su celda inmerso en lecturas o escrituras de las que a ratos levanta la vista para escuchar el barullo en la galera. Regalado y Floro, sobre todo, lo hacen reaccionar así. Los escucha en lidia por repartirse el periódico y por la forma en que anuncian a los demás las noticias. Sobre los cambios militares recientes, Regalado dice que se llevaron de encuentro a “diez por uno”, aludiendo al general Díaz Tamayo. Mandan a otro general a quien le dicen “el rata”. Floro comenta que aquí puede encontrarse con el gato. Regalado aduce que Batista sigue dando lechada a la fachada y Floro alega que se le va a cansar la muñeca.

El custodio golpea insistente en la reja mientras pregunta qué pasa y Floro le contesta que nada, “que Yayabo está en la calle con el último detalle”. Sin duda todos agradecen el espíritu siempre alegre y jaranero de ambos. Regalado, sin embargo, obtendría la libertad por esos días y así se perdía el ambiente que imponían con sus caracteres, al igual que los servicios de correo y apoyo que prestaba “la flaca”, la novia de Regalado.

Frank no solo escribe sobre las incidencias y contingencias del acaecer revolucionario. También lo hace a algunas amistades como Alina, de Guantánamo, a la que envía, como testimonio de sus lecturas recientes, un poema.

Frank analiza las circunstancias del conglomerado y las suyas. Está convencido de que serían condenados y comienza a fraguar un plan de fuga masiva. Indaga entre sus compañeros quiénes conocen

la zona norte. Desde la ventana de la celda y en los momentos de desplazarse por el área, observa las montañas de Puerto Boniato, las más cercanas y las distantes de la cárcel. Casto Amador dice conocer hasta Baracoa y Frank con Josué, Léster, Chaín y otros, perfila la idea. Necesitarían apoyo externo y por lo pronto alguna forma de señales y alguien que, desde la altura del puerto, las capte. Se requeriría hacerlas de humo. Hilda Luz, la esposa de Casto, acepta la encomienda. Quedaba cómo producir la señal. Se las ingenian para utilizar el flit contra mosquitos y la pequeña hornilla en que cuelean el café en la celda. La humareda es enorme y el custodio llega apresurado y regañón. Frank explica que la hornilla ha tenido tupición. En cuanto esté el café lo llamarán para que tome. Hilda Luz regresa con su hora de visita y dice haber visto mucho humo desde una de las últimas curvas del puerto. Los demás implicados en el plan preguntan con qué armas ejecutarían la fuga. Frank les responde que deberían estar ya en Santiago algunas que fueron remanentes salvadas del ataque al Palacio Presidencial. Efectivamente, militantes del M-26-7 en La Habana las recogieron y las trasladaron a lugares seguros. Coinciden en uno de los escondites con el de Fructuoso Rodríguez, heroico combatiente del Directorio Revolucionario que tras la muerte de José Antonio ocupa la jefatura. Identifica las armas como pertenecientes a su organización y convoca a los compañeros suyos que pueden moverse hacia el lugar. Algunos se oponen a la entrega, pues el Directorio se propone continuar la lucha, pero el propio Fructuoso y Faure Chaumont invocan la *Carta de México* —el pacto entre Fidel y José Antonio— y deciden entregarlas al M-26-7 para que combatan en la Sierra. Manuel Piñeiro y otros trasladan algunos alijos y Tarás Domitro acusa, como alguien diría, “varias horas de vuelo” en aquel trasiego desde la capital hasta la finca de Otero. El estudio del dispositivo vigilante en el ámbito carcelario arroja decepción sobre el plan de fuga. Después de las evasiones del 30 de Noviembre, todas las postas se han reforzado y otras nuevas, junto a medidas de control, se han impuesto. Están allí no solo los del 30 de Noviembre, sino también los del *Granma* y para la claqué batistiana se trata de presas mayores. Frank, a pesar de sus características flemáticas, desespera un tanto. Convencido que sería condenado, transita a la idea de salir él a toda costa. Se sabe

necesario en el exterior y está dispuesto a cualquier sacrificio por lograrlo. Concibe declararse enfermo para que lo lleven al hospital y a la vez instruye a Nicaragua para que prepare un comando que, aprovechando la ocasión, lo rescate. Para esto propone partirse un brazo. El médico de la cárcel, doctor Martorell, lo disuade y le sugiere que adopte como pretexto, trastornos digestivos, con lo cual él lo remitiría al hospital.

A pesar de la designación de Manolo como sustituto, Frank sigue desde su cautiverio dirigiendo el Movimiento. Le escribe con los detalles del plan de fuga. Pero, la Dirección, por su parte, se afana y se ocupa de los problemas que se precipitan. Haydée, designada para reemplazar a Faustino, debe partir hacia La Habana junto con Hart para tomar las riendas en Occidente y organizar los envíos de las armas rescatadas. Hay tristeza en San Jerónimo por la separación de compañeros que compartieron tantos momentos de esfuerzos y esperanzas. Los guantanameros responden una vez más y obtienen nuevos pertrechos en la Base Naval con lo que Frank perfila definitivamente una idea que venía madurando: la apertura de un segundo frente guerrillero en el norte de la provincia. Para lograrlo, debe contarse con la anuencia de Fidel. Arturo recibe comunicado de Celia en el sentido de que Fidel quiere rebatir las declaraciones de Batista y pide que otro periodista extranjero suba a la Sierra. Haydée asumiría la tarea de lograr que un reportero de la televisión norteamericana, Bob Taber, aceptara la invitación. Se da a conocer también que Armando Hart había sido detenido en La Habana. Manolo, con todos estos asuntos en cartera, sale hacia la Sierra Maestra. Deja en manos de Tin Navarrete y Tarás Domitro el presunto rescate de Frank. El día acordado, con gran refuerzo de vigilancia en el tránsito y el hospital civil, es llevado al médico. Tin y Tarás emplazan convenientemente el comando, pero el cerco y la custodia los inhiben. Están convencidos de que cualquier intento costaría la vida de Frank.

Tres autos situados en las calles Trinidad y Calle Nueva ven llegar el jeep militar en que lo traen esposado. En los alrededores del hospital un cordón de agentes con armas largas impide acercarse. El teniente Piña manda los efectivos en cumplimiento de órdenes que considera a Frank el lugarteniente de Castro y, por tanto, puede

darse el intento de rescate. La fallida operación disgusta a Frank, que escribe indignado en demanda de explicaciones. La Dirección responde aprobando la actitud cautelara de los compañeros que no quisieron arriesgarlo en un intento sin posibilidades reales. Las razones expuestas aplacan a medias su disgusto.

Un hecho de repercusiones nacionales ocurre en La Habana. En un apartamento del edificio marcado con el número 7 de la calle Humbolt son asesinados Fructuoso Rodríguez, Juan Pedro Carbó Serviá, Joe Westbrook y José Machado, miembros del Directorio Revolucionario y atacantes del Palacio Presidencial. Una cobarde delación los entrega a las garras del comandante Ventura Novo, por entonces el más temido asesino policial de Batista en la capital. Frank los recuerda de sus entrevistas con la FEU en La Habana y comenta con sus compañeros que la clandestinidad en la capital es ciertamente difícil. Batista ha promovido en los mandos a caracterizados torturadores y criminales de toda laya, a algunos de los cuales ha sacado de las cárceles. Paga pródigamente a los soplones que forman una especie de organización de “colaboradores” a los que la opinión pública identifica como “chivatos”. El señalamiento de nueva fecha para el juicio moviliza una vez más a la Dirección del Movimiento. Vilma y María Teresa Taquechel se entrevistan con un magistrado del Tribunal de Urgencia y pulsan sus opiniones. El hombre confiesa que están bajo terribles presiones que ejercen sobre ellos el Moncada, Columbia y el mismo Batista. Quieren que se condene a todos los encartados. Vilma pregunta si cederán o defenderán la independencia del Poder Judicial. La respuesta es de que hay división de criterios entre los magistrados, aunque la mayoría se siente asqueada de los métodos burdos e impositivos del régimen. En opinión del entrevistado, los sucesos del Moncada en 1953 marcaron al tribunal y algunos quieren limpiarse. Observa que hasta el fiscal está erizado con el caso. María Teresa pregunta respecto al enfoque que darían al juicio. El hombre alega que los del *Granma* y algunos muchachos del 30 de Noviembre con antecedentes notorios no tendrían escapatoria. Los demás serían absueltos, pues ninguno fue detenido en la comisión de los hechos que se les imputan y no hay pruebas contra ellos. —¿Incluido Frank País? El magistrado vacila un segundo al

escuchar el nombre, pero se repone: —sí, incluido él. ¿Por qué no? Fue detenido mucho después.

El rápido mensaje que le hace llegar la Dirección al respecto, tranquiliza a Frank. En su desesperación ante el fracaso del rescate, se le ocurrió declararse culpable en el juicio y dar un gran escándalo de denuncias contra el régimen. Las seguridades que se brindan de una posible absolución lo tranquilizan. Le preocupan los compañeros que serían condenados. Cambia impresiones con muchos y en especial con los expedicionarios. Jesús Montané le comunica el acuerdo tomado entre ellos. Se declararán autores de los hechos que se les imputan y denunciarán los crímenes cometidos con los prisioneros. Él asumirá la ponencia a nombre de sus compañeros. El hecho de que el juicio, por presiones de la ciudadanía, se hiciera público y en la Audiencia, abre esa oportunidad. Iniciada la vista en la última decena de abril, se presentan dificultades en el proceso. Los abogados reclaman que se les permita conversar con sus defendidos y el 24 se les concede. Diariamente los sacan de la prisión esposados o amarrados de dos en dos, los conducen en medio de gran despliegue militar hasta tres ómnibus custodiados con rigor. Todos visten sus mejores ropas gracias a familiares y visitantes. A Frank, sus compañeras de iglesia de El Caney le envían un traje blanco que usaría durante la vista. El primer día miran a través de las ventanillas de los ómnibus con la esperanza de ver gentes al paso. Josué comenta que solo están los partidos de Batista, el amarillo, el blanco y el azul, pero los sorprende que tras la vigilancia situada en los cruces de la vía, surgen numerosas personas que agitan pañuelos y banderas en el saludo. En la audiencia, los abogados defensores se sienten respaldados al obtener buenos resultados en las primeras escaramuzas de procedimiento. La presencia del público fortalece y saben que el tribunal está ahora influido fuertemente por gentes del Movimiento. Los doctores Paglieri, Villalvilla, Torres Santrayl, Pomares, Amat, Serguera, Molinos Aranda y otros, eligen entre ellos una representación que contacta por lo bajo con el tribunal. La prueba de confesión permite a Montané y a Hidalgo denunciar la bestial represión que desatara el ejército en la zona de operaciones y los crímenes de Laurent y otros esbirros. De sus labios se escuchan las motivaciones de la lucha que representan por el futuro de Cuba.

El tribunal accede a los recesos que solicitan los familiares para que los acusados disfruten de una merienda y en esos intervalos Rosario, América y Graciela Aguiar, se acercan a Frank y conversan, trasladan informaciones y recogen recados y orientaciones que Frank envía a la Dirección. En una de esas misivas exige compartimentación exquisita. Mucha gente pudiente a la que ha sido necesario acudir en reclamo de recursos e influencias, exigen datos y después hacen alarde de sus vínculos hablando más de la cuenta.

El joven Francisco Ramos Peguero es interrogado. Había sido detenido en la zona de los muelles por un sujeto que todos conocían como el sargento Naranjo, que poco tiempo atrás perteneciera al ejército. El 30 de Noviembre detuvo a Ramos al que condujo hasta el Moncada. En el juicio el joven denunció el caso y el abogado defensor, doctor Pomares, desenmascaró a Naranjo.

El curso que toman las cosas alarma al Moncada. Es evidente que los magistrados no actúan como se esperaba. El general Rodríguez Ávila habla con Casillas, Lavastida y el abogado Laureano Ibarra. La opinión es que solo condenarán a los del *Granma* y a algunos con causas pendientes, a la gente de Guantánamo que tomaron el Central Ermita. Se basan en la falta de pruebas de la mayoría de los casos. Deciden aumentar las presiones una vez que observan la conducta del tribunal ante los miembros de las fuerzas armadas. Les inquieta también la actitud de la ciudadanía que ha convertido el tránsito de los presos por la carretera de Boniato en cotidiana ocasión de demostraciones solidarias y de repulsa al régimen. El pueblo a ambos lados de la vía grita ¡libertad! ¡libertad! Josué y Paquito Cruz se levantan conmovidos y Frank hace otro tanto mientras indica a sus compañeros: ¡vamos a cantar el *Himno Nacional*! Los custodios se paran y empuñan las armas pero quedan inmóviles ante las notas del himno de Bayamo.

El primer testigo por la fiscalía es el coronel Casillas. Sus descargos contienen inexactitudes, disparates, infundios. Expone que los cuerpos armados conocían de planes para alterar la paz pública; que un grupo de revoltosos, comunistas y politiqueros intentarían atacar instalaciones militares. Un magistrado lo interrumpe y solicita que señale entre los acusados quiénes son comunistas. Casillas vacila, se enreda y se remite a las actas en que constan las diligencias. El

abogado defensor Jorge Serguera lo interroga en el sentido de que defina la causa de que centenares de jóvenes se lancen a una empresa tan riesgosa. La respuesta del coronel alude a desorientación, a la falta de formación pedagógica y a la poca disposición para el trabajo honrado.

Un clamor de risas surge en el público. El doctor Villalvilla inquiere sobre la posibilidad de que un individuo pudiera participar en los ataques a ambas estaciones de policía. Casillas lo asevera y señala a Frank en ese caso. Otro magistrado demanda respuesta sobre el cumplimiento del requisito de usar en los registros el mandamiento judicial. El coronel, algo embarazado, replica que se cumplió en los casos posibles, pero no en todos porque ese trámite, ante situaciones anormales, suele convertirse en un impedimento. El doctor Molinos Aranda salta incisivo: entonces ¿usted acepta o estima que cuando las condiciones no son normales se puede actuar contra la ley? Casillas queda sin habla mientras el público aplaude. Las incidencias y repercusiones de esa jornada merecieron reflexiones ese día en la celda número seis. Frank, Léster, Josué, Chaín y Casto se muestran optimistas. Pero, a Frank le preocupa la situación de Ramos Peguero. Casto refiere que llegó a Cuba en un bote y en entrada clandestina. Frank dice que la acusación de Naranjo puede revolver todo eso y promover su expulsión del país. Lo hecho por el ex sargento es una villanía a través de la cual quiere congraciarse con el SIR y favorecer sus planes personales de irse a Venezuela a poner un prostíbulo para lo cual capta muchachas en la zona de los muelles, área donde detuvo al joven. Otro testigo de la Fiscalía es el teniente Durán. Rezuma cinismo y mendacidad. Además de disparar en la estación de policía, fue encargado de numerosos registros en las casas de los acusados a muchos de los cuales detuvo. El tribunal lo asedia en el interrogatorio para que explique los malos tratos, las golpizas y las torturas que aplicara, así como el saqueo de prendas y objetos de valor en los registros efectuados por él. Con pasmosa desvergüenza declara no saber nada de lo que se le pregunta y en todo caso, que cumplía órdenes superiores. Atribuye esas “mentiras” sobre su persona a confabulaciones de quienes saben de su decidida defensa del general Batista.

El ex sargento Naranjo es llamado a declarar. Se esclarece que ya no es militar, pero “colabora”. El doctor Pomares, defensor de Ramos, lo interroga sobre sus andanzas por la zona de tolerancia en su gestión captativa. Naranjo elude el diálogo en lo posible. Terminada la vista, cuando el letrado se dispone a abandonar la audiencia, le traen recado de Naranjo que quiere hablarle. La entrevista con el sujeto es sorprendente y salvando el sentido de barbarie que contienen sus palabras, el letrado toma en cuenta la intención que lo mueve y que puede favorecer a su defendido en los términos de un arreglo. Naranjo no quiere que se le señale como proxeneta. Había dejado las fuerzas armadas porque se convenció de que los “muchachos” iban a ganar porque el gobierno no hacía lo que debía. A la pregunta del letrado, el tipejo dice fríamente: matarlos a todos. Prepara su “negocito” para irse a Venezuela. Muestra varios pasaportes de mujeres que se llevaría y no quiere problemas. Si el abogado se compromete a no atacarlo en esa vertiente, él estaría dispuesto a retirar la acusación. Pomares no supo cómo la conversación llegó a oídos de Frank. Es el caso que hasta el salón de entrada llegó un muchacho con el recado de que Frank quería verlo, que subiera hasta la sala de Retención donde acogían a los procesados antes de entrar a la sala. Frank lo interrogó al respecto y él le contó lo hablado. Frank le pregunta si se puede confiar en la promesa de alguien así. Pomares duda. Naranjo es capaz de cualquier artimaña. Pomares escucha entonces una serena y terminante solicitud: dígame a Naranjo que suba. Quiero hablar con él. A través de la reja que aísla a los procesados, el hombre escucha a Frank que lo mira fijamente. Le han dicho que retirará la acusación a Ramos. Naranjo lo asevera vivamente. Frank le dice que él es uno de los tipos a quienes el Movimiento tiene en la mira para ajustarles cuentas. Naranjo se repliega timorato. Él tiene palabra, le dice Frank, como si no lo oyera, continúa: si no cumples, no vas a irte a ninguna parte porque yo estoy preso, pero tengo a todos en la calle. Naranjo finge sumisión y asiente nervioso. Bajo esta presión retiraría las acusaciones.

El curso del proceso se complica de nuevo. El régimen, a través de sus personeros se muestra molesto, desesperado. No es posible que el tribunal continúe en esa actitud proclive a los facciosos. El juicio debe ser suspendido hasta que se les arranque a los magistrados

el compromiso de condena masiva. Rodríguez Ávila, Casillas, Lavastida y Laureano Ibarra deliberan de nuevo. Por la repercusión que pueda tener en la opinión pública, rechazan la idea de que el general Rodríguez Ávila presione. Deciden apelar a La Habana donde Batista puede hacer algo por vía del Tribunal Supremo.

Entre tanto, Rodríguez Ávila induce la suspensión con el pretexto de que no dispone de suficientes custodios para el traslado de la cárcel a la audiencia. El presidente del Tribunal es citado con toda urgencia a la capital. En el Moncada concluyen que si se producen las absoluciones, les quedaría el recurso de cazar a los revolucionarios en la calle con lo que ellos dictarían entonces las "sentencias". En Boniato se comenta el giro que toma el asunto y Frank vuelve a considerar planes de fuga. Quisiera tener un arma para llevarse la guagua en que los transportan. Pone a Léster a pensar. No podrían obtenerla desde el penal porque los registran a la salida, pero tal vez sí desde la Audiencia. Así, al reanudarse la vista, Léster se acerca al doctor Pomares y le pide que le enseñe el Código Penal. Al comprobar el grosor del ejemplar le sugiere que intente ocultar una pistola pequeña en el libro y él se lo pediría para leer en un momento dado. Pomares se alarma e inquiere si ellos no van a esperar la sentencia. Léster responde que el tribunal tiene orden de condenarlos y quieren estar preparados para esa eventualidad.

Por su parte, la Dirección del Movimiento ha decidido no cruzarse de brazos ante el nuevo giro del proceso. A través de Resistencia Cívica y por propia gestión mantienen nexos de apoyo a los magistrados a los que rodean de atenciones y trasladan con sutileza y fervor patriótico la confianza de la opinión pública. Una aureola de justicia y firmeza los envuelve. Los mandos militares se han replegado por orden superior. Batista, en su empeño de darse un barniz civilista, les ha ordenado mantenerse al margen de la judicatura por lo que deben prepararse para la fase de aplicar justicia por sus manos. El fiscal, doctor Mendieta, en sus conclusiones acusatorias no propone penalidades específicas. Se remite a los preceptos del código y que los magistrados decidan. El presidente del tribunal se reúne con los representantes de la defensa y les expone que los del *Granma*, los de Guantánamo y algunos del 30 de Noviembre serán condenados. El resto saldría en libertad. Lo informan para que los letrados

tranquilen a los muchachos y a sus familiares y adeptos. Pero, un hecho imprevisto estaría a punto de empañar lo acordado. Paquito Cruz ha estudiado una posibilidad de evadirse de la Audiencia. Se lo comunica a Frank y este le responde que si es factible lo haga. Así, burlando al custodio, se escapa utilizando la puerta de entrada y salida de los togados, junto al podio. Al comprobarse su ausencia, la vista se suspende. Los magistrados rumian su disgusto ante algo con lo que no contaban y que puede poner en peligro lo planeado. Villalvilla habla con Frank en Boniato y este pide su consejo. Cruz era uno de los probables absueltos. El defensor propone que Paquito regrese al juicio. Frank desde Boniato da la orden y en la vista siguiente el joven se presenta y se integra a la bancada. Su excusa fue la de una repentina indisposición. Con los procesados de pie, el Presidente del Tribunal dicta sentencia. Uno, seis y nueve años recaen sobre los casos que consideran probados según el código. Sobre el resto se dicta absolucón. La sala vibra jubilosa y los jóvenes desde el banquillo entonan una vez más el Himno Nacional en explosión emotiva que el público secunda fervoroso.

En Boniato truena la hora de la recogida. Hay júbilo mezclado con pena. Los que se van y los que se quedan. Frank conversa con los últimos. No los olvidarán ni los dejarán solos. Casto y William Gálvez están con los del *Granma* y los de Guantánamo. Floro y Josué le extienden un pliego en que todos estampan sus firmas. En San Jerónimo, Vilma, Tarás y Asela planifican la recogida. Rosario receptará a Josué y Asela y el Reverendo Agustín González a Frank. Se trata de actuar con premura pues hay noticias de que el SIR se propone detenerlos a la salida. Tras una espera que se les antoja interminable, Asela y el Reverendo trasladan a Frank con toda prisa a la casa de María Teresa Taquechel en el reparto Vista Alegre. Tras despedirse del pastor y antes de entrar al lugar, Frank recaba la complicidad de Asela para que le procure un encuentro con América esa noche en el club Subway. Quiere estar con la novia después de tantos días de separación y casi lo suplica. Asela se siente confundida y llena de temores ante la petición. Él, consciente de que cuidan su seguridad, advierte que nadie debe saberlo. Su acompañante al fin asiente, pues le parece hermoso y justo que ello ocurra. Llaman a Tarás y este se encarga de todo el movimiento.

Frank con América y Asela con Bebo ocupan un cubículo reservado en el club penumbroso que iluminan tenuemente las linternas rojizas manejadas por los camareros. Comparten y bailan hasta las doce de la noche y Tarás con su acostumbrada fidelidad los regresa a sus lugares de estancia. El responso que Asela se ganara en San Jerónimo por lo que se consideró una imprudencia imperdonable, marcaría un recuerdo para toda la vida. A esto opuso como explicación la sensible naturaleza de la petición.

CAPÍTULO XXI

Penúltima visita a San Bartolomé

Los movimientos de Frank en esas primeras horas de libertad son medidos y cautelares. Así va a su casa de San Bartolomé 226 llevado por Tarás y abrazado a la madre recorre la vivienda. Observa el viejo baúl que un día llenara de granos de carbón, su cuarto, sus libros, sus dibujos, el patio, la parra que le sirviera tanto de sombra como de escala de evasión. Es acaso una silenciosa despedida a la que concurren los recuerdos de infancia y adolescencia. Allí no puede permanecer y lo susurra a la madre que asiente comprensiva. Agustín y Josué, junto con Tarás, contemplan la escena. De Josué se encargaría Rosario. Frank debe partir a sumirse en el más estricto clandestinaje y ella está conforme, segura de que habrían de venir tiempos mejores. Su segunda visita es al cementerio. Se detiene ante las tumbas de Otto Parellada, Tony Alomá y Pepito Tey y coloca ramos de flores en cada una. Su mente retrotrae los arrestos y la vivacidad de ayer en sus compañeros inmolados. De Pepito escribiría después “algo falta en nuestro corazón, algo que nos fue arrancado cruelmente y ese algo es José Tey Saintblancard...”. La última parada en el cementerio es ante la tumba de Martí. Sube los escalones del mausoleo y contempla como en éxtasis la imagen marmórea. Es como un acto de fe y de promesas que reafirma decisiones.

Clara Elena Ramírez, la bailarina, es otra santiaguera que lo acoge en su residencia del Reparto Vista Alegre. Allí recibe la llamada de Léster a quien el SIR ha ido a buscar a su casa. Frank comprende que los sabuesos del régimen inician su cacería. Le dice a Léster que enviaría de inmediato por él y lo recogen en Carnicería, en los predios de Cayita y María Antonia. Juntos inician el análisis de la situación del Movimiento. Están de acuerdo en que la prioridad es la guerrilla

en la Sierra Maestra y los mayores esfuerzos deberán dirigirse a su atención y consolidación. Para esto se impone una reestructuración a fondo. Faustino y Hart presos en La Habana, Haydée esforzada por animar la insurrección en Occidente y Nicaragua apresado al bajar de la Sierra, perfilan la crisis. Frank decide asumir el mando nacional en el llano y hacer cambios emergentes en la Dirección. Hay cierta desorientación porque no se ha podido contactar a Nicaragua que debía traer información sobre lo acordado con Fidel respecto a las armas de Palacio y las otras, el envío a la montaña y la anuencia o rechazo hacia el plan de un segundo frente. Léster asume como segundo al mando, Agustín País acepta la jefatura de Acción en la provincia, Enrique Canto, que encabezaba Resistencia Cívica, pasa a la Tesorería, Níco Torres el ferroviario guantanamero, sustituye a Ramón Álvarez en el Frente Obrero, el doctor Santos Buch se encarga de la Resistencia Cívica, Tin Navarrete de Acción en Santiago y Enzo Infante reemplaza a Gloria Cuadras en Propaganda. Tanto Gloria como María Antonia y Ramón son objeto de un delicado tratamiento por parte de Frank en razón de los cambios y de inmediato les asigna nuevas tareas.

En tiempo relativamente breve el Movimiento recuperaría su cohesión en el país y sin perder de vista los nuevos pasos organizativos, Frank acomete las tareas emergentes que la situación demanda. Conocida por Fidel la detención de Nicaragua, envía a Santiago a René Ramos Latour, *Daniel*, integrante del primer refuerzo. Trae la orientación precisa de Fidel para organizar el envío de las armas cuyos calibres y volumen no permiten hacerlo por las vías regulares de suministros. El Jefe de la Revolución ha contactado con personal de la maderera Babún, cuya empresa se encarga de la tala y acopio de la madera en la Sierra Maestra. El administrador, Enrique López y el del batey de El Uvero, Lalo Pupo, cooperarían en la operación al igual que Cardero, jefe de la Belon Company. Corresponde a Santiago hacer el embarque en una de las goletas de la compañía, encargada de trasladar los navíos de la maderera. Lalo Pupo habla con Frank y Daniel y les propone utilizar los bidones de grasa para enmascarar las armas. Los tanques se cierran herméticamente y él los facilitaría. Queda en manos de Frank el recogerlos, cargarlos y trasladarlos a los muelles. Pero hay un paso imprescindible: hablar

con Teófilo Babún, el jerarca del complejo maderero cuyas oficinas están en Santiago. Daniel y Arturo lo visitan y obtienen su anuencia pues quiere ayudar a la guerrilla. En ningún momento se le habla de armas. Siguiendo el consejo de Pupo, le dicen de alimentos, medicinas, botas y ropa. Inesperadamente llega a la ciudad interesado en hablar con Frank, Moisés Crespo. Viene desde el exterior y su propósito es poder llegar a la Sierra para entrevistarse con Fidel, coordinar la remisión de armas y expediciones que prepararían desde fuera. Quiere en cambio que se le designe a él y a su grupo los representantes absolutos del Movimiento en el extranjero. Léster recuerda el nombre asociado a la organización auténtica y estima que tal pretensión resulta inadmisibile. Frank está de acuerdo con esa opinión, pero se anima a pulsar el criterio del Comandante en Jefe dado que Crespo se ha presentado y ha entregado como carta credencial diez fusiles M-1 que llegan a tiempo para viajar en la goleta hacia la Sierra. David no obstante, toma nota del estado en que se encuentra el Movimiento en el exterior con vistas a enfrentar también evidentes divisiones.

En la finca de Otero, este, Gerardo Rivas, Tarás y Luis Felipe envasan las armas las introducen en los pesados bidones de marfax, la grasa que usan los equipos pesados. En la camioneta de Vivero los trasladan al muelle del carbón en la bahía. Frank prepara un dispositivo que custodie la operación. Distribuye hombres armados en toda el área y los mantiene allí bajo su mando personal desde mediodía hasta la noche en que ven la goleta enfilarse con sus luces hacia el canal y la boca del Morro. Teófilo Babún se había ofrecido a viajar hasta El Uvero en su avioneta para distraer al jefe del puesto de la Guardia Rural con quien tenía amistad. El desembarco de la “mercancía” se efectuaba con todo el trabajo que acarrearían los pesados fardos cuando apareció el sargento Domínguez. Se extrañó de la presencia temprana de Lalo y de la cantidad de bidones. Lalo le dijo que viajaría en la goleta una vez que terminara la operación, pero que tenía pocos hombres para llevar la carga a los camiones. El sargento ordenó a sus subordinados que ayudaran y los soldados cargaron el lote, las armas con que horas después los combatientes de la Sierra atacarían y tomarían el Cuartel del Uvero, acción que el Che calificaría como la mayoría de edad del Ejército Rebelde.

Un comunicado urgente a todas las direcciones en el ámbito nacional plantea y ordena medidas reorganizativas. Dice:

al estudiar y analizar la marcha de los acontecimientos, veo que el Movimiento no se encuentra a la altura de lo que las circunstancias exigen, carecemos de una organización efectiva, la intercomunicación es deficiente, la coordinación de los esfuerzos no existe, la propaganda es escasa, la tesorería es pobre y la unidad en general del Movimiento no existe.

En consecuencia traza el esquema organizativo a aplicar. Decide centralizar el mando en pocas personas, separar y tecnificar cada una de las secciones, que tendrán plena autoridad y responsabilidad en sus funciones; se propone aumentar las recaudaciones y la propaganda, incrementar los sabotajes, sincronizar las acciones. Define las secciones en los términos de organizador, frente obrero, sabotaje, propaganda y tesorero. Instruye que cada uno de los frentes debe tener además del responsable, un sustituto. Firma la comunicación como David.

Además de sus funciones como tesorero, Canto tiene a su cargo el traslado y ubicación de Frank y Léster. Él coordina los desplazamientos, que ejecuta personalmente o a través de Quintas, un chofer de alquiler de origen español de su absoluta confianza cuya piquera se ubica en la calle Carmen, cercana a La Francia, la gran tienda santiaguera de Enramadas y Santo Tomás que Canto regenta. Es singular la relación que se establece entre ellos dado que difieren en observancia religiosa. Frank es bautista y Canto católico practicante y miembro del Consejo Diocesano, estructura religiosa seglar a la que debió pedir autorización para asumir la tesorería pues sus miembros no podían tener actividad política. Utiliza la casa de “la bailarina”, la de Reloj y Santa Rosa, la de María Teresa Taquechel, la de Nena Pujols en Trece y Cuarta de Vista Alegre, la del matrimonio Barrueco-Raigada en Doce y Anacaona del mismo reparto, la de Raúl Pujol en San Germán y Rastro. A esta última los traslada para preocupación de Léster que objetaba las características de la vivienda dado que no tenía posibilidades de salida emergente. Ocupa la planta baja de un edificio, sin patio, sin accesos laterales. Una ventana alta al fondo, especie de claraboya, se abre hacia el

callejón de fondo de la Iglesia de San Francisco. Los barrotes, aunque limados, aparecen intactos a la vista. Sin embargo, Frank se sentía bien en el lugar, acogido al ambiente familiar discreto. Desde aquí como en los otros albergues ejerce sus funciones. Da órdenes, orienta, supervisa, estudia, analiza, toma decisiones, controla hasta el detalle la marcha organizativa del Movimiento y sobre todo el sustento a la guerrilla. Evalúa la situación del país, los rejugos de la llamada oposición y sus taimados entendimientos con Batista, demanda de los militantes el máximo de entrega. En una tercera circular se refiere a lo que entonces se denominaba cuestiones doctrinarias: “aspiramos, y esto debe estar bien claro para todos los militantes del M-26-7, a encauzar a Cuba dentro de las corrientes políticas, económicas y sociales de nuestro siglo”.

En las instrucciones que remite a cada estamento incluye el análisis preciso que determina las actividades de apoyo a la Sierra. Sobre el estimado de 200 combatientes calcula 70 centavos diarios en alimentación de cada uno lo que hace un total de 140 pesos, que al mes representan 4 200. El gasto mínimo de ropa, botas y equipamiento es de 7 pesos mensuales por hombre que de conjunto suponen 2 400 al mes. Unido a lo anterior, son 5 600. La circular concluye con otras precisiones:

si a todo esto unimos los gastos extras de compras en el clandestinaje, transporte, movilización y situación en el lugar definitivo, pago extra por la comida al campesino pues el Movimiento no se sostiene del abuso ni del dolor de los demás, tendríamos que, a pesar de toda la amplia cooperación de la ciudadanía, de sus contribuciones en víveres y equipos, únicamente del grupo de la Sierra los gastos serían bastante más de los 6 mil pesos mensuales. Esto sin contar, naturalmente, los gastos de compras de armas, que son mucho mayores.

En su proyecto de tecnificar las secciones, se reúne con Agustín, Tarás, Navarrete, Léster, Clergé, Armando García y otros. Expone sus ideas reorganizativas y habla concretamente de la posibilidad de abrir otros frentes de lucha. Advierte sobre las nuevas incorporaciones y los pasos a dar en la preparación de los cuadros, que deben transitar por una escala de pruebas y experiencias hasta alcanzar la confianza y la madurez como combatientes. La base es la disciplina

y el rigor. Los militantes han de cuidarse, recibir la enseñanza imprescindible para sus tareas y explicárseles que las acciones que corresponden a esta etapa de la lucha. La labor de proselitismo es necesaria, pero de estricta selección. Sobre el Movimiento de Resistencia Cívica alega que por esa vía se han incorporado profesionales, comerciantes, industriales, gente pudiente que aportan de múltiples maneras. Es algo que corresponde al empeño de conspirar contra Batista a todo el que pueda, pero advierte que no se debe contraer compromisos que afecten el futuro de la Revolución. En lo personal, a pesar de la presión de que fue objeto, nunca se reuniría con el Movimiento de Resistencia Cívica.

En estos contactos Frank anuncia la intención de abrir el Segundo Frente en el norte de Oriente. En la casa de Avelino García, en Santa Rosa y Reloj, él y Léster se encuentran con Níco Torres, Octavio Louis y Juanito Bécquer, todos de Guantánamo. Quiere dedicar especial atención al sector obrero porque no se trata de conformarse con los sindicatos que voluntariamente se han incorporado al M-26-7 sino a la necesidad de ampliarse. Estima la labor sostenida de los representantes de la villa del Guaso que han hecho, incluso, ensayos de huelga general con éxito. Frank indica que se active una constante propaganda dirigida a los obreros. Después surgiría *Vanguardia Obrera*, la publicación del Movimiento que extendería su influencia a los trabajadores de todo el país.

El 24 de mayo de 1957 se produce el desembarco de los expedicionarios del *Corinthia* por la costa norte de la provincia. Se basan en Cayo Saetía en la bahía de Levisa y abordan tierra firme con la evidente intención de llegar hasta la Sierra Cristal y establecerse como frente guerrillero. Al frente Calixto Sánchez, aguerrido luchador perteneciente a la Organización Auténtica que a despecho de las tibiezas de quienes controlan la dirección, se lanzó a la empresa. El ejército de la tiranía, guiados por el coronel Fermín Cowley, los cerca y los aniquila. La orden es no hacer prisioneros y muchos que se rindieron si se les garantizaba la vida, escucharon por radio el reporte de sus muertes antes de ser ultimados. Al conocerse la noticia, la guerrilla de la Sierra ataca El Uvero y en Santiago, Frank alerta al Movimiento en la zona norte que se ayude a los expedicionarios. En paralelo instruye a las direcciones provinciales de Pinar del Río,

La Habana, Matanzas, las Villas y Camagüey para que golpeen en sus territorios. En La Habana hay respuesta inmediata cuando una potente bomba en Santos Suárez interrumpe el servicio eléctrico. Al evaluar los hechos del *Corinthia* considera que se lanzaron sin aseguramiento ni contactos que les hubieran proporcionado acogida y guías para alcanzar la montaña. En breve estancia en la casa de Doce y Anacaona, con Léster y Puchete Infante, debaten sobre la situación del país y recibe emisarios de los municipios. En ratos de asueto utilizan una antigua grabadora en que fingen una entrevista hecha por Puchete a él y a Léster. La cinta registraría para la posteridad *el único testimonio de su voz*.

El día 28 en horas de la mañana aparecen los cuerpos de Roberto Lamela Font, Joel Jordán, Salvador González Clavijo y Orlando Badell ultimados y con signos de crueles torturas. Ellos representaban el núcleo básico del M-26-7 en El Caney. Sin duda la tiranía, después de su fiasco en el juicio por la Causa 67, aplicaba su proyecto de asesinar a los revolucionarios. El suceso llena de indignación a Frank y sus compañeros. Al reflexionar sobre el trágico imprevisto y analizar las circunstancias, percibe que sobre todo Lamela cometió errores flagrantes. Se dejó penetrar por un sujeto apodado “el tenientico” que se le acercó ofreciendo recursos y disposición para actuar en grande. Como índice de presentación asaltó y desarmó a un cabo del ejército al que dio muerte innecesariamente. Ofrecía también casas para acoger a perseguidos. Lamela se dejó influir por el tipejo e hizo gestiones para que Frank lo recibiera y hablara con él, algo en que el farsante insistía constantemente. Frank, con su exquisito olfato, lo envolvió en la desconfianza. “Alguien que mata sin necesidad y ofrece villas y castillos, no puede ser un revolucionario”. En consecuencia alertó a Lamela y sus compañeros para que se deshicieran del individuo. Y efectivamente, al no poder llegar al dirigente máximo, “el tenientico” entregó al grupo de El Caney tras lo cual desapareció. Frank comunicó lo sucedido a todos los mandos del Movimiento con la orden de ajusticiarlo donde quiera que se le encontrase.

CAPÍTULO XXII

Segundo Frente oriental

Los conspiradores santiagueros habían situado el primer refuerzo de la guerrilla en la montaña y el segundo al mando de Paquito Cruz se varaba en la finca Los Chorros por falta de práctico, situación que a la postre se resolvería con cierto disgusto para Frank. Ahora se trataba de una empresa de mayor envergadura como lo era sin duda la apertura de un nuevo frente guerrillero. Se presumía aprovechar el macizo montañoso del norte, la Sierra Cristal, la misma a la que intentarían llegar los expedicionarios del *Corinthia*. Fidel mandaba una vez más a Ramos Latour a Santiago para que Frank lo devolviera con 25 hombres armados y equipados o lo utilizara en el proyecto del Segundo Frente, dejaba en manos de Frank la decisión. Con sus planes en puerta, Frank optó por lo segundo.

Daniel, con experiencia en la montaña, era el jefe ideal para el nuevo frente. Cuenta también con otros dos combatientes, heridos en El Uvero, que fueron trasladados a la capital oriental y ya estaban recuperados. Quiere vincularlos al plan. Los primeros esfuerzos van dirigidos a la integración de las huestes, a su preparación y avituallamiento, al alistamiento de las armas y a la creación de condiciones en los lugares donde debía recepcionarse, recibir el armamento y las dotaciones de un guerrillero. Un central en la zona norte tendría el rango de foco principal por lo que en los medios conspirativos se comenzó a llamar al proyecto “Segundo Frente de Miranda”. Daniel, Tarás, Oscar Lucero, Luis Felipe, Asela, Agustín País, Clergé, Canto, Raúl Pujol y otros participarían muy activamente en los preparativos. Envía a Enzo a hacer un recorrido por los municipios del norte para que constate el estado del Movimiento en cada lugar, revise las actividades de propaganda y estudie las posibilidades de utilizar la

rada de Samá en Banes para introducir armas que pudieran traerse de Nassau en Las Bahamas. En los primeros días de mayo Marcelo Fernández llega a Santiago procedente de la Sierra e informa que Fidel lo ha designado Responsable Nacional de Propaganda. Su sede sería La Habana y como tarea fundamental tendría la edición de *Revolución*, órgano clandestino del Movimiento que debería circular en todo el país. Su nombramiento requería la aprobación y firma de Frank según lo orientado por Fidel.

Entretanto, en la casa de San Bartolomé 226 hay inquietud por Josué. Una vigilancia constante tiene alarmada a Rosario. Presume que en cualquier momento puede producirse una irrupción de los esbirros y los últimos hechos le indican que no se limitarían a la detención como otras veces. En el Moncada estarían aplicando sanciones sumarias por su cuenta. Habla con su vecina. Angelita Montes de Oca cuyas hijas no ocultan su simpatía y disposición por la causa. Acogen a Josué en su casa y lo cuidan celosamente. Favorecen incluso sus contactos y lo acompañan en sus desplazamientos. Josué se muestra extraordinariamente agradecido pero a la vez se siente apenado. Angelita sostiene su hogar del producto de la costura y para evitar la presencia de extraños suspende sus labores, lo que torna precaria la situación económica de la familia. Josué se percata y lo comenta a Rosario, a la que advierte que hará algo por su cuenta para ayudar. Gestiona y obtiene trabajo de bracero en los muelles pero en pocos días es llamado por la administración que teme tener entre sus trabajadores a un País. Le abonan el salario del mes y lo despiden.

Se produce cierta expectación pública cuando la Embajada de Estados Unidos denuncia la sustracción de armamento como ametralladoras, fusiles y morteros de la Base Naval en Guantánamo. La noticia provoca sonrisas en la Dirección que una vez más reconoce las activas y fructíferas gestiones del Movimiento en Guantánamo.

El 3 de junio Frank escribe afanoso. El día anterior recibió informe de Fidel sobre el Combate del Uvero y él a su vez traslada su contenido en forma sintética a los responsables del Movimiento a reserva de que la prensa clandestina lo exponga en detalles. Fue un triunfo para el naciente Ejército Rebelde que tuvo su costo

en vidas insurreccionales. Un compañero entrañable figura entre los caídos, Nano Díaz. Frank escribe a los familiares de todos a nombre del Movimiento para expresarles las condolencias. Lo hace también a Faustino y Hart, reclusos en el presidio de El Príncipe, en La Habana. Detalla para los militantes la ayuda prestada a los expedicionarios del *Corinthia* de los cuales se pudo salvar a tres. Da a conocer que además de Nano cayeron Francisco Soto, Julio Díaz, Eligio Mendoza, Rigoberto Sillero y Gustavo Adolfo Moll. La guerrilla tuvo además diez heridos. El ejército de la tiranía sufrió once bajas mortales y contó diecinueve heridos y dieciseis prisioneros a los que el Ejército Rebelde, consecuente con su línea de respeto a los prisioneros, atendió y liberó *a posteriori*. La toma del Cuartel de El Uvero permitió la ocupación de 24 fusiles Springfield, uno automático, armas cortas, más de 5 mil tiros y un equipo de campaña.

El gobierno anuncia el cierre de los puertos al sur de la provincia y trasciende a la ciudadanía la feroz medida que reedita la reconcentración de Weyler durante la guerra de 1895. Los campesinos en masa son lanzados a los caminos y a la periferia de pueblos y villorios porque el régimen entiende que son el apoyo inmediato de la guerrilla. El desamparo, con secuela de hambre y enfermedades, se cierne sobre la desvalida población de las montañas. Algunos, en contubernio con los militares batistianos aprovechan la ocasión para apoderarse de las tierras. Al mismo tiempo se incrementan los bombardeos indiscriminados y surgen la denuncia y la protesta. Estudiantes mexicanos en su país se dirigen a las Naciones Unidas para que intervenga y pare el genocidio. Harold McCarthy, el reportero de la United Press, informa tranquilamente que las fuerzas élites de infantería han sido enviadas a Oriente para liquidar el foco guerrillero, asesoradas por expertos norteamericanos. Coincidentemente llega a La Habana con el propósito de entrevistar a Batista, Herbert Mathews. Por los canales clandestinos Frank desmiente a los mandos militares que hablan de combates “victoriosos” cuando en realidad despliegan por la Sierra y la costa sus bombardeos y ametrallamientos. Propone a Resistencia Cívica que se dirija a la Cruz Roja y a la ONU y proteste por la barbarie desatada en la zona de operaciones y en todo el país. Urge a las direcciones en las provincias

para que aceleren sus aportes económicos y cumplan rigurosamente los planes de acción. Pide esclarecimiento de aportes en La Habana de que le llegan versiones sobre individuos que donaran 18 mil y 100 mil pesos respectivamente para pagar armas adquiribles en la Base Naval y de lo que no ha tenido información.

Está acogido a la casa de Santa Rosa y Reloj donde reside Jorge Gómez con su esposa, inmediata a la de Avelino y Ofelia, cuando recibe la visita de Celia, *Norma*, que viene desde Manzanillo con un recado de Fidel. Quiere que se coordine una nueva entrevista con Mathews aprovechando su estadía en Cuba. La represión al *Corinthia*, el aniquilamiento del grupo de El Caney y los bombardeos en la Sierra, son para la tiranía pretexto para echar campanas a vuelo. Solo el golpe de El Uvero desmiente su euforia al proclamar que el clima nacional es de calma y que esa “verruguita” en la montaña sería pronto extirpada. Salvo Santiago de Cuba, el resto del país está en calma y por tanto existen condiciones propicias para un proceso electoral que demuestre la vocación civilista de “el general”. En Oriente se producen cambios militares. Rodríguez Ávila es sustituido por el coronel Cruz Vidal que estaba al mando de las tropas especiales procedentes del Campamento de Columbia en La Habana, sede del Estado Mayor. Días después arriba a la ciudad, un tanto en forma taimada, el teniente coronel José María Salas Cañizares, como inspector de la Policía. En realidad asume como jefe supremo de ese cuerpo, investido por Batista de plena autoridad y con todas las patentes del crimen. La opinión pública lo conoce por “Masacre”. Hizo honor al mote cuando su hermano Rafael fue ajusticiado en la Embajada de Haití que acogía a numerosos revolucionarios bajo asilo. Rafael había formado parte del grupo golpista el 10 de marzo y en premio Batista lo designó jefe de la Policía Nacional. Al pretender violar la inmunidad diplomática de la sede haitiana, los acogidos se defendieron y le hirieron de muerte. Horas después “Masacre” allanó el lugar y produjo la matanza de todos los asilados, algo que provocaría un escándalo internacional, pero que no pasó de las críticas y condenas a tan brutal proceder. Batista respaldó a su cancrbero y ahora lo enviaba a Santiago para que tratara de meter en un puño a la ciudad rebelde. El debut de la bestia en la escena santiaguera no

pudo ser más elocuente. A las ocho de la noche se le veía, seguido de su cuadrilla, peinando el corazón de la ciudad desde la Trocha hasta el Paseo Martí registrando, golpeando y obligando a todo el que encontró en las calles a meterse en sus casas. Escogió el personal adecuado para sus progromos y en él figuraron Morejón, los Basols, Ortiz, Durán, Haza y Mano Negra, entre otros. Como asesor para identificar al “elemento juvenil y estudiantil” tuvo los servicios de Randich.

Daniel, Tarás, Lucero, Clergé, Bebo, Asela, Luis Felipe, Gerardo Rivas, Vilma, Arturo, Canto, Pujol, Antonio y Lucía Parada y cuantos deben participar, cumplen misiones para la creación en fecha cercana del Segundo Frente. Oscar Lucero es del norte y le incumbe la organización en esa zona, escoger posibles integrantes, localizar lugares de concentración, vías de acceso y de salidas, escondites y albergues para reclutar hombres y armas y movilizar a plena tensión las bases del Movimiento en Miranda, Bayate y Palmarito. En Santiago las formas y medios de procurar vituallas y armas son objeto de febril actividad. Luis Felipe y Rivas junto al leal Otero alistan armamento y parque en El Cañón. La meta inmediata fija una fecha a mediados de junio. En su empeño de redondear las condiciones de la zona futura de operaciones, Frank demanda de Enzo los datos de Samá y este le dice del lugar en que considera factible el trasiego de armas. Se trata de un enclave colonial de la *United Fruit* custodiado solo por dos marineros. Frank lo instruye en el sentido de que prepare pasaportes para él y para Puchete pues deberían viajar al exterior y hacerse cargo de los embarques. Insiste a la vez con las delegaciones del extranjero en que deben someterse a la autoridad de Pedrito Miret como máximo representante del M-26- 7 fuera del territorio nacional y a Miret le escribe para que desista de armar expediciones y en su lugar procure introducir armas. Nombra a Felicín Rodríguez, hermano de Léster, como máximo responsable de los suministros.

Mathews realiza visita a Santiago. En una casa de la Calle 11 en Vista Alegre se entrevista con Frank, Léster, Vilma y Tin Navarrete. Charlan largamente y el reportero toma notas. Esta vez no iría a la Sierra, pero recogería impresiones sobre la fuerza de la conspiración y la lucha clandestina contra el régimen en la ciudad.

Esta es una ciudad en revolución contra el presidente Fulgencio Batista. Ninguna otra descripción podría soslayar el hecho de que virtualmente todo hombre, mujer y niño en Santiago, excepto la policía y autoridades militares, están luchando al costo de todo lo que ellos pueden para derribar la dictadura militar en La Habana.

Frank y sus compañeros valoran de objetivas las observaciones de Mathews.

En la finca El Cañón a la que acude para chequear el curso de los preparativos, se reúne con los principales encartados y define la estructura de mando del nuevo frente, Daniel sería el jefe y tendría como segundo a Oscar Lucero. El cuartel maestre sería Tarás. Los jefes de pelotón, los heridos de El Uvero que se han recuperado en Santiago: Perazo, Manals, y Luis Clergé. La tropa la integrarían unos cincuenta hombres y el médico sería el doctor José Ramón Balaguer. Se manifiesta cierta inquietud respecto al movimiento y emplazamiento del material bélico. La única vía de arribo es por el ferrocarril y el punto ni siquiera es una pequeña estación sino un simple apeadero donde siempre la vigilancia del ejército es extrema. La presencia de desconocidos puede suscitar sospechas. Frank apunta que se trasladarían poco a poco, pero que sería necesario que quienes los reciban actúen con presteza y los saquen rápidamente hacia el lugar de concentración.

En Nicaro Daniel moviliza la militancia. Deben conseguir lugares desde los que se pueda abastecer a grupos alzados, ver dónde es posible cortar carreteras y caminos que lleven a la Sierra Cristal. En Santiago todos participan de alguna manera en el acopio y traslado de uniformes, botas, cantimploras y otros enseres. En el entronque de Quintero los custodios de la vía detienen el auto rojo del Movimiento. Viajan Lucero, Tarás y Orlando Soñara, uno de los militantes del norte. El registro es minucioso y la carga levanta sospechas. Piden a Tarás la cartera dactilar, documento que no posee. A su respuesta los soldados actúan drásticamente. Los obligan a poner manos sobre el auto y los cachean. Le ocupan a Tarás una nota que se refiere a la recogida de los artículos que llevan. Y aunque explica que se dedica a comprar y vender, los militares no tragan. Llamam al mando y en minutos los conducen al SIR en el Moncada. La noticia crea consternación entre los integrantes de la Dirección. Frank señala que si

los han detenido con algo comprometedor pueden pasarla muy mal y a la vez estropear los planes. Dispone que se llame inmediatamente a los doctores Catasús, Aguilera, Díaz Roca y Navarro que como representantes de Resistencia Cívica indaguen a través de los tribunales. Navarrete apunta que primero se requiere la confirmación del caso y saber dónde los tienen. Vilma juzga que aunque los detuvo el ejército seguramente los enviarían a Salas Cañizares cuya oficina radica en el Gobierno Provincial. Se trataría de comprobar que se les remite a ese lugar. Nuria García, la novia de Tarás y vecina de Vilma, es comisionada para verificarlo. La muchacha se aposta en la fuente de soda situada a pocos metros del enclave policiaco y desde donde puede observar cualquier movimiento de entradas y salidas. Pasa horas en el lugar ingiriendo a intervalos vasos de soda al grado de repudiar después la bebida para toda la vida. Más allá de las seis de la tarde ve la llegada de los tres, esposados, que los sacan de un panel cerrado a punta de ametralladora. Se dirige a la casa de Reloj y Santa Rosa y da cuenta ante Frank, Vilma, Navarrete y Asela. Confirmado el hecho, los de Resistencia apelan a los tribunales.

CAPÍTULO XXIII

Muerte de Josué

Batista no se detiene en su idea de ganar una apariencia de normalidad en el país. Masferrer, en plan de su amanuense, ha instalado sus malhechores en varios lugares de la ciudad e incluso editan, un verdadero libelo en los talleres del antiguo diario *Libertad*. La actitud del elemento que lo sigue es desafiante, insolente. Hacen circular hojas sin firma que llaman a la ciudadanía a celebrar las fiestas carnavalescas y a colaborar en las elecciones que el régimen pretende. Participan en la chivatería, en registros y detenciones y extorsionan al comercio, roban, denuncian y torturan. Su jefe presume de guapo, integrante de los grupos gansteriles del gobierno de Grau San Martín. Sus bandas paramilitares de desalmados se consideran un ejército incondicional que paralelo a la represión de Salas Cañizares, intenta desestabilizar a la ciudadanía por medio del terror. Masferrer encabeza así una reunión que se celebraría en el gobierno provincial y a la que asisten personajes del régimen como Anselmo Alliegro, Guas Inclán, Justo Luis del Pozo, Maximino Torres y otros camajanes. Allí se perfila la celebración de un gran mitin el 30 de junio en el Parque Céspedes para que el mundo sepa que Santiago está en calma, que la insurrección es un cuento de caminos y que la Sierra es un *bluff*.

Frank, tras escribir un documento que titula “A toda la república” en que denuncia las andanzas del “tenientico”, escribe a Miret y le informa que Fidel ha designado a Léster para toda negociación del Movimiento en el exterior. Sin duda la consolidación y permanencia de la guerrilla en la Sierra Maestra concreta una acertada vía de lucha y las distintas organizaciones en el exilio, si bien no cancelan sus empeños en constituir focos insurrectos, tratan de acercarse al

Movimiento y llegar a determinados entendimientos. Quienes lo representan en el exterior se sienten desorientados y surgen contradicciones. Léster debería salir hacia los Estados Unidos de inmediato con instrucciones al respecto.

La Dirección en Santiago reflexiona sobre el anunciado mitin electorero del treinta. Entiende que se trata de un desafío y deciden aceptar el reto. La decisión marca un giro táctico en los planes. Por otra parte, la detención de Tarás y Lucero ha retrasado los preparativos del frente y Frank decide posponer la apertura para hacerla coincidir con el mitin. Además, perfila una serie de acciones en la ciudad que deberán dar al traste con los masferreristas. Sin duda para el paso que el régimen se propone, sus cuerpos represivos incrementan sus gestiones y para sorpresa del Movimiento se produce en La Habana la detención del grupo dedicado a la propaganda en cuyas actividades se incluía la edición de *Revolución*. Frank reacciona de inmediato y despacha para la capital a Enzo y a Bebo para que adquieran equipos con los que deberán dar continuidad a la propaganda sin que se perciba quiebra en su salida.

En la casa de Avelino y Ofelia, en Santa Rosa y Reloj, le llegan informaciones que considera funestas, referidas al segundo refuerzo enviado a la Sierra. No se ha cumplido el objetivo de incorporación al frente y ha cundido la indisciplina y la desertión. Se añade la traición del gallego Morán. Este sujeto se autohirió en raro accidente. Trasladado a la ciudad para ser curado, una vez restablecido se declaró enfermo. Se le sacó de la guerrilla nuevamente y aprovechó ese nuevo traslado para pasarse al enemigo. Frank siente gran preocupación porque el delator puede afectar las bases de comunicación y abastos hacia la montaña y le inquieta sobre todo Norma y la estructura de Manzanillo. Daría orden de ajusticiarlo donde quiera que se le encontrare, orden que cumplirían los guantanamoes después de la muerte de Frank.

El 24 de junio le contacta Orlando Fernández Saborit, joven ex oficial de la Marina que le comunica la existencia de una conspiración en ese cuerpo armado con planes de acción inmediatos y desean coordinar con el M-26-7. Se trata de un antecedente del alzamiento de Cienfuegos ocurrido en septiembre y para cuya cooperación Frank destina hacia la Perla del Sur al compañero

Julio Camacho, *Jacobo*, uno de los notorios combatientes de Guantánamo.

Con Léster, Tin Navarrete y Agustín País, define las acciones a ejecutar para impedir los carnavales y para frustrar el mitin, expone que varios comandos se infiltrarán en los ensayos de las comparsas y verbenas para desbaratarlos. En cuanto a la anunciada concentración del Parque Céspedes se procederá a volar la tribuna en el momento del acto y se atacará a tiros a soldados y policías en varios lugares. La bomba debe ponerla Agustín personalmente y Frank lo instruye al respecto. Actuaría desde la red soterrada en torno al parque. Navarrete se muestra optimista con relación al plan y declara que solo le preocupa Josué, quien participaría en las acciones. Discute toda orden que se le da y opone sus criterios con vehemencia. Frank da muestras de disgusto. Quiso mandarlo para la Sierra ya que reunía todas las condiciones para sumarse al segundo refuerzo en lo que hubiera sido de gran ayuda a Paquito Cruz, pero el más joven de los País se negó, no quiere dejar solo a Frank. Este le insiste a Tin para que le haga ver que él es el jefe y debe obedecerlo.

El 25 de junio Vilma los visita en Santa Rosa y Reloj y les anuncia eufórica la libertad de Lucero y Tarás, conseguidas a despecho de las presiones de Salas Cañizares. A cinco días de la apertura del frente, crece la preocupación por los preparativos. Lucero no tendría tiempo para movilizar cuanto le correspondía en el norte. No obstante, Frank mantiene el empeño. Daniel junto a Clergé recoge uniformes y mochilas en la pequeña fábrica instalada por Frank y se dirigen a San Jerónimo. Clergé al timón, sin cartera dactilar y con tendencia a desplazarse veloz. En giro a la derecha en la calle Calvario, choca con dos autos parqueados en la vía. Un policía que lo ha visto todo interviene y una vez más la imprudencia estaría a punto de hacer naufragar el proyecto. El apoyo del barrio se moviliza y con Nuria a la cabeza logran extraer la carga del maletero y ponerla a buen recaudo momentáneo. El policía, atraído con sutilezas y amabilidades a la casa de Nuria, insiste en proceder al conocer que Clergé no tiene documento idóneo. Tarás interviene y mediante unos pesos de soborno disuade al agente. Las muchachas de la cuadra aplacan a los dueños de los autos afectados. Pero, Frank no se conforma solo con el accionar santiaguero. Se dirige a las estructuras del Movimiento

en todo el país y ordena el hostigamiento en el documento “Plan no. 1”. Con Celia coordina sobre cuestiones organizativas en la zona de Manzanillo, donde considera existe tendencia a conductas liberales que no se atienen a las estrictas normas de procedimiento trazadas por la Dirección. Le dice que delegue funciones y exija responsabilidad en otros y se preserve ella para las comunicaciones y envíos a la Sierra. Chucho, *Arturo*, ha visitado Manzanillo por orden suya y le ha traído un panorama de relajamiento de la autoridad. Frank envía a Pepe Cala investido de plenos poderes para poner orden y apoyar a Celia.

En La Habana la vigencia de la guerrilla crea su revuelo entre elementos de la oposición. Haydée comunica de sus contactos con Felipe Pazos, Raúl Chibás, Raúl Barroso y Justo Carrillo que fuera máximo dirigente de AL. Quieren visitar la Sierra y concertar con Fidel la constitución de un gobierno revolucionario de coalición. Frank, por su parte, rechaza la idea pues considera improcedente amarres políticos que contradigan las posiciones del M-26-7 proclives a promover ampliamente la lucha contra Batista sin distinciones de militancias y sectores. Expone su pensamiento, pero deja a Fidel la decisión por lo que Pazos y Chibás viajarían a la montaña. Por cierto, Chibás se asombra de la juventud de Frank y lo expresa, pues de tanto que ha oído, del acatamiento que se le tiene y de la admiración que se le dispensa, lo imaginaba un hombre maduro. En su entrevista y ante una coyuntura que tiene que ver con las comunicaciones hacia el monte, le sugiere utilizar la conocida clave de textos similares en un punto y otro.

En Miranda los conspiradores de la zona reciben los alijos de armas que deben proteger y cuidar para la fecha indicada. Benito y Orlando Soñara junto a José Novo y Raúl Barandela, se desesperan con los imprevistos. El que debía recibirlas y esconderlas brilla por su ausencia y Barandela, el encargado de trasladarlas, no sabe a qué destino las llevaría el ausente. Después de acaloradas deliberaciones deciden llevarlas a donde Domingo González, en Bayate, a un lugar conocido por El Cauchal, algo alejado del escenario más propicio, hasta que arriben Lucero y Daniel y determinen.

En el Gobierno Provincial, devenido sede de las más siniestras maquinaciones, Masferrer explica sus amarres para asegurar una

asistencia “masiva” ante los desconfiados Cruz Vidal, Salas Cañizares, Haza y Maximino Torres. El jefe del Regimiento Maceo y el inspector de la policía dan seguridades para la vigilancia efectiva, pero inquietan de dónde se sacará gente para llenar el parque. Masferrer sonrío socarrón y dice que del ejército, la marina y la policía vestidas de paisanos. Salas replica que con esos tendría solo un segmento de la pista y Masferrer en alarde de prepotencia aduce que los empleados públicos deberán asistir obligados bajo la amenaza de despido si no concurren. Con los de Santiago solamente no alcanzan —observa Cruz Vidal—. Traeremos de toda la provincia —dice Masferrer—. Lo que necesito es el transporte y un sandwich y una malta para cada uno.

Daniel tiene su último despacho con Frank. Toma la lista que le entrega con los nombres del Estado Mayor que deberá fijar en la memoria y destruir después. Las últimas palabras que se cruzan las sella el apretón de manos. Si la maquinaria engrasada por Oscar Lucero en Miranda está lista, el treinta en la mañana tomarían el cuartel del central y enrumbarían hacia Sierra Cristal para dejar abierto el Segundo Frente. Frank ratifica que sería la respuesta a los alardes politiqueros de Batista y sus cancerberos.

Frank tenía pendiente el caso de William Gálvez. Llevaba tiempo escondido a la espera de una respuesta definitiva. Se entrevistan en la casa de Santa Rosa y Frank le informa que deberá partir hacia la Sierra y que puede incorporarse de inmediato a los remanentes del fracasado segundo refuerzo que por fin están al subir. William insiste en su idea de irse a Holguín para ajusticiar a Cowley. Frank le expone el panorama de desolación que envuelve al Movimiento en esa ciudad donde se dismanteló la organización y donde no existe nada más que un compañero con el que se mantiene contacto. Es en el momento, el eslabón debilitado de la provincia. No hay casas donde esconderse ni armas para actuar. Además, considera a William muy “quemado” para enviarlo a un lugar donde se le conoce y se le busca. Su destino debe ser pues, la Sierra. William insiste convencido. Y si de “quemado” se trata, alega que Frank lo está más que él y por tanto debería estar en la Sierra. Frank lo mira sereno, la diferencia entre ellos es que él está en el llano por disciplina mientras William quiere quedarse por indisciplina. La discusión se

extiende por un buen rato al cabo del cual Frank asiente. Lo autoriza a marchar a Holguín e intentar la reorganización del Movimiento y ajusticiar a Cowley.

Con Tin Navarrete y Agustín chequea el plan de acciones en la ciudad. Deberá ejecutarse en el momento del mitin. Tin ha preparado comandos dirigidos por Josué y Ernesto Matos y operarán por breve tiempo en varios puntos y tendrán de señal la explosión de la bomba del parque. Agustín dice que tiene previsto colocarla el veintinueve en la red soterrada. Sería de gran potencia con mecanismo de reloj y volaría la tribuna completa con sus ocupantes. Otro surtido de explosivos de menor potencia detonaría colateralmente en áreas inmediatas a la concentración, en operación dirigida por Armando García. Con tales aprestos esperan convertir en un fiasco los alardes batistianos. El veintinueve Agustín, disfrazado de operario, coloca la potente bomba. Por su parte, los jóvenes combatientes van llegando al apeadero ferroviario en pequeños grupos. Algunos son recibidos y trasladados al punto convenido de concentración, El Cauchal.

Los últimos encabezados por Tarás y Clergé, sin embargo, afrontan dificultades. Tras más de una hora de espera constatan que el enlace no ha aparecido. Toman un viejo auto de alquiler que los lleve a Miranda. El chofer, Lilín García, es un guardajurado que en sus horas libres se dedica a “botear”. Después de un tramo de camino detiene el auto y les dice que ellos son sospechosos y que un sargento vestido de paisano, presente en el apeadero, ha llamado al cuartel para que los detengan a la llegada a Miranda. Deciden abandonar el vehículo y continuar a pie. En poco tiempo se les acerca un campesino a caballo. Se identifica como José Novo, que debía recogerlos en el apeadero y que no se atrevió a acercarse por temor a la vigilancia. Los guía hasta El Cauchal donde Daniel ha instalado el campamento, colocado las postas y dispuesto la vigilancia sobre el cuartel. Presume que hay armas suficientes para enfrentar a la dotación militar, pero requiere que acaben de llegar los que faltan. Ordena que vayan inmediatamente a buscarlos a lugares donde fueron albergados en Miranda. La gestión resulta infructuosa. El ejército estaría sobre aviso y detiene a todo desconocido que encuentra. Novo es apresado y los demás enlaces regresan frustrados. Por su parte, un grupo de jóvenes que sin guía buscaba a campo

traviesa el lugar, es sorprendido por el ejército. Algunos huyen, otros se rinden. Entre los que huyen, uno cae mortalmente herido por los disparos. Daniel ordena avisar a Santiago para que suspendan los envíos de personal pues el factor sorpresa se ha perdido y todo el que llegue será apresado. Equipamiento y vitualla serían situados en un camión en un lugar preciso. Armando García, a tenor del aviso de Daniel, detiene esta acción pero Frank le ordena ejecutarla pues la vigilancia es estricta con todo lo que entra en la ciudad y no con lo que sale. De todas formas, el transporte con su preciosa carga, nunca llegaría a tiempo. La prisión de Novo alarma a todos y Daniel, algo desesperado, decide suspender las acciones y desmontar el dispositivo. Sabe que su decisión es trascendente, pero analiza la coyuntura objetiva: Lucero no tuvo tiempo de organizar las bases en el lugar, los alistados en el número previsto no han podido reunirse, la vitualla y el equipo de campaña no han arribado a tiempo, uno de los enlaces fue detenido y pudiera hablar bajo presiones, el ejército está alerta. No le queda otra alternativa que esconder las armas de quienes no están presentes y emprender la evasión rumbo a Palma Soriano a través del monte. Confía en la fortaleza del Movimiento en Palma para tener abrigo y contactar con Santiago.

En Santiago hay plena disposición para los actos que deben dar al traste con el mitin. Los comandos, prestos a salir. No deberán estar en las calles más de diez minutos, pero procederían a partir de las cuatro de la tarde, hora en que debe oírse en toda la ciudad la explosión de la bomba. Surge una nueva situación con Josué, horas antes, junto a Flodomiro Vistel y a Salvador Pascual, *Coronita*, irrumpió en los ensayos carnavalescos y los disolvió a tiros, operación que también realizan en otro punto Reynaldo Insula y sus compañeros. Josué, una vez logrado este objetivo, decide ir en busca de chivatos para ajusticiarlos. No los encuentra y en cambio destruye a tiros las vidrieras de Carabia, fotógrafo del Moncada e íntimo de Chaviano en sus conocidas orgías. En tales iniciativas consume unos cuarenta y cinco minutos durante los cuales cambia disparos en la calle Aguilera con un jeep de militares. Tin trueno molesto ante Frank por tales indisciplinas y el jefe le orienta que lo sancione. De tal suerte Navarrete lo excluye en la misión de ese día. Se lo comunica y Josué reacciona airado en principio y luego ruega

que no se le impida participar. Bajo promesa de que no volvería a cometer desacatos, Tin lo reincorpora a la operación.

Desde una casa en Vista Alegre, Vilma y Navarrete controlan las actividades previstas para el día. Frank y Léster, acaso más pendientes del Segundo Frente, permanecen en Santa Rosa y Reloj. El mitin comienza en medio de improvisada algarabía sazónada de estruendo musical y de estampidos de voladores. Alineados en la tribuna están los cachanchanes de Batista llegados de La Habana. Felo Guas, Justo Luis del Pozo, Anselmo Alliegro, Santiaguito Rey, Salas Amaro, Luis Manuel Martínez, Torres y Masferrer, entre otros de menor cuantía. La oratoria se deshace en loas al general.

Frank y Léster escuchan la radio. Miran los relojes a la espera del minuto exacto. Por sugerencia del primero suben a la azotea de Avelino para escuchar mejor la explosión. El minutero irrumpe en las cuatro en punto y los nervios se tensan, pero nada ocurre. Pudiera haber un margen de error en el tiempo esperado. Pero, la manecilla avanza y provoca la desesperación. No se explican qué puede haber ocurrido. En la calle 11 de Vista Alegre, Vilma y Navarrete viven el mismo desconcierto. El teléfono suena. Es Josué que indaga intranquilo. Tin le ordena esperar. Frank llama también impaciente porque no solo ha sido la bomba del parque, tampoco se han escuchado las otras. Tin localiza de inmediato a Armando García y este responde que al no escuchar la señal supuso que se cancelaban las acciones y había desmovilizado el comando. A la firme indicación de Tin volvería a reunirlos. Sin embargo, las detonaciones no surtirían el efecto previsto al confundirse con el estruendo de los voladores. La impaciencia de Josué crece al ritmo de la diatriba desafiante de los oradores que percibe a través de la radio. En dos ocasiones más reitera sus llamadas, pero la respuesta es la misma: esperar. Tras un último intento baldío de comunicación dispone que sus compañeros consigan un auto. Ambos, imbuidos de sus mismos arrestos, lo obedecen. Asaltan a un chofer de alquiler y en minutos regresan por Josué. Las tres hijas de Angelita, que ejercen en todo momento su tutela protectora, se disponen a acompañarlos. El menor de los País se niega, pero sus compañeros lo persuaden de que es mejor la compañía de las muchachas para salir del área. Minutos después, cuando ha decidido dirigirse al Paseo Martí, las obliga a descender en

la esquina de Carnicería y San Antonio para que regresen a donde Angelita. En el Paseo Martí, bulle la vigilancia, un carro patrullero comienza a seguirlos. A sus giros evasivos los policías responden en franca persecución y abren fuego, les explotan un neumático y tras precipitarse contra una pared, los jóvenes ripostan con armas cortas y una escopeta. Sus perseguidores lo hacen con ametralladoras y en sucesión caen abatidos Coronita, Floro y Josué. El último, herido de varios disparos, permanece consciente. Un oficial quiere rematarlo en el lugar, pero otro se lo impide tomando en cuenta la presencia de público en la avenida y su revuelo en torno al hecho. Avisado, Salas Cañizares se presenta acompañado de Randich quien de rápida ojeada identifica a Coronita y a Josué. Le dice al coronel que el primero es un amigo de Pepito Tey y el otro el menor de los País, que es “caza mayor”.

Carlos Amat, desde el centro telefónico, llama a Vilma, preocupado por la pasividad en que todo discurre. Pregunta si no se va a hacer nada frente a los vítores batistianos. Vilma, transida de impotencia, quisiera que por lo menos se dieran algunos gritos revolucionarios que incidieran en el aquelarre masferrerista. Para su sorpresa, Amat le propone que lo haga. El puede interferir por la vía telefónica que va hacia La Habana y hacer que se escuchen. Ella y Tin, utilizando el aparato dan gritos contra Batista y vivas a la Revolución, al Movimiento y a Fidel. La prensa del siguiente día reportaría el hecho osado entre los ecos que dejara la actividad politiquera.

En prolongación de San Félix y La Trocha, Fernando Proll y Joaquín Quintas, jóvenes integrantes de uno de los comandos, tropiezan con tipos de civiles apostados en un jeep. Una ametralladora colgada del vehículo a la vista les indica que se trata de gentes del SIR. Los sujetos los llaman y los interrogan. Los confunden con agentes embozados o con masferreristas. Por respuesta reciben una rociada de disparos que derriban a dos de los esbirros. Un tercero, herido, se parapeta y abre fuego. Los obliga a su vez a resguardarse. En nuevo intercambio de disparos lo derriban y se dan a la fuga.

Los frustrados combatientes del Segundo Frente, acampados en Palma Soriano y protegidos por el Movimiento, envían a Clergé a Santiago para que le informe a Frank. Esconden sus armas y se

disponen a esperar. Frank, en la casa de Avelino, algo decepcionado, regresa a la sala. Se sienta. Léster lo observa silencioso. El teléfono irrumpe. Léster se precipita. Escucha y queda demudado. Frank lo mira interrogante. La respuesta es lacónica, embarazosa. Todos los comandos que salieron regresaron, menos uno. Al silencio que sigue, Frank demanda: ¿Josué? Léster asiente. Permanece silencioso unos segundos y luego se va disparado al teléfono y llama a su hermano Agustín. ¿Ya lo sabes? Él, Floro y Coronita. Fíjate: no te llamo como hermano sino como jefe del Movimiento. No te puedes mover de ahí. Si intentas algo, te fusilo.

A la puerta de San Bartolomé 226 se detiene un carro fúnebre. Un hombre se baja y toca. Rosario abre y lo atiende. Escucha espantada lo que dice el sujeto: tengo entendido que usted necesita un servicio por uno de sus hijos. Ella reacciona indignada y atribuye las cosas a una broma de mal gusto. El individuo, perplejo por la tajante respuesta, se repliega. Pide perdón y torna a su vehículo al tiempo de deshacerse en disculpas por lo que debe ser un error. Ella queda, no obstante, intrigada. Entorna la puerta y se dirige a la casa de Angelita. La mujer, nerviosa, compungida, le dice que Josué y sus compañeros habían salido a medio día y no volvieron. Ya la radio estaría anunciando el fatal desenlace de la misión que fueron a cumplir. Rosario reacciona con rara entereza propia de su carácter. Entonces ¡era verdad lo que ese hombre decía! ¡Bien! ¡Voy a buscar a mi hijo! En el hospital civil hay un gran movimiento policiaco. Junto a la camilla con el cadáver de Josué, Rosario, acompañada de Belkis, una de las hijas de Angelita, escucha versiones preliminares. Lo llevaron herido a Emergencias y después lo trajeron aquí. Ella acerca su rostro al exánime de Josué: ¡Ay, mi pequeñín! ¡qué lástima! ¡Han tronchado una vida!

Clergé, como portador de otra mala noticia, llama a Reloj y Santa Rosa. Quiere hablar con David para informarle. Lo atiende Léster. Frank no puede en ese momento por lo que ha ocurrido. Clergé se desploma. Josué era como su hermano. Léster lo apremia y él algo atropellado le informa: aquello se cayó. Hubo que suspender. El ejército estaba sobre aviso y se movilizó. Los compañeros no pudieron llegar al campamento. Hay muchos presos. Mataron al Baby Medina, el boxeador. Daniel, Lucero, Perozo y Manals están a salvo

en Palma Soriano. Pudimos salvar las armas y las escondimos. Léster escucha mientras siente el desplome anímico. Y esta ¿cómo se la digo a Frank en un momento así? Reflexiona un buen rato. Se dirige a la habitación, entreabre y observa. Frank parece no percatarse de su presencia y escribe concentrado. Léster retrocede mientras cierra cauteloso la puerta. Ya más entrada la noche vuelve a su intento. David continúa escribiendo.

*Estaba entre los héroes su destino
Vivió con el honor de su conciencia
Fue su camino el del martirio
Rebelde anduvo por su senda estrecha*

*¡Cuánto sufro el no haber sido
el que cayera a tu lado,
hermano mío!*

*¡Qué solo me dejás
rumiando mis penas sordas,
llorando tu eterna ausencia!*

En el poema al hermano vuelca el dolor infinito que lo embarga. Es mayor porque no ha podido estar junto a la madre ni en el sepelio. Le conforta algo saber que su medio hermana, Sara, ha acudido presta y que las muchachas del Movimiento no han dejado sola a Rosario. En la placita de Santo Tomás se cierne también el luto. A la ausencia de Tey y Alomá se suma Coronita, amigo entrañable de ambos, inquieto y fiestero, bailaror de la comparsa. Los compañeros de galera en Boniato, algunos en la Sierra, otros en el clandestinaje del llano, evocan a Floro Vistel en su comportamiento jaranero y optimista, sencillo y valiente. La extraordinaria manifestación de pueblo que acompañó los restos hasta Santa Ifigenia dio la medida de cuánto había calado en la ciudadanía santiaguera el accionar de la juventud contra Batista

Cuando horas después se reúne con Vilma, Léster y Navarrete, el ambiente es pesaroso, lastimero. Hay pena en quienes lo observan. Y entonces lo ven poseo de una extrema serenidad cuando dice: ¡vamos a trabajar! El análisis de los sucesos se impone. Tin aporta su versión sobre las muertes. Era probable que el chofer del auto

utilizado, al quedar libre, diera cuenta de inmediato a la policía y el vehículo fuera rápidamente circulado. Del Segundo Frente no quiere hablar hasta que lo haga con Daniel y determinar si la suspensión había sido justificada. De la bomba del parque demanda explicaciones a Agustín. Este no las tiene. El artefacto se armó con doble circuito, doble batería y sus dos relojes. Frank presume que la detectaron a tiempo o el baldeo de los bomberos y el aguacero que cayera durante la noche anterior podían haberla desactivado. No han dicho nada porque denunciarían su incapacidad o su negligencia en la vigilancia.

Desde la segunda quincena de junio había enviado varias circulares a las provincias con instrucciones que exigían el cumplimiento de los planes. Al mismo tiempo, cuidaba los pasos organizativos en todas las secciones. La Circular no. 3 era bien explícita hacia el Frente Obrero, Propaganda, Resistencia Cívica, Finanzas, Brigadas Juveniles y Sabotaje. Hacía hincapié en la obtención de informaciones sobre cuarteles, estaciones de policía, marina, postas. Como dato significativo, tales circulares aparecían firmadas por el Departamento de Acción y la Sección de Planes y Operaciones del Estado Mayor. Ahora, sobreponiéndose a su dolor, revisaba las informaciones y orientaba. En medio de las impresiones que dejara el treinta de junio, le complace el avance organizativo de Resistencia y del Frente Obrero, que ya pueden constituir direcciones nacionales. También lo compensa en algo la espectacular fuga de Armando Hart de la Audiencia en La Habana. Unos días después recibe en Santiago a donde acude para exponer el estado del Movimiento en la capital y solicitar ayuda. María Antonia Figueroa le comunica el interés del cónsul de Estados Unidos en Santiago, que quiere entrevistarse con Fidel. Debe atender por igual el caso de Felipe Pazos y su hijo Javier que deberán subir a la Sierra junto con el médico Julio Martínez Páez. Pero, otro golpe lo esperaba. Las armas del Segundo Frente, que se creían a salvo, fueron ocupadas porque uno de los implicados, detenido por el ejército, las entregó. El 5 de julio escribe una extensa misiva a Alejandro, en que le da informes detallados de lo ocurrido en los días precedentes: "...supongo que ya te habrás enterado de las últimas noticias, hasta la pluma me tiembla cuando tengo que

recordar esa semana terrible. Fue nuestra «Fernandina». (Alude a la debacle que golpeó a Martí cuando en 1895 una indiscreción provocó la ocupación de la triple expedición de la *Fernandina* con los alijos de armas que compradas con las contribuciones de los emigrados, debían llegar a la Isla para iniciar la guerra necesaria).

Todas las cosas tan detalladamente planeadas, tan bien distribuidas, todas, salieron mal, todas fallaron; una tras otra venían las malas noticias, hasta parecer que nunca terminarían... La bomba de tiempo, tan cuidadosamente preparada y colocada, falló al caerle agua unas cuantas horas antes, las granadas de mano fallaron, el Segundo Frente tan secretamente preparado fue abortado y perdimos armas y equipos por más de veinte mil pesos y la vida de un compañero. ...aquí perdimos a tres compañeros más, sorprendidos cuando iban a realizar un trabajo delicado y que prefirieron morir peleando antes que dejarse detener, entre ellos, el más pequeño, que me ha dejado un vacío en el pecho y un dolor muy mío en el alma...

En la carta le da cuenta de un mortero que le manda como anticipo del parque que enviaría después. Frank buscaba en los esfuerzos del trabajo clandestino, junto a su pasión por la lucha, una compensación de las adversidades. Sumido en la soledad a que lo obliga la situación, solo encontraría escape a sus penas de esa forma. Escribe, escribe siempre, más allá de cuanto lo obligan las tareas insurgentes. Ya un poema en verso o en prosa, un trazo de íntimas resonancias, son muestras de sensible expresión las recónditas heridas del alma. Piensa en la madre, en la novia, en Elia siempre amiga, en el hermano caído, en las dificultades, en las contradicciones que lo asedian y en la naturaleza humana. Y esos días de julio lo ven multiplicarse y crecerse. Con Celia coordina al punto de forjar canales fluidos hacia la Sierra a donde acceden arrias de mulos con la carga de cuanto acopia y suministra, impone medidas organizativas en Manzanillo, Santa Clara y La Habana, prepara y dirige nuevos planes nacionales para la acción que controla hasta el detalle, media ante los sectores de la oposición que insisten en arreglos de gobierno, exige un trabajo más activo hacia los obreros con vistas a la pretendida huelga general que todo el mundo avizora como golpe de gracia al régimen, con la inspiración de la habida

contra Machado, en 1933. Con Navarrete, Vilma, Asela y Daniel, conversa lo referido durante la segunda visita de Fernández Saborit. Los planes de la Marina se concretan y Cienfuegos sería el centro. Allí Julio Camacho representa al M-26-7 y hay células activas vinculadas al proyecto. Producirían un levantamiento, armarían al pueblo y se dirigirían hacia la Sierra del Escambray, en el centro del país, para abrir un nuevo frente guerrillero. Esperarían apoyo de otros mandos, especialmente de La Habana donde una fragata enfilaría sus cañones sobre el Palacio Presidencial y dispararía. La fecha escogida sería el 5 de agosto y Santiago debe apoyar en lo que pueda.

CAPÍTULO XXIV

Se cierra el cerco

El fragor de la lucha y sus ingentes tareas no lo embargan al punto de convertirlo en un ente operativo. Armando Hart en su personal apreciación sobre Frank, lo define como “hombre de pensamiento y acción, una rara alquimia de poca frecuencia”. Así la abstracción sobre los rumbos y las características de la organización lo compulsan hacia su perfeccionamiento. Lo anuncia a sus compañeros inmediatos y se enfrasca en reflexiones al respecto. Piensa en la necesidad de tener direcciones menos numerosas y más expeditivas, en la militancia, que debe asumir una estructura militar rigurosa con la creación de milicias que representen el brazo armado en el llano como extensión de la guerrilla. Analiza la vieja estructura celular con la que se llegó al 30 de Noviembre. Se formaron siempre en torno a un jefe que reunía a amigos y conocidos, pero que a la postre podría dar pie a una especie de caudillismo. Con su nueva idea, se constituirían las comandancias y las capitanías con un orden jerárquico para el flujo de las órdenes y misiones. Más tarde, esos pasos, que darían fortaleza al Movimiento, se seguirían al pie de la letra y los nombres de los integrantes de batallones y sus jefes se depositarían, con la colaboración de trabajadores del sector, en las bóvedas de un banco. Con Navarrete discutiría cuestiones referidas a la militancia y a la captación. Ante casos de gente que flaquean en una primera misión, analiza el procedimiento. A cualquier neófito deben darse tareas sencillas y gradualmente llevarlo hacia las más complejas hasta que se sienta entrenado. Sobre la muerte que se puede recibir o dar, hablaría en ocasiones con Vilma. Él, que habría matado en combate, siente la presión de sus recuerdos. En carta a

César López le expone inquieto que había tenido que hacer cosas por las que ya no se consideraba cristiano, pero que las volvería a hacer si fuere necesario aunque hay fantasmas que lo asedian. Piensa en los combatientes que matan en la lucha o ajustician a esbirros y teme que se acostumbren a hacerlo, se insensibilicen ante la muerte como ocurriera en la contienda contra el tirano Machado, en que toda una secuela de gangsterismo desvirtuó los objetivos de aquel momento. Frente a esto, se impone la selección cuidadosa, evitar la reincidencia y dar adoctrinamiento ideológico que siembre convicciones sobre lo que es imprescindible en cada etapa de un proceso revolucionario, para que cada uno mantenga vivos los ideales que los mueven y la ética que debe impregnar a la generación del centenario martiano.

A principios de julio se define la salida de Léster hacia el exterior. María Antonia ha tramitado las cosas con el cónsul norteamericano que ha puesto como condición que el M-26-7 deje de comprar o extraer armas de la Base Naval. En correspondencia se compromete a sacar a Léster por allí mismo. Frank se interesa por los temas de conversación con el funcionario y María Antonia le amplía al respecto. No se opondrían a una futura afectación de empresas norteamericanas, pero rechazarían que la Revolución asumiera un rumbo comunista. Léster viajaría hacia Guantánamo y de allí en el maletero del vehículo consular, entraría en el pedazo de Cuba usurpado por la fuerza del imperio. La despedida, el 7 de julio, es emotiva. Frank y él se abrazan conmovidos y el viajero escucha la lacónica despedida: “esperamos mucho de ti, gordito”.

Asela encabeza a un grupo que integran Marcia Céspedes, Lucía Parada y María Ruiz Bravo. Las “paradoras”, las faldas anchas de moda, encubren el trasiego de los más variados implementos y perrechos que las jóvenes trasladan pegados a sus cuerpos. Ellas hacen varios viajes a Miami y regresan cargadas, burlando hábilmente controles aduaneros allá y acá. Podían traer veinticuatro pistolas, setenta cargadores y doscientas balas. Se admira de lo que pueden las mujeres en tales menesteres y comenta que con varios viajes de esos se derrocaría a Batista en seis meses. Sigue entre la casa de Avelino y la de al lado, pero, no está solo, al irse Léster, vino Tin Navarrete. Frank dice que la Dirección se empeña en rodearlo de

gordos. Se fue el chiquito y ha venido el grande, aludiendo a la estatura de Léster y a la corpulencia de Tin.

Un episodio ocurrido con miembros del Movimiento y de Resistencia Cívica en la Avenida Crombet le llega con sus visos tragicómicos pero lanza una señal sobre los métodos de Salas Cañizares y sus sorpresivas incursiones a cualquier hora. Al anochecer intercepta el auto del doctor Díaz Roca a quien acompañan Puyans, y Fulvio Almenares. Los interroga en plena calle. Roca se identifica como abogado que lleva a dos amigos a un lugar. Salas desespera desconfiado y obliga al letrado a confesar el destino. Va a consultarse con una epiritista, Mérida García, cuya dirección toma. Se dirige al lugar y se adelanta. Mérida abre al llamado del teniente Durán. Indagan si ella se dedica a tales menesteres y a su afirmación inquietan si espera a alguien esa noche. La mujer asiente. Espera al doctor Díaz Roca con dos amigos que quedó en llevar. Previamente, al sentir los toques, se asomó por una rendija y pudo ver al abogado con sus compañeros detenidos a cierta distancia. El coronel baja los humos y se burla de la situación alegando que él no cree ni en Mazantini el torero. Mérida le muestra el altar y observa: si usted no cree en nada ¿por qué lleva ese resguardo en el bolsillo? El individuo salta impactado y la mira fijo. Le pregunta si ella estaría dispuesta a ir a su casa. Mérida responde: ¿por qué no? La caridad no se le niega a nadie.

El caso tendría otra cara. Mérida García era conocida en las filas del Movimiento como “la Bruja”. Ella y su sobrina Matilde, a la que apodaban “Tongolele”, eran activas laborantes en el frente de Propaganda y alguna vez en el de Acción. El mote se lo había puesto Frank porque un día ella se ofreció en medio de incrédulos para detonar un petardo dentro del Cuartel Moncada y Frank, que le dio el artefacto, aguardó por su gestión en la cercana Escuela Normal. Al escuchar la explosión Frank quedó admirado de la osadía y aguardó por ella para darle un abrazo y exclamar: ¡esta mujer es una bruja! El centro epiritista era una cobertura para justificar el arribo de gentes que debían concurrir a su casa a recoger propaganda y la explicación de Díaz Roca correspondía a la contraseña adoptada, que ella confirmaría. Le lanzó lo del resguardo a Salas Cañizares porque conocía que los esbirros se dedicaban por lo general a ciertas

prácticas sincréticas y efectivamente, dio resultado. Cuando horas después en el Colegio de Maestros le narraba a Enzo lo sucedido, recibió la orientación de si efectivamente se daba la oportunidad, concurriera a la casa de Salas y fijara todos los detalles de ubicación, postas, entradas y salidas. Expuso entonces su preocupación: si quiere que lo consulte ¿qué hago? Enzo le dijo: —invéntale lo que se te ocurra, tú tienes para eso. El coronel nunca concretó la invitación.

Los acontecimientos en el ámbito insurreccional y en la vida política del país alcanzan ritmos vertiginosos. Frank es el centro de la clandestinidad al que acuden cuantos buscan orientación o decisiones. Su labor cotidiana se torna incesante. Apenas duerme. Las horas de silencio las dedica a perfilar sus planes y a ratos despierta a Navarrete para pedir su opinión sobre algún enunciado del reglamento que redacta para las milicias. Ante un plano de Santiago, concibe la creación de cuatro capitanías que agruparían a los combatientes por zonas, organizados hasta el nivel de escuadra. Cada mando deberá contar con un sustituto o segundo. La comandancia se apoyaría en esas capitanías y todos tendrían grados militares. La correspondencia con Manzanillo y la Sierra aumenta su frecuencia. Escribe a Miret al exterior para informarle del viaje de Léster a Miami, y traslada a los grupos del M-26-7 en el extranjero la orden de Fidel de que las recaudaciones fluyan hacia Miret, para que este prepare y ejecute la remisión de armamento directamente hacia la Sierra.

Con Haydée, Enrique Hart y Manolito Zuzarte, debate la situación de la capital y toma medidas. Debe enviar a la montaña a un grupo que se incorporaría sin armas y pide perdón por esta razón. Entre ellos viajaría el médico Sergio del Valle. Atiende a Margot Machado, y a su hija Verena que le informan de la situación del Movimiento en Las Villas y le escribe a Allán Rosell, proponiéndole hacer algunos cambios en la Dirección Provincial. Da cuenta a Fidel del interés del cónsul norteamericano y en medio de este tráfico no deja de pensar en la madre y en la novia. Decide contraer matrimonio lo antes posible, América está también inmersa en los trajines insurrectos y pueden desenvolver sus vidas juntos. Ella acepta entusiasmada e inicia los preparativos. Frank pide un día que ella y Rosario se sitúen en una esquina a cierta distancia para verlas con un catalejo.

En nuevas misivas a Celia y a Fidel les da cuenta de la situación general del Movimiento en Occidente y el Centro y le pide al jefe un censo de los incorporados a la guerrilla para tener controles actualizados. Le informa a la vez de la constitución de batallones en todas las provincias.

Ese día veinte le pide a Vilma que se haga cargo de la Coordinación del M-26-7 en Oriente. El peso de las responsabilidades es enorme y necesita distribuir el trabajo. Lo motiva a la vez cierta corriente de opinión que emerge de los personeros de la llamada oposición y que de alguna manera permea las filas insurrectas. Son consideraciones de futuro. Frank y otros compañeros en reflexiones e intercambios del porvenir no pretendían dirigir el país. Ante cualquier alusión al respecto solían decir que terminada la contienda y logrado el objetivo de derrocar el régimen, se irían a sus casas. Esta actitud desprendida tendría necesarias modificaciones que en Frank, operararían en la medida que las circunstancias lo llevaran a madurar acerca de la problemática política. Las lecturas apresuradas de determinados materiales, los contactos con compañeros de ideas progresistas, especialmente del grupo de los moncadistas, *La Historia me absolverá* y la relación con Fidel y sus ideas, le dieron asideros ideológicos. Comprendía que la insurrección era una primera fase que, obtenido el poder, daría paso a los cambios revolucionarios que solo pueden hacer los revolucionarios. La corriente de opinión aventada por ciertos sectores alentaba la desconfianza hacia ellos que carecerían de experiencia y capacidad para dirigir, ejecutar y garantizar las mutaciones y, más que eso, ejercer el gobierno cuando se suponía la existencia de gentes capaces para hacerlo, a quienes se debería recurrir. Por los primeros días de julio le escribe a Alejandro y toca este punto:

... porque es ya un hecho que el pueblo de Cuba no aspira al derrocamiento de un régimen ni a la sustitución de figuras, sino que aspira a cambios fundamentales en la estructura del país y es preocupación de todos los sectores y de todos los intereses del país conocer la verdadera capacidad que pueden tener nuestros líderes y nuestras dirigencias para acometer tales cambios y si somos confiables o no para ello. Ya nadie duda de la caída del régimen, lo que les preocupa

es la calidad de ingenieros con que cuenta el 26 para la reconstrucción del nuevo edificio.

Así, al pedirle a Vilma que asuma la responsabilidad provincial, aduce también la necesidad que tiene de dedicar tiempo al estudio y preparación personales para la segunda fase del proceso.

Resistencia Cívica toma la iniciativa de un paro laboral el 26 de Julio entre las diez y las diez y quince de la mañana como homenaje a la fecha y él decide aprobarlo como ensayo previo a la perspectiva de una huelga general. Se haría nacionalmente e instruye a los responsables en el país sobre cómo realizarlo.

El día veinte se produce un sorpresivo revuelo en la barriada. Salas Cañizares, sobre pistas fundadas, irrumpe y detiene a jóvenes revolucionarios refugiados en una vivienda. Apresa a tres de ellos, pero un cuarto logra evadirse por los tejados. Los esbirros buscan afanosamente y obligan a Frank y a Tin a tomar las armas y parapetarse en la azotea. Navarrete con una pistola y él con la ametralladora. En previsión de lo que pueda ocurrir le ordena a Tin que tome todos los papeles en los que ha venido trabajando y se disponga a irse por los techos, mientras él hace frente a la policía. Tiene a Salas en la mirilla y puede liquidarlo, pero entiende que no debe “quemar” el lugar que lo alberga y que se considera el más seguro. Cuando ya la irrupción parece inminente, los sabuesos reciben orden de retirada al considerar inútil la pesquisa. En los bajos de la casa, Daniel y Vilma, arma en mano, aguardaban tensos y preparados para repeler. Pasado el peligro, todos consideran riesgosa la permanencia de Frank en el lugar, pues es probable que sitúen vigilancia en la zona. La anciana madre de Ofelia interviene. Le ha tomado un cariño extraordinario al joven dirigente y pide que lo dejen allí, que ella lo cuidaría con su vida. Frank la abraza emocionado, pero las opiniones razonadas de sus compañeros se imponen. Enrique Canto viene una vez más por ellos y los traslada a la casa de Raúl Pujol donde Navarrete, no se siente confiado. Permanecen allí sólo unas horas. Daniel, tras despachar con él va anocheciendo el veintiuno, toma la calle San Germán y se tropieza cara a cara con alguien de la zona norte, el asesino de Rafael Orejón. Se miran en mutua sorpresa. El sicario viste de paisano, pero Daniel está seguro de que es él y se han re-

conocido mutuamente. Acorta sus pasos y decide regresar a donde Frank. Les refiere lo ocurrido y urge que abandonen el lugar lo antes posible pues está seguro de que lo vio salir de allí. Frank decide seguir el consejo. Sabe que no puede correr riesgos de detención que significaría su muerte y el lleva sobre sí, en ese momento, al Movimiento en sus planes inmediatos y el sustento de la guerrilla. Canto no está localizable y sí Luis Felipe Rosell que los lleva a su casa en el jardín La Esperanza en la calle Carmen, entre San Félix y San Bartolomé. Allí esperan la mañana del domingo en que Canto los traslada de nuevo a la casa de Clara Elena Ramírez, la bailarina, en la calle 8 de Vista Alegre.

Permanecerían poco tiempo en esa dirección pues la joven, en estado de gestación, sufre frecuentes alteraciones nerviosas preocupada por la presencia de ambos y sobre todo de Frank, a quien no es fácil encontrarle albergue y alguna personas que ofrecen sus viviendas, cuando escuchan ese nombre se repliegan. Frank lo entiende porque como él mismo dice a ratos, su cabeza huele a pólvora. Estando allí recibe una segunda visita de Fernández Saborit al que atiende en otro lugar. Le informa de las actividades desplegadas después de su encuentro anterior para organizar el Movimiento dentro de ese cuerpo armado y al respecto escribe a Fidel y a Celia en comunicaciones que firma como Cristián. A Celia la identifica como Ali, le cuenta:

Esto está muy malo; el domingo se formó un tiroteo por la cuadra donde estaba, tuve que ver cómo cogían a dos compañeros y no hacer nada, porque si les tiraba iba a tener que irme después y descubrir mi posición. Hay tal cantidad de policías y soldados y Salas está tan acobardado que no cesa de hacer registros a diestro y siniestro. Para las máquinas, los camiones, las camionetas, las guaguas, se mete en cualquier casa. Yo diría que está medio loco, pero en su locura me ha hecho brincar desde el domingo hasta hoy de cuatro casas.

El día 25 recibe la extensa carta de Fidel en que le responde sobre múltiples interrogantes y asuntos que le trasladara. Acusa recibo del mortero y de fusiles que mantendría inactivos por cuanto utilizan proyectiles 30.06 de que no dispone. Le dice sus cálculos de suministros para un mes, estimados en un aproximado de cien

uniformes, cien pares de buenas botas y unas cincuenta mochilas. Lo felicita por la adopción de los planes nacionales de acción y entre otras cuestiones aborda la subida de un diplomático norteamericano a la Sierra. Manifiesta su disposición a recibirlo. El párrafo dedicado a este punto explica: “¿Que nos hacen exigencias? Las rechazamos. ¿que desean conocer nuestras opiniones? Las exponemos sin temor alguno ¿que desean estrechar los lazos de amistad con la democracia triunfante en Cuba? ¡magnífico! Eso es un síntoma de que se reconoce el desenlace final de esta lucha”.

Le notifica sobre el emocionado testimonio por la caída de Josué y sus compañeros. El emotivo mensaje expresa:

Nos hirió muy cerca y muy hondo el cruento zarpazo. Enardeció los ánimos y no es poco lo que ha influido en el tremendo espíritu combativo de estos días... En nombre de todos los combatientes de la Sierra y sus oficiales, exprésale a tu valerosa mamá y demás familiares nuestro más sentido pésame. Y para ti, hermano querido, nada tenemos que añadirte, porque también es nuestro el dolor del joven águila caído.

Celia ha sido la portadora de la misiva y con ella coordina despachos de avituallamiento que ha conseguido, incluidas las balas 30.06. Le escribe a Fidel y le agradece sus aclaraciones a la vez que le promete hacerse cargo, desde ese mes, de la manutención del Ejército Rebelde. Le pide la remisión a Santiago de las armas en mal estado pues ya ha instalado un taller para su reparación. Fidel le había solicitado treinta hombres armados y él le informa que serían algunos más pues heridos o enfermos que fueron trasladados a la capital de la provincia están ya aptos para el regreso. Luis Felipe, en respuesta a su solicitud, lleva a América a la casa de Clara Elena donde almuerzan juntos y precisan sus planes matrimoniales inmediatos.

Enrique Canto tiene sobre sí la presión de un nuevo traslado, Frank se muestra intranquilo por la situación del lugar. Clara Elena está cada día más alterada y nerviosa y él no quiere ser la causa de inconvenientes en una familia que siempre ha colaborado. No hay otro lugar que la vivienda de Raúl Pujol y este se moviliza para acogerlo. Se separa de Tin Navarrete que pasaría a la casa

de la familia Duque de Estrada en la calle San Basilio. Antes de llegar a San Germán 204 han dejado a Tin y se han cruzado con carros patrulleros sin dificultad. Frank tiene el pelo teñido, se ha dejado bigote y usa unos espejuelos oscuros. Ha habido versiones que explicarían el desenlace trágico al que llega, como la de una sobrina de la querida de Laureano Ibarra que pudo reconocerlo al paso del auto, en la esquina de Santo Tomás, a tres cuadras de su destino. En la versión se infiere que la muchacha, lo informó a su tía quien de inmediato dio cuenta de la probable presencia de Frank en la barriada en la que residía. Se especuló que esa fue la causa de los registros intensos realizados por Salas Cañizares. Instalado en San Germán y Rastro, decide continuar sus actividades. Ocupa la primera habitación y en ella deposita su maletín repleto de papeles, la ametralladora y pertenencias emergentes. Tiene con él su álbum de sellos y sus pinturas. Le ha pedido a América que le compre nuevos tubos que reemplacen los ya gastados para aplicarse a la plástica en sus ratos escasos de asueto. Ha llevado con él un disfraz de sacerdote y ante el espejo se prueba la sotana y el hongo. Eugenia San Miguel, la esposa de Raúl Rujol, lo atiende como anfitriona y actúa a la vez de introductora de visitas y recibos. Están, además, en la casa el hijo Raulito y Armonía, la hermana de Eugenia. Desde hace unos días tiene pendientes a Basilio, y a Canseco, Demetrio Montseni, que ha venido desde Guantánamo para contactarlo urgentemente. A Raúl le encomienda que consiga unas cincuenta cocinas y cantidades de chocolate para la Sierra y como este se quejara de que las botas pedidas en días atrás no han sido recogidas, Frank reacciona molesto. Con la falta de calzado en la Sierra resulta inadmisibles esa demora. Llama a Daniel y lo urge a proceder a la mayor celeridad. Se comunica con Basilio y lo cita al día siguiente con el encargo de recoger y traer a Canseco. Se verían el día 30 de julio, a las dos de la tarde. Eugenia recibió una nota con los nombres de las personas a quienes Frank esperaba. A nadie más debería darle acceso.

Llega Raúl, le informa que se ha conseguido lo que pidiera y acuerdan que Gerardo Rivas, en su carro fúnebre, se hará cargo enseguida. El recién llegado viene a bañarse, comer algo y regresar a la ferretería pues están en balance.

El treinta escucha un informe de Daniel sobre suministros. El despacho para la Sierra, que saldría a la mañana siguiente, incluiría las botas, hamacas, nylons, frazadas, camisas, pantalones, leche condensada, chocolate, cantimploras, medicinas y las cocinas. Le confía a Daniel otra misión: debe hacer llegar al piloto Rodríguez Font correspondencia de Fidel para Miret en México.

Trasciende a la ciudadanía el disgusto que existe en los mandos militares de la provincia. El coronel Cruz Vidal no oculta su antipatía hacia Salas Cañizares. Sin duda, su posición ante un enviado personal de Batista es algo desairada y nada grata. De La Habana lo acosan para que acabe de resolver el problema del “fidelismo en Santiago” y en la Sierra y por otra parte personajes de la ciudad se quejan ante el mismo Batista de los métodos de Salas que consideran absurdos y negativos. Cruz Vidal opina que este sujeto, que no se le subordina, está levantando más oposición al general con la represión indiscriminada y esos registros a boleo. A la preocupación por Fidel y el foco guerrillero se une la infructuosa búsqueda de Frank y los trajines incesantes del inspector policiaco que no dan resultado y acaso sirven para implantar un régimen de saqueo y hurto que practica. Es idea fija la captura de Frank que es el factor de apoyo fundamental a los combatientes de la montaña que, por esos días tomaran el cuartel del Central Estrada Palma. En las discusiones de ambos jefes, Salas defiende grosero su táctica, aunque reconoce como inconveniente para dar con el “cabecilla” santiaguero, el hecho de que todo el mundo conspira y protege a los insurrectos.

Bien porque escoge otra área de la ciudad para peinarla o porque efectivamente tuviera confidencias sobre la posible ubicación de Frank en la zona, desparrama sus perros de presa en un operativo que esa tarde abarcaría un área extensa desde la calle Gallo hacia arriba ascendiendo por San Germán hasta Rastro, Callejón del Muro y la parte que colinda con la Iglesia de San Francisco y su fondo sobre el callejón de Capdevila.

Sobre las once de la mañana llegan Félix, el hermano de Léster y Manals. El primero quiere tratar con él sobre los suministros de que es responsable. El segundo, quiere que Frank le viabilice su regreso a la Sierra. Eugenia revisa su lista y como sus nombres no aparecen ahí, les dice que Frank no se encuentra. Al mediodía almuerza en

el seno de la familia y se toma el helado de vainilla que Eugenia, conocedora de sus gustos, le prepara. Sobre las dos de la tarde recibe a Basilio y a Canseco. El primero rinde cuentas detalladas de su periplo nacional. Le trae noticias del mejoramiento de la situación en Las Villas y en La Habana y le da el recado de Haydée, en el sentido de que pronto tendría a Armando Hart, en Santiago. Basilio escucha las nuevas tareas que le tocarán respecto al movimiento obrero y se va a la sala a esperar por Canseco cuya entrevista sigue en turno. El guantanamero expresa que la vigilancia en la Base Naval ha aumentado considerablemente y que los registros del personal cubano son rigurosos, pero que hay norteamericanos que o bien simpatizan con el Movimiento o están dispuestos a negociar y se mueven con ciertas libertades. Por esa vía pueden conseguir de inmediato veinte mil tiros de 30. 06. Frank vibra de entusiasmo y lo estrecha ¡Yo sabía que los guantanameros no me iban a fallar! Dispone que Canto entregue al emisario cinco mil pesos para la compra.

En tanto, Salas Cañizares, emplazado en Gallo, recibe constantes partes de sus gentes a través de la microonda. Durán da cuenta de su avance por San Francisco hasta la iglesia; el teniente Ortiz, que sube por San Germán y se acerca a Rastro con la intención de llegar hasta Corona y junto a Durán y el teniente Pascual, cerrar un cerco.

Frank precisa aún algunos detalles con Canseco mientras Basilio departe con Eugenia en el comedor. Para que el guantanamero comprenda la importancia de la adquisición, le entrega una comunicación de Fidel y le dice que la lea. Canseco lo obedece y dice a media voz: “De las balas 44 y cartuchos estamos regular. Un promedio de 60 por fusiles 44 y de 50 por escopeta. El Winchester 250 tenía 65 balas, más 50 que nos entregó el Che. Balas 45 de ametralladoras tenemos pocas y necesitamos unas 500. Los Garand tienen un promedio de 160 cada uno...”

Armonía, atraída por cierto revuelo externo, se asoma por la ventana. Observa el movimiento de patrulleros y uniformados y pregunta a los vecinos qué ocurre. Le responden que hay registros policiacos. Preocupada, se dirige al comedor e informa a los otros. Frank acaba de volver al cuarto con el visitante tras hablar por teléfono con Canto. Instruye a Basilio para que lleve a Canseco a La Francia a recoger el dinero. Basilio se dirige a la habitación

y lo interrumpe para decirle de la presencia policiaca en el barrio. Frank comenta algo desvaído que ya tiene otra vez a la policía detrás y él creía que el fatal era Navarrete, de quien acaba de separarse. Armonía supone que registran en la casa de la familia Santa Cruz Pacheco, señalada por el antecedente de Bilín, el estudiante universitario implicado en el asalto a la Estación de Policía de El Caney. Eugenia indaga con los vecinos de los altos que por su posición elevada pueden visualizar mejor la actividad represiva. Canseco reincide en las opiniones sobre la casa de Raúl que considera “quemada”. Frank explica brevemente las dificultades que se confrontan para conseguir albergues dado que hay un número considerable de compañeros en rigurosa clandestinidad y reafirma que allí nunca ha tenido problemas.

Por su parte, Salas, situado en la Avenida Lorraine en su confluencia con San Germán, recibe partes y da órdenes, sin moverse del lugar. Sus subordinados despliegan sus mañas ofensivas haciendo alardes e intimidando al vecindario. Terminado el peine de las partes bajas de la calle, los patrulleros ascienden veloces rechinando neumáticos y sembrando alarma. Ordenan a los curiosos meterse en sus casas y prohíben las salidas. Se sitúan avanzadas en Capdevila y en Corona, en San Francisco y en Rastro, en Callejón del Muro.

Bessy Planas es una joven vecina de Raúl. Regresa a su casa por la calle Corona y al acercarse a Capdevila observa el despliegue. Un patrullero está emplazado en el callejón con las gomas delanteras a la altura de la ventana de barrotes que Pujol preparara para escape de su vivienda. Se acerca con pasos lentos a la esquina de Corona, dobla en San Germán hasta Rastro, comprueba la extensión del cerco. Ella es amiga de confianza y conoce de las actividades de su vecino. Se dirige a la ferretería para informar de lo que ocurre. Raúl interrumpe sus faenas de balance y sale con ella tras preguntarle si ha visto salir de su casa a las personas que estaban allí. Bessy no lo sabe. Ella queda en la esquina de Corona mientras él se dirige a su casa. Pero, no entra. Continúa hasta la esquina y se une a las vecinas curiosas que miran intrigadas. A Irma, una de ellas, le pregunta. La respuesta es que deben buscar a alguien. El registro está todavía en la cuadra de más abajo y Raúl después de observar unos minutos

se encamina hacia su hogar. Encuentra al grupo en el comedor. Advierte que deben salir enseguida, especialmente Frank. Basilio dice que puede hacerlo en su auto, pero Frank se encasquilla en su actitud incrédula, insta a los visitantes a irse y también a Raúl. Alega que de surgir el peligro inmediato, él avisaría. Opina que la gestión de Salas no llegaría a su albergue. Pujol lo contradice al evidenciar su responsabilidad. El Movimiento le ha confiado su seguridad y él está dispuesto a morir junto a él por garantizarla.

El momento es de tensión y algo confuso. Basilio y Canseco insisten previsores y Raúl, que en principio se mostrará partidario de seguir la sugerencia, al ver la obstinación de Frank decide apoyarlo. Evidentemente no quiere dejarlo solo a su suerte. Y cuando Frank les ordena salir, pues deben cumplir misiones que considera más importantes que su vida, Pujol se une al imperativo de Frank. Afuera los sabuesos se acercan a Rastro. El teniente Ortiz con los suyos aborda la esquina y en el interior de la casa Frank empuja con cordial severidad a los emisarios hacia la puerta. Canseco intenta nueva apelación y es Raúl el que replica que acaben de irse pues él responde con su vida por la de Frank. Salen a la calle y abordan el auto seguidos por el anfitrión. Ambos se asombran al ver el despliegue policial. San Germán está ya totalmente copado. La posibilidad de que el auto salga no es muy cierta. Raúl se acerca a los policías y les pide autorización para que sus amigos visitantes puedan dar marcha atrás y salir por Rastro. Los uniformados, dudosos en principio, lo autorizan. Basilio y Canseco alarmados, reiteran que Frank debiera irse con ellos. Raúl los disuade y cuando por fin el auto se pone en movimiento alza la voz para improvisar un simple recado de saludo familiar. No regresa a la casa sino que se recuesta en un barandal de la esquina a observar las peripecias del registro, pero cuando ve que avanzan hacia el edificio donde vive se moviliza presto. Del piquete ha surgido una voz imperativa que ordena continuar hasta la calle Corona. Se dirigen a la puerta que da acceso a la vivienda de los altos. Frank está sentado en el quicio del segundo cuarto cuando ve entrar a Raúl que le dice: “tenemos que irnos. Ya están arriba”.

Frank va hasta su cuarto y regresa con el maletín y muchos papeles. Lo entrega a Ñeña y le pide que los cuide pues valen más

que su vida. Toma la ametralladora y Raúl le propone esconderla en el tanque del agua. Primero avanza hacia el fondo para ver la ventana de los barrotes limados y se sorprende. La rueda de un carro patrullero está sobre la acera frente al boquete. Deben salir por el frente.

En el comedor, tras el aparador, Ñeña esconde los documentos. El último gesto de Frank dentro de la casa lo ejecuta al colocar en su cintura una pistola. Raúl abre y ambos toman la calle. Miran como simples curiosos en torno y luego avanzan hacia Corona.

Los policías, soldados y marinos actuantes parecen indiferentes a su desplazamiento, pero cuando han avanzado varios metros, de lo alto en la casa que inspeccionan, el teniente Ortiz vocea que detengan a los dos que van por la calle, los identifiquen y registren. Dos gendarmes proceden desde Rastro y otros dos desde Corona. Ambos se detienen ante el revuelo que de pronto los envuelve. Un marino les exige identidades y Raúl explica que es el gerente de la ferretería Boix y su acompañante, el contador. Que están en balance y han venido a su casa a comer algo.

La orden del teniente se refiere también al cacheo individual por lo que deben proceder. Los voltean hacia la pared inmediata. El primero es Raúl, que sale indemne de la gestión. Cuando van sobre Frank detectan la pistola y cunde la alarma. Las armas suben en posición agresiva acompañando el grito de que este tiene una pistola. Desde el alto Ortiz grita que los acerquen a Rastro mientras él baja hasta la calle.

Alguna versión posterior de vecinos del lugar dice de un gesto defensivo de Frank llevando la mano a la cintura como dispuesto a combatir, se detiene al observar a un hombre de edad que sale de una casa en la acera del frente llevando de la mano a una niña de pocos años. De ser cierto, no habría dudas de que el aguerrido combatiente habría pensado en no dejarse detener sin vender cara su vida. Tenía la pistola y la ametralladora y ha sido siempre una interrogante del porqué no las usó. Múltiples factores en su mente pueden haberlo llevado a estirar hasta lo imprevisible una definición ante aquella encrucijada. Especulemos: llevaba varios días eludiendo con éxito o suerte las pesquisas sorpresivas de Salas y podría pensar en un nuevo giro de esa buena suerte, los esbirros actuantes no eran

conocedores de su persona como tampoco lo era el propio Salas, entre ellos estaban Haza y Durán, pero no precisamente en la esquina de Rastro, de haber enfrentado a la policía desde la casa de Raúl hubiera generado una situación de alto riesgo para los moradores, incluido el pequeño hijo de Raúl y Ñeña. No cabe duda de que tales argumentos tenían un peso determinante en quien ceñía su conducta a las más rigurosas normas éticas y humanas.

CAPÍTULO XXV

Holocausto

En la esquina de Rastro y San Germán los suben a un jeep mientras Ortiz localiza a Salas Cañizares por la microonda. Le informa de los dos sospechosos, uno de los cuales estaba armado. Salas se desplaza veloz hacia el lugar. Desciende del carro blandiendo su inseparable M-2. Su vista tropieza con el rostro de la anciana María Palacios ante cuya vivienda se ha detenido. Ortiz se le acerca y el coronel pregunta prepotente dónde están los detenidos. El teniente señala hacia el jeep y mientras camina junto a él expone lo dicho por Raúl. Al oír el apellido Boix, Salas contrae el rostro. Esa es la ferretería del hermano del comandante Boix, jefe del Buró de Prensa del Estado Mayor. Salas mira amenazante a ambos cuando Ñeña se le acerca, se identifica como esposa de Raúl y le suplica que la deje ir con ellos. Salas la rechaza. Le dice que lo único que puede pasar es que los mate. Raúl ordena a la esposa que regrese a la casa y avise por teléfono. Cuando ella lo obedece, Salas ordena que la sigan e indaguen a quién llamaría. Ella logra comunicar y solo emite pocas palabras. La presencia del policía la enmudece y cuelga el aparato. Salas, por su parte, dispone que los conduzcan hasta la jefatura para interrogarlos con calma y saber en qué andan. Un nuevo arribo se produce en el área cuando ya Salas y Ortiz se separan del vehículo. Luis Mariano Randich, asesor de Salas para la identificación de los combatientes santiagueros, llega y le dice a Salas que le permita hacer su reconocimiento. Observa meticuloso los rostros. Comenta sibilino que conoce al tipo al detenerse en Frank. En gesto rápido le quita los espejuelos oscuros y explota eufórico y triunfal: “coronel, este es Frank País”. Salas reacciona sorprendido: ¿es posible? Randich ante la insegura expresión del jefe lo ratifica.

Se trata de Frank País y él lo conoce muy bien. Salas ordena que los bajen del jeep. Un policía les quita los cinturones y los obliga a sujetar los pantalones con sus manos. Salas le apunta a Frank visiblemente nervioso. Se separa varios pasos mientras acuden Garay, los hermanos Gayo y Mano Negra. Frank, al ver el gesto defensivo de Salas, le dice: “no me tema, coronel; estoy desarmado y no me puedo mover”. Randich, servil, se adelanta y abofetea dos veces a Frank. Luego lo registra y le ocupa la libretica negra en que tiene claves y teléfonos. Salas se le acerca y con la culata del arma lo golpea en el pecho y lo hace retroceder tambaleante hasta apoyarse contra la pared mientras vocifera injurias. Raúl reacciona decidido y le propina fuerte empellón al asesino y lo increpa por golpear a un hombre indefenso. Los secuaces de Salas van sobre él y le propinan una terrible golpiza que lo derriba. A la algarabía se suman las vecinas inmediatas que, desde sus casas, observan la monstruosa faena y gritan condenando el hecho. No conocen al otro, pero sí a Raúl. Salas las encara desafiante y amenazador, les apunta con el arma y las obliga a recogerse en sus casas desde donde se siguen oyendo gritos de condena. María Palacios, sin embargo, permanece obstinada en su portal y replica frenética que de allí no se mueve. Salas ordena que le metan a esa vieja un tiro en la cabeza. Ella no se inmuta y responde que eso es lo que él sabe hacer. “Pues máteme, pero de aquí no me voy”. El teniente Garay y otro policía la cargan en peso y la introducen en la casa a viva fuerza. Salas apunta su arma sobre Raúl y descarga una ráfaga que lo abate. Su cuerpo se desploma y queda tendido boca abajo junto al contén de la casa de la anciana. Se vuelve a Frank que se mantiene de pie en medio de la calle y dispara, pero salidas dos cápsulas, el peine se agota y el agredido en gesto instintivo hurta el cuerpo llevándolo hacia la confluencia del callejón del Muro. Mientras recarga el arma, Salas ordena imperativo a sus secuaces que disparen. Mano Negra, que actúa como su chofer, es el primero en descargar sobre Frank su pistola 45. Tras él lo hacen Basol, Garay, los Gayo, y Randich. Repuesto el cargador, Salas se acerca y vacía el nuevo peine en ráfaga de gracia.

América y Graciela salían de la tienda La Francia donde la primera adquiriera un vestido para la boda. La segunda celebra su elección y por la calle Santo Tomás se dirigen a La Dalia, otra tienda

cercana donde quieren adquirir algo específico. Tienen la idea de seguir después hasta la ferretería Boix en la esquina de San Francisco para dejarle a Raúl las pinturas y cosas personales que Frank le pidiera. Se encaminaban al lugar cuando perciben disparos a cierta distancia y se incorporan a las expectativas de los transeúntes. Unos pasos más y les llegan versiones callejeras de algo que ha ocurrido más abajo. Han matado a unos muchachos en Rastro y se dice que uno es Frank País. Se detienen petrificadas y se miran con la angustia en los rostros. Al unísono echan a correr en esa dirección.

Rosario recogía unas fotos en los bajos de la Catedral y se dirigía después a la oficina de Carmona, en San Félix casi esquina a Heredia. Tramitaba arreglos en el panteón familiar y decía que después de lo de Josué ya esperaba cualquier evento. Carmona la escuchaba atento cuando súbitamente el audio de un radio inundó el espacio y provocó en Rosario una contracción de disgusto. Se quejó de la desconsideración de alguien que subía el volumen del aparato de esa manera. Carmona se puso de pie y fue hasta la ventana como aguzando la escucha. Se volvió a Rosario para explicarle que el barbero en la planta baja solía aumentar el volumen de la radio cuando había alguna noticia importante para que él la oyera. Así, ambos quedaron pendientes. La voz ferriada del locutor exponía:

El teniente coronel Salas Cañizares, supervisor de la Policía Nacional en esta ciudad, declaró a los periodistas que Frank País hizo resistencia al momento de ser detenido y disparó contra él con una pistola 38 que portaba, por lo que tuvo que repeler la agresión. El cadáver de Frank País y de su compañero Raúl Pujol permanecen en el lugar de los hechos a la espera de la correspondiente diligencia judicial.

Carmona, impactado, mira a Rosario y se asombra de su rostro sereno y grave. No hay desmayos ni llanto y sí una indefinible expresión que enmascara su infinito dolor.

El hecho anonadante golpea veloz en todos los puntos y entramados de la insurrección. Los que escuchan aquí y allá se niegan a aceptarlo. Vilma se sume en la consternación y Asela no lo puede creer. En la casa de Duque de Estrada, en San Basilio, Tin Navarrete rumia la angustia, entre la incredulidad y la ira. Lamenta haberse

separado de Frank. Tarás a su lado siente la necesidad de hacer algo. A lo mejor es mentira, comenta. Tin llama por teléfono a Clergé y le dice que reúna gentes y vaya a cerciorarse. Cuando se encaminaba hacia Rastro se cruza con la camada de asesinos. En la tienda La Caridad, en la Plaza de Marte, Enzo y Orlando Fernández Montes de Oca se debaten entre dudas. El primero sabía que Frank se ubicaba en esa zona y el segundo, le propone tomar el auto y llegar al lugar por si se podía hacer algo. Canseco y Basilio desde la casa de la doctora Castillo no salen de su asombro: ¿por qué Frank no les haría caso? Podía haber salido con ellos.

En tanto, en San Germán y Rastro y Callejón del Muro se perfila el trágico círculo. Los Gayo han quedado allí inmersos en un cordón de sabuesos que no permiten acercarse a nadie. Cuidan el escenario que han condimentado según las orientaciones de Salas Cañizares. Han colocado junto a Frank, cerca de su mano, la pistola 38 que le ocuparan y muy cerca también varios peines. Discuten entre ellos porque no corresponden al calibre del arma. Concluyen que carece de importancia porque el juez no sería capaz de detenerse en detalles. Luego tocan a la puerta de María Palacios y le dicen que traiga toda el agua fría que tenga. La anciana, consecuente con su talante, replica que vayan a tomarla a sus casas. La empujan y allanan la morada despachándose a sus antojos. Un jeep les trae emparedados y cervezas. Sentados en la baranda, con el cadáver de Raúl a los pies, ingieren. Ríen cuando María da el portazo. No permiten que alguien se asome a su puerta a pesar de lo cual algunas ventanas entornadas denuncian presencias vigilantes. Así los ven apurar el último sorbo a pico de botella, eructar como cerdos y luego con los recipientes vacíos golpear en los barrotes de la baranda improvisando una tonada carnavalesca que inician bajo, como en rumor y luego incrementan en tono burlón como para ofender ensañados al vecindario sumido en la consternación.

Rosario, acompañada por Carmona, se acerca a la esquina de Corona y San Germán. Se dirige a las postas y pide que la dejen llegar a los jóvenes muertos pues ella cree conocer a alguno. La respuesta es tajante. No se puede acceder al lugar y si quiere verlos tendrá que ser dentro de un rato en el necrocomio. Se retiran decepcionados por la calle Corona. América y Graciela les salen al

paso. La primera se echa desconsolada en brazos de Rosario. Esta la sacude con firmeza y le dice que guarde las lágrimas, que evite que la vean llorar. Clergé se les acerca y hace sus demostraciones pesarosas ante la madre de Frank. Ella inquiriere ¿es él? Clergé asiente en cabeceo mientras numeroso público en torno observa percatado de que se trata de la madre de Frank. La noticia, echada a vuelo por la radio, sacude la ciudad. En las rúas céntricas, en las plazas y los parques se reúne consternada la población. Muchos dudan todavía, comentan, especulan, no creen. Para algunos Frank estaría ya en la Sierra. De pronto se tiene la evidencia de una admiración masiva, extraordinaria, que se desdobra en dolor, ira, incertidumbre. La ciudad está herida y reaccionaría consecuente.

Vilma, al teléfono, escucha la voz de Carlos Amat que desde la compañía telefónica le propicia oír una conversación entre Salas Cañizares y el general Tabernilla, jefe del ejército batistiano. Salas expone: “jefe, ya acabamos con el tipo. Aquí le voy a poner al que se ganó las tres mil maracas de la recompensa”. Habla entonces Mano Negra: “jefe, habla Sariol, ya «rompimos» al Frank País ese. Los tres mil son míos, que le dí guiso”. Es el fatal 30 de julio de 1957 y Vilma percibe que todas las inquietudes y desconciertos de las huestes combatientes se vuelcan sobre ella. Habla con Rosario y la insta a reclamar el cadáver, a exigir que se lo entreguen aunque tenga que fajarse con los dientes. “Descuida, hija. Ya verás —es la respuesta lacónica”.

En la Primera Iglesia, ante Rosario, están los reverendos Agustín González y Celestino González junto a la esposa del último y a Carmona. Se disponen a reclamar el cadáver de Frank y todos tratan de disuadir a la madre para que excuse su presencia en la gestión. A duras penas logran convencerla para que permanezca allí mientras ellos cruzan la calle hasta la jefatura. Se les uniría el joven abogado doctor Jorge Serguera. Salas los recibe con su actitud insolente. “¡Así que se lo quieren llevar! ¡Bueno! lo que yo quería con él ya lo conseguí. Con lo que queda pueden hacer lo que les salga. ¡Como si lo quieren pa'mearse arriba!”. Los emisarios guardan silencio ante el desbarre sacrílego. Un rato más tarde están en el necrocomio Rosario, Carmona, América, Graciela y Marinita Malleuve. Deben limpiar, taponear heridas y vestir el cadáver. Rosario ha llevado

algodones, gaza, formol y el traje blanco que vistiera en el juicio por la Causa 67, regalo de sus compañeras y amigos de El Caney. Rosario en singular estoicismo acomete la triste faena ayudada por Carmona Indignación y dolor impregnan los ánimos. Navarrete ordena el acuartelamiento de los grupos de acción. Vilma al teléfono le dice enfática que no haga nada en respuesta a lo ocurrido, pues acaso se lograría incrementar la represión y peligraría la existencia del Movimiento en la ciudad. La idea es movilizar a la ciudadanía y convertir el sepelio en una vigorosa demostración de repudio y condena a la tiranía. Instruye a Canseco para que regrese de inmediato a Guantánamo y movilicen al pueblo.

Con Daniel, Asela y Enrique Canto coordina los pasos inmediatos. Resistencia Cívica y las mujeres del Movimiento tenían preparada una manifestación para el día 31 con motivo de la anunciada visita a Santiago del embajador de Estados Unidos, algo que coincidiría con el entierro. Deciden mantener esa demostración con el convencimiento de que el pueblo está en las calles y daría la más contundente respuesta al crimen. Las palabras de Mella en el sentido de que “aún después de muertos somos útiles”, alcanzan categoría de vigencia con Frank y Raúl.

El cadáver de Frank sería trasladado de San Bartolomé 226 hasta la casa de la familia Domitro en Heredia y Clarín, con la idea de que el entierro atravesase la ciudad.

Las mujeres, vestidas de negro, concurrirían esa mañana al Parque Céspedes para patentar su protesta ante el embajador norteamericano.

En San Bartolomé 226 una compacta multitud ha invadido la vivienda. La calle concentra cientos de personas y oleadas continúan llegando. El túmulo mortuario se ha instalado en el primer cuarto y junto al féretro están Rosario, América, Carmona y otros miembros de la iglesia. Clergé, lloroso, abraza a Rosario y acucillado ante ella le traslada el mensaje. Vilma le manda a decir que quieren trasladar el cadáver si ella no se opone. Su respuesta es serena: “Hagan lo que crean mejor. Frank es de ustedes”.

En un hogar campesino enclavado en la Sierra Cristal, Elia Frómeta peina el cabello de su prima. Ha venido a pasar unos días de vacaciones junto a familiares. El tío entra a la casa y se dirige a la

esposa: dicen que mataron a Frank País en Santiago. La tía lo mira significativa abriendo los ojos y llevándose el índice a los labios, temerosa por el efecto en Elia, pero ella ha escuchado bien. Si es así, saldrá inmediatamente. La prima la acompaña farol en mano en la oscuridad de la noche. El chofer de una camioneta la recoge y la traslada.

En la casa de América en Heredia, precisan detalles. Asela, junto a América, Tarás, Marinita y Clergé expone la sugerencia de Vilma: ponerle el brazalete del M-26-7 y una boina negra en el pecho con una flor blanca. Marinita observa que ve en el velorio muchas caras extrañas. Está segura de que hay entre tantas gentes, “chivatos” y agentes del SIR. Asela observa que hay que contar con eso. Que vean a Frank con brazalete y boina. Así sabrían que los estaban desafiando. Y esa atmósfera de desafío, de arrestos bélicos, está en todas partes. A la confluencia de Clarín y Heredia llega un carro patrullero del que desciende el teniente Durán. Al ver que el público cierra el paso y no hace ademán de despejar la calle, se acerca enfatuado en intento de imponer temor, pero las gentes se toman de los brazos y una voz firme le advierte que por allí no se puede pasar pues están velando a un muerto. Durán observa enconado la multitud que comienza a rodearlo y decide retirarse. Las orientaciones en torno a la ceremonia fúnebre se suceden. Los miembros de la Dirección y los combatientes conocidos no deben estar presentes. Se organizan las guardias en torno al féretro y a media noche arriban cuatro jóvenes trabajadores de los ómnibus urbanos. Traen un uniforme verde olivo y quieren vestir a Frank. Asela, Marinita, Tarás, Clergé, Anita Céspedes, el Reverendo Agustín González, deliberan. Consultan a Vilma y a Daniel. Si ya le han puesto el brazalete y la boina, bien pueden ponerle el uniforme del Ejército Rebelde.

Las informaciones de prensa que darían cuenta del sepelio mencionarían las tres estrellas en las hombreras aludiendo al grado de coronel al que correspondían en la nomenclatura de grados militares del viejo ejército. El tiempo dejaba flotando una especie de incógnita sobre esa imposición. El grado más alto que se insinuaba ya en la guerrilla era el de comandante y no era concebible que en el caso de Frank se violara algo considerado de principio en la práctica insurreccional. Enzo Infante aportó una explicación que pudiera

despejar la incógnita al respecto. Al confeccionarse el uniforme con vistas al 30 de Noviembre, el distintivo de los jefes de células llevaba una estrella que los acreditaba como tenientes, según aporte del mismo Frank. Se infería que dos estrellas correspondían al grado de capitán y tres al de comandante y fue ese el que la Dirección del M-26-7 le otorgó *post mortem*.

Los mandos militares en la ciudad se sumergen en cautelas. Rumores surgidos de muchas partes decían de la reacción bestial de Salas Cañizares al saber que el sepelio se estaba convirtiendo en un reto a la tiranía. Se contaba que trató de obtener apoyo del coronel Cruz Vidal para desbaratar a tiros el entierro, pero el jefe del regimiento, temeroso de desatar la total insurrección de la ciudad con la visita en puertas del embajador, se negó. En cambio ordenó el acuartelamiento y dejó en manos de Salas el cuidado del orden durante la visita de marras. No obstante, en varios puntos se siguió impidiendo el tránsito de los patrulleros y varios fueron asediados a pedradas obligándolos a replegarse veloces. Frank, uniformado y con galones de coronel constituía un acto osado que como reguero se extendió hacia todas partes. Entre tanto, las guardias se sucedían en la noche y un coro de jóvenes bautistas entonaba intermitentes himnos religiosos en la cámara mortuoria. La ciudad vivió horas de expectativas y vigilia.

El comercio no abrió sus puertas, el transporte público cesó su servicio, oficinas, industrias, vendedores ambulantes y cuanto representara un bullente signo de vida, se acogieron a un paro. Un rumor en sordina primero, fue ganando desembozada dimensión popular: ¡huelga general! La actitud díscola y rebelde de la ciudadanía tenía de centro la muerte de Frank y se proyectaba como un hecho espontáneo que el Movimiento debía guiar a través de sus diversos canales. Una sostenida labor se desplegaría en ese sentido por las vías subterráneas de la información clandestina.

CAPÍTULO XXVI

El sepelio: “no es hora de llanto”

Salas Cañizares se revuelve molesto al saber que el cadáver se expone vestido de verde olivo. Insiste cerca de Cruz Vidal para que ponga a su disposición una tanqueta artillada y un batallón de infantería con lo que reduciría a la nada ese velorio y el entierro. No se puede permitir tamaña osadía. El coronel no está de acuerdo. La situación creada trasciende los marcos locales y se están produciendo manifestaciones inquietantes en otros lugares del país. Nadie imaginaba que la liquidación de “ese muchachito” tuviera tal repercusión y los mandos llaman insistentes y preocupados ante el temor de que Santiago se les vaya de las manos. Orientan actuar con cautela. Es mejor dejar que entierren a sus muertos que, en definitiva, con uniforme y todo lo que le quieran poner va bajo tierra. Sobre los cuatro muchachos que lo vistieron, la orden es esperar a que esas multitudes se disgreguen y regrese la calma pues si hasta el momento no se ha producido una respuesta armada y de consideración, ha de ser porque no tienen con qué.

Vilma, Asela, Navarrete y Miguel Ángel Duque de Estrada reflexionan sobre lo ocurrido en la casa de San Basilio. Es cierto que la vivienda de Pujol no reunía las mejores condiciones como albergue clandestino, pero nunca antes hubo problemas. Se trata de una barriada revolucionaria que siempre cooperó. Es de pensar que efectivamente puede haberse producido la delación y los rodeos de Salas en sus registros serían un intento de encubrir a quienes delataron. Información precisa obtenida, daba cuenta de que la querida de Laureano, sobre la que recaían las sospechas, fue puesta rápidamente en un barco que se dirigía a República Dominicana.

El Parque Céspedes, centro abigarrado de la ciudad, es el relevo de la antigua Plaza de Armas del régimen colonial. En su entorno se alza la catedral, una de las más antiguas de América, el hotel Casagrande, imponente y añejo, el Club San Carlos, remanso de la burguesía santiaguera, el disonante edificio del Banco Nacional, el Club 300, la antiquísima casa de Velázquez, el conquistador español fundador de la ciudad, el ayuntamiento, el parque que lleva el nombre del Padre de la Patria, fue siempre punto de reunión de la juventud que en los días de retreta y cada noche colmaba las pistas y los bancos en un bullente aquelarre en que ocurrían encuentros amorosos y bizantinas discusiones sobre política, béisbol, música y bromas, del lado colindante con la calle Heredia, aquel que por tales temas e ingredientes llamaban “el senado”. Ese 31 de julio, policías, soldados y marinos son dueños de la Plaza. Custodian con las armas listas la visita que hace a la ciudad mister Smith, el embajador de los Estados Unidos. Salas Cañizares dirige el operativo, atento al más mínimo movimiento. Lo rodea la misma camada que estuvo en San Germán y Callejón del Muro: Mano Negra, Bassol, los Gayo, Pascual, Ortiz, Haza. Los autos relucientes aguardan a la entrada del palacio consistorial protegidos con el máximo rigor.

Sobre la pista central toda una legión de mujeres encabezadas por la valerosa Gloria Cuadras, vestidas de negro, observan y aguardan. Portan carteles con consignas y leyendas de condena a la tiranía. ¡Abajo Batista! ¡Muera el tirano! ¡Batista asesino! A una señal entonan a voz en cuello el *Himno Nacional* una y otra vez. Sobre todo un gran cartel que abocan a la vista de la entrada, molesta a Salas. Se acerca a la acera y grita que se larguen de allí o lo van a obligar a proceder sin miramientos porque sean mujeres, pero al acercarse, los gritos de ¡asesino! acrecen y se acoplan en cadencia. Frenético sube los dos escalones e intenta arrebatar el cartel de manos de Amalia Ross y Nuria García, pero encuentra tenaz resistencia. Un carro bomba situado en la esquina de San Pedro se moviliza y a la orden de Salas enfoca sus mangueras sobre las manifestantes. Los chorros las empapan, las derriban, pero ellas se mantienen firmes y gritan sus consignas. Las gentes de Salas empujan, golpean, detienen. A empujones las enrumban hacia San Pedro rodeadas de esbirros. Pero, no bien someten a un grupo numeroso cuando otro aparece

sobre el parque y mantiene enhiesta la protesta. Salas vuelve a la carga con sus perros de presa y la escena se repite. En un momento de desesperada indignación exclama que parecen bibijaguas, mientras más detienen, más aparecen. Arrastradas por los pelos, por las ropas, por los brazos, no han podido impedir que se acerquen a las puertas del Ayuntamiento. A la salida del embajador, la batalla está en su clímax. Desafiando los chorros de agua y la represión feroz, un grupo se acerca al carro diplomático.

Gloria Cuadras al frente, le entrega un papel al diplomático yanqui y Salas se precipita hacia ella queriendo evitar el contacto. Le tira del brazo, pero ella se zafa, esgrime un zapato y la emprende a taconazos contra Salas. Este le grita: ¡está bueno ya, coño! ¡No me hagas esto, Gloria! ¡Tú y yo nos conocemos! Gloria incontenible replica: ¡tú eres un asesino despreciable! ¡me mataste a Frank, que era como un hijo para mí! ¡eres una bestia! Salas logra arrebatarle el zapato y la toma por los pelos. Gloria se revuelve incontrolable, le toma la mano y le da una mordida que lo hace contraerse de dolor. Dos de sus secuaces logran dominarla y la llevan también, a rastras, hacia la calle San Pedro.

En la estación de policía, hacinadas y chorreantes, golpeadas y algunas con la ropa hecha girones, aguardan inquietas, pendientes de los sicarios que discuten furibundos junto a la carpeta. Salas pregunta qué dijo el norteamericano y Haza repite las palabras que ya ha recogido la prensa. A pesar de sus conocidos nexos con Batista, el embajador no pierde oportunidad de congraciarse con una comunidad que ha encontrado en paro laboral y desbordada en su protesta. Así declara: “la represión policial siempre es de mal efecto. Espero que suelten de inmediato a las detenidas”. Salas, lacayuno, acata a regañadientes, pero retiene a Gloria pues quiere cobrarle la mordida que todavía le tiene la mano inflamada y adolorida. En los cubículos carcelarios, Amalia Ross, Nuria García, Marinita Malleuve, Marcia Céspedes, Ania Martínez y otras observaban angustiadas los relojes. No les preocupaban las amenazas o las medidas que sus carceleros determinaran. Sus mentes estaban fijadas en la hora del entierro al que concurrirían en masa cuando las liberaran.

Vilma, Tin, Asela, Lucía Parada y Daniel reflexionan sobre lo ocupado por los cuerpos represivos en la casa de Raúl. Saben que Frank se movía siempre con muchos papeles. Tenía la costumbre de anotarlo todo, de escribir incesante, y en esos días se aplicaba acucioso a la conformación de las milicias del llano. Los mandos militares nada dicen de documentos ni de la ametralladora. Era una incógnita que debían despejar. Si efectivamente estaban en su poder, lo probable era que lo callaran para actuar primero contra quienes estuvieren comprometidos, pero la ametralladora no tendrían por qué ignorarla. Deciden preguntar a Eugenia San Miguel, la única que puede arrojar alguna luz. Asela y Lucía se harían cargo de interrogarla en el velorio de Raúl que tenía lugar en la Colonia Española. Ñeña les informó de los papeles que guardara por orden de Frank y de la ametralladora oculta en el tanque del agua.

La hora del entierro se acerca. En las calles Heredía, Clarín, San Agustín, Reloj y Aguilera se apiña una multitud impresionante, dispuesta a desfilar tras el féretro de Frank. En la improvisada cámara mortuoria se hace el movimiento de salida. Colocan la tapa mientras el coro religioso entona un cántico.

En medio de la conmoción de la despedida irrumpe en la sala Elia, su travesía desde el monte ha sido una obstinada faena por llegar a tiempo. Abraza a Rosario, y Agustín González, sabedor de los vínculos que les unieran en otro tiempo, ordena destapar el féretro. Ella se acerca, observa el rostro y tiende su mano en mudo adiós. La bandera cubana, lo cubre. El descenso desde el portal a la calle sortea la dificultad de escalones estrechos y se abren paso hasta el carro fúnebre. El silencio es excelso y Agustín González dice las primeras palabras de despedida, según la costumbre santiaguera, al pie de la morada. Otro orador interviene para significar el dolor de la familia, la ira del pueblo, el dolor de todos. El más extraordinario sepelio que conociera la ciudad se pone en marcha. El aire acoge el clamor de la tragedia que anega los corazones como si en ese momento esculpiera en mármol los versos de Pura del Prado.¹

1 Poetisa cubana que vivió y murió en los Estados Unidos.

*De qué manera fácil se cuenta este martirio.
¡qué pocas frases bastan para decir tu vida!
tú, pálido y sangrante, claveles junto a un cirio,
la ventura del pueblo manando de tu herida.*

Tres jóvenes muchachas, Juanita Yassels, Nancy Ojeda y Sonia Elías abren la marcha portadoras de un gran cojín de flores. Las emisoras radiales, responden a la iniciativa de Noel Pérez, locutor de la CMKC, y transmiten música sacra o circunstancial como *Una madre que llora*, en la voz de Gardel. El avance sobre la calle Heredia, cuna de artistas y en especial del gran bardo.

*Que si un pueblo sus duras cadenas
no se atreve a romper por su mano
puede el pueblo cambiar de tirano,
pero nunca ser libre podrá*

Se acerca a la confluencia con San Pedro y súbitamente las campanas de la Catedral tocan a duelo. Marineros de pie en la acera del Hotel Casagrande se cuadran ante el paso del carro y hacen el saludo militar. En esa esquina se unen los entierros. El de Raúl viene por San Pedro y como afluente engrosa los caudales masivos. Al cruzar junto al Parque Céspedes voces juveniles quiebran el silencio mortuorio y lanzan gritos de condena a la tiranía y la multitud en coro gigantesco responde.

Vilma está inquieta en la casa de Vista Alegre. No ha podido estar presente en las exequias y la inactividad forzosa la angustia. Toma el teléfono y llama a Rosita Casaña, la eficiente colaboradora de la Compañía Telefónica. Le pregunta si el entierro ya va por allí. A la afirmación le pide que haga algo para, por lo menos, poder oír. Rosita acerca el aparato a una ventana y capta el audio de pisadas y voces de condenas en el momento en que sobre la manifestación se cierne una lluvia de flores que procede de todas partes. Las pisadas firmes y el clamor intermitente, forjan el ambiente de duelo y rebeldía.

La cantante santiaguera Carmela de León, se conmueve al paso del cortejo, toma su grabadora y desde la acera registra el grave y a la vez tronante audio ambiental. A la entrada del cementerio, que los santiagueros identifican en la unión de la Avenida Crombet y

el Paseo de Martí, el cortejo se detiene. Entonan el *Himno Nacional* y las voces juveniles convocan a un minuto de silencio en el lugar donde cayeran Josué, Floro y Coronita. Antes de entrar a Santa Ifigenia toman en andas el sarcófago mientras oleadas se adelantan. Ponen a media asta la bandera en la tumba del Apóstol y colocan enseñas del M-26-7 en otras y en los árboles altos del camposanto.

El cadáver es llevado al necrocomio, pero los doctores Prieto y Cabrales renuncian a la autopsia. Las causas de muerte son demasiado evidentes y además el pueblo no quiere. Rosario al escuchar la decisión comenta amarga entre quienes la rodean que taponeó treinta y seis heridas en el cuerpo de su hijo y no continuó porque le parecía que le dolía. Han pasado las cinco de la tarde y después de esa hora no se efectúan inhumaciones, por lo que quedaría en depósito hasta el día siguiente. Fuera del cementerio, el pueblo actuaría incontrolable como si aquilatara en toda su dimensión la ausencia del Héroe. Reacciona presto a la violencia insurreccional y enardecido expresa su repulsa al régimen, desafía el poder del tirano, se va sobre el transporte público a la vista y lo ataca, une sus voces en un clamor que gana cada vez más espacio en las voluntades: ¡huelga! ¡huelga! ¡huelga general! Así, lo que regresa a la ciudad, es un volcán en erupción.

La ciudad está muerta. Cada casa, cada calle, es un crespón de luto. En el necrocomio quieren hacer una mascarilla y la doctora Maidique está lista para hacerla. Pero, hay un inconveniente. Se necesita yeso. Dos muchachas son comisionadas para buscarlo. Regresan a la ciudad y recorren infructuosamente ferreterías y lugares donde fuere posible obtenerlo. Desesperadas, se detienen a las puertas del Ten Cent. Valdés, el guarda jurado bien conocido de todos por sus muchos años en aquella función, está de pie a la entrada del establecimiento cerrado. Se le acercan y le dicen que necesitan conseguir el material. Valdés, cortésmente les responde que no puede ser, el Ten Cent está cerrado como todo el comercio santiaguero. Entonces ellas deciden hablar con toda sinceridad. Le expresan que necesitan el yeso para hacerle una mascarilla a Frank País. El hombre se transforma, las observa conmovido y replica: ¿Para Frank? Bueno, si es para eso, vengan. Abre el establecimiento y les indica dónde pueden tomar todo el que necesiten.

En Vista Alegre Vilma, Enrique Canto, Daniel, Luis Felipe Rosell y Armando García, deben designar con carácter provisional un sustituto de Frank hasta que Fidel determine quién asumirá. Se piensa en Vilma pero ella alega que ya tiene la responsabilidad de la provincia. Canto propone a Daniel y este sorprendido, se niega. Entiende que no es fácil sustituir a David y de ocurrir deberá ser por alguien del *Granma* o de la Sierra. Los demás explican que ese paso demoraría y se trata de suplir la ausencia por cuanto el enemigo cree haber descabezado el Movimiento y hay que dar una respuesta inmediata. Además, el pueblo se ha echado a las calles y es necesario dirigir sus acciones. Santiago está en huelga y llegan ya ecos de similares empeños ocurridos junto a diversas explosiones antigubernamentales en otros puntos del país. Canto y Luis Felipe insisten con Daniel y Vilma los apoya. Él ha estado junto a Frank en los últimos tiempos y existía una gran afinidad entre ellos. Ramos Latour, acepta.

¿Y en la Sierra Maestra? El 30 de julio la guerrilla se desplazaba por el monte en ruta hacia un punto. La radio les dio, ya de noche, la infausta nueva. Fidel ordenó el alto y el regreso al campamento. Desconcierto, anonadamiento, ira, dolor. Un mes antes exactamente, Josué. Ahora Frank, el más firme apoyo de la guerrilla. ¿Cómo se sentiría esa madre? ¿Cómo el pueblo que lo quería y lo cuidaba? Con las horas llegaban anuncios del desbordamiento popular, del duelo que ganaba a Cuba. Fidel escribe: “¡Qué monstruos! No saben la inteligencia, el carácter, la integridad que han asesinado. No sospecha siquiera el pueblo de Cuba quién era Frank País, lo que había en él de grande y prometedor...”. Y en carta a Celia le dice: “guardaré sus últimas cartas, escritos, como prueba de lo que fue ese talento asesinado en la flor de su vida”.

Asela y Lucía, llevadas por el padre de la segunda, visitan a Eugenia y recogen la ametralladora y los papeles de Frank. Contienen el plan y las estructuras de las milicias del llano y la Dirección toma la decisión de reorganizar el Movimiento y las huestes combativas ceñidos a las ideas de Frank que se toman como pautas rigurosas. Ese documento sustancial que quiso defender más que su vida, se considera hoy su testamento político. Los combatientes agrupados bajo esa guía tuvieron de inspiración a su creador. Así, las milicias

juveniles creadas ajusticiarían poco tiempo después al repugnante delator Randich.

Rosario, que no ha cesado de denunciar públicamente al asesino de sus hijos, fue citada a la Audiencia. El doctor Manuel Mestre Tamayo, juez especial para la causa 707 de 1957, incoada por la muerte de Frank y Raúl, la convoca y al demandarle declaraciones la valiente mujer denuncia firmemente a Salas Cañizares como el asesino de su hijo. El juez pregunta si estaría dispuesta a sostener esos cargos delante del teniente coronel y Rosario responde decidida: ¡póngamelo delante! Cuando esto ocurre ratifica su acusación. Salas, después de jurar por la verdad, con todo cinismo alega que es mentira, que cuando él llegó al lugar de los hechos ya miembros de la Marina habían matado a Frank. Y agrega: “además, el Frank País ese era un gangster buscado por la justicia, que usaba el nombre de un comunista conocido porque él también era comunista”. Rosario riposta indignada:

Ha jurado usted decir la verdad y aprecio que no sabe lo que significa esa palabra. Ha dicho usted que mi hijo era un gánster y que yo sepa a ningún gánster lo sigue un pueblo. Ha dicho que a mi hijo lo buscaban por comunista y yo y toda persona honrada sabemos que no lo buscaban por ladrón, por borracho o por vicioso. Lo buscaban por sus ideales y porque luchaba por ellos. Usted no es más que un asesino que en un mes me ha matado a mis dos hijos.

En el Moncada, el coronel Cruz Vidal escucha el informe que le rinde el teniente Casallas. “Los dueños de los comercios no abren porque no tienen empleados, el transporte se ha paralizado por las mismas causas, los pocos choferes que se citaron salieron y abandonaron los vehículos en la vía, la electricidad y los teléfonos funcionan porque los teníamos tomados desde antes, pero las oficinas de Cubana de Aviación están cerradas y el aeropuerto también. Las estaciones de radio nada más transmiten música fúnebre. Usted dirá ¿qué hacemos?”. Cruz Vidal golpea el escritorio con el puño cerrado.

Dispone que los comerciantes entreguen listas de sus empleados ausentes, que soldados y policías manejen el transporte público, que ocupen Cubana de Aviación y averigüen quién o quiénes promovieron “la huelguita esa” y que a las emisoras radiales les den dos buenos

cocotazos. Desatada la represión, el Movimiento evalúa la situación. No existen condiciones, ni armas para producir un enfrentamiento directo y el régimen puede ensañarse en la masa trabajadora. Es mejor poner límite al desbordamiento insurrecto popular y mantener la autoridad e influencia de la Dirección revolucionaria. Por los canales clandestinos, que son muchos, fluye la orden de volver al trabajo y reintegrar la ciudad a su ritmo habitual en lo posible. Con singular disciplina la ciudadanía responde aunque un tanto aletargada y renuente dado el efecto de los graves acontecimientos.

Una visita era inexcusable para Rosario. En San Germán y Rastro, Armonía, la hermana de Ñeña, abre la puerta. Ella y América entran a la sala. Ñeña avanza compungida desde el comedor y la estrecha. Un ¡ay, doña Rosario! recóndito, le explota en la garganta y las lágrimas afluyen incontenibles con el abrazo. Rosario trunca casi enérgica el desahogo. “¡No, hija, no, nada de lágrimas! Este no es momento de llanto ¡Es hora de enfrentar al enemigo!”. La observa imperativa hasta que la ve reponer su ánimo. Luego le dice: “¡ya sabes que acaban de matar a los muchachos que vistieron a Frank con el uniforme? Esas madres también lloran”. Le echa el brazo sobre los hombros y la conmina: ¡vamos a enfrentar a esa canalla! Se dirigen a la puerta y la trasponen.

América en una mano carga un gran ramo de flores y en la otra lleva una lata de pintura. Cruzan San Germán y Rastro y se detienen en la intersección múltiple. Rosario toma las flores y se dirige a América: procede tú, que nosotras vigilamos. Las vecinas se asoman asombradas y conmovidas. América se acerca al portal de María Palacios y traza una cruz con pintura roja en el punto exacto donde Raúl fuera abatido. Cruza al frente y hace otro tanto junto al contén de Callejón del Muro donde cayera Frank. Las tres colocan flores en búcaros que Ñeña aporta. Por un instante quedan silenciosas y evocadoras en la comunión con sus recuerdos, secundadas por las testigos que observan. Luego echan a andar lentamente de regreso. Tras su desplazamiento, varios sujetos que vigilaban desde un jeep a media cuadra, se acercan y patean los búcaros hasta destrozarlos y expanden las flores.

Cincuenta y cuatro años de sucedido aquellas muertes la insurrección, cobró cada día más bríos hasta desembocar, diecisiete

meses después, en el gran triunfo de Enero de 1959. La guerrilla creció indetenible a golpes y de victorias y en los meses siguientes el comandante Raúl Castro Ruz abrió en el norte de la provincia el Segundo Frente Oriental Frank País. La Revolución nutrida de la sangre generosa de muchos de sus hijos, les ha sido entrañablemente fiel al convertir sus sueños en realidades.

Se recuerda hoy, con veneración, a aquel muchacho jovial, educado en rígidas normas de conducta y moral, artista de la música y la plástica, devenido combatiente de ideas y de acción que imbuido de la savia martiana, se alzó contra la tiranía y dio su vida para entrar en la historia. Por tal motivo, el día que rememora su muerte, se recuerda también la de todos los caídos en las luchas recientes por la definitiva independencia de Cuba.

Fuentes consultadas

- ÁLVAREZ TABÍO, PEDRO Y OTTO HERNÁNDEZ: “La victoria que marcó la mayoría de edad del Ejército Rebelde”. Fotocopia de documento del fondo de la Oficina de Asuntos históricos del Consejo de Estado.
- AMAT, CARLOS Y ROSITA HUMBELINO DÍAZ: “Tía Dora está grave” (testimonio).
- Archivo de Frank País en la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.
- BORNOT, THELMA: “Esa tarde me pusieron en la frontera” (testimonio).
- CAUSSE, JOSÉ N.: “El frente de propaganda” (testimonio).
- CÉSPEDES, ANA: “Todo para los demás” (testimonio).
- CLERGÉ, LUIS: “La Fernandina del movimiento revolucionario en junio de 1957”. Inédito.
- Comisión de Historia de la Columna no. 20 “Gustavo Fraga” En la línea de Fuego, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1998.
- Comisión Regional de Activistas de Historia: “30 de Noviembre”, Santiago de Cuba, 1972.
- DE QUESADA, JOSUÉ: “Por los tejados” (testimonio).
- Dirección Política de las FAR. Sección de Historia: “Mujeres en Revolución. América Domitro Terlebauka”. p. 131 y sgtes.
- Ejemplares de *Revolución*, órgano oficial del M-26-7, de agosto de 1957 y suplemento editado en Santiago de Cuba, agosto de 1957 sobre Frank en revista *Santiago*, número 18-19, junio y septiembre de 1975.
- ESPÍN GUILLOIS, VILMA: “Deborah” (testimonio).
- ESTEVANELL, JUSTO ESTEBAN: “El esfuerzo principal. Ataque a la estación de policía” (testimonio).

- ESTÉVEZ, MARÍA LUISA: “En papel de regalo” (testimonio).
- FELIÚ, ANDRÉS: “Siempre mano a mano” (testimonio).
- FIGUEROA, MARÍA ANTONIA: “Un centavo del más humilde de los cubanos” (testimonio).
- Fondo de archivo de Carlos Iglesias, *Nicaragua*.
- GALVEZ RODRÍGUEZ, WILLIAM: *Frank entre el sol y la montaña* tomos I y II, Ediciones Unión, 1991.
- GARCÍA OLIVERAS, JULIO A: *José Antonio Echeverría: la lucha estudiantil contra Batista*, Editora Política, La Habana, 2001.
- GARCÍA, MÉRIDA: “Esta mujer es una bruja” (testimonio).
- GRAVE DE PERALTA, ISABEL: “Cara cándida” (testimonio).
- GUEVARA, ERNESTO CHE: “Una revolución que comienza”, fragmento de artículo publicado originalmente en la revista *O Cruceiro*, 1ro. y 16 de Julio de 1959.
- GUTIÉRREZ, CARLOS MARÍA: “De parte de Fernando” (testimonio).
- HART DÁVALOS, ARMANDO: *Aldabonazo* Editorial Letras Cubanas, Ciudad de La Habana, 1997.
- HEREDIA PADILLA, REINALDO: *Frank País García. Esbozo biográfico*. Comisión Provincial de Historia, COR del PCC, Santiago de Cuba s.f.
- INFANTE U. RENALDO: “Fidelidad al compromiso contraído”, Verde Olivo.
- INFANTE URIVAZO, RENALDO: “Frank País”, programa Nuestros Héroes, Radio Rebelde, Serial de 84 capítulos, años 1959 a 1960.
- INSULA, REYNALDO Y GERARDO RIVAS: “Gente de Santa Bárbara” (testimonio).
- LÓPEZ RIVERO, SERGIO, MARIA ANTONIA, MARQUES DOLZ Y ZAIDA PUIÓL RIAÑO: *Emigración y clandestinidad en el M-26-7. La emisión de bonos*. Editora Política, Ciudad de La Habana, 1990.
- LUPIÁÑEZ REINLEIN, JOSÉ: *El Movimiento estudiantil en Santiago de Cuba 1952-1953*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985.
- MIRANDA, CARIDAD: *Trazos para el perfil de un combatiente*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1983.
- NAVARRETE, AGUSTÍN: “Estamos haciendo historia” (testimonio).
- ORTEGA, CARLOS Y CLAUDIA ROSÉS: “La cueva”. (testimonio).
- OTERO, JUAN JOSÉ: “El camión de viandas” (testimonio).
- PARADA, LUCÍA: “Más fuertes que ellos”. (testimonio).

- Periódico ADELANTE: Camagüey, 1ro. De diciembre del 2001.
- Periódico *Granma*: “Celia” (editorial e informaciones), enero 12 de 1980.
- PORTUONDO, YOLANDA: “Pepito Tey”, obra inédita.
- _____: *Frank: sus últimos treinta días*, Editorial Letras Cubanas, Ciudad de La Habana, 1986.
- Radio Rebelde: Serial de 84 capítulos años 1959 a 1960.
- Revista *Bohemia*, Edición especial, Ciudad de La Habana, 3 de diciembre de 1976.
- RICARDO RODRÍGUEZ, RENÁN: *El héroe del silencio*, Editora Política, La Habana, 1986.
- RODRÍGUEZ FONT, ABELARDO: “Todo era de película”. (testimonio).
- RODRÍGUEZ LLOMPART, HÉCTOR: “Acción Revolucionaria Inolvidable”, en *Juventud Rebelde*, 31 de julio de 2002.
- RODRÍGUEZ TÉLLEZ, ELOY: *Un guerrillero del primer refuerzo*, Ediciones Verde Olivo, Ciudad de La Habana, 1998.
- ROJAS, MARTA: *Moncada*, Editorial Tierra Nueva, La Habana, 1960.
- ROLDÁN GILARTE, ESTEBAN: *Cuba en la mano*, Editorial Ucar, García y Cía., La Habana, 1940.
- RUBIERA, DAVIS Y MIGUEL SIERRA: (compiladores) *Testimonios sobre Frank*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1978.
- SÁNCHEZ, MIGUEL ÁNGEL: “Las puertas se abrían” (testimonio).
- SANTAMARÍA, HAYDÉE: “Todo es una sola cosa” (testimonio).
- SOTO ACOSTA, JESÚS: *Prensa clandestina revolucionaria* (folleto), Editorial Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, 1965.
- VECINO ALEGRET, FERNANDO: *Daniel, comandante del llano y de la Sierra*, agosto de 2000.
- VELÁZQUEZ FUENTES, FRANCJS: *Josué País García*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1979.

Entrevistas

Alberto Vázquez, *Vazquecito*, Amaro Iglesias, Andrés Rosendo Ojeda, Armando Colomé, Armando Hart Dávalos, Arsenio Stable, Asela de los Santos, Casto Amador Hernández, Celín Frómata, César López, César Perdomo, Chano Duarte, Cira Lauhau, Demetrio Montseni, *Villa*, Doña Rosario García, Eduardo Yasels, Elia Frómata,

Ernesto Matos, Eugenia San Miguel, familia de Miguel Yero, familia de Pepe Suárez, Gerardo Rivas, Gloria Cuadras, Graciela Aguiar, Guerra Matos, Isabel Zambrano, Jorge Ibarra, Jorge Romero, José Otero, Léster Rodríguez, Luis Vivero, María Antonia Figueroa, María Palacios, Marta Correa, Martín Lorient, Martín Lorient, Mérida García, Orlando Benítez, Osana Garrastegui, Oscar Asencio, Pedro García Lupiáñez, profesor Díaz Piferrer, Rev. Agustín González, Ricalo Palais, Tarás Domitro Terlebauca, Vilma Espín.

Otros testimonios

Alfonso Verdager, doctor García Peláez, doctora Castillo, Emilio Lamelas, Enzo y Rafael Infante, Félix Rodríguez, Francisco Martínez Hinojosa, Guarina Cabrera, Luis Clergé, Luis Felipe Rosell, Manuel Hechavarría, María y Luisa María Rosés, Marinita Malleuve, Nené Álvarez, Pineda, Rafael Portuondo, el *Manquito*, Rosa Infante Moya.

Otras fuentes

Biblioteca Nacional, Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, antigua Audiencia de Santiago de Cuba, Comité Provincial del PCC de Santiago, Cárcel de Boniato, Museo Casa de Frank País en Santiago de Cuba, Antigua Escuela Normal de Oriente, Segunda Iglesia Bautista de Santiago de Cuba.

Datos de autor

RENALDO INFANTE URIVAZO (1929). Graduado de la Escuela Normal para Maestros de Oriente, 1949. En 1956 realizó estudios de teatro en la Universidad de Oriente. Graduado en las licenciaturas de periodismo, 1969 y de Ciencias Políticas, 1971. Por la UNESCO, de Comunicación Social. Algunas de sus publicaciones son: *Vida de José Martí*, Cadena oriental de Radio, 1953; *Vida de Frank País*, Radio Rebelde; 1959 e *Historia de Cuba para la TV Cubana*, 1967.

Otros de sus trabajos son: *Análisis de la Información y Medios Masivos, Iniciación a la Comunicación*, UNESCO, París; “Orígenes de la Televisión cubana”, en *Revista IPAL* del Acuerdo de Cartagena y “La Literatura Cubana en la Radio y la Televisión”, en *Diccionario de la Literatura Cubana* del Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias, 1995. Ensayo “Historia de la Radio Revolucionaria Cubana” para la compilación *la Radio en Iberoamérica*, Universidad de Murcia, España.

Colaboró en publicaciones nacionales y extranjeras; en series históricas para la radio: Radio Santiago, CMKC y Radio Libertad. Realizó guiones para los documentales cinematográficos con el ICAIC como: *Go Home*, *Tricontinental*, *Che*, *La escuela al campo*, *Victoria* y *Lenin*.

Esta obra biográfica: *Frank País: leyenda sin mitos*, es su *opera prima* que publica la Editorial de Ciencias Sociales, considerada la mejor escrita acerca del legendario héroe de Santiago de Cuba.